Akal Pensamiento crítico

LOS NUEVOS DISFRACES DEL LEVIATÁN

EL ESTADO EN LA ERA DE LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL

Juan Carlos Monedero



Diseño de portada

RAG

Motivo de cubierta

Antonio Huelva Guerrero

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028




ESTO ES HISTORIA

Agradecimientos y desagradecimientos

No hubiera escrito este libro si Tomás Rodríguez, de Ediciones Akal, no me hubiera azuzado los caballos con la urgencia de una carencia bibliográfica sobre el Estado en el neoliberalismo. Debiéramos cuidar a los buenos editores como especies en extinción.

Que los alumnos cada año reclamen nuevas respuestas no permite que echemos la manta en el suelo y nos pongamos a dormir. Son, sin duda, lo mejor de la Universidad. Su interés es auténtico y su desinterés genuino.

Cruzar cada semana las ideas en el diario Público.es, y acudir a la televisión con En La Frontera y las Mañanas de Cuatro, me obliga a tener siempre un cable a tierra. Cualquier análisis del más sesudo de los politólogos se tiene que traducir en un hecho concreto que afecta a una persona de carne y hueso en un momento dado.

Decía Simón Rodríguez que hay tres tipos de maestros: «Unos, que se proponen ostentar sabiduría, no enseñar. Otros, que quieren enseñar tanto que confunden al discípulo. Y otros, que se ponen al alcance de todos, consultando las capacidades». Es evidente que nuestra intención va por la última de las posibilidades. Enfrentar un libro sobre el Estado con la voluntad de llegar a las mayorías sin rebajar el rigor no es sencillo. El Estado siempre está rodeándonos. Toda la gente que ha acompañado este libro se relaciona de una forma u otra con el Estado. Odiándolo o pensándolo como una herramienta que quizá sea útil. El Estado puede indignarnos o emocionarnos. Nos ha dado becas y nos ha castigado. Nos permite pensar horizontes luminosos y nos conduce a los calabozos de la desesperanza. A la generación de mi hermano mayor se la llevó la heroína y el Estado lo permitió. Cosas de la democracia recién recuperada.

He visto a la policía en América Latina entrar en las favelas disparando primero y preguntando después. También a jueces en España llorando porque otros jueces han ayudado a mafiosos, a corruptos y a ladrones. He visto al Estado subiendo el IVA al pan y haciendo amnistías fiscales a millonarios. He hablado con responsables políticos que tienen el cinismo como único argumento y dedican su esfuerzo a legislar para los poderosos. El Estado, siempre, es parte del problema y de la solución. No hay nadie que no sepa algo de él ni casi nadie que pueda explicarlo de manera sencilla. Es difícil hablar con objetividad acerca de algo sobre lo que cada cual tiene una opinión.

Antonio Gramsci, Michel Foucault, Bob Jessop, Boaventura de Sousa Santos, Álvaro García Linera, Christian Laval, Pierre Dardot y Nancy Fraser son fuentes inagotables de este trabajo. Con Jessop, Santos y García Linera he podido discutir con mayor o menor intensidad sobre el Estado, desde la teoría y desde la práctica. Estas tres personas están presentes en cada línea de este libro. Y con ellos, en su diálogo permanente, Marx, Gramsci, Zavaleta, Mariátegui, Poulantzas, Foucault, Benjamin…

Al igual que Boaventura de Sousa Santos con Portugal, entiendo que soy de un país semiperiférico –en mi caso España–, que he podido entender la complejidad de la política pasando por el centro (en mi caso Alemania) y he completado el viaje viviendo en la periferia, esto es, siguiendo los criterios del sistema mundo, en América Latina. No como turista ni como viajero, sino implicándome en la posibilidad de superar el modelo neoliberal

que produce pobres reales. Cada párrafo que he escrito lo he cruzado con una pregunta: ¿esto se puede hacer si gobiernas?

Este libro bebe de muchas obras anteriores que han ido brindando paso a paso este resultado final. Empezó con un número especial de la extinta revista Zona Abierta titulado Estado nacional, mundialización y ciudadanía (Zona Abierta 92/93 [2000]). Luego lo actualicé con el título Cansancio del Leviatán (Madrid, Trotta, 2003). La obra de Boaventura de Sousa Santos ha sido esencial en este recorrido, en especial la introducción a su obra que publiqué con el título «Conciencia de frontera: el pensamiento social posmoderno de Boaventura de Sousa Santos» (introducción a la primera edición de Boaventura de Sousa Santos, El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política, Madrid, Trotta, 2005). Tengo a Santos por mi maestro y su pensamiento atraviesa todo lo que escribo. Si vamos sobre hombros de gigantes, es mi gigante.

Igualmente han sido esenciales las dos ediciones –y sus respectivas introducciones– de la versión en castellano de dos de las principales obras de Bob Jessop. La primera introducción la titulé «El Estado como relación social: la recuperación de un concepto politológico del Estado» (en Robert Jessop, El futuro del Estado capitalista, Madrid, La Catarata, 2008); la segunda, «Los laberintos de Borges y la imposibilidad de una teoría del Estado» (en Bob Jessop, El Estado: pasado, presente, futuro, Madrid, La Catarata, 2017). Mi mirada sobre el Estado bebe esencialmente del trabajo de Jessop. Su generosidad y su rigor son dos exigentes compañeros para hablar de algo tan complejo y complicado. Poder debatir con Jessop es interrogar a lo más lúcido y sensible de la academia anglosajona. Mi experiencia también ayuda. Veinte años explicando en la Universidad Complutense de Madrid la asignatura Teoría del Estado y Teoría crítica del Estado han hecho el resto. Si no puedes poner un ejemplo, a lo mejor es que no lo has entendido. Contra los heraldos de lo abstracto.

Nunca hubiera leído igual la Teoría del Estado de no haber tenido la posibilidad de vivir en primera persona y desde las cocinas del Estado el nacimiento de los gobiernos del cambio latinoamericanos –hoy asediados o desmantelados– y también gracias a la experiencia política del 15M, a la formación de Podemos y a la amable atención recibida por los partidos del régimen del 78 y sus cancerberos mediáticos. Hay cosas que se entienden mejor cuando te persiguen. He aprendido que los que habitan el Estado desde los partidos señalan, y los medios de comunicación disparan. Luego intenta el mismo Estado terminar la tarea de una manera aséptica, porque los medios de comunicación han establecido ya la culpabilidad social del «enemigo público». Hasta que la gente deja de creer a unos y a otros. Hoy, los Parlamentos son los medios, y los medios son también los verdugos, y con frecuencia la oposición. Los medios ya no se explican desde el periodismo sino desde la ciencia política.

Las alternativas emancipatorias siempre tienen su primera prueba de fuego en un buen diagnóstico. He podido contrastar ideas con los profesores y activistas que pusieron en marcha el 15M y Podemos. De la misma manera, la experiencia de gobiernos alternativos en ayuntamientos y comunidades autónomas de España ha sido otra fuente esencial de aprendizaje, de contraste, del ir y venir de las ideas a los hechos y de los hechos a las ideas.

La honestidad, perspicacia y compromiso de Laura Gómez dan mucha luz a las conclusiones de este libro y a las ganas de haberme sentado a escribirlo como una forma de continuar el compromiso con los otros. Gracias por recordarme siempre los «afueras».



El Estado es capaz de mucho dolor y es la herramienta para transformar las cosas. Pienso el Estado y pienso en el narcoestado colombiano con Uribe y con Santos, y también en la gente de la sociedad civil que conozco que enfrenta esa violencia y que se deja, literalmente, la vida sin perder el amor por la vida. Pienso en el Estado y pienso en las usurpaciones de la voluntad popular del PAN y del PRI en México, y la gente que no acepta el statu quo también ahí jugándose la vida (quiero seguir viendo cada vez que vaya a México a la periodista Carmen Aristegui y a toda la gente que salió a la calle a hacer lo que no hacía el Estado cuando el último terremoto). Pienso el Estado y pienso en los amigos israelíes y palestinos que confrontan el sionismo de Israel. Los judíos que sufrieron el Holocausto parecen haber aprendido poco cuando ejecutan palestinos. Pienso en Venezuela y pienso en los lastres de la cultura rentista y la ausencia de Estado, y también en la fortaleza de un pueblo –donde tengo tantos amigos que no terminaría de citar–, que, pese a las muchas dificultades, sabe que fue con Chávez que empezó a ser tratado como persona y también que fue la primera vez que se sintió orgulloso de su país. Pienso el Estado y regreso a Perugia, con lo mejor de la politología italiana, en esa ciudad subterránea enterrada por un papa que recuerda el poder de la Iglesia y los problemas de no atrevernos a pensarnos sin motores inmóviles y eternos. Pienso el Estado y recuerdo en un viaje a Nueva York, invitado por Naciones Unidas, una charla en Harlem con negros cuya esperanza de vida era quince o veinte años menor que la de la gente de Manhattan. Recuerdo los tres años largos en Alemania, donde entendí lo que distingue a una esfera pública virtuosa –donde lo de todos se cuida entre todos– de una esfera pública inexistente –un espacio en el que cabe también España– donde lo de todos es del primero que pueda quedárselo. He aprendido en mi país –no en los libros– que lo que diferencia a una persona progresista de una persona conservadora no está en sus lecturas y, a menudo, tampoco en sus ideas, sino en su confianza en los demás. Lo he aprendido en el 15M, en las luchas internas en Podemos, en las marchas de la dignidad, en la generosidad en un momento difícil en el cual España tenía y tiene que discutir su herida territorial. Lo he aprendido en el Brasil que resiste al golpe parlamentario contra Dilma Rousseff por parte de un Parlamento corrupto.

La realidad se empeña en contradecir constantemente a la teoría. Sin todas estas experiencias, no entendería el Estado. Quizá por eso no puedo aceptar explicaciones demasiado simples. Y por eso me he atrevido a añadir el adjetivo «descompensada» a la definición de Jessop del Estado como «una relación social». Claro que se puede desobedecer al Estado (de lo contrario, no habría perspectiva de cambio alguna), pero el precio de hacerlo es alto.

Hace veinticinco años discutíamos en un departamento universitario de la Universidad Complutense de Madrid acerca del nuevo descriptor de la asignatura Teoría del Estado. En aquella reunión algunos profesores se pronunciaron en contra de incorporar la globalización a la definición de la asignatura: «Es una moda, y las modas se pasan. Lo que nunca se pasa son los griegos». Se referían a la Grecia clásica. La astucia de la academia no siempre está a la altura de los tiempos.

Empecé en la teoría del Estado porque los politólogos más lúcidos de entonces, que se inventaron la politología española, me llevaron con su inteligencia por ese camino. Las apuestas personales posteriores nos alejaron. Y la Teoría del Estado ha desaparecido de los currículos universitarios. Se enseña «Instituciones políticas y estructuras de decisión». Los alumnos no entienden el nombre y creo que yo tampoco.

Enfrentarse al Estado es un reto para valientes. Le he puesto el coraje y la perseverancia. El resultado, ya veremos si rinde sus frutos. Mi sensación es que llevo un par de decenios

dialogando con algo que reclama mucha atención y que brinda pocos frutos. En cualquier caso, algo vamos haciendo en la práctica. Lo aprendido en mi relación con la teoría del Estado me acompaña en mis decisiones. Es un regalo. Con las dificultades de ser coherente cada día en la práctica. La política real debiera ser obligatoria para todos los profesores de ciencia política. Mentiríamos menos. Y mentiría ahora si no reconociera a los colegas que, contra viento y marea, levantan la universidad pública.

Hemos entrado en el siglo XXI. La Universidad que no acompañe a los tiempos va a convertirse en innecesaria. Haciendo autocrítica, esto vale también para la ciencia política. La falta de compromiso con lo que ocurre –aunque se pueda fracasar en el intento– es la vacuna para no convertirse en un figurante inútil que nunca cocinará ni probará los platos que ni siquiera se atreve a pensar.

Se paga precio por la crítica. En América Latina te matan físicamente. En Europa, te intentan matar civilmente. Saber la relación entre la política, los intereses materiales y los medios de comunicación mella los cuchillos que quieren apuñalarte y desvía los proyectiles que quieren atravesarte. Al final, la teoría del Estado tiene su gracia. Es una suerte de chaleco antibalas.

Con Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y otras muchas compañeras y compañeros confrontamos la política con la excusa de Juego de tronos. Apostar por los dragones es tirar piedras sobre nuestro propio tejado. Nunca nos pusimos de acuerdo y, sin embargo, construimos el mismo barco. Los caminantes blancos, estábamos convencidos, son los neoliberales. En eso siempre hemos estado de acuerdo. Y porque teníamos ese barco, navegamos con nueva gente, Pablo Echenique, Rafa Mayoral, Irene Montero, Juanma del Olmo y otras muchas y muchos esenciales aunque su nombre no sea conocido.

Dios no existe pero funciona. El Estado existe pero no funciona. Al menos, para la defensa del interés general. Y en la defensa del interés del 1%, vemos a su maquinaria pasar por encima de cualquier cosa. Luchar contra enemigos invisibles es tenaz. Pese a todo, seguimos. Comprometidos con un buen diagnóstico. Cualquier revolución se va a hacer con libros. Con muchos libros. Seguro que eso explica estas líneas donde ahora debiera empezar a citar a todas las personas que han logrado que este libro exista. Pero son muchas, y ellas y ellos saben quiénes son. Vaya aquí mi más comprometidas gracias.



ANTES DE EMPEZAR…

Crisis y castigo, o por qué la revolución ni ha llegado ni se la espera

Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruinas, porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia. Pero a nosotros no nos dan miedo las ruinas, porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Ese mundo está creciendo en este instante.

Buenaventura Durruti

Todo lo interesante en la vida sucede lejos del equilibrio –nos dice la termodinámica.

Jorge Riechmann

El Estado es apenas una trinchera avanzada tras la que se asienta la robusta cadena de fortalezas y fortines de la sociedad civil.

Antonio Gramsci

Noche de Halloween. Vale cualquier lugar del mundo (ya todos los cuentos que oyen los niños en cualquier rincón del planeta son de Disney). Hay alguien disfrazado de financiero con el único credo del beneficio (puro en la boca –son más de cigarrillos–, sombrero de chistera –aunque ya no se usa–, maletín –aunque ya no se transportan maletines con dinero habiendo internet–; del maletín, como atrezzo, sale sangre). Ya no hace falta arrancar la barrera aduanera entre Alemania y Polonia, como hizo la Wehrmacht en 1939, para quedarte con un país. Puedes saquearlo, como hicieron con Grecia, a través de la deuda. Es más eficaz que invadir un país; véase Iraq. Los griegos de la Antigüedad –Solón– abolieron la esclavitud por deudas. Pero eran otros tiempos. Nadie se disfraza hoy de Solón o Pericles. Se suele insistir en la crisis económica de 1973. Pero eso es solo una parte de la verdad. Vino con otra crisis: la que dijo que la culpa no la tenían los gobiernos, sino la gente, que le pedía demasiado al Estado. Era una crisis de gobernabilidad porque había un exceso de democracia. Halloween. Otra persona va disfrazada de refugiada. Puede ser por culpa del cambio climático, por la violencia del narcotráfico, del paramilitarismo, o por bandos en conflicto en guerras interminables que suelen tener tres causas: intereses económicos en disputa (petróleo, agua, minerales, biodiversidad, terrenos para el agrobusiness); equilibrios geoestratégicos; falta de poder decisivo en la zona entre potencias mundiales o regionales (EEUU, China, Rusia…). Lleva en la frente un sello burocrático en tinta azul: rechazada. Uno, atrevido, va vestido de terrorista islámico. En vez de un cinturón con explosivos lleva uno con mandos a distancia. Hay una pareja pegada: por delante es Trump, por detrás es Obama. O al revés. Otra va disfrazada

de desigualdad; otro, de precariedad laboral; otra, de desahuciada; uno, de sindicalista triste; uno, más extrovertido, de extrema derecha triunfante y elegante; una ha logrado disfrazarse de emigrante ahogada en el mar. Hay uno de pobre, con una antena parabólica en el tejado de su favela. Uno que va de paraíso fiscal mira a la inmóvil inmigrante ahogada en agua de nadie. Se hacen corrillos. De uno a otro van algunos disfrazados de Estado, pero cuando les miras parecen haber cambiado de disfraz. A veces ayudan, a veces regañan, a veces amenazan, a veces sancionan. Se quedan más rato donde florecen los vestidos más eficaces. A veces parecen muy amigos del financiero. A veces parecen tenerle miedo. Tiene fuerza camaleónica. Habla con un médico ojeroso y el Estado aparece con un gotero en su brazo. Habla con el banquero y el maletín se rotula como Banco Central. Conversa con un militar y afirma durante cinco minutos con la cabeza. Habla con un periodista y se nota cómo le grita, pero viene uno disfrazado de jefe del periodista y es él quien grita a los que visten de Estado. Disfraces del Leviatán.

La izquierda socialdemócrata y comunista estaba exhausta y sin ideas en los años setenta. La crisis económica, con su acontecimiento, que no su causa, en 1973, con la subida de los precios del petróleo tras la guerra del Yom Kippur, fue la oportunidad de la fracción financiera de la economía. La usaron. Incluso con golpes de Estado como el que dieron contra Salvador Allende. Era el momento del monetarismo y de la banda que lo acunaba, los Chicago boys. La clase trabajadora no tuvo fuerzas para resistir el embate. En algunos países intentaron alternativas, pero el modelo neoliberal terminó convirtiéndose en el sentido común de la época. Era algo más que una propuesta económica.

Comenzó un nuevo contrato social que se materializaría en el nuevo siglo en forma de pérdida de derechos laborales, vaciamiento de la democracia y aumento del autoritarismo. El Estado, que siempre refleja las luchas sociales, fue tomado por la minoría triunfante. Gobernar los Estados como si fueran una empresa formaba parte de ese nuevo sentido común. Dejamos de ser ciudadanos para pasar a ser clientes. Clientes en el mejor caso, siempre y cuando no te quedaras fuera del mercado.

En un mundo donde se han consolidado minorías con mucha capacidad de fuego, el control del aparato del Estado es parte de un control más amplio que afecta a todos los extremos de la vida social nacional e internacional. El Estado es una relación social –necesita emisores y receptores–, pero descompensada. Quien es capaz de dictar las decisiones del Estado tiene más probabilidades de lograr sus objetivos. En una relación social puedes desobedecer. Desobedecer al Estado se paga caro. De hecho, los Estado nacieron gestionando el miedo. Principalmente el que ellos creaban.

El miedo siempre necesita un antídoto. El antídoto histórico más elaborado contra el miedo ha sido, paradójicamente, el Estado. El problema es que el Estado es el que produce buena parte de los miedos para los que te ofrece defensa. El miedo que produce el Estado es masculino. Por eso la defensa que ofrece es paternal. Cuanto más te protege el padre, más miedo da y más indefensión genera. Cuanto más confundido estás, más miedo tienes. Por eso, el Estado no tiene problema en mezclarse con la religión o con los servicios secretos. El miedo es funcional al Estado. Si el principal miedo que parecen tener los Estados es a los mercados, ¿qué problema hay en que sean empresarios millonarios quienes dirijan los Estados?



DONALD TRUMP NO SABE DE TEORÍA DEL ESTADO

No consta que Donald Trump haya leído una línea sobre teoría del Estado, pero dio sobradas pruebas de que con un tuit podía poner cabeza abajo las estructuras del Estado más poderoso de la historia. Internet no tiene la consistencia física de los misiles pero constituye la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Por culpa de internet y del uso de correos electrónicos privados, Hillary Clinton tuvo serios problemas con la justicia, y el gobierno de Trump, quien fue capaz gracias a internet de derrotar a los medios de comunicación más poderosos, encontró sus más graves problemas también por las informaciones que subieron y bajaron por las redes, las más relevantes desde Rusia. En España, un SMS mandado por el presidente Mariano Rajoy al tesorero de su partido, encarcelado por múltiples casos de corrupción ligados a la financiación ilegal, le puso en algunas dificultades, aunque la debilidad de la democracia española convirtió el pecado en venial.

Los monarcas feudales podían mirar por su ventana cómo rodaba por el cadalso la cabeza de sus enemigos y hoy los emperadores del siglo XXI miran por la ventana de una pantalla cómo revienta el cuerpo de sus enemigos gracias a un silencioso misil lanzado desde donde las nubes ocultan un dron invisible. El poderoso Partido Comunista de China cerraba en 2017 las redes sociales en vísperas de un XIX Congreso que tenía que elegir a la elite que iba a enfrentar la crisis del neoliberalismo, la robotización de la economía, las nuevas migraciones, el envejecimiento de la población y una devastación medioambiental que ya concretaba su amenaza con aire envenenado, sequías, tifones, terremotos, tsunamis y huracanes.

Al tiempo, en el Reino de España, la Comunidad Autónoma Catalana usó las herramientas estatales que poseía para hacer de la voluntad independentista un espacio con contornos reales, pero también vio cómo el Estado español, mucho más fuerte, dejaba caer la fuerza de su Estado y la razón última de la violencia física para buscar papeletas de voto y urnas como ayer buscaba disidentes y enemigos de la dictadura. Terminó encarcelando a políticos. El Estado débil había sido capaz de impulsar una consulta sobre su independencia, y el Estado fuerte impedía esa suerte de referéndum (sin muchas garantías) igual que ayer el dictador Franco los convocaba y los ganaba. Protegido por el músculo de su petróleo, Arabia Saudí, principal financiador del terrorismo yihadista, masacraba a decenas de miles de personas en Yemen con la autorización callada del mundo, de la misma manera que en México el gobierno conservador del eterno PRI ordenaba desalojar las calles para desactivar las redes de solidaridad que se habían trenzado para ayudar a las víctimas del terremoto de septiembre de 2017. El Mediterráneo seguía tragándose vidas de gente que sentía más seguras las frágiles embarcaciones con las que navegaban hacia Europa que quedarse en una tierra abandonada por la historia, y en Brasil y Argentina presidentes millonarios usaban los medios de comunicación, los juzgados y la policía para borrar cualquier recuerdo de los anteriores gobiernos de cambio que habían protagonizado la primer lucha exitosa contra el neoliberalismo.

Las elecciones periódicas, una de las condiciones básicas de la democracia, vuelven conservadores a los funcionarios, quienes desconfían de los cambios que puedan traer nuevos dirigentes con nuevas políticas. En la historia, los guardianes que empezaron a

trabajar para los poderosos tenían predisposición para la obediencia porque se sabían sustituibles. Sin embargo, con Trump, Macron, Macri o Temer se hacía evidente que los millonarios ya no confiaban en mayordomos y habían decidido tomar directamente los mandos de los gobiernos. Para los grupos dominantes, lo importante siempre es mantener su posición de privilegio (se benefician de la vida social más que el resto) y, con los medios que tengan a su alcance, defender el statu quo. Lo logran con un Estado débil que no se inmiscuya y deje a la sociedad civil seguir su camino; lo logran con un Estado fuerte si, desde ahí, mantienen el privilegio. Lo logran desde dentro del Estado y desde las estructuras de la sociedad civil entrecruzadas con el Estado. Mientras, los partidos políticos se han vuelto organizaciones complejas. Los millonarios en el gobierno, pero también muchos gobiernos de cambio, ya no tienen detrás partidos políticos. Los «efectos estatales» se logran con diferentes tipos de Estado y, a menudo, desde fuera del propio Estado. Su fortaleza suele consistir en desorganizar a las fuerzas subalternas.

Los Estados se encargan hoy de muchos asuntos, por eso los gobiernos tienen hoy mucho poder. Su capacidad de escorar a los Estados es mayor que hace cincuenta años. Es el gobierno el que disfraza al Leviatán. En el Congreso de los Diputados de España cuelgan cuadros de reyes visigodos, encargados en el siglo XIX por Isabel II. Pero fue recientemente, con un presidente de la Cámara perteneciente al PSOE, que fueron rescatados de los sótanos del Museo del Prado. Se trasladaba a la sede de la soberanía popular el falso mensaje de que España ya existía en el siglo VIII. Está en esa sala el cuadro de Alarico, que construye esa continuidad de la monarquía borbónica, pese a que nunca pisó la península ibérica. Sin embargo, faltan las dinastías de los Mohamed y Yussuf que gobernaron durante décadas en Granada o Córdoba. Tampoco está Boabdil, el que entregó la plaza granadina a los Reyes Católicos. ¿No eran españoles, o lo eran menos que los godos y los visigodos? Cánovas del Castillo trazó esa falsa historia de España que la hacía católica, apostólica y romana emparentando al primer rey católico, Recaredo, con la figura emblemática de la lucha contra los árabes, quien los habría derrotado en Covadonga con la ayuda de la Virgen. ¿Quién se atreve a cuestionar un poder que viene de tan lejos? Trece siglos más tarde, el presidente José María Aznar dijo que la lucha contra Al Qaeda la había empezado Felipe II en 1571 con la batalla de Lepanto.

En 1995, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, cuyo levantamiento indígena en 1992 pondría en trance al gobierno del PRI instalado durante siete décadas en el Palacio de los Pinos, se reunió con el gobierno en la población de San Andrés, en Chiapas, al sur del país. Las negociaciones entre el ejército y los rebeldes tuvieron lugar en la cancha de baloncesto del pequeño pueblo, para recordar que era una negociación con los humildes. Esa fue la primera batalla ganada. Las negociaciones no iban a tener lugar en el Palacio de Gobierno, donde el Estado ha ido dejando durante décadas las marcas de un dominio –en los cuadros, en las habitaciones cerradas, en el lujo, en los ujieres solícitos o molestos, en los trajes y las corbatas, en los horarios marcados por la burocracia, en el ir y venir de asistentes inútiles, en la solemnidad idiota que invita al silencio, en el desconcierto de quien no conoce sus rincones– que termina maniatando a quien entre en él. Esa cancha era la proclamación de una victoria y el gobierno, sentado en sencillas sillas a las que no estaba acostumbrado, sabía que hacer política en el territorio del pueblo era una derrota.

En España se contaba un chiste de gitanos, un colectivo marginado y objetivo constante de la guardia civil, una policía militarizada muy activa durante el franquismo en la represión de las zonas rurales. García Lorca recogió esta desigual relación en su Romancero gitano.



Caminando por el campo, dos niños gitanos se encuentran un tricornio, el sombrero oficial de la guardia civil. Uno de ellos lo pone en la cabeza con curiosidad. El otro le pregunta: «¿Qué es eso?», y el del tricornio le contesta: «No tengo ni idea, pero me están entrando una enormes ganas de golpearte con un palo». En Marikana, en Sudáfrica, ya pasado el apartheid, la policía reprimió una protesta de mineros matando a varios de ellos. Los mineros eran negros, así como los policías y también la jefa de la policía en la provincia. Angela Davis, una activista ligada a las Panteras Negras, concluía: «El racismo es peligrosísimo porque no depende necesariamente de los actores individuales, sino que está profundamente arraigado en el sistema […]. No importa que la jefa de la policía nacional sea una mujer negra. La tecnología, los regímenes, los objetivos son los mismos». El problema, continuaba, es que «el racismo está incrustado en las estructuras de las instituciones»[1].

Cuando el Muro de Berlín fue derribado –por una multitud enfurecida que tuvo que recordarle a sus gobernantes «¡Nosotros somos el pueblo!»–, se dijo que los cascotes iban a caer sobre la izquierda y sus descendientes. Ha pasado más de un cuarto de siglo y la emancipación anda todavía desescombrando.

«LA TRAGEDIA NUESTRA NO ES TRAGEDIA». «¡PUES ALGO SERÁ!». «EL ESPERPENTO»

No es signo de buena salud el estar bien adaptado a una sociedad profundamente enferma.

Jiddu Krishnamurti

Más gente se queja del gobierno que del Estado. Los gobiernos pasan, pero la permanencia de los Estados (stato, «lo que está») presta una intuición que ayuda a que se piensen con más fuerza que lo pasajero. El Estado en realidad no existe al margen de lo que pensemos que es el Estado. No es sin más ese muro que te romperá la cabeza si lo golpeas con ella. Está ahí, qué duda cabe, pero tiene que dialogar con el resto de realidades. Con la economía, con otros Estados, con el medio ambiente, con una plaga y con un meteorito. Y, por supuesto, con la gente. El Estado es una relación social. ¿O una fiesta de gala sería lo mismo si los invitados fueran en paños menores? ¿Hablaríamos de un partido de fútbol si los jugadores cogieran en el estadio todo el rato la pelota con las manos? ¿Y acaso el dinero sería algo más que un trozo de papel si no supieras que, con él, puedes intercambiar cosas? El Estado funciona gracias a grandes intuiciones. Una parte no pequeña de las sociedades de todo el mundo sospecha y alberga, cuando menos, fuertes reticencias hacia el Estado (mucho más, con justicia o no, que hacia los políticos que lo dirigen y los burócratas que lo gestionan) y, sin embargo, a ese complejo de instituciones, organizaciones, personas y modos de actuar entregan ni más ni menos que la educación de sus hijos.

Cuando comenzaba en la Universidad mis cursos de Teoría del Estado, el primer día de clase hacía levantar a algún alumno tres veces –a poder ser, alguien que hubiera llegado

tarde para aprovechar mejor su desconcierto– y le pedía que dijera en voz alta su nombre. La primera vez lo hacían con gusto. La segunda se leía en sus caras la duda. La tercera vez era evidente su desconcierto y cierta inquietud. Después de disculparme, contaba con cara de sorna, aunque no fuera cierto, que a esa misma persona la había encontrado la noche anterior en un bar y había intentado hablar con él o con ella. Y, haciendo algo de teatro, explicaba que no me había hecho el más mínimo caso. ¿Por qué la noche anterior me había mandado a paseo esa persona y al día siguiente, en clase, se levantaba contra su voluntad hasta tres veces? Porque me estaba reconociendo auctoritas (se presupone que el profesor sabe y su método, el que sea, busca enseñar al alumno) y también potestas (el profesor, en última instancia, te puede suspender, expulsar, humillar). Auctoritas y potestas son dos cualidades del poder que necesitan ser reconocidas. Me parece una manera útil para empezar a hablar del Estado, «la máquina más perfecta de construir obediencia». Le conté a un compañero que daba clase en cursos superiores esta estrategia y decidió imitarla. Cuando pidió a un alumno que se levantara por segunda vez este, con firmeza, le dijo que en modo alguno iba a obedecer a su capricho. Mi compañero acertó a decir: «esto es señal de que no tengo auctoritas ni potestas ni nada que pueda justificar qué demonios hago aquí». Claro que la capacidad de hacer daño está ahí. Pero no la puedes mantener permanentemente. El poder es una relación social. Depende de la respuesta de los otros. Igual que el capitalismo. Igual que el Estado. No funcionan como un absoluto que nos permita afirmar ninguna causalidad como el desplazamiento de una bola de billar después de haber sido golpeada por otra. No es tan sencillo. El Estado es una relación social, pero descompensada.

No existe «el» Estado al margen de lo que pensemos que es el Estado, de la misma manera que no existe el ajedrez al margen de las reglas que deben cumplirse en una partida. Pero el Estado tiene algo de partida de ajedrez cuyas fichas tienen la capacidad de cogerte de la mano, acompañarte, obligarte a sentarte, convencerte de que lo mejor que puedes hacer es jugar. De hecho, quizá su mayor fuerza no resida en los fusiles, las balas y los cañones, sino en esa idea compartida de que el Estado está ahí para representar una voluntad colectiva. En el territorio de un Estado puede ser que nunca opere la ley, no se cobren impuestos ni la policía o el ejército patrulle. Puede ser también que la población de un Estado sea ignorada por el mismo (basta ver la gente sin patria que cruza mares y fronteras, muchas vez sin lograrlo, con la idea de llegar a paraísos que creen prometidos). Y no es menos cierto que la justicia de un Estado o la tarea de los funcionarios puede ser tan selectiva que lo último que puede pensar algún ciudadano sea en recurrir a las autoridades. El Estado no es una cosa ni un instrumento, pero su sombra es enorme. Esa es la descompensación. Tendrán que hacer grandes equilibrios, convencer a mucha gente poderosa, influir en los discursos, hacer complejos cálculos, pero los Estados y solamente los Estados pueden declaran formalmente la guerra. Y cuando lo hacen, vas a la guerra y la guerra se mete en tu salón y en tu vida. Mueres y te matan.

Pese a todos los cambios estructurales que se observan en el mundo en el siglo XXI, sea la globalización, la impotencia del neoliberalismo, la crisis de los partidos, el gobierno de los millonarios, el surgimiento de redes sociales, la amenaza medioambiental, la individualización y fragmentación social, el desarrollo tecnológico o las reclamaciones igualitarias de género, la discusión acerca de la política sigue siendo, de una forma u otra, un diálogo con el Estado. Un Estado que sigue siendo, de una forma intrincada, el principal instrumento para que las cosas cambien o para que se queden en su sitio. También por ese diálogo, más o menos rudo, las ciencias sociales siguen siendo un diálogo con Marx.



¿Quién construye esa presencia del Estado? El Estado vinculado a ejércitos, a psicópatas, torturadores, a científicos enajenados, a dragones, sheriffs, pistoleros, financieros, empresarios salvadores, a marines o policías que se toman la justicia por su mano en un mundo donde la mayoría ya no cree que la cárcel sirva para rehabilitar ni para encarcelar a los verdaderos culpables. El Estado, en los castillos y los juzgados angustiantes de Kafka, en las pesadillas vigilantes y manipuladoras de 1984 de Orwell, del Blade Runner de Ridley Scott o de la tecnología amenazante de la serie televisiva Black Mirror; el Estado con reclamaciones dinásticas, armas secretas, traiciones constantes y muertes que ensanchan la moral en Juego de tronos, el Estado en formación en la lógica de frontera plagada de supervivientes de Deadwood o de Shane (la mejor novela del Far West según la Asociación Norteamericana de Novelas del Oeste). Hasta la Revolución francesa, todas las utopías fueron estatistas. A partir de ese momento, todas las distopías son estatistas. Sin embargo, el Estado sigue siendo el destinatario último al que se pide que resuelva los conflictos económicos, sociales y políticos. Cuando se le llama, ¿alguien se extraña que venga con su disfraz de Leviatán represor autoritario y arbitrario? Y cuando eso pasa, ¿a quién queda por llamar?

Entender al Estado desde la idea de lo que debe ser el Estado es como mirar a la policía desde la idea de lo que debe ser la policía. En muchas partes del mundo, los aparatos policiales son el principal problema de orden público (algo válido para México, Birmania, Pakistán o Rusia, pero también en países como España donde el Ejecutivo del Partido Popular organizó mafias policiales antiterroristas o policías políticas para descalificar con pruebas falsas a los adversarios durante las elecciones)[2]. El Estado funciona desde ideas abstractas; los gobiernos, con resultados prácticos. Es más fácil opinar del gobierno que del Estado. Es fácil quejarse de «la política». Pero ¿y del Estado? Lamentarse de lo político en abstracto es un lugar común que ni quita ni pone. Como hablar del tiempo. Quejarse del Estado, por el contrario, retrata. Es conocida la respuesta de Mozart al emperador José II cuando este afirmó que a Las bodas de Fígaro, le sobraban «algunas notas»: «Majestad –respondió el compositor de Salzburgo–, ¿cuántas notas?». Emplazar al Estado remite a un modelo alternativo. ¿Qué tipo de Estado ronda la cabeza cuando se formula la crítica?

Ya avanzado el siglo XXI, es indudable que los Estados, como una presencia ontológica, están siempre ahí. Aunque se publique su esquela, aunque se quiera diluir en el disolvente de la gobernanza, aunque se pretenda esquivarlo permaneciendo en los márgenes. No pierde su presencia aunque nunca se piense en su sala de máquinas ni en sus tentáculos. Está ahí cuando los neoliberales lo convierten en un arma de guerra y cuando los socialdemócratas arañan migajas del presupuesto para paliar los efectos del mercado. Y también cuando la política de los indignados, desde la «Primaveras árabes» a Occupy Wall Street, pasando por el 15M español o la Plaza Syntagma en Atenas, impugnan la mercantilización de las personas y la falta de representación de la democracia representativa. Lo invocan quienes lo niegan y quienes lo esconden. Su presencia es demasiado poderosa como para hacerlo desaparecer simplemente desconociéndolo. Sus causas y sus efectos llegan y permanecen mucho más allá de «la cuna y la tumba» con la que soñaron los laboristas del siglo pasado. Está ya ahí signando el futuro de los no nacidos y seguirá la pista de los muertos. Lo quieren disciplinado las farmacéuticas, los bancos y las aseguradoras. Garantiza el nombre privado de los productos y convierte la magia en ciencia y el saber popular en mercancía. Pretender ignorar al Estado no exime ni inmuniza respecto de él. Al contrario, interrogarlo da pistas sobre la manera política de estar en el mundo. Como en los experimentos psicológicos de asociación de ideas, detrás de cada comprensión de lo político se está optando por una manera de practicar la

sociedad. ¿Estado?: becas y prisiones; ¿Estado?: semáforos y sanidad; ¿Estado?: policías y jueces; ¿Estado?: pensiones y patentes; ¿Estado?: constitución y burócratas; ¿Estado?: impuestos y leyes de pobres; ¿Estado?: ejército y guarderías; ¿Estado?: delincuentes de cuello blanco y cementerios; ¿Estado?…

No es mala pregunta la que quiere entender los ciclos del sistema capitalista. Especialmente sus fases de bajada. ¿Por qué hay crisis? Es ahí cuando hay que sincerar la economía real con la economía financiera, cuando las deudas son urgidas a zanjarse, cuando las capas del sistema se recolocan con estrépito de terremoto y ajuste mineral. Hay una pregunta, no menos relevante, que suele hurtarse al debate y que también tiene sabor a historia repetida. ¿Por qué la crisis de 1929 no trajo consigo la revolución? ¿Por qué, una vez más, con la crisis de 2008 ningún fantasma revolucionario ha recorrido el planeta sino todo lo contrario? Aún más, ¿por qué el capitalismo en problemas ha traído siempre aires de guerra y fascismo?

De cada crisis, el sistema capitalista ha salido con un nuevo modelo de desarrollo al que le corresponde un nuevo modelo de Estado y un tipo particular de hegemonía mundial. El modelo liberal se sostuvo sobre el librecambio, el colonialismo, el patrón oro y el predominio británico. El modelo social keynesiano se construyó con las instituciones de Bretton Woods, integraciones regionales y la hegemonía bipolar de la guerra fría entre EEUU y la Unión Soviética. El neoliberalismo rompió los corsés nacionales, entregó parte de la «estatalidad» a organismos internacionales convertidos en aparatos de maximización de ganancias del Norte (FMI, BM, OMC) y estableció el papel de Estados Unidos como gendarme mundial único. El mundo actual, roto y desordenado, muestra una carrera en pos de la reconstrucción de los fragmentos.

Dependiendo de la correlación de fuerzas nacional e internacional, el resultado puede inclinarse por una amplia gama de posibilidades, entre las cuales está la puesta en marcha de un proceso moderado de redistribución de la renta, aventuras imperiales, un refuerzo del autoritarismo, la institucionalización del privilegio a sectores con poder financiero, militar o empresarial o, como escenario plausible aunque improbable, la reinvención democrática de la organización social y económica. Habiéndose roto la falsa creencia en el progreso constante, los cambios, sabemos hoy, pueden ser para empeorar. En Europa, la crisis de los años treinta trajo el fascismo. Nunca en ningún otro momento de la humanidad ha habido un poder tan descarnado, brutal, despótico y oculto como el que poseen hoy las finanzas. Y no hace falta pagar el precio del modelo económico para abrazar nuevas formas de fascismo. Neoliberalismo y autoritarismo son perfectamente compatibles. En las elecciones alemanas de septiembre de 2017, una fuerza xenófoba de extrema derecha entró por vez primera tras la Segunda Guerra Mundial en el Bundestag apoyada por la ciudadanía con mayor nivel de bienestar de la Unión Europea. Les bastó el «miedo» a la inmigración provocada, en buena medida, por el bienestar de Alemania (contaminación global, guerra global y poder económico comercial global).

Nunca en ningún otro momento de la humanidad la necesidad del cambio ha sido tan urgente y, al tiempo, tan difícil. Los momentos históricos de ausencia de hegemonía mundial y con intereses en conflicto son la antesala de enfrentamientos bélicos. Un optimista, decía Bertrand Russell, es un idiota simpático; un pesimista, un idiota antipático. La diplomacia mundial no existe y la financiación del déficit militar de Estados Unidos –lógica económica decisora del planeta– sigue estrangulando a los países que tienen todas o parte de sus reservas en dólares. Stanisław Jerzy Lec alertó de los cada vez más estrechos callejones sin salida: «no esperéis demasiado del fin del mundo». El Joker



sonríe desde los tejados de Gotham City. Batman da palos de ciego. Pero necesitamos, como recordaba Benedetti, palos de vidente.

Cuatro eran las posibles respuestas a la crisis económica que empezó a golpear al mundo a partir de 2007. En primer lugar, no hacer nada, esperando que el tiempo decantase las respuestas. El creciente número de desempleados, las quiebras de empresas y los gritos afectados del mundo financiero no parecían aconsejar esa salida. La segunda opción, pauta rápidamente esgrimida por el establishment económico una vez superada la parálisis inicial, consistía en insistir de manera desnuda en las soluciones neoliberales, a lo sumo acompañándolas de momentáneas socializaciones de las pérdidas. El neoliberalismo es un sistema que fracasa huyendo hacia delante. Para ello, a su vez, tenía que convencer a la ciudadanía de que la solución venía de la mano de los mismos que habían generado el problema. Surgieron así los outsiders insiders, esto es, los privilegiados del sistema que se presentaban como enemigos del sistema (Trump, Macron, Temer o Macri). La tercera posibilidad traía de regreso a casa la regulación keynesiana, aunque, al operar desde un suelo fuertemente neoliberal, tenía necesariamente que coexistir con aquello que la había convocado. Un neoliberalismo keynesiano. Podría haber funcionado con una revisión fuerte de la socialdemocracia. Pero nada parece indicar que la socialdemocracia esté dispuesta a confrontar el neoliberalismo y sus secuelas políticas. Sus disidencias no resistieron ni el embate de los aparatos políticos internos (Sanders perdió en Estados Unidos las primarias demócratas contra una Hillary Clinton financiada por Goldman Sachs; Corbyn, en Gran Bretaña, tenía enfrente el aparato del partido) ni el embate del populismo de derechas. Era la salida más mentirosa. La cuarta opción pasaba por inventar nuevas soluciones que superasen los callejones sin salida del capitalismo y rompieran con la dictadura de la alianza Estado–finanzas–complejo militar-industrial. Nadie le puso el cascabel al gato.

La opción preferida fue una mezcla de ahondamiento neoliberal –concentración en los aspectos bancarios tradicionales, reforzamiento del FMI, confianza en que el mercado se encargaría de reubicar los buenos y malos activos financieros, políticas de austeridad y privatizaciones– y de falso regreso a la edad de oro de la regulación estatal, bajo la igualmente falsa suposición de que el colapso del keynesianismo en los años setenta se debió a algún tipo de locura cometida por malas personas y no a la implosión de un sistema que creó sus propios sepultureros.

Las épocas de crisis generan turbación, y es muy fácil mirar al pasado con indulgencia y nostalgia. ¿Una vuelta a un capitalismo con rostro humano? El keynesianismo no se hundió porque llegaran desde Chicago los terribles neoliberales con su carga de maldad en la mochila, sino debido a que el capitalismo necesitó exceder el ámbito nacional para mantener su tasa de ganancia –el metabolismo que anima todo su funcionamiento–, al tiempo que convertía al dinero en la más rentable de las mercancías. En la fase de descenso del ciclo económico en los años setenta, con el mercado de bienes saturado y una creciente caída de la productividad, con Europa y Japón incorporados a la competencia mundial una vez superado el parón de la guerra, con una crisis de sobreproducción y desempleo y un empobrecimiento per cápita generalizado (donde se juntaba el crecimiento demográfico y la caída de la renta), la salida fue recuperar la tasa de ganancia reduciendo los costos de producción (especialmente los salarios) y aumentando las tasas de explotación, deslocalizando empresas, aumentando el ritmo de destrucción medioambiental, dejando de pagar impuestos, endeudando a ciudadanos y países, especialmente del tercer mundo, reduciendo el gasto público, privatizando el patrimonio colectivo y haciendo del dinero el principal de los negocios. Una vez asentado el poder político de las finanzas, las burbujas especulativas fueron recurrentes y el fraude

de las hipotecas subprime, que se permitieron solamente porque las finanzas obtenían comisiones de cada movimiento, aunque fueran de puro humo, solo tuvo como consecuencia el empobrecimiento de las mayorías.

Los Estados nacionales, cargados de referencias de izquierda tras la derrota de la derecha en la Segunda Guerra Mundial, se habían convertido, desaparecido el peligro soviético, en un rígido corsé que molestaba para el logro de ese fin. La respuesta política a las presiones del capital fue permitir que la pasta dentífrica se saliera del tubo. Después, nada más inútil que intentar meterla de nuevo dentro. Mera distracción mediática para aparentar decisión política. Para una tarea tan titánica hacía falta el concurso de mucha ciudadanía en muchos países, algo que, de momento, no estaba en la agenda. Sin olvidar que el incremento constante del déficit para solventar los recurrentes problemas del capitalismo generaba una igualmente creciente dependencia del principal financiador del mismo, esto es, China, que con un silencioso estruendo ya estaba cambiando el eje de la geopolítica mundial. De cualquier forma, los cambios sociales se cuecen a fuego lento.

Pero las crisis nunca son «económicas». Como siempre ocurre en los asuntos que afectan a las estructuras sociales, estamos ante un problema político, aunque las disfunciones se hayan mostrado en el campo de la economía. Y la política es consenso y conflicto.

Si nos detenemos en la reflexión poscrisis sobre el Estado, podemos repetir aquello que lamentó Gandhi a mediados del siglo XX, quejándose del trato recibido: primero nos combatieron, luego nos censuraron, más tarde nos ignoraron y al final dijeron que lo que nosotros planteamos es lo que ellos habían sostenido desde el principio. El medio es el mensaje, y quien controle los canales de comunicación será quien ponga el marco discursivo, la matriz de opinión, en la opinión pública.

Como dice un refrán español, a la fuerza ahorcan, y el acumulado de reuniones de alto nivel gubernamental lanzaba el mensaje de que se estaban tomando decisiones. Ahora bien, nunca hubo verdaderas razones para pensar que las peticiones de control, regulación, moderación y redistribución que empezaron a pregonar aquellos que apenas ayer defendían lo contrario fueran sinceras. Es más fácil escribir una columna de periódico criticando los excesos neoliberales que cambiar los planes de estudios de las facultades de Economía, grandes responsables de sembrar precisamente el delirio neoliberal (no hay noticia de cambios que modulen la hegemonía teórica neoliberal en ningún país del mundo). Es más sencillo decir «hay que hacer algo» que devolver el dinero obtenido en las décadas de la orgía del capitalismo desorganizado. Requiere menos esfuerzo echar las culpas a procesos abstractos o recurrir a culpas colectivas –«es que los pobres no se esfuerzan lo suficiente»– que acompañar las muestras verbales de remordimiento con ese principio cristiano que señala la verdadera contrición (la restitución de lo robado o el resarcimiento del daño hecho). Los expresidentes que decidieron la invasión de Iraq, generando cientos de miles – cientos de miles– de muertos, dan millonarias conferencias por el mundo contando su experiencia, y no hay tampoco noticia de que dediquen siquiera una parte de esos beneficios a tareas de reconstrucción o alivio para las víctimas.

Los atisbos de recuperación económica –que se suceden como en un tiovivo a los anuncios de recaída– se siguen midiendo por subidas del PIB que no mejoran la vida de las mayorías, beneficios bancarios y subidas en la Bolsa. Como en un lento pero eficaz levantamiento de un cadalso de proporciones descomunales, se vio cómo las medidas contra el cambio climático o la ayuda eficaz a los países del tercer mundo quedaron fuera de la agenda. ¿A la fuerza ahorcan? Los verdaderamente ajusticiados, a poco que se recupere una mirada desde las víctimas, han sido los varios miles de millones de personas



que, o bien pagaron con su vida los efectos de la guerra, el hambre, la enfermedad, la ignorancia, la violencia o el cambio climático, o se vieron excluidos de las ventajas sociales al ver cómo las desigualdades construían una brecha desconocida en la historia de la humanidad. El neoliberalismo es un fascismo intelectualmente elegante y vestido con trajes caros.

En sociedades saturadas audiovisualmente, al igual que el mapa termina confundiéndose con el territorio, el disfraz logra hacerse pasar por el cuerpo. En el mundo de la política, las ideologías no se atribuyen por los comportamientos, sino que las define cada cual y en cada momento, pasando por verdad lo que los medios repitan con su magia redentora. La mayoría de los políticos son productos mediáticos (algo que es válido para el Bush que recurre a la película Top Gun para escenificar, aviones incluidos, el anuncio del fin de la guerra de Iraq, para el Obama que reinventó el cuento del sastrecillo valiente, rematado con la coronación imperial de su toma de posesión, y para el Trump que ha hecho de la viralidad de Twitter un arma política con la misma carga elusiva que los drones), si bien los efectos de sus actos dejan en los pueblos huellas que se miden por generaciones. Como en las malas teleseries, el carácter de los protagonistas varía con la volubilidad de ese ente abstracto que se llama «la opinión pública», perdiéndose al final cualquier consistencia psicológica. La fugacidad de la época hace que el radical de ayer sea el conservador de hoy, y donde hace nada había un vocinglero quemacuras o un libertino asiduo a burdeles de alcurnia, hoy se anuncia un piadoso católico reconciliado con su señora y amante hasta la extenuación de sus hijos. La crisis económica resucitó a Marx (algo que, para su bien, no deja de ser una metáfora) y los ultraliberales, los neoliberales, los paleoliberales y los transliberales dijeron que estaban dispuestos a hacerse socialistas unas semanas. El tiempo justo, como decíamos, de socializar las pérdidas necesarias de un sistema con tendencias estructurales a la crisis, y de preparar el camino para la próxima privatización de las ganancias.

Una mirada fugaz al desorden del mundo estremece, tanto por el nivel de burla como por la falta real de contestación social. Es la falta de respuesta lo que convierte a la tragedia, como en el drama de Valle Inclán Luces de bohemia, en esperpento. Decíamos que era falso que detrás de la elección de Barack Obama hubiera una enorme movilización social. Era un embudo electoral de una única dirección para canalizar una multitud honrada de pequeños aportes económicos para la campaña, pero que nunca podría autogestionar esa red para exigir un tipo u otro de comportamiento. Que en Italia, conmocionada por un terremoto en abril de 2008 que causó casi trescientos muertos y la desolación, el primer ministro Silvio Berlusconi habló a las víctimas alojadas en tiendas de campaña diciéndoles: «No les falta nada. Es como un fin de semana de picnic». Fue elegido por la mayoría de los italianos. Que los gobiernos de cambio en América Latina dedicaran la mayoría de sus esfuerzos a evitar la contrarrevolución, y en ese camino los fantasmas del pasado siempre estuvieran acechando hasta que cayeron con sus cadenas sobre Brasil, sobre Argentina, sobre Ecuador, sobre Venezuela: «Es de noche, las parejas jóvenes se marchan a la cama / y mañana las mujeres parirán… huérfanos», escribió Bertolt Brecht en su «Catón de guerra alemán». No hay razones para el optimismo, pero el pesimismo paraliza. Para no ser idiota (idiotés: ajeno a los asuntos colectivos) en una u otra dirección, hay que complejizar la mirada. Es tiempo, pues, de pesimismos esperanzados.

Siguen muriendo decenas de miles de niños diariamente por desnutrición y las catástrofes naturales cada vez tienen un aspecto menos natural. Terremotos, maremotos, tifones, huracanes… vienen ya acompañados de la certeza de estar vinculados a un cambio climático creado por los humanos. La televisión retransmite en directo la muerte de una concursante en un programa tan seguido por las masas como, supuestamente, prohibido

por todas las Constituciones del mundo (que, supuestamente, también se levantan sobre la defensa de la dignidad humana). Al tiempo, se promocionaba un nuevo formato de reality show donde, aprovechando los efectos laborales de la crisis (el 60 por 100 de los trabajadores del mundo lo hace sin contrato laboral), se anunciará a los desafortunados la noticia en directo de su despido. Como información adicional se hacía saber algo de manera clara: «El jefe es intocable». Se le podrá criticar –continuaba la noticia– y los empleados podrán airear su rabia y frustración con el líder de la empresa, pero no lo podrán despedir. Para que no hubiera malentendidos, se dejó claro que el programa era de interés social. Un directivo de Endemol –la empresa productora también de ese programa global llamado Gran Hermano– indicó que estaban siempre dispuestos a colaborar en programas que reflejaran la situación actual. «No creo que uno pueda encontrar algo más relevante y de interés actual que gente en aprietos financieros», afirmó el responsable de la idea.

De la misma manera, la psicosis de crisis sirvió para que las mismas empresas que anunciaban beneficios anunciaran «ajustes de plantilla» (eufemismo para hablar de más despidos). Plantea Naomi Klein que la lógica del beneficio encuentra en los shocks una situación ideal para reajustar la tasa de ganancia. El dinero ofrecido a bancos, aseguradoras y grandes empresas se utilizó, como se había advertido desde posiciones críticas, para recapitalizarse, repartir dividendos o pagar despidos, no para animar a la economía real. En el camino, los directivos de organizaciones privadas salvadas con dinero público aumentaban sus sueldos, se concedían primas millonarias o celebraban en hoteles de lujo su éxito al conseguir tan cuantiosos beneficios inesperados. El entonces presidente del Fondo Monetario Internacional, Dominique Strauss-Kahn, alertaba en marzo de 2008 sobre los efectos sociales de la crisis («traerá disturbios sociales, amenazas a la democracia y en algunos casos podría desembocar en guerras»). Ese mismo mes, en un editorial del periódico The Economist, titulado «Los ricos bajo ataque», se alertaba de posibles pero «erróneas» salidas:

Las regulaciones para recortar los excesos de riqueza deben hacer que el capitalismo funcione mejor. Puede que tales medidas no proporcionen las letras de himnos revolucionarios, pero serán mejores que perseguir la riqueza. Los ricos son un objetivo fácil. Pero cuando tratas de golpearlos, generalmente acabas golpeándote tu propia nariz.

La lucha de clases, en esa mala lectura de Marx tan funcional para el mantenimiento del sistema, se define como tal solo cuando los de abajo –categoría poco académica pero incontrovertible– dicen basta.

Si nos despojamos de los mapas, nos desorientamos; si renunciamos a los disfraces, el pudor del cuerpo desnudo nos paraliza. ¿Una paradoja? ¿Una aporía? ¿Un falso problema? ¿Una condena intelectual que nos obliga a la inacción? Es de radical urgencia, pues, reconstruir una teoría crítica del Estado. Es momento de recordar el ejemplo del ciempiés que perdió el movimiento cuando el envidioso sapo le preguntó con qué patita empezaba su gracioso caminar: bastaba con lanzar adelante cualquiera de ellas para recuperar el movimiento. El ciempiés no lo sabía y se condenó a sí mismo, anclado en ese laberinto intelectual del que no sabía salir conceptualmente.



Hoy sabemos que ya no hay una sola manera de vestirse. Unos se despojarán de los disfraces y caminarán desnudos («como los hijos de la mar»); otros coserán nuevas ropas; otros quitarán las mangas y mezclarán prendas; otros intercambiarán disfraces con otros como un primer paso, aunque también estarán los embozados que seguirán mintiendo bajo ropajes democráticos. En agosto de 2015, el mafioso Vittorio Casamonica era enterrado en Roma. Atravesó las calles de Roma en un carruaje tirado por seis caballos y una orquesta interpretaba la música de El Padrino. Un helicóptero lanzaba pétalos a la comitiva desde el cielo. El alcalde de Roma casualmente estaba fuera de la ciudad. Los zombies se caracterizan por su obscenidad: lo que los demás llevamos por dentro, ellos lo llevan por fuera. Por eso, todos y todas los que quieran salir de la indolencia y la parálisis tendrán que atreverse a escribir los nuevos caminos sobre los viejos mapas. Va a ser la suma de las oposiciones a cualquier malestar social –de maestros mal pagados, de indígenas preteridos, de ciudadanos asediados por policías violentos o corruptos, de mujeres golpeadas, violadas, desaparecidas, recargadas con las tareas de cuidados y ninguneadas, de jóvenes a los que se quiere disciplinar laboralmente, de viejos a los que se les quiere amenazar con la incertidumbre, de estudiantes abocados a ser mera mano de obra precaria, de pueblos con hambre, de desempleados, de damnificados de la locura ecologicida, de enfermos abandonados a su suerte, de hipotecados, de gente sin vivienda, de personas con conciencia igualitaria, de luchadoras por la justicia…– la que vaya perfilando la alternativa.

CASANDRA, BATMAN, OBAMA, TRUMP Y EL JOKER

Y no son solo refugiados, son manifestantes contra el capitalismo.

Hassan Blasim

Casandra bien podría ser la diosa de las ciencias sociales. Casandra, esto es, la que enreda a los hombres, lleva en su nombre la red que ata a los seres humanos en una aventura común (no otra cosa es la política). Y lleva en su biografía la venganza de la historia, la mirada impotente del impotente ser humano que puede entender que el mar lo ahoga pero no puede sacar el agua y la sal de sus pulmones. Prometió la hija de Hécuba y Príamo matrimonio a Apolo a cambio de que le fuera concedido el don de predecir el futuro. No cumplió su palabra (con la democracia, la política se volvió mentirosa). Enfadado Apolo con la hermosa mujer por haberle mentido, escupió en su boca condenándola a que nadie creyera sus profecías. Casandra sabía que Troya sería destruida, pero ninguno de los hijos de la ciudad la escucharía. Saber del desastre inminente y no poder detenerlo no es un castigo menor. Las malas noticias no gustan. Nadie es profeta en su tierra, recogerá la Biblia. El economista canadiense J. K. Galbraith insistió en que el recuerdo del último timo económico o financiero apenas duraba en la memoria de los pueblos quince años, de manera que los hijos de los últimos ladrones pueden siempre con impunidad volver a ponerse el antifaz y saquear las cuentas de millones de pequeños ahorradores o arruinar el trabajo de millones de empleados.

La crisis que empezó a estremecer al mundo en 2007 llevó a que los gobiernos de Estados Unidos y de Europa inyectaran, hasta el primer trimestre de 2009, seis billones de

euros (seis millones de millones o, por decirlo en una cifra que pueda significar algo comprensible, todo lo que produciría la población que trabaja en España durante más de cinco años). Apenas unos meses antes, todos los gobiernos que ahora inyectaban miles de miles de millones de dólares habían negado apenas algunas decenas para solventar problemas nacionales o mundiales de hambre, enfermedad, agua potable o techo, con el argumento de que no había dinero, de que quienes hacían tales reclamos no entendían el funcionamiento de la economía real, de que no había alternativa. Sin pistas –despistados–; sin herramientas intelectuales, sin modelo ni ejemplo, pareciera que solo restaba mirar al cielo.

La elección de Barack Obama repetía la historia de héroes y buscones tan propia de los países sin tradición estatista. Cuando no hay un Estado encargado de garantizar la democracia «para el pueblo», se inventan superhéroes o se justifica a los pícaros. Mientras George W. Bush abandonaba el escenario retratado como un pelele a quien se le lanzan zapatos con polvo de suelo árabe, el nuevo superhéroe se veía catapultado por su magia mediática a la condición de bálsamo mundial. Pero ni los equipos ni las medidas tomadas sentaron bases para la esperanza de un cambio real. Fracasada la aventura en Oriente Medio, Estados Unidos regresaba a su «patio trasero». La resurrección de la IV Flota, el golpe de Estado en Honduras contra un Mel Zelaya que empezaba a aproximarse a los «piratas bolivarianos» (golpe que se condenaba pero se avalaba), la justificación del bombardeo colombiano a Ecuador para exterminar un campamento de las FARC, la instalación de nuevas bases militares en Colombia, la expulsión de millones de inmigrantes indocumentados daban fe de esa nueva política de aromas imperiales. La victoria en 2016 del millonario Donald Trump se hizo sobre las ruinas de las promesas incumplidas de Obama.

Como se explica en este libro, no es posible recurrir a las cuatro grandes soluciones con las que el neoliberalismo construyó un nuevo acuerdo para sustituir al colapsado modelo keynesiano –el aumento del déficit público, la explotación del Sur, una mayor intensidad en el usufructo de la naturaleza y una mayor proletarización de la mano de obra–. El Joker parecía haber entrado en acción y estaba derrotando al nuevo Batman. El equipo económico y político nombrado por Obama era el mismo proveniente de Wall Street que había producido la crisis económica mundial –Robert Rubin, Lawrence Summers, Timothy Geithner, Paul Volcker–, el mismo que había apoyado la guerra de Iraq o que había mostrado un comportamiento agresivo hacia América Latina, incluyendo el bloqueo a Cuba –Robert Gates, Hillary Clinton–. Como demostraría la Cumbre de las Américas celebrada en abril de 2009 en Trinidad, los Estados Unidos de Obama estaban dispuestos a hacer algunos gestos, pero no a cambiar el orden establecido de las cosas. En la misma dirección, las sucesivas reuniones del G-20 (ese club inteligentemente ampliado desde el elitista G-8, pero que no dejaba de ser una autorrepresentación del, inexistente en los hechos, G-193) erraban en el diagnóstico al pensar que los problemas económicos son una crisis en el sistema y no una crisis del sistema. Mirando la realidad de las democracias representativas, ¿qué político en el Gobierno podría ciertamente plantear una verdad tan amarga a su ciudadanía? ¿Y no se estaba invitando a los que no recibían respuesta a votar por quien pudiera poner todo patas arriba?

No hay duda de que, en el corto plazo, siempre es posible una leve mejoría. Y algo es mejor que nada. Pero eso no solventa los problemas estructurales. Más allá de regulaciones que no terminan de ser ciertas –especialmente el fin de los paraísos fiscales, reducido a un «poner dificultades» al secreto de los capitales opacos–, las principales medidas se basaron en la creación de papel moneda –dólares y euros– para intentar activar una economía que seguía teniendo otras deudas pendientes. Principalmente,



sincerar la distancia entre la riqueza financiera y la riqueza real, causa de la separación brutal entre el enriquecimiento de pocos y la depauperación de muchos. La expresión visible de estos problemas es la falta de confianza que hundió la actividad económica a raíz del desplome del sector inmobiliario, último refugio del capital para conseguir la acumulación capitalista necesaria para la reproducción del sistema. No sin antes inyectar dinero a los mismos bancos que habían generado el problema, esperando que, repitiendo los mismos comportamientos, ahora tendrían resultados positivos. En definitiva, mucha gente tenía y tiene muchas razones para pensar que ha sido engañada. En la vida real no hay superhéroes que salvan a la humanidad[3].

CAMBIAR EL MUNDO TOMANDO (SIN INGENUIDADES) EL PODER: LA REUBICACIÓN DEL ESTADO[4]

Ideas, conocimiento, arte, hospitalidad, viajes, esas son las cosas que deben ser internacionales por su propia naturaleza. Pero dejad que los productos sean caseros siempre que sea razonable y convenientemente posible; y, por encima de todo, permitid que las finanzas sean básicamente nacionales.

John Maynard Keynes

Una de las escasas ventajas de las crisis económicas es que clarifican la discusión sobre la sociedad. En verdad, esto, que se constata desde los años treinta del siglo pasado –cuando el liberalismo de entreguerras intentó salir de su crisis–, valdría para toda la ciencia social, permitiéndonos afirmar que el verdadero saber social avanza no tanto «a hombros de gigantes» como «a lomos de crisis». Más en concreto, estos momentos de «peligro» y «oportunidad» (como rezan los dos ideogramas con que la caligrafía china se refiere al concepto de crisis) tienen la virtud de que los actores, con demasiada frecuencia ocultos en la teoría y la práctica, emerjan con toda su fuerza para aumentar su influencia social y política. Empresarios, grupos de presión, periodistas corporativos, banqueros con sus nombres y apellidos, patronales, foros transnacionales y políticos de todo signo expresan sus opiniones, apremian reuniones y pretenden forzar la aceptación estatal de sus opciones. También el «gran público», si bien de manera desagregada, deja caer sus opiniones, al igual que lo hacen los sindicatos –en su pluralidad– y diferentes francotiradores mediáticos que raramente responden solo a sus análisis. Curiosamente, esta reemergencia de los actores que debilita las explicaciones estructurales o que pone en cuestión el automatismo de las instituciones (especialmente del mercado) tenía como objetivo central «llamar a la prudencia» con el fin de lograr una intervención pública que evitara pérdidas a los muy concretos capitales privados.

Son momentos –y de ahí la luz que desprenden– en que se da la vuelta a mucho de lo dicho y defendido anteriormente, con el objetivo de lograr trenzar la comunión entre los intereses particulares y los intereses generales, de recordar lo «inconveniente» de «confundir» las necesidades «objetivas» del sistema con «demagógicas» exigencias que pretendan cobrar al sector financiero o inmobiliario sus excesos o sus aventuras. Llegado el caso, la protesta de los responsables del caos financiero bien podría articular una nueva «revolución de colores», mientras que las manifestaciones de los trabajadores que vieran

perder su puesto laboral, sus pensiones o ahorros no pasarían de ser un «problema de gobernabilidad». Con una celeridad pasmosa, los mismos argumentadores que acusaban al Estado de dirigista, tentacular, hipertrofiado, impotente, parasitario, asfixiante, estrangulador de la iniciativa privada, aniquilador de la competencia, responsable del subdesarrollo, corrupto e ineficiente, pasaron a reclamarle –esto es, al erario público– salidas intervencionistas. Curiosamente no eran neomarxistas los que gritaban Bringing the State back in, sino que este grito de guerra venía de Wall Street y de antiguos teóricos neoliberales. La retórica de la intransigencia que acusaba al Estado de fútil –inútil en comparación con la empresa privada–, arriesgado –agravador de problemas– y perverso –generador de nuevos desperfectos– dejaba paso a un lacrimoso discurso de salvataje de los ricos[5].

La crisis económica norteamericana que estalló en septiembre de 2008 marcó un punto de inflexión en la hegemonía de las recetas neoliberales. Ya en marzo de 2007, la constructora D. R. Horton había anunciado la primera quiebra de las hipotecas subprime, esto es, hipotecas otorgadas sin garantías y que permitían acumular deudas sobre deudas –con el correspondiente pago de comisiones– sobre la base de un activo que no variaba pero que estaba crecientemente sobrevalorado. Desde la crisis del arreglo keynesiano en los años setenta, la frase de Lincoln que afirmaba: «Puedes engañar a todo el mundo algún tiempo. Puedes engañar a algunos todo el tiempo. Pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo», parecía un pío deseo a juzgar por la generalización del fraude y el selecto y reducido grupo que había visto multiplicar su fortuna a niveles insospechados en cualquier otro momento de la humanidad[6]. El Consenso de Washington, el thatcheriano pensamiento TINA (There is no alternative), el fin de las ideologías, el auge de conceptos que celebraban el fin del conflicto social (globalización, gobernabilidad, gobernanza, transparencia) o la aceptación del liberalismo económico por parte de la socialdemocracia, cerrando así el círculo abierto con su asunción del liberalismo político (la llamada tercera vía), eran otros tantos hitos en ese paseo triunfal de lo que Susan Strange llamó capitalismo de casino[7]. Para evitar problemas, antes habían eliminado la disidencia. El neoliberalismo nació en 1973, tras el aplastamiento del socialismo del Frente Popular chileno, continuó con el Plan Cóndor –la globalización de la represión–, tuvo sanción eclesial con la elección de un papa anticomunista y enemigo de la teología de la liberación y se hizo general con la secuencia posterior Thatcher, Reagan, Kohl, no sin antes haber dedicado ingentes recursos a construir un nuevo sentido común conservador por todo el planeta[8].

Una de las victorias del neoliberalismo fue proscribir el pensamiento crítico bajo la acusación de arcaísmo, carecer de fundamento o ser reo de teorías conspirativas de la historia. De ahí que no es extraño que el recurso al Nobel de Economía y antiguo economista en jefe del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, se convirtiera en una salida socorrida en el debate mediático. Stiglitz afirmaba en medio del torrente de la crisis inmobiliaria norteamericana y poco antes de que arrastrara también al sector financiero:

El mundo no ha sido amable con el neoliberalismo, esa caja de sorpresas de las ideas que se basa en la noción fundamentalista de que los mercados se corrigen a sí mismos, asignan los recursos con eficiencia y sirven bien al interés público. Este fundamentalismo del mercado estuvo detrás del thatcherismo, la reaganomía y el denominado «consenso de Washington», todos ellos a favor de la privatización, de la liberalización y de los bancos



centrales independientes y preocupados exclusivamente por la inflación […]. El fundamentalismo de mercado neoliberal siempre ha sido una doctrina política que sirve a determinados intereses. Nunca ha estado respaldado por la teoría económica. Y, como debería haber quedado claro, tampoco está respaldado por la experiencia histórica. Aprender esta lección tal vez sea un rayo de luz en medio de la nube que ahora se cierne sobre la economía mundial[9].

El neoliberalismo pretendió un nuevo arreglo económico allí donde el acuerdo keynesiano había dado sólidas señales de debilidad a mediados de los años setenta. Fue la economía real la que fue internacionalizando su actividad; en paralelo, y como si fuera un hecho consumado, los Estados debieron buscar un nuevo modo de regulación para esa nueva circunstancia. La debilidad de la clase obrera (en parte vinculada al propio éxito de sus demandas durante el siglo XX y al mayor nivel de vida alcanzado), la falta de respuesta política de los partidos de la izquierda y los sindicatos y la propia impotencia redistributiva de los Estados nacionales ante una economía que se estaba globalizando dejaron el camino expedito para la implantación del nuevo modelo. Pero al igual que ocurrió con la crisis de los años treinta, una pregunta quedaba abierta con los aprietos teóricos y prácticos del keynesianismo: ¿se trataba de una crisis en el modelo o una crisis del modelo? El neoliberalismo siempre obró como si se tratara de una crisis dentro de un modelo que aún era válido. El hecho de que las soluciones dentro del capitalismo cada vez estrechen más su abanico, permite suponer que las contradicciones internas propias del sistema invitan a considerar el segundo escenario[10].

No se trata de la enésima anunciación de la crisis definitiva del capitalismo, sino de la consideración, con el máximo rigor científico que permiten las ciencias sociales, de la imposibilidad del capitalismo de desarrollar su lógica sin agotar a las sociedades que lo sostienen. Es la carrera de obstáculos que marcó la crisis de México de 1994, la crisis asiática de 1997 y 1998, a la que siguió la bancarrota rusa de 1998, la devaluación de Brasil en 1999, el ajuste en Europa previo a la entrada en vigor del euro, y ya más cerca el hundimiento del importante fondo Long Term Capital Management, el default argentino de 2001, el hundimiento de las empresas puntocom, los diferentes rescates bancarios, la quiebra de Enron y Arthur Andersen, las quiebras de Lehman Brothers, de Merril Lynch, de AIG, el rescate urgente de bancos, la inyección ingente de capitales a grandes empresas automovilísticas, inmobiliarias, o la emblemática quiebra de General Motors (que sobrevivía solamente gracias al principio «demasiado grande para caer»). La crisis de 2008, los rescates bancarios con inyecciones billonarias y las reformas laborales terminaron de marcar la crisis del neoliberalismo, que solamente acertó en mantener frenada la inflación. A este accidentado viaje hay que sumar el agotamiento, como decíamos, de los tres grandes recursos –junto al incremento de la tasa de explotación– tradicionalmente usados dentro del acuerdo capitalista para salir de la crisis: el endeudamiento público –con la espiral, de incierta salida, de la financiación mundial del déficit norteamericano a través de la compra de dólares–, el endurecimiento de los procesos de obtención de beneficios de los países del Sur –con gobiernos nacionalistas o de base popular y nuevas alianzas, como demuestra el nuevo papel del G-20– y el uso intensivo de la naturaleza –algo con fecha urgente de caducidad tras la conclusión del Panel de Naciones Unidas sobre Cambio Climático (2007) que estableció la responsabilidad humana en el calentamiento global, y las posteriores cumbres climáticas mundiales, en especial el Acuerdo Climático de París de diciembre de 2015 y que entraría en vigor en 2016–. La sospecha de que, una vez más, serían los trabajadores los que corrieran con el grueso del pago de la crisis, parecía servido. Con las consiguientes crisis

de legitimidad, de confianza y de acumulación que intensificarán tanto las protestas populares como la represión estatal, camino de una recuperación de los perfiles más autoritarios del sistema.

El neoliberalismo fue capaz de articular un modo de regulación –un acuerdo de garantía del orden social– y un régimen de acumulación –un sistema de garantía de la reproducción económica–. En términos gramscianos, logró articular: 1) un bloque histórico que garantizó la cohesión de los grupos dominantes y la confianza social –el ámbito de las ideas y de la conciencia–, 2) el poder del Estado y de las instituciones, y 3) la acumulación económica. De ahí su enorme fuerza y la posibilidad constante de regresar en tanto no surja una alternativa. Devolviendo el marco teórico a la práctica, se vio cómo fue en América Latina donde el esquema neoliberal empezó a hacer agua. El académico y vicepresidente boliviano Álvaro García Linera afirmaría que el neoliberalismo perdió en la frontera del cambio de siglo sus tres principales herramientas para construir la hegemonía: el Estado, la calle y la batalla de las ideas[11]. Se había roto con la rutinización del neoliberalismo (aunque no con el neoliberalismo en sí), ese consenso que lo había vuelto intocable durante tres décadas. Al igual que ocurrió en 1917, la acción colectiva no suele esperar a los teóricos. Si, como escribió Gramsci, en Rusia se hizo una revolución «contra el capital» (cuestionando la teoría marxista de la revolución), en América Latina se hizo una revuelta contra el neoliberalismo pese a que todos los marcos teóricos hablaban de la imposibilidad de tal transformación. La ciudadanía dejó de aceptar como correctas las ideas; se batió en la calle hasta convertirla en su territorio y, finalmente, alcanzó el poder del Estado a través de la vía electoral. Como decíamos, Estados Unidos, enredado en la guerra de Iraq y dirigido por la doctrina neocon (más preocupada por las relaciones con Israel y el mundo árabe que por el mundo latino), perdió su patio trasero y abrió una nueva senda hacia un mundo multipolar. Más tarde lo recuperaría y la propia crisis en la que entrarían algunos de los países que protagonizaron la lucha antineoliberal –Argentina, Brasil o Venezuela– demostraba que el Estado, incluso cuando es gestionado desde posiciones «postneoliberales», tiene muchas papeletas en la rifa del regreso a los lugares por donde andaba. Los Estados tienen una selectividad en su desempeño que, si no se varía, termina por volver a su cauce como un río que puede circunstancialmente desbordarse pero termina por regresar al cauce construido durante decenios.

Como demostrarían las quejas europeas o chinas contra EEUU al calor de la crisis de 2008, cuando se pierde capacidad económica los argumentos pierden también, cuando no contundencia, al menos sí parte de su glamour. Por vez primera Estados Unidos tenía que escuchar que una crisis generada en su seno –con la inestimable ayuda europea– afectaba a los países de América Latina, Asia y África que habían hecho «sus deberes». Tampoco es extraño entender que unos EEUU responsabilizados ante el mundo de la crisis económica recurran a la violencia de manera creciente para hacer valer su presencia internacional.

El colapso del neoliberalismo a finales de 2008 fue general: financiero, alimentario, monetario, inmobiliario, energético y laboral. Una sociedad que había hecho de un caníbal un símbolo amable (el Hannibal Lecter de la película El silencio de los corderos) o de un asesino en serie una dulce compañía (la serie televisiva Dexter) parecía ahora, en buena lógica, devorarse a sí misma. Tampoco es gratuito que la serie El cuento de la criada, una distopía basada en la novela de Margaret Atwood, ganase los Emmy en 2016 narrando el



triunfo en Estados Unidos de una teocracia fundamentalista que construye su contrato social sobre la esclavitud de las mujeres. Esto no permite afirmar el fin del capitalismo, pero sí augurar muchas dificultades a la economía de casino, en el momento más bajo de su popularidad en la opinión pública (esto es, con una pérdida de legitimidad que abre perspectivas de desafección). El problema reside en que la crisis del neoliberalismo se está cubriendo con más vaciamiento de la democracia, no con cambios en las recetas neoliberales. De cualquier forma y como agenda de investigación, siguen quedando abiertas varias preguntas: ¿es posible construir un acuerdo social y económico que garantice la reproducción social en los marcos capitalistas heredados?, ¿cuáles son sus condiciones?, ¿cuáles sus herramientas? Y, como decíamos al comienzo, ¿no vuelve a ser un escenario plausible el regreso del fascismo y la guerra?

EL ESTADO Y SU TEORÍA: COMPORTAMIENTOS RECURRENTES

El objetivo de la teoría del Estado debiera ser desmitificar el Estado o, en palabras de Michel Foucault, «cortarle la cabeza al Rey».

Bob Jessop

Si en 1985 el Estado se reivindicaba como objeto de estudio con el bien conocido libro de Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol, Bringing the State Back In[12], no es menos cierto que, al tiempo, toda una tradición politológica basada en el marxismo se dejaba de lado con una intencionalidad que hoy podemos definir como alevosa. Esa «amnesia teórica», como la definió Slavoj Žižek, dejaba fuera del análisis los trabajos sobre el Estado de autores de gran relevancia como Nicos Poulantzas, Ralf Miliband, Claus Offe, Fred Block o Göran Therborn. Las omisiones de determinados autores –una constante en el quehacer académico que termina por forzar una homogeneización del pensamiento– sirvieron para ir vaciando de cuerpo real a ese concepto, de manera que, finalmente, al calor de los cambios imputados a la globalización, terminaría siendo caracterizado como una «categoría zombie» (Beck).

Sin embargo, no deja de ser cierto que usar el concepto de Estado sin referencias de tiempo y espacio es igualmente una manera de forzar el análisis. Como se ve en el capítulo XV, cuando Maquiavelo tuvo que definir la organización política emergente, necesitó recurrir a una nueva palabra, Stato, porque las viejas, como regnum, res publica o polis, no le servían. Nuevas realidades reclaman nuevos conceptos. De ahí que hayamos optado por salirnos de estériles discusiones sobre la ortodoxia –algo que fue recurrente en el marxismo–, y enfrentemos esa tarea concretando el ámbito de estudio –el Estado capitalista– y asentando su análisis sobre nuevas bases metodológicas[13].

La discusión durante el último tercio del siglo XX no zanjó, ni mucho menos, la comprensión del Estado. Y no deja de ser curioso que a ese debate le siguiera de nuevo un gran vacío teórico, como si el interés al respecto hubiera decaído de nuevo. Entre otras interpretaciones de aquellos años, tenemos las siguientes: el Estado como un reflejo de la correlación de clases (cayéndose en diferentes grados de determinismo económico que supeditaban el Estado al mero interés de clase); como una organización que poseía cierta autonomía relativa respecto de la sociedad (el Estado poseería la capacidad de ir más allá

del corto plazo propio de las exigencias de algunos grupos, pudiendo así garantizar el orden social); el Estado visto como un ente con vida e intereses propios al margen de cualquier presión social o función de preservación del orden; también como una desnuda máquina de poder al servicio de quien se hiciera con el control de sus instrumentos ideológicos y del uso de la violencia; otras interpretaciones arrastraban la herencia decimonónica que seguía viendo al Estado bajo un prisma normativo e institucional heredero de la lectura hegeliana del Estado como la máxima eticidad; etc. Acompañando todas estas escuelas, había un séquito de reinterpretaciones que zanjaban las diferencias añadiendo un prefijo al viejo paradigma, construyendo un abanico de neoparadigmas (neomarxismo, neoestatismo, neoinstitucionalismo, neocorporativismo, neopluralismo…) [14].

Seguramente, todas estas teorías aportaban parte de verdad, pero también resultaban insuficientes para dar cuenta de una realidad tan proteica como el Estado, más aún cuando empezaba el proceso de globalización que cuestionaba la validez de las categorías cerradas del espacio propias del Estado nacional. Quizá por culpa de esa herencia institucionalista y las limitaciones del corporativismo académico, la teoría del Estado no estuvo dispuesta a entender que buena parte de estos problemas se zanjaba con una definición de sociedad que incorporara esa complejidad. Si la sociedad cambia no puede permanecer invariable su principal regulador político. No pocos de los problemas conceptuales desaparecen cuando se termina con el aislamiento estatal respecto de la sociedad o cuando deja de buscarse una explicación externa al hecho social en el que se genera o se ejerce la estatalidad (algo que ya apuntó Gramsci con su noción ampliada de Estado, esto es, su comprensión de que la dominación estatal no se logra ni se entiende sin comprender sus ramificaciones en la sociedad civil, donde la coerción se convierte en legitimidad). Esto no significa desconocer que lo nacido en una sociedad puede cobrar cuerpo como idea y emanciparse durante un tiempo de otros ámbitos de la sociedad (algo que no podríamos explicar con la mera teoría funcionalista que necesita fijar de una vez para siempre esas relaciones basadas en la función). La subordinación de la mujer en el culto católico se mantiene pese a la incorporación femenina al mundo laboral. Pero se puede prever que esa subordinación tendrá crecientes tensiones.

Cuando la teoría del Estado insistía en que este no era sino un reflejo de la sociedad, es cierto que infravaloraba la importancia de lo institucional y la capacidad de las instituciones de convertirse en estatuas con vida propia que flotan con cierta irrealidad en la sociedad que las contempla[15]. De la misma manera, cuando se prima lo institucional por encima de lo que ocurra en la sociedad, se está cosificando al Estado, colgándolo de una nube y despojándolo de parte de su encarnación social. Otrosí ocurre cuando se desprecia el papel de los funcionarios, pues obrando así se está perdiendo de vista su capacidad para tomar decisiones que afectan profundamente a toda la sociedad presente e, incluso, futura (meter a un país en una guerra, apretar el botón nuclear, apostar por un grupo económico –por ejemplo, el sector financiero de la economía– perjudicando los intereses conjuntos del aparato productivo, etc.). Es cierto que, en el largo plazo, todos estos elementos tienen que equilibrarse al menos en un discurso aceptado socialmente, pues de lo contrario la desestabilización pondría en cuestión el propio orden social. Por eso es importante incorporar en el análisis de la sociedad y del Estado la variable tiempo. De ahí que una definición relacional de la sociedad permita un gran avance. La definición relacional de la sociedad entiende a esta como un conjunto de interacciones económicas, políticas, normativas y culturales, que responden a su propia lógica pero también a las relaciones entre ellos, y que igualmente están sujetos a la tensión entre los individuos y el grupo, a la tensión entre la herencia del pasado y las reformulaciones del presente, y a la tensión



entre el propio grupo y otros grupos (el ámbito internacional). Una interpretación del Estado acompasada a esta definición de sociedad hubiera permitido una conceptualización más cercana al hecho complejo de lo social en el siglo XX y el siglo XXI[16].

De esta manera, ni el Estado se convierte en una variable independiente (como en el trabajo de Skocpol, Evans y Rueschemeyer) ni, como apuntan las teorías pluralistas, el Estado puede ser visto simplemente como un peón de cierta importancia (como sostenía Robert Dahl en Who Governs?). Igualmente, la absolutización de lo económico y la centralidad de la explotación, heredera del marxismo, habría olvidado que no hay economía sin sociedad (como insistió Karl Polanyi en La gran transformación). La teoría relacional huye de interpretaciones simplistas. Lo económico, va a plantear su principal defensor, Bob Jessop, es dominante solo en «una compleja situación coevolutiva». Esto es, no hay última instancia en las relaciones de dominio, sino que se trata de algo histórico y diferencial, relacional y contingente (hay altas probabilidades de que determinados procesos se den, pero no está escrito que terminen dándose). Con contundencia, el mismo Jessop afirma, siguiendo a Gramsci, que no hay «última instancia» en las relaciones sociales, pues lo social es un hecho contingente. Ahora bien, el capitalismo tiene rasgos para ejercer el «dominio ecológico» (dominio dentro de un ecosistema), gracias a su condición compleja, flexible, descentralizada y anárquica (rasgos que son los del mercado), en que la dualidad de los precios (que actúan al tiempo como estímulo al aprendizaje y como mecanismo flexible para asignar capital a las actividades económicas) ha logrado convertirse en el gran superviviente en una carrera adaptativa donde lo hegemónico no ha terminado coincidiendo con los valores de la emancipación.

Cierto es que el capitalismo ha mostrado un gran genio a la hora de transformarse, de cobrar nuevos contornos, de disfrazarse con ropajes que lo hacen casi irreconocible. Aún más, como señaló Giovanni Arrighi, el capitalismo solamente sobrevive si se transforma. Pero ¿no es gracias a que lo central permanece que podemos seguir hablando de capitalismo? ¿No hay un elemento común en el colonialismo y el imperialismo, en las formas de Welfare y en el desarrollismo, en el militarismo y el neoimperialismo? ¿Por qué varían las formas pero permanece el modo de producción?

En un momento en el que la caída del Muro de Berlín sepultó bajo sus cascotes la interpretación económica –no economicista– de lo social, es momento de abrazar el marco disciplinar de la economía política internacional, complejizándolo y ayudando a una teorización sobre la relación entre el Estado y el capital desde finales de la Segunda Guerra Mundial. La relevancia que aquí se concede a lo económico –que en modo alguno se convierte, como decíamos, en una simplificación como las que promovió el marxismo-leninismo o la secuela althusseriana– no hace sino entender la vinculación de lo económico en lo social. Se trata de asumir la imbricación o «empotramiento» –embeddedness– de lo económico en lo social (en la expresión de Polanyi) y el peso de lo material en la configuración de cualquier orden político. Esa relación va a condicionar (a veces de manera muy fuerte) la forma política, pues el Estado capitalista tiene la obligación funcional de garantizar en última instancia el sistema capitalista. Es ahí donde se explica por qué el gobernante siempre está discutiendo con el «posibilismo» que le deja el marco estatal en el que opera. Ganar el aparato del Estado en unas elecciones no significa ganar el poder. Y mucho menos superar el capitalismo. Por eso la crítica es tanto más fácil cuanto más lejos se está de la tarea de gobierno.

La discusión sobre el Estado ha ido deshaciéndose en pedazos, ocupando el grueso del trabajo académico la discusión acerca de las políticas públicas y la conceptualización de lo

que llegue a ser la gobernanza, con frecuencia explicadas al margen de una correcta conceptualización del Estado que pueda dar cuenta real de cómo y por qué se está operando sobre la realidad social o cómo se explica que la sociedad civil hegeliana (las empresas y el ámbito del interés privado) se sientan en la misma mesa y en igualdad de condiciones con el que hasta entonces era la máxima representación de la suprema eticidad, esto es, el Estado. Si Martin Shaw afirmó que teorizar sobre la globalización sin el Estado era como llevar Hamlet a escena sin el príncipe, podríamos igualmente afirmar que teorizar sobre la gobernanza o sobre las políticas públicas sin el Estado es como explicar a Robinson Crusoe sin la isla, a Fausto sin el diablo o al Buscón sin el hambre acumulada desde su infancia[17].

En la academia, Leo Panitch sostenía que la popularidad y el declive de la teoría de Estado, relegada en esa «venganza de la economía» al rincón de los viejos conceptos, estaba relacionada directamente con las vicisitudes de la lucha de clases y de las condiciones políticas. La hegemonía en el neoliberalismo había pasado al mercado, debido a la derrota del pensamiento y la práctica críticos[18]. Poco ha ayudado a la reconstrucción de la teoría del Estado la biografía sentimental de buena parte de la izquierda académica occidental, enredada en su madurez en una suerte de autojustificación conservadora de sus excesos de juventud. Este peso biográfico –muy alimentado en un discurso mítico con epicentro en un mayo del 68 hipostasiado o, con algún retraso en el caso de España, con una interpretación igualmente mítica de la Transición– los ha llevado a un conservadurismo no asumido, donde se niega sucesivamente la importancia de algunos aspectos. A saber: 1) el papel de la cobertura cultural en los regímenes de acumulación y la estabilización otorgada por los discursos del pensamiento unificador. Este aspecto es muy relevante en una sociedad basada en la economía del conocimiento, en que el papel esencial de los medios de comunicación sigue reclamando un mejor conocimiento de la política a través del análisis semiótico; 2) la relevancia del desastre ecológico –a menudo leído desde esa izquierda como una resurrección del comunismo autoritario que pretendía repetir comportamientos despóticos, ahora con la excusa ecológica, al tiempo que le reprochaban ignorar que sería el capitalismo el que se encargaría de solventar los problemas que él mismo crea abriendo una nueva gran oportunidad de negocio–; 3) la violencia del neoimperialismo, ahora definitivamente acompañado de contornos bélicos (comprado por esa izquierda como «guerras humanitarias o preventivas», al tiempo que aplaudía intervenciones imperiales desde la buena conciencia que identifica la maldad de unos sátrapas señalados repetidamente como tales); o 4) las formas de fascismo social –vía un economicismo que supedita el mundo de la vida a la tasa de beneficio– que pueblan las formalmente democráticas sociedades occidentales y que eran descalificadas con cinismo o con acusaciones de exageración por la radicalidad del vocablo.

En este contexto no es extraño que la teoría del Estado haya desaparecido de muchos planes de estudio de ciencias políticas y economía, que los libros sobre el tema sean comparativamente inexistentes –con la salvedad de aquellos que anunciaban contundentemente el fin del Estado, ajusticiado por una inclemente y bienvenida globalización– y que el interés sobre el Leviatán haya declinado con el declinar de los grandes relatos. Del Estado o de la estatalidad. De cualquier manera, una sensación de sospecha ante esa eliminación caricaturesca no ha dejado de acompañarnos. El exceso de sinceridad por parte del poder en la etapa neoliberal, esa desvergüenza ostentosa –multiplicada por mil con la invasión de Iraq en 2003 por parte de empresarios que no tuvieron reparos en hacer ahí su negocio del siglo–, ha dejado la sensación de que también había un hurto en la discusión intelectual[19].



Si en la configuración de lo que Edward Said llamó orientalismo los textos de los académicos ayudaron a configurar la manera de entender los países colonizados, ahora, en una suerte de repetición grotesca, parece que son las interpretaciones mediáticas de buenos y malos las que marcan las opiniones de los académicos, siendo los excesos de Ruanda, Bosnia, Iraq, Filipinas o Yemen, así como los documentales del National Geographic sobre la violencia de la vida natural, la coartada de la nueva interpretación. Son precisamente los académicos los que han comprado la burda manipulación que lleva a presentar las protestas de clase media como revoluciones de colores y las protestas populares como problemas de gobernabilidad[20]. Rasgos, por otro lado, de un Estado que, de manera creciente, renuncia a su lógica como Estado capitalista y se mueve más por criterios de excepcionalidad. No en vano, como se viene diciendo, en la crisis del modelo neoliberal la excepción se ha convertido en la norma.

¡ES LA POLÍTICA, MENTIROSO!

En mi interpretación, el neoliberalismo ha sido un proyecto de clase camuflado bajo una proteica retórica sobre la libertad individual, el albedrío, la responsabilidad personal, la privatización y el libre mercado. Pero esa retórica no era sino un medio para la restauración y consolidación del poder de clase, y, en este sentido, el proyecto neoliberal ha sido todo un éxito.

David Harvey, «¿Estamos realmente ante el fin del neoliberalismo? La crisis y la consolidación del poderde las clases dominantes».

Se ha abusado de la frase que el asesor de campaña de Bill Clinton, James Carville, escribiera en la pizarra del cuartel electoral, asumiendo que lo económico está por encima de cualquier otra posibilidad de operación social. Aquel «¡Es la economía, estúpido!» se convirtió en un referente obligado e incuestionable, tanto como el «No hay alternativa» thatcheriano, el «liberalizar, entonces crecer, entonces repartir» del nobel Gary Becker o la «necesaria independencia» de los Bancos Centrales consagrada en el neoliberal Tratado de la Unión Europea de 1992, primera ruptura seria del consenso socialdemócrata que había construido la Comunidad Económica Europea a partir de 1956.

Es indudable que el sistema capitalista tiene una lógica que permea todo el sistema social, pero a su vez es permeado por el resto de realidades. De hecho, una de las principales explicaciones de la crisis insistía, como hemos señalado, en la pérdida de confianza, algo de lo que siempre se nutre el capitalismo pero que, lejos de crear, recurrentemente destruye. O la sociedad crea confianza o el capitalismo nunca podrá operar. A él le corresponde poner en marcha la lógica que lo determina: mantener una tasa creciente de beneficio logrado a través del mercado. Su tarea pasa por lograr ese resultado –de lo contrario, colapsaría y entraríamos en un nuevo modelo económico–. Esto es válido para las grandes aseguradoras de Washington, para un panadero de Tijuana, un taller mecánico en Quito, los banqueros de la City londinense, los mototaxis de Caracas, los locales de comida de Shanghái, las constructoras de Madrid, etcétera. Esta lógica de la búsqueda del beneficio operado por el mercado afecta a los Estados de prácticamente

todo el mundo y se convierte en el principal articulador de la vida política, tanto en su impulso como en sus contradicciones y oposiciones.

Esa lógica económica siempre es, por tanto, también política, siempre es también normativa y, al igual, es siempre cultural (los cuatro ámbitos de lo social que pueden analizarse por separado, pero que nunca pueden entenderse aisladamente). La economía está incrustada en lo social, y la lógica capitalista responde bajo este supuesto, salvo que por su miopía cortoplacista ignore esta limitación y decida romper con la sociedad (lo que logra al construir una «sociedad de mercado», esto es, una sociedad donde la confianza desaparece, los lazos sociales se desintegran y se produce una exclusión social que desemboca en alguna suerte de guerra de todos contra todos).

El Estado social, al igual que el Estado desarrollista latinoamericano, se articuló sobre la defensa del mundo del trabajo y la base fiscal. Fue a partir de él como se construyeron las prestaciones sociales y le correspondió el trabajador –representado en sindicatos– referenciar el horizonte de la organización social. De ahí que haya sido el mundo del trabajo el que pagara el precio más alto por el ajuste neoliberal. En los años setenta, las tensiones laborales las solventó el capitalismo de cinco formas: abriendo la llave a la inmigración, abaratando así costes; sustituyendo mano de obra por tecnología; deslocalizando industrias hacia zonas con menores costes laborales; cambiando la legislación laboral para facilitar las formas precarias de contratación o facilitando el despido; y, por último, garantizando una represión funcional para la nueva forma de acumulación neoliberal (Augusto Pinochet, Margaret Thatcher, Ronald Reagan, más toda una caterva de aprendices, incluida la socialdemocracia, que en ocasiones superaron en dureza a sus maestros). El resultado fue una reducción considerable de los sueldos –entendidos ya no como ingreso social sino como coste–, que desembocó, en una sociedad donde el nuevo sentido común estaba ligado al consumismo, en un creciente endeudamiento de las familias en gran parte de Europa y América.

Por su parte, los que buscaban ganancias rápidas encontraron igualmente en el sector financiero un lugar ideal para actualizar sus beneficios, poniendo a su disposición enrevesadas inteligencias que dieron con la creación de sofisticados instrumentos –mercados de derivados, de futuros, hipotecas subprime, opciones de compra, hedge funds, productos estructurados, titulizaciones, etc.– capaces de conciliar –en el corto plazo– los deseos de consumo de los que ya no podían consumir tanto, con los deseos de ganancia de los que, pese a tener mucho, necesitaban más. De ahí proceden las sucesivas burbujas que fueron estallando, como ocurre con las burbujas –sean de jabón o de humo financiero– camino del estallido final (un escenario que se puede prever pero no fechar). En esa subasta por hacer dinero con el mero dinero, empujado por la necesidad capitalista y permitido por una voluntad política amable hacia los capitales de los más ricos, se tuvo como resultado que los valores inmobiliarios se inflaron; que los valores en bolsa se inflaron; que los valores en el mundo del arte se inflaron; que los valores de la industria del entretenimiento se inflaron…Como en la fábula de la rana picada por el escorpión cuando ayuda a este a pasar el río, está en la naturaleza del capitalismo que sea así. La rana y el escorpión fueron tragados por la corriente[21].

La ventaja de encarar el papel del Estado en la globalización neoliberal desde la perspectiva aquí escogida se relaciona con la posibilidad de entender las grandes corrientes que atraviesan la economía capitalista neoliberal. De lo contrario, la economía se convierte en algo que «nos pasa», condenando a la impotencia de sufrir sus efectos al tiempo que se alejan las soluciones. Si se entiende esa lógica y se acierta con el papel que le corresponde al Estado en esa coreografía, la posibilidad de armar una ciencia



política crítica se renueva. El geógrafo marxista David Harvey ha resumido con elegancia ese funcionamiento:

Como nos enseña la teoría del excedente, los capitalistas producen un excedente del que luego tienen que hacerse con una parte, recapitalizarla y reinvertirla en expansión. Lo que significa que siempre tienen que encontrar algo en lo que expandirse […] en los últimos treinta años un inmenso volumen de excedente de capital ha sido absorbido por la urbanización: por la reestructuración, la expansión y la especulación urbanas […] ha habido un serio problema, particularmente desde 1970, con el modo de absorber volúmenes cada vez más grandes de excedente en la producción real. Solo una parte cada vez más pequeña va a parar a la producción real, y una parte cada vez más grande se destina a la especulación con valores de activos, lo que explica la frecuencia y la profundidad crecientes de las crisis financieras que estamos viendo desde 1975, más o menos. Son todas crisis de valores de activos[22].

En el modelo neoliberal, las finanzas cooptaron al Estado, que mutó para garantizar el nuevo modelo de acumulación (lo que llamamos en su día el cansancio del Leviatán). Por el contrario, el mundo del trabajo fue un mero espectador pasivo, con algunos escenarios de conflicto que fueron más temprano o más tarde reprimidos y derrotados. De ahí que las soluciones que se plantean en las crisis capitalistas de comienzos del siglo XXI sean formas enmascaradas de la misma mentira. Un antiguo economista de Wall Street, Michael Hudson, estudioso de los entramados financieros de la crisis y que durante cincuenta años fue analista de balanzas de pagos de países del tercer mundo, resumió con rotundidad, tras la reunión del G-20 de abril de 2008 (seguramente una de las reuniones más publicitadas y comentadas del mundo reciente y a la que se quiso comparar con un segundo Bretton Woods), el punto de vista de quien ya ha escuchado demasiadas veces los mismos cuentos:

La declaración del G-20 sigue la senda trazada hace seis meses por los rescates bancarios del Tesoro y de la Reserva Federal estadounidenses. Que, en suma, consiste en lo siguiente: resolver la crisis de la deuda con más deuda todavía. Si los deudores no pueden pagar con lo que son capaces de ingresar, préstales lo suficiente para que se mantengan al día en los vencimientos; y colateraliza eso con sus propiedades, su sector público, su autonomía política, incluso con su democracia. El objetivo es mantener al día el gasto de deuda. Y eso solamente puede hacerse haciendo que el volumen de deuda crezca exponencialmente, a medida que crece el interés que se añade al préstamo. Es la «magia del interés compuesto». Es lo que hace que economías enteras se conviertan en gigantescos esquemas Ponzi (o esquemas Madoff, como se les llama ahora) […] La idea neoliberal de lo que es un «equilibrio» financiero pasa por limitarse a observar trechos de corto recorrido de las «fuerzas del mercado», demoler cualquier potencial industrial existente, incrementar la emigración y la enfermedad y levantar una gigantesca deuda externa sin preocuparse mayormente de las formas de ingresar el dinero suficiente para satisfacerla. Esa burbuja del crédito inmobiliario fue extractiva y parasitaria, no productiva[23].

El número creciente de milmillonarios (la palabra «millonario» ya ha dejado de significar algo) nunca compensa, sin embargo, la caída del consumo de los millones de trabajadores que han visto recortar sus salarios y, por tanto, el gasto de las familias. Las crisis, como decíamos más arriba, facilitan los análisis porque la discusión deja de hacerse en abstractos futuros y permite ver los resultados inmediatamente en tasas de desempleo, desahucios, subalimentación, etcétera.

Sin una reconstrucción del papel –nótese que decimos el papel, no una recuperación del mismo actor– que antaño desempeñó el sujeto trabajador, resulta difícil pensar en las alternativas. ¿Cuál va a ser el nuevo sujeto del cambio? En Europa y Estados Unidos aparece la figura del precariado. En América Latina, el lugar del proletariado lo ha ocupado el pobretariado, que ha resultado más funcional para frenar la depredación neoliberal que para armar una alternativa estable. Estas quedan, en el corto plazo, necesariamente sujetas a salidas populistas, expresión que, como ha señalado Laclau, no tiene connotaciones negativas, sino que señala una voluntad de compromiso popular en países desestructurados políticamente[24]. Pero la propia noción de populismo, entendido como apuesta radical con los excluidos, al tiempo que rechaza los prejuicios de una ciencia social inclinada a las oligarquías y critica la «denigración de las masas» propia de la «saga del concepto», reconoce que la indeterminación social de muchos países se refleja en la indeterminación institucional. Es aquí donde se entiende el refuerzo de –siguiendo a Gramsci– los cesarismos que, aun siendo democráticos, siempre terminarán necesitando dar una respuesta al problema pendiente de la institucionalización. En otras palabras, y lejos de la añagaza neoliberal de la reforma del Estado, la gran asignatura pendiente es la refundación del Estado. Los países que más han sufrido la noche neoliberal –algo que afecta a prácticamente toda América desde Río Grande hasta Tierra de Fuego y que en el siglo XXI saltó con toda su crudeza a Europa– tienen profundas dificultades para crear una nueva institucionalidad, para empoderar al pueblo y generar la corresponsabilidad popular que reclama la construcción de un modelo que supere el capitalismo, el estatismo y la modernidad, camino de una sociedad donde la emancipación deje de ser un deseo para ser una realidad cotidiana y siempre en construcción.

AGENCIAS DE CALIFICACIÓN: EL NUEVO SOBERANO EN EL NEOLIBERALISMO

Si hay una instancia que haya obtenido las capacidades soberanas que antes tenían los Estados, se trata de las agencias de calificación. El capitalismo financiero, que ha operado sobre el endeudamiento público y particular y la privatización en la práctica de las monedas, ha hecho de las agencias de rating una suerte de comité ejecutivo del neoliberalismo global. Para el geógrafo norteamericano John Agnew, «los Estados han tenido que aceptar las evaluaciones hechas por estas organizaciones porque poseen información que nadie más tiene sobre corporaciones, bancos y países, en la medida que valores, dinero y mercados de bonos se han internacionalizado de forma efectiva desde el final de la era de Bretton Woods. Por lo tanto, al obtener fondos a través de bonos los gobiernos se han convertido en tan dependientes de las agencias de calificación como los negocios privados». La manera en que organizaciones de tipo privado se convierten en instancias que determinan el comportamiento público es cotidiana. La clave siempre es la argumentación técnica que, en el modelo neoliberal, está por encima de la democracia o



de los derechos humanos. La práctica totalidad de las agencias de calificación tienen esa consideración:

La mayoría, en cambio, encajan en uno de los cuatro «tipos» de organizaciones reguladoras de naturaleza tecnocrática o especializada, y representativas de grupos industriales más que basadas en reglas democráticas transparentes que trabajan en interés de la gente. En primer lugar se encuentran las agencias de establecimiento de normas públicas y no basadas en el mercado como la Unión Postal Universal, el Protocolo de Kyoto, el Fondo Monetario Internacional y el Comité de Basilea sobre Supervisión Bancaria. El segundo grupo cubre organizaciones públicas pero con base mercantil como la Comisión Federal de Comercio de EEUU y la Dirección General de Competencia de la UE. Las terceras son cuerpos privados con base no mercantil como los que establecen las normas de contabilidad y de productos electrónicos mencionadas previamente. En cuarto y último lugar se encuentran las entidades privadas y con base mercantil como el Consejo de Administración Forestal y Microsoft (que establecen estándares internacionales como el sistema operativo para ordenadores de Windows). Las agencias de calificación crediticia encajan mejor en la categoría de organizaciones transnacionales privadas y con base mercantil.

Es importante entender que «no son autoridades» pero que, sin embargo, están «al mando». Las agencias de calificación más grandes obtienen la legitimidad no por ningún mandato democrático, sino porque se les pretende que poseen «conocimiento, poder privado o influencia». Es absurdo, por tanto, desde un punto de vista empírico pretender «que los Estados monopolizan la autoridad soberana sin asociar e involucrar a otros actores públicos y privados de varios tipos».

En definitiva, estas instancias privadas –ejemplo claro de las puertas giratorias entre la política y la empresa– tienen poder soberano:

Se ha reconstruido una gobernanza que casa con las necesidades de actores privados crecientemente globalizados tales como bancos y corporaciones industriales, más que con las necesidades de las poblaciones de los Estados. Los bonos estatales suscriben este sistema y socializan el riesgo hacia poblaciones domésticas a cambio de respaldo en actividades especulativas de los bancos privados, fondos de protección y otros inversores. Los «guardianes-tecnócratas» […] de los bancos centrales y las agencias de calificación, acorazados contra influjos democratizadores, salvaguardan de esta forma el mercado y defienden a sus accionistas de las políticas monetarias y fiscales con orientación redistributiva social o nacional.

Las autoridades elegidas democráticamente han legitimado a estas instancias privadas entregándoles el poder de impedir que las decisiones populares se puedan poner en marcha cuando «van en contra de los mercados». Ciudadanos convertidos en clientes que no pueden desarrollar su vida en libertad precisamente en nombre de su bienestar. Tiene razón Crouch cuando afirma que el neoliberalismo puede cambiar de principios sin problema y que, de hecho, renunció a uno de sus axiomas, la libre competencia: «Tanto

los tribunales de justicia como los teóricos de la economía pasaron a considerar como competencia la destrucción de pequeñas y medianas empresas, el predominio de las grandes corporaciones y la sustitución de la idea democrática de la libre elección del consumidor por el interés paternalista en el “bienestar de los consumidores”»[1].

[1] En John Agnew, «“Baja” geopolítica: agencias de calificación crediticia, la privatización de la autoridad y la nueva soberanía», Geopolítica(s), vol. 3, n.o 2 (2012), pp. 171-183; y Colin Crouch, La extraña no-muerte del neoliberalismo, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

La crisis económica ha quitado algunos velos, pero sigue siendo necesario mirar más allá de lo urgente para poder ver algo. El papel del Estado está, podemos afirmar con rotundidad, en el centro de los problemas y en el centro de las soluciones. Incluso las fórmulas más avanzadas de rearticulación política serán «a la sombra de la jerarquía». Una vez más, vuelve a ser cierto que milímetros de error en la teoría generan kilómetros de distancia en la práctica. Sorprendentemente, vemos que el Estado se ha convertido en un asunto subteorizado. Solamente entre muchos y muchas puede repensarse, de manera que se supere esta laguna que terminan pagando los pueblos. Frente al «pesimismo de la inteligencia», recomendaba Gramsci, es necesario oponer el «optimismo de la voluntad». Sin esperanza no hay pensamiento esperanzado. Las crisis del capitalismo no generan revoluciones porque los pueblos piensan que tienen algo más que perder que sus cadenas; porque no está nada claro que la alternativa sea mejor que lo que se tiene; porque los actores que representan el cambio se parecen demasiado a los que dicen combatir; porque el consumismo detiene el pensamiento crítico; porque el pasado se ha convertido en un pasadizo estrecho y el futuro en una autopista infinita. Lo que da sentido a la vida no puede reducirse a la condición de mercancía. Y tampoco puede alcanzarse con la rueda dentada de la burocracia. Por eso, una de las tareas es reinventar el Estado. Si el neoliberalismo utilizó la palanca del Estado para hacer jirones sus ropajes sociales, se trata ahora de recuperar el control del instrumento estatal para que los pueblos, conscientes y empoderados, hagan suyas las riendas de su propio camino político no olvidando en ningún caso que, debajo de los disfraces del Leviatán, siempre está la realidad de un poder demasiado grande como para perderlo de vista.

El Estado a veces es el drama, otras la farsa, a veces la comedia y también, cuando concursa la participación popular, la épica. Los pueblos que avanzan en justicia y libertad son lo que construyen una esfera pública virtuosa. Y esa esfera pública, como la llamemos, es la garantía de que la vida no sea, como advirtió Hobbes en su Leviatán, «solitaria, pobre, sucia, brutal y corta».

[1] Angela Davis, La libertad es una batalla constante, Madrid, Capitán Swing, 2017, pp. 30-31.

[2] Una comisión de investigación parlamentaria concluyó en julio de 2017 que el Ministerio del Interior había usado la policía para crear pruebas falsas contra adversarios políticos



[https://www.infolibre.es/noticias/politica/2017/07/19/la_oposicion_bloque_considera_probada_policia_politica_fernandez_diaz_67760_1012.html].

[3] Era la queja repetida hasta la saciedad y con crecientes dosis de desesperación y melancolía por los Nobel de Economía Paul Krugman y Joseph Stiglitz.

[4] Algunas de estas reflexiones sobre el Estado, ahora actualizadas, pude presentarlas en Juan Carlos Monedero, «El Estado moderno como relación social: la recuperación de un concepto politológico del Estado», introducción a Bob Jessop, El futuro del Estado capitalista, Madrid, La Catarata, 2009. Las revisité en «Los laberintos de Borges y la imposibilidad de una teoría del Estado», prólogo a Bob Jessop, El Estado. Pasado, presente y futuro, Madrid, La Catarata, 2017.

[5] Véase Albert O. Hirschman, Retóricas de la intransigencia, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

[6] Son las conclusiones de Branko Milanović, La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global, Madrid, Sistema, 2006. Más recientemente y en una dirección similar, del mismo autor, Los que tienen y los que no tienen. Breve y particular historia de la desigualdad global, Madrid, Alianza, 2012; y Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2016; y, de Thomas Piketty, El capital en el siglo XXI, México, Fondo de Cultura Económica, 2015. La disminución de la pobreza en China e India ha rebajado la desigualdad en téminos globales pero la ha agravado en términos nacionales.

[7] Susan Strange, Casino Capitalism, Oxford, Basil Blackwell, 1986.

[8] Véase George Lakoff, No pienses en un elefante, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

[9] Joseph E. Stiglitz, «El fin del neoliberalismo», El País, 20 de julio de 2008.

[10] Bob Jessop, El futuro del Estado capitalista, cit., especialmente el capítulo 2.

[11] Jessop insiste, siguiendo a Poulantzas, en la misma idea al afirmar que el Estado es una relación –no un sujeto–, que posee instrumentos que serán usados de una manera u otra en virtud de la correlación social de fuerzas que opera en esos tres ámbitos: 1) en la sociedad (que se hace calle, esto es, acción colectiva, en momentos de activación del conflicto); 2) en los aparatos del Estado; 3) en las ideas (la hegemonía, un liderazgo que asegura la reproducción). Cuando estos elementos actúan coordinadamente, el bloque histórico está funcionando. Eso no quita para que los Estados tengan lo que llama «selectividad estratégica», que analizaremos más adelante. Véase Bob Jessop, El futuro del Estado capitalista, cit.

[12] Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), Bringing the State Back In, Nueva York, Cambridge University Press, 1985. Puede consultarse la introducción en Theda Skocpol, «El Estado regresa al primer plano. Estrategias de análisis en la investigación. Actual», Zona Abierta 50 (enero-marzo de 1989).

[13] Para un excelente repaso del debate marxista sobre el Estado, puede consultarse Mabel Thwaites Rey (comp.), Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007.

[14] Dos buenos resúmenes de estas discusiones, en Colin Hay, Michael Lister y David Marsh (eds.), The State. Theories and Issues, Londres, Palgrave Macmillan, 2006, y Bob Jessop, State Power, Cambridge, Polity Press, 2008.

[15] Boaventura de Sousa Santos, Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2003.

[16] Pier Paolo Donati ha desarrollado una teoría relacional de la sociedad sobre las bases del funcionalismo de Talcott Parsons, pero yendo mucho más allá. Como él mismo afirma, el funcionalismo lleva necesariamente –por sus insuficiencias– al no funcionalismo, pero este no puede explicarse con aquel. El sentido de la vida, la justicia, la utopía no pueden explicarse funcionalmente, a no ser que las diferentes funciones sociales se miren desde otra óptica más rica. No se niega lo funcional, sino que se incorpora al conjunto de las relaciones sociales. No cuestiona, por ejemplo, la importancia de la reproducción económica, pero la entiende en el conjunto de la reproducción social, asumiendo que los medios de intercambio económico pueden ser más que los que contemplaba el funcionalismo clásico (una meta puede ser buscada por muchos medios diferentes). De esta manera, el análisis relacional rompe con una de las trabas principales del funcionalismo: el determinismo estructural. Con la mirada relacional se sale de perezosas explicaciones que niegan la importancia del pensamiento parsoniano –a menudo sin leerlo y más por el prurito de pertenecer a una cofradía de puros que heredan viejas pugnas– y, al tiempo, demuestra sus insuficiencias enriqueciéndolo. Algo similar desarrolla Jessop con la teoría del Estado al incorporar también el análisis de Luhmann a sus explicaciones. Véase Pier Paolo Donati, Repensar la sociedad, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2006. Por mi parte, la utilidad de este esquema me sirvió en el desarrollo de mi tesis doctoral El fracaso de la República Democrática Alemana: la quiebra de la legitimidad, 1949-1989, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1996.

[17] Martin Shaw, Theory of the Global State: Globality as Unfinished Revolution, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

[18] Leo Panitch, «The Impoverishment of State Theory», en Stanley Aronowitz y Meter Bratsis (eds.), Paradigm Lost. State Theory Reconsidered, Minneapolis/Londres, University of Minnesota Press, 2002, pp. 89-104.

[19] Fue el caso emblemático de Dick Cheney, vicepresidente en la Administración de Bush (hijo) y antiguo director de Halliburton, la empresa más beneficiada con la invasión de Iraq. En 2016 se publicaban las conclusiones del «Informe Chilcot» (Iraq Inquiry), una comisión de investigación independiente creada por el entonces primer ministro Gordon Brown, que establecería las mentiras de Tony Blair para justificar la agresión a Iraq, catalogada como «innecesaria».

[20] Para estas referencias en el caso latinoamericano, en los comienzos de los gobiernos de cambio, véase César Rodríguez Garavito, Daniel Chávez y Patrick Garrett (eds.), La nueva izquierda en América Latina, Madrid, La Catarata, 2008.

[21] Durante el gobierno de Carter en Estados Unidos se preparó el camino de la desregulación que iba a permitir recuperar la tasa de beneficio por la vía financiera. Por un lado, los jueces fueron, una vez más, sancionadores de una nueva línea política (algo recurrente en la Unión Europea). El dictamen de la Corte Suprema en 1978 (conocido como «Marquette National Bank of Minneapolis vs. First Omaha Service Corp.») levantó el control de los Estados sobre los tipos de interés con el fin de prevenir la usura. En 1980 se



aprobó la Depository Institutions Deregulation and Monetary Control Act, que permitía que los bancos privados empezaran a expulsar a los bancos públicos del mercado. Finalmente, se permitirían los productos derivados y la autorregulación de un mercado que se había vuelto incomprensible para el común de la ciudadanía, pero que fue capaz de arrastrar hacia sus redes desde esa misma ignorancia.

[22] David Harvey, «¿Estamos realmente ante el fin del neoliberalismo? La crisis y la consolidación del poder de las clases dominantes», Sin Permiso, 22 de marzo de 2009 [disponible en http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2446].

[23] Michael Hudson, «El FMI después del G-20: ¿Se plantarán los deudores?», Sin Permiso, 12 de abril de 2009 [disponible en http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2490].

[24] Ernesto Laclau, La razón populista, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

CAPÍTULO I

«Mire vuesa merced que en verdad son gigantes y no molinos de viento…»

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y, así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ¿ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer?; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?, dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos; que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y, si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha.

Si el desastre del fascismo obligó al pensamiento social honesto a repensarse en el siglo pasado, confrontamos ahora un desafío similar que pone a prueba el nervio moral de la reflexión política. Hoy tenemos nuestro propio monstruo: se llama neoliberalismo. Su capacidad de penetración es tan fuerte, que trasciende los cambios de gobierno incluso de las grandes potencias. Sus leyes raciales son las que separan con muros visibles o invisibles a los que tienen de los que no tienen. Sus Congresos de Núremberg son las reuniones del G-7 y de la OMC, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, las Cumbres de Davos y de la Trilateral. Su rechazo irracional al saber y a la cultura, y su quema recurrente de libros, están en los programas televisivos y el negocio del entretenimiento. Su Protocolo de los sabios de Sión, los currículos universitarios de economía. Sus campos de concentración, los guetos, a veces del tamaño de un continente, donde están encerrados los que tienen la estrella del fracaso cosida en el rostro. Su guerra relámpago, la Blitzkrieg de la globalización. Sus financieros son muy parecidos a los de entonces. Su Führer –y ese es uno de los problemas que confunde la imagen del monstruo– está multiplicado, tiene mil caras y habita mil lugares. Las crisis, lejos de derrotarlo, lo hacen más taimado. Para derrotarlo, se necesita algo que esté a su altura. El neoliberalismo es un sentido común.



El rigor de la capacidad de exclusión del neoliberalismo (cien mil personas mueren al día por causas relacionadas con el hambre), su amenaza cumplida contra el medio ambiente (ya no se puede decir que quedan diez años para tomar medidas radicales, porque eso era verdad hace ya más de una década), el peligro en que ha puesto a la convivencia humana (con guerra y violencia entre los países y también dentro de cada ciudad), su énfasis en el desentendimiento ciudadano (la apatía política y el refugio en el consumismo) y el adoctrinamiento mediático son las cabezas de esta hidra multiplicada. Esta recuperación de rasgos profundos del fascismo, ahora como fascismo social y bajo un disfraz formalmente democrático, obliga a la ciencia social a enfrentarse con honestidad a su tarea de cumplir con el amejoramiento de la sociedad, y alertar sobre este regreso a la barbarie[1]. Una vez más, como ocurriera en los años treinta del siglo pasado, las necesidades del capitalismo demuestran su incompatibilidad con la democracia. Una vela a Dios y otra al diablo terminan prendiendo fuego a la mesa. Cuando el Estado se emancipa de la sociedad como un todo y se pone al servicio de intereses particulares, recupera su condición de Leviatán, de monstruo bíblico que adelanta pesadillas de Apocalipsis. La lámpara mágica en manos de irresponsables. Ese Estado al servicio de un grupo –por ejemplo, de una clase social o de una fracción de clase– termina perdiendo la legitimidad. Pero por el camino deja un reguero interminable de cadáveres.

No es posible un buen análisis del neoliberalismo sin entender la globalización, y no es posible un buen análisis de la globalización sin una buena conceptualización del Estado. Analizar el Estado no es analizar las instituciones ni las leyes ni los funcionarios. Como ha planteado Bob Jessop recientemente, conviene analizar el Estado como una relación social, y eso implica entenderlo desde una mirada diferente. Se trataría de entenderlo como 1) el ejercicio del poder estatal (ver ese efecto más que la estructura o el aparato estatal, de manera que se pueda captar su capacidad de operar. Mirar el poder del Estado en vez de «el Estado» tiene sentido porque la capacidad de operar del Estado esta también fuera de él. Hay que considerar que más allá de los límites formales del Estado, dentro y fuera de ese aparato del Estado hay grupos que buscan alcanzar sus intereses con el Estado, contra el Estado y más allá del Estado); 2) entenderlo como la condensación de un equilibrio de fuerzas variable que 3) está mediado a través de instituciones y discursos; 4) que quiere influir en todos los ámbitos de lo político (en las políticas públicas, en la organización institucional y en la política) y 5) opera en un entorno natural y social que es más amplio que el propio Estado. El Estado, siguiendo a Poulantzas, «incorpora tendencias sesgadas que privilegian a determinados agentes e intereses por encima de los demás; pero si estas tendencias se realizan y cómo y hasta qué punto lo hacen, depende del equilibrio variable de fuerzas, de sus estrategias y de sus tácticas». No es un juego de palabras decir que «el» Estado no puede ejercer el poder. Dice Jessop: «no es el Estado quien actúa: son siempre grupos específicos de políticos y funcionarios del Estado, ubicados en partes concretas del sistema estatal», que no pueden obrar al margen de su contexto social concreto –que a veces brinda oportunidades y a veces restringe– y tampoco del aparato estatal heredado históricamente. Y siempre tiene esa tensión entre el interés general que legitima y los intereses particulares que orientan el comportamiento[2].

La autoridad del Estado moderno procede de su promesa de servir a los intereses generales, de representar las promesas lanzadas por la Ilustración de libertad, igualdad y fraternidad. Esa autoridad de quien atiende el bien común, a lo colectivo, es la fuente de su poder legítimo. El aparato estatal, esa constelación de instituciones, burocracia, Gobierno, Parlamentos, ejércitos, judicaturas, leyes y discursos entrelazados con cada sociedad, es el encargado de aplicar ese poder al servicio de los intereses generales. Por

lo general, obtiene la autorización política porque maneja los recursos estatales gracias a haber cumplido los procedimientos (por lo general, ganar unas elecciones). En la autoridad, otorgada para cumplir con el interés común, se encuentra la base de la obligación política. El Estado, además, tiene unas reglas para distribuir las ventajas de la vida social. Son reglas económicas, políticas, normativas y culturales (en los Estados occidentales, esas reglas están marcadas principalmente por el Estado social, el Estado democrático, el Estado de derecho y el Estado nacional). La rutina se encarga de que no cambie la lectura de lo que es orden y desorden (por eso son tan importantes las tecnologías gubernamentales encargadas de que no nazcan nuevos consensos que desafíen los que están ligados al statu quo). Legitimidad, inclusión y rutina que, junto a la coacción, articulan la obediencia al Estado.

Pero, aparte de esa suma de bien común que es el interés general, cada ser humano tiene intereses propios, expectativas sobre su vida individual, sobre el futuro de los más allegados y la marcha de la sociedad. Estas expectativas e intereses van desde los más egoístas –el exclusivo amor propio– a los más desprendidos –al amor a la humanidad–, pasando por diferentes grados, donde ese lugar cercano y generalizado que es la familia representa el núcleo central del interés humano –el amor a los propios–. Todos tenemos expectativas. Pero unos las cumplen y otros no. El Estado va a ayudar más a unos que a otros a cumplir sus expectativas (es la selectividad estructural del Estado). Las instituciones políticas, por esa autoridad que portan de quien atiende al bien común, debieran actuar y educar generando cohesión social. Pero las instituciones, cuando son desatendidas por la sociedad, es decir, cuando la sociedad las deja autoorganizarse, terminan por lo común emancipándose de sus obligaciones, incluso hasta su desaparición al ser incapaces de mantener la legitimidad. No basta la institucionalidad para que el interés general se alcance. Las instituciones por sí solas no son virtuosas respecto del bien o la justicia. La guerra de Iraq, los bloqueos que impone Estados Unidos, las políticas de austeridad que condenan al hambre o la lógica financiera internacional demuestran cómo las instituciones pueden ponerse al servicio de intereses particulares sin necesidad de mayor discusión. E igual ocurre con la incapacidad estatal de extirpar el hambre, frenar el cambio climático, acabar con enfermedades medievales o ayudar a encontrar sentido frente al hecho incontrovertible de la muerte. El Estado refleja cómo se zanjan los conflictos sociales y las muchas derrotas acumuladas.

¿Es mejor una fuerte institucionalidad que su ausencia? ¿Qué ocurre cuando una perfecta maquinaria estatal se pone al servicio fabril y febril de producir el mal en serie, como ocurrió con el Holocausto? Instituciones independientes de la sociedad terminan siendo el peor enemigo de la sociedad. Sin embargo, esa es la petición de principio del neoliberalismo: la devolución a un mercado autorregulado de los ámbitos desmercantilizados durante el keynesianismo y el desarrollismo, la recreación de un Estado que privatice los espacios de la estatalidad, el triunfo de una lógica guiada por la búsqueda del beneficio a través del integrismo de la oferta y la demanda (el populismo del mercado), la apuesta por unas instituciones que se alejen del control ciudadano y las exigencias electorales, la conversión de la política en una gestión técnica entre managers y clientes y no en una tensión política entre el poder y los ciudadanos. El Estado se convierte en un todopoderoso ferrocarril sin maquinista y sin vías que arrasa todo a su paso. El viaje no puede ser largo (o el tren acaba con la vida, o la vida devuelve el tren a los raíles), pero el destrozo, como vemos, es inmenso[3].

Decía Aristóteles en su Política que detrás de la politeia (nosotros diríamos hoy la democracia) venía su forma degenerada, esto es, la democracia (nosotros diríamos hoy la demagogia), el supuesto gobierno de las mayorías impulsado por pasiones alejadas del



interés general. Los modos en que la democracia degenera en demagogia se relacionan con la pérdida real del control de la producción de conocimiento por parte de las personas. Cuando uno no es dueño de sus ideas, las ideas se convierten en cárceles. La interpretación de las palabras y del sentido por parte de minorías usurpa el diálogo y lo convierte en un monólogo que termina presentando unos intereses particulares como los intereses de la mayoría (¿acaso no compró la mayoría en EEUU votar en contra de una seguridad social articulada desde el Estado, en un país donde las mayorías no pueden costearse la salud?). Las mayorías también pueden tener cierta conciencia del engaño, pero no las herramientas para salir de él. Demasiados ángulos permanecen en la oscuridad. Hay una vaga sospecha, pero no termina de traducirse en una transformación.

Las revoluciones y cualquier cambio social profundo, como bien entendió Gramsci, operan en la conciencia o son experimentos costosos y dañinos. Pese a que se asume que la televisión ofrece mayormente basura no se reduce el consumo de telebasura, sino al contrario. De la misma manera, la asunción de la baja densidad de la democracia no parece generar hoy un malestar estructural que interrogue a las razones últimas que roban la calidad a la democracia. Las protestas, no canalizadas políticamente, se disuelven en peticiones de corto plazo que se llevan el malestar cuando desaparece de las pantallas de televisión. Las manifestaciones contra la guerra de Iraq, las más nutridas en el mundo desde mayo del 68 y capaces de articular la primera manifestación globalizada de la historia –la de el 15 de febrero de 2003–, fueron incapaces, pese a convocar en todo el mundo a más de 200 millones de personas, de frenar una guerra tan evidentemente causada por el control del petróleo. Además, no dejó ningún rédito de organización política o social en los países donde tuvo lugar.

Jóvenes franceses pobres de la periferia parisina queman en protesta coches por la simple razón de que les habían dicho en los medios que poseer un automóvil es la señal de que no se es un perdedor. Si los ludditas quemaban los telares que les robaban el puesto de trabajo, ahora se quema el vehículo que se desea pero no se alcanza. Para estos muchachos, el Estado no es mucho más que la policía entrando en la banlieu, esos barrios pobres de las afueras de las grandes ciudades, buscando presuntos delincuentes. Protestas con mayor contenido de clase –por ejemplo, las movilizaciones contra el gobierno de Evo Morales en Bolivia o contra Nicolás Maduro en Venezuela– igualmente se «espectacularizan» y se presentan como «revoluciones de colores», en un concepto muy cercano a esa guerra televisiva que fue la primera invasión de Iraq, contemplada como un videojuego. No parece que esté abonado el terreno para sutilezas. Mirado desde arriba o desde abajo, en un mundo dual, con ricos muy ricos y pobres muy pobres, el relato solamente puede ser un cuento en blanco y negro. El resto es, parece, demasiado complicado. La televisión expulsó el relato nocturno de los ancianos, incapaces de competir con los sueños infinitos de la pequeña e inmensa pantalla. Ver la televisión es más entretenido que escuchar a los abuelos. Tras la oferta vertiginosa de las imágenes, escuchar, leer o mascar un silencio compartido se torna más difícil. La multiplicación de la geografía, la posibilidad más real que nunca de un viaje –como turista, como viajero, como inmigrante, como desplazado–, las noticias permanentes de otras latitudes, nos desarraigan y extrañan del mundo. La globalización, esa difuminación de fronteras, ha roto la homogeneidad social y, al tiempo, ha sido capaz de expulsar las responsabilidades políticas a un limbo impreciso y mal resuelto. O genera como en un péndulo un regreso a comunidades estrictas que viven violentamente lo que ven como una amenaza a su supervivencia (es el auge de los integrismos).

Quizá vivamos el momento de la historia en el que el Estado parece más velado y oculto por mil ropajes. Nunca fue tan difícil verlo y entenderlo. Gobierno, administración, Estado

se confunden, y la idea de nación como lo que es de todos se reduce a una identidad cultural a la que no se le puede reclamar otro tipo de derechos. La parte más identificable de esa constelación, el gobierno, al que se le pone el rostro de presidentes y ministros, sigue igualmente un curso fugaz, ligado a cada elección o remodelación, o debido a su «pérdida de responsabilidad» ante los determinantes de fuerzas globales frente a las que no se podría hacer nada. Si el Dios que habla en latín impide el diálogo y se torna autoritario, el Estado actual, presente pero sordo a los ciudadanos, necesariamente camina hacia formas despóticas, se escora hacia la derecha del espectro político, consensúa menos e impone más, al tiempo que nadie le pide cuentas por esa involución democrática. Lo que decía Jesús Ibáñez de Dios lo podríamos reciclar para afirmar que «el Estado es más peligroso muerto que vivo, pues vivo por lo menos se le ve venir». Pueden cuestionarse los gobiernos, las personas, los partidos, pero el papel del Estado, capturado por grupos que a menudo lo convierten en enemigo de las mayorías, se ha desvanecido como humo en la botella abierta de las nuevas fronteras porosas.

Esa extensión del Estado por encima de las fronteras ha contribuido a la disolución de la responsabilidad en una suerte de falsa tierra de nadie y le ha quitado esa corporeidad con la que se le había identificado en las últimas centurias. El Estado fue institucionalizándose políticamente como una referencia responsable. Es el viaje del absolutismo a las monarquías constitucionales, el recorrido posterior de los Estados sociales al actual «gran retroceso». Es la diferencia entre Luis XIV diciendo (quizá) L'État, c'est moi y Federico de Prusia presentándose en cambio como «el principal servidor del Estado». Es el acompañamiento «de la cuna a la tumba» ofrecido por el Labour Party de Clement Attlee tras la Segunda Guerra Mundial, y el Tony Blair de la Tercera Vía afirmando que el mundo neoliberal «es implacable con los débiles […] y está plagado de oportunidades pero solo para quienes se adapten con rapidez, protesten con moderación y dispongan de la habilidad y la voluntad suficientes para mantenerse abierto al cambio»[4].

El neoliberalismo, como sentido común, permeó a la socialdemocracia y la convirtió en muleta del conservadurismo. Como ideología ha sido capaz de poner a los Estados a su servicio y, al tiempo, mantener un discurso crítico con el papel intervencionista del Estado propio de los diferentes matices del socialismo. Si alguien tiene la certeza de que los Estados intervendrán en caso de caer en problemas es el sector bancario, disfraz principal del neoliberalismo y fracción de clase privilegiada en la restauración capitalista posterior a la crisis del sistema de Bretton Woods en 1973. El Tesoro norteamericano emitió en abril de 2008 un billón de dólares para salvar el sector financiero, al tiempo que auguraba el hundimiento de la Seguridad Social en 40 años a causa de un déficit de, precisamente, un billón de dólares. Joseph Stiglitz calculó el coste de la guerra de Iraq en tres billones de dólares. En 2017, al tiempo que se constataba en España la precariedad laboral, la pérdida adquisitiva de las pensiones, la continuidad de los recortes y la asfixia financiera de los ayuntamientos, el Banco de España daba por irrecuperables 60.600 millones de euros del rescate a los bancos. La doble vara de medir, en su pérdida del sentido de la vergüenza, clarifica los escenarios[5].

Sin embargo, traer negro sobre blanco estas supuestas paradojas implica la acusación inmediata de sostener teorías conspirativas del capitalismo. Es momento de decir: «bienvenidas sean». No se trata de caer en las simplificaciones marxistas que establecen que el Estado es un instrumento al servicio de la clase capitalista. Entre otras cosas, porque no existe una única «clase capitalista». Y porque hay una parte no pequeña del gasto público que no va a los ricos, pues una parte de la batalla la ganaron los sectores populares. Quienes ahora, sin embargo, la van perdiendo. El Estado, como venimos planteando, es una «institución habitada». Y de manera creciente, el neoliberalismo está



siendo capaz, gracias a las políticas de austeridad, que se han convertido en la tecnología de gobierno más extendida, en dotar al Estado de unos contornos que van contra las mayorías. Para Richard Seymour, la austeridad genera efectos que, al tiempo que fragmentan a las mayorías golpeadas por la crisis, refuerzan la situación de poder de los vencedores. De esta manera, la austeridad reequilibra la economía primando al sector financiero y debilitando el crecimiento basado en los salarios; redistribuye ingresos desde el trabajo al capital; fomenta la precarización como forma disciplinaria que ayuda a la financiarización de la vida (la caída de ingresos obliga al endeudamiento para mantener el consumo); recompone las clases aumentando las desigualdades al primar el aumento de la riqueza de un sector minoritario; sustituye el régimen de Welfare por lo que Jessop llama Workfare, esto es, un Estado trabajista que prima los intereses del capital frente a los del trabajo al considerar el salario un gasto y no un ingreso (trabajadores, además, a quienes aplica de manera creciente el código penal y la amenaza, poniendo de manera igualmente creciente a pelear a trabajadores pobres contra inmigrantes); y, por último, fomenta valores más posicionales que meritocráticos ligados a la jerarquía y la competitividad. Como conclusión, se va generando un marco social donde las clases medias se empobrecen, la pobreza se estigmatiza y se asume como culpa propia, al tiempo que la riqueza se naturaliza y se carga de connotaciones morales[6].

Pero no hace falta resucitar teorías conspirativas. Un análisis riguroso del Estado en las sociedades capitalistas incorpora análisis de clase, atiende a la dinámica del capitalismo y, por tanto, presupone la construcción de escenarios que buscan mantener el privilegio dentro de un esquema de confrontación social. Y, sobre todo, entiende que el Estado moderno, por definición, es representativo, y esto implica que siempre una minoría va a tomar decisiones que obligan a la mayoría. No se trata de replicar análisis envejecidos o volver a hacer de Marx un bálsamo de Fierabrás que cure todos los males (al contrario, se trata de actualizar a Marx). Es momento de reasumir acervos intelectuales ninguneados por el pensamiento liberal y neoliberal en una amnesia teórica interesada. Recuperarlo y traerlos al siglo XXI, salvando sus cuellos de botella cuando sea posible y cerrando las puertas que llevan a ninguna parte. E incorporando nuevos aportes teóricos y, sobre todo, adaptando ese pensamiento crítico acumulado a la actual complejidad social y al papel del Estado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y la caída de la Unión Soviética en 1991 (por citar los dos hitos más relevantes). Va siendo hora, igualmente, de acabar con el análisis eurocéntrico sobre el Estado y la democracia, saliendo del debate anglosajón repetido y reiterado que parece no ir más allá del eje Europa–EEUU–Rusia–Oriente Medio, e incluir a América Latina, África y Asia como espacios de experimentación política radicalmente novedosos. Europa nunca hubiera sido lo que es al margen de América Latina. No puede sin abuso pensarse el Norte al margen de la colonización del Sur. Si hace veinte años, en el «gran tablero mundial» diseñado desde Estados Unidos ni siquiera aparecía el continente latinoamericano al entenderse como «asunto doméstico», los pueblos del continente sudamericano han pateado hoy la mesa y reclaman no ser más los peones de una partida dirigida desde otra parte[7]. No es gratuita la escalada de agresiones que inauguró Donald Trump contra Brasil, Cuba y Venezuela desde el comienzo de su mandato.

La discusión sobre el Estado en la globalización sigue siendo un diálogo con las grandes tradiciones políticas. Aunque un diálogo irreverente. Sostener sin más en el siglo XXI que el Estado es el consejo de administración de los intereses generales de la burguesía es una simplificación. Pero decir, como ha venido sosteniendo buena parte de la teoría del Estado mientras agitaba la bandera de la autonomía estatal, que el Estado no tiene nada que ver con los intereses generales de la burguesía es, de manera más contundente, una

mentira. ¿Se puede entender cómo ayuda el Estado al mantenimiento del capitalismo sin caer en simplificaciones? Bob Jessop nos ayuda cuando plantea que ese complejo entramado que es el Estado se aprehende mejor cuando se le entiende en las sociedades occidentales como «Estado de tipo capitalista» (que es un tipo de Estado, cierto que muy generalizado, pero que no agota las posibilidades estatales). La tradición weberiana del Estado suele mistificarlo, presentándolo como un agente político neutral. La tradición marxista suele exagerar la coherencia del capitalismo y de su gestión estructural del Estado. La ciencia social también forma parte de las relaciones sociales y se pone al servicio de las transformaciones o de las justificaciones que mitifican lo que existe. En tiempo de mudanza, los bandos en tribulación se distinguen. Las crisis, por lo menos, sirven para clarificar debajo de los velos o las vendas[8].

El Estado, como la más perfecta máquina de producir obediencia, ha sido siempre reo de amores y odios profundos por parte de sus analistas. Reverenciado y execrado, hijo del cielo y del infierno, considerado el lugar de la máxima eticidad o una fría máquina de triturar seres humanos, entendido como una caja de hierro sin alma, un castillo lejano y represivo o el mejor de los acompañantes desde la cuna a la tumba, el Estado ha recibido toda la gama de intenciones, tanto de los que le han visto su alma de Leviatán –alma horrible o bien cargada de promesas éticas– como de los que han asumido su existencia sin mayor interrogación. Todo tipo de ropajes que se convierten en pantallas que impiden entenderlo y que, por tanto, dificultan la relación con él. De ahí la referida invisibilidad y su recurrente presencia de la que habló el francés Georges Burdeau:

Nadie ha visto nunca al Estado. Y sin embargo, ¿quién podría negar que sea una realidad? El lugar que ocupa en nuestra vida cotidiana es tal, que no podría desaparecer sin que, al mismo tiempo, quedaran comprometidas nuestras posibilidades de vida. Le concedemos todas las pasiones humanas: es generoso o egoísta, ingenioso o estúpido, cruel o bondadoso, discreto o entrometido. Y puesto que le hacemos sujeto de estas manifestaciones de la inteligencia o del corazón que son propias del hombre, lo tratamos con los sentimientos que normalmente nos inspiran los seres humanos: la confianza o el temor, la admiración o el desprecio; a menudo, el odio o, con frecuencia, un respeto timorato o una adoración atávica e inconsciente… Llegamos a maldecir, pero sentimos que, para bien o para mal, estamos ligados a él[9].

Pero siempre es el Estado –no sus intérpretes– el que aparece disfrazado con las ropas que le entrega cada sociedad. Por eso adquiere tantos contornos y tan diferentes que solo con abuso podemos hablar del «Estado» en singular, en cualquier geografía y en cualquier momento de la historia, pretendiendo que siempre significa lo mismo. En este trabajo nos estamos refiriendo al Estado moderno y, más en concreto, a la forma que ha adquirido en el ámbito de influencia occidental cuya lógica es la acumulación orientada al beneficio y mediada por el mercado. Y, aun así, seguimos simplificando la capacidad estatal de esconderse bajo antifaces cambiantes. Precisamente, esa capacidad de disfrazarse que posee el Estado es la que dificulta entender el proceso de globalización en curso. Quienes lo abrigan con ropajes hermosos quieren su concurso para solventar los nuevos y viejos problemas; quienes lo visten con telas fantasmales y tétricas quieren arrojarlo al basurero de la historia; quienes piensan en hacerlo suyo solamente reparan en el traje que haga creer a los demás que en realidad está vestido para todos. Pero el Estado, al menos hasta



hoy, sigue vigente, aunque haya corporaciones económicas con mayor riqueza que la mayoría de Estados que configuran Naciones Unidas.

Tanto disfraz ha hecho que quede oculto por el atuendo. Lejos de estar desnudo –y, por tanto, sujeto a la vulnerabilidad de que hasta un niño lo denuncie–, el Emperador está hiperengalanado y sobre una plataforma lejana. Vivimos un momento de transición de paradigmas, y en este viaje el Estado se está reorganizando de manera funcional para la reproducción capitalista. Ha sembrado la idea de que ya no le corresponde más a él la obligación de articular la suerte colectiva de la ciudadanía, sino que esa tarea debe ser compartida por otros niveles de estatalidad, por los mercados, empresas, asociaciones y organismos internacionales (lo que se llama gobernanza, sostenida por la idea de que las excesivas demandas ciudadanas al Estado lo habían sobrecargado). La tentación de la inocencia llega a un Estado habitado por unos políticos que quieren quitarse responsabilidades y seguir manteniendo la legitimidad en la que se basa la obediencia que recibe. Un Estado, así, desentendido de la idea del bienestar como un derecho público y al que no se debe recargar con exigencias de redistribución. Un Estado mediático y vigilante que convence a los nuevos súbditos con una apelación constante a los riesgos y al miedo. Un Estado que controla una parte importante del producto de cada país y que negocia constantemente las garantías mínimas de bienestar que son funcionales al conjunto del sistema. Un Estado habitado por unos políticos, funcionarios, intelectuales, empresarios con otra idea de Estado en la cabeza, un Estado que ya no quema herejes en la plaza pública pero que debe ser capaz de conseguir o permitir que los perdedores carguen ellos mismos con la culpa de ser víctimas.

¿POR QUÉ FASCINA EL ESTADO? EL ESTADO COMO UNA RELACIÓN SOCIAL «DESCOMPENSADA»

El Estado es la máquina más perfecta de construir obediencia. Marx lo señaló en La ideología alemana como una «comunidad ilusoria» que apunta al bien común aunque trabaje para el bien particular. Su condición representativa –uno de los elementos esenciales para entenderlo– le da una fuerza enorme al presentar siempre a una minoría como la valedora de todo el conjunto. Históricamente, el Estado ha sumado la eficacia del Ejército y la legitimidad de la Iglesia. Sus sanciones y sus recompensas tienen audiencia. Cuando es posible, gracias a la construcción de las preferencias de los sujetos. Cuando no es posible, por la fuerza. Sus tentáculos son enormes y van más allá de lo que se considera el Estado en sentido estricto (el Estado entendido restrictivamente como las instituciones públicas). El Estado es un conglomerado donde concurren 1) un territorio; 2) un pueblo con un vínculo jurídico ligado al territorio y a sus habitantes; 3) una administración que se reclama como soberana, que tiene jurisdicción sobre el territorio y sobre la ciudadanía. En la administración operan las leyes y los reglamentos, los saberes aprendidos sobre el funcionamiento del aparato estatal y sus relaciones tanto internas como con la sociedad, los funcionarios en toda su amplitud (jueces, policías, militares, técnicos superiores, administrativos, rectores…). Para terminar de entender al Estado, hay que incorporar 4) la idea de Estado que existe en esa sociedad y respecto de la cual se interactúa en y con el Estado. En la idea de Estado participan los intelectuales (profesores, comunicadores, escritores, artistas) y, de manera creciente, el entramado de medios de comunicación –incluido el desafío que supone internet para las formas tradicionales de

comunicación–. Los medios justifican el funcionamiento del Estado, la administración soberana y la coacción legítima.

El Estado es una relación social, según la expresión de Nicos Poulantzas recogida por Bob Jessop. Expresado en palabras de Norbert Elias en El proceso de civilización, el Estado es un «forcejeo continuo de las relaciones sociales de fuerza». Por eso hay que afirmar que el Estado es una relación social, pero descompensada. Y es en esa descompensación donde reside su fascinación. Desobedecer al Estado tiene más consecuencias que desobedecer en cualquier otro ámbito social. Esto lleva a que sea frecuente ver al Estado como una «cosa», como algo con entidad propia al margen de las personas que lo dirigen. Esto tampoco es tan extraño –forma parte de la relación cotidiana con el Estado fuera de la abstracción académica– y tiene sentido porque nos relacionamos con el Estado en alguna de sus esquinas sin verle en su complejidad. El Estado está sujeto a un fetichismo similar al que poseen las mercancías (puedes comprar un plato de comida pero no por ello ves a los agricultores, a los pescadores, a los transportistas, a los cocineros que la han hecho posible, sino simplemente el dinero del intercambio).

La fascinación que despierta el Estado tiene cinco grandes razones:

1. Porque tiene prestigio. El Estado expresa el prestigio de los ganadores en la pelea por definir los asuntos colectivos. El prestigio que expresa el triunfo en los conflictos sociales y que deja su huella en el propio Estado. La función antropológica del «día de los locos» permite entender este prestigio desde la perspectiva contraria (en ese día se entrega a los «perdedores» de la sociedad el poder, para regresar después los ganadores con la justificación del desorden creado durante ese día y gobernar con mayor legitimidad el resto del año). El prestigio del Estado se expresa en la «dignidad» con la que se visten sus cargos, protocolos y edificios. Si el Estado actual expresa el prestigio de los ganadores históricos de los conflictos sociales, se entiende la exigencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional de México (EZLN) de firmar los Acuerdos de San Andrés con el gobierno en una cancha de baloncesto en Chiapas, sobre sillas de plástico, en vez de hacerlo en el Palacio de Gobierno bajo la solemnidad de ese espacio.

2. Porque tiene poder en todas sus vertientes (la capacidad de A de dictar que B haga algo contra su voluntad, la capacidad de A de lograr que B haga o no haga algo al margen de sus intereses, y la capacidad de A de construirle las preferencias a B)[1]. El Estado funciona como una orquesta sincronizada con gente armada con pistolas, leyes, llaves de puertas reales y simbólicas, acceso a medios de comunicación, capacidad de interlocución, contactos y capacidad de mandar y ser obedecidos. La capacidad de sincronía del Estado –la expresan con fuerza los desfiles militares– uni-forma su percepción.

3. Porque tiene y otorga bienes materiales, capacidad de empleo y de gasto, así como recompensas simbólicas (premios, medallas, gratificaciones).

4. Porque tiene el relato de la comunidad expresado en la nación, que viene de un pasado mítico y va a un futuro eterno, y lo expresa como portador de los símbolos que sostienen ese relato (edificios, cuadros, libros, constituciones, acuerdos, banderas…).

5. Porque tiene la capacidad de castigar. De vigilar, perseguir, multar, encarcelar, matar, denigrar, señalar como enemigo de la patria, desterrar. No es solamente el instinto de



supervivencia respecto de quien te puede quitar la vida. Significa también que la impunidad de su castigo genera la fascinación de la seguridad y una tendencia a situarnos bajo su protección.

La conclusión es que el Estado, como el poder, es una relación social, pero en este caso claramente descompensada por la capacidad real del Estado de cambiarle la vida a la gente (para bien o para mal). No deja de ser cierto que la complejidad del Estado no permite entenderlo, de manera simplista, como un espacio de poder arbitrario. Hay que asumir que tanto su condición representativa como la selectividad estratégica de su propia lógica y la capacidad real de poder que acumula, le hace un lugar especial de ejercicio del poder (más poderoso que el capitalista que quiere contratar la fuerza de trabajo de unas personas, por poner el ejemplo de Mr. Peel que emplea Marx para explicar el capital como una relación social). Por tanto, cuando se habla de la «correlación de fuerzas» que determina cualquier relación social, quien ocupa el mando del Estado inclina hacia su lado todas esas capacidades, descompensando la relación.

[1] Steven Lukes, El poder. Un enfoque radical, 2.a edición revisada y aumentada, Madrid, Siglo XXI, 2007 (reimp. 2014).

Como decíamos, la propia ciencia social ha envuelto al Estado de máscaras y atavíos no siempre comprensibles. O ha puesto los ojos sobre otros sitios que explicaban mucho menos e invalidaba para encontrar a los verdaderos culpables. Es evidente que los Estados nación, tal como los hemos conocido en el último medio siglo, están cambiando, y que una suma compleja de transformaciones, donde el Estado era sujeto y objeto de los cambios, reclama nuevas teorías. En 1981, el primer gobierno europeo con presencia de comunistas se enfrentó a las nuevas reglas de la globalización cuando quiso aplicar medidas neokeynesianas. Apenas tres años después, el gobierno de Mitterrand cambiaba radicalmente su política económica, al tiempo que salían del Gabinete los cuatro ministros comunistas que habían acompañado la aventura. (Aún hoy es más fácil que entren en los gobiernos de la Unión Europea ministros fascistas que comunistas.) Algunas nacionalizaciones bancarias –aunque solo resultó afectado un banco importante, Paribas–, así como de algunos grupos industriales, lanzaron una señal de alerta a un capitalismo que ya era transnacional y estaba financiarizado, lo que le otorgaba la capacidad de doblar el brazo a los Estados nacionales estrangulando su capacidad de financiación, su capacidad fiscal y su credibilidad económica. El Gobierno francés no pudo o no quiso resistir el embate. La presión de esa nueva invasión bárbara que son los mercados financieros cedió todas las defensas, fueran estas muchas o pocas. A partir de ese momento –aunque ya había sido adelantado por el PSOE de Felipe González en España– se vio que en Europa el ajuste lo haría la socialdemocracia. Hablar de clases sociales parecía de otra época. El «¡Es la economía, estúpido!» de James Carville, el jefe de campaña de Clinton en 1992, estaba ya elevado a máxima política.

Aquí defendemos una tesis fuerte: el Estado, como condensación de lo que ocurre en la sociedad, es un objeto de análisis central para entender la globalización y el desarrollo neoliberal. Tomando al Estado como objeto central de análisis, podemos ir más allá de si la globalización se trata de un proceso económico, político, militar, cultural, tecnológico, etc. Pues el Estado es todo eso –y algo más–. Observarlo de cerca es dar cuenta de todos estos asuntos. Suele ocurrir que los expertos exageran la importancia de su objeto de estudio, algo recurrente en las ciencias sociales (así, quien estudia lo militar se queja de los que insisten en el papel de los trabajadores; los que interrogan el papel de la acumulación económica reprochan debilidad a los que insisten en el discurso y los procesos culturales; los que estudian partidos políticos reclaman prioridad sobre los que estudian los movimientos sociales; los que estudian los avances de la tecnología afean la conducta a los que estudian el comercio internacional; los que se enfrentan al estudio de los medios de comunicación regañan epistemológicamente a los que andan dando vueltas teóricas al derecho o a los nuevos sujetos políticos; etc.). La globalización, mirada de una manera integradora desde el Estado, permite entender que se trata de un proceso marcado por los intereses militares occidentales en su confrontación con otros bloques o países; por las necesidades económicas de los países centrales frente a las resistencias de los países periféricos y semiperiféricos; por el desarrollo tecnológico ligado al abaratamiento de costes laborales, la ampliación de mercados y los frenos de la devastación del medio ambiente; por el desarrollo de la individualidad vinculada a la vida urbana y las necesidades de crear relaciones más cálidas y espirituales; por el encuentro cultural de los pueblos y las fricciones de la inmigración; por los lazos de la comunidad científica y sus tensiones entre la academia y la empresa; por las pugnas en el comercio internacional y los intentos de acordar marcos internacionales de entendimiento; etcétera.

Lo global es algo local que ha traspasado las fronteras en donde fue concebido –sean los jeans, los espaguetis, la aspirina, la Reserva Federal norteamericana o el constitucionalismo–. También algo que se ha pensado para ir más allá del espacio comprendido dentro de unas fronteras con el fin de llegar a más personas y recursos –sean los trasatlánticos o el Airbus, las giras de los Beatles o el diseño de las Spice Girls, los satélites que radicalizan la idea del panóptico (ver sin ser visto) o la CNN, la Organización Mundial del Comercio o el esperanto–. En todos estos asuntos aparece el Estado como una palanca principal, por su presencia o por su retirada, por su impulso o por su freno, por lo que posibilita y lo que impide. El Estado, entendido como una relación social, recupera buena parte de su capacidad explicativa.

La concepción del Estado como relación social rompe con la idea de que se trata de una variable independiente del resto del entramado social. De la misma manera, no lo supone una realidad aparte como si fuera un ente con vida propia y autónoma, y tampoco lo supedita a la economía, como si lo económico estuviera «colgado del cielo» y no necesitara para existir del resto de articulaciones sociales. Esta mirada integradora ahonda en la idea de que resulta imposible entender el Estado al margen de los otros dos grandes procesos en los que se ha desplegado el mundo occidental: el desarrollo del capitalismo y el desarrollo de la modernidad. Tanto la implantación del sistema de Estados nación, como la extensión del capitalismo y del pensamiento moderno que sustituyó a la teocracia medieval, nacen a finales del siglo XV, siguen caminos paralelos aunque diferenciados y, solo por razones históricas –¡no por ningún tipo de determinismo!–, terminan por converger en los dos últimos siglos. El capitalismo triunfará a la hora de trasladar su lógica a casi todos los rincones de la vida social, haciendo del trabajo una mercancía más y convirtiendo al mercado no en un lugar de intercambio, sino en el espacio mediador del beneficio. El Estado, habitado por una burguesía en crecimiento, le ayudará, y en su pelea



histórica contra el Imperio papal, las ciudades libres y otras formas de organización política, encontrarán sinergias, simbiosis, cuya expresión más obvia quizá sean los procesos de saqueo a otros territorios o países (mientras la burguesía luchaba como clase contra la monarquía absoluta, desarrolló la idea de progreso. Una vez conquistado el poder, dejó de hacer del futuro un espacio de anhelo –salvo en lo que significa de utopía tecnológica semiautomática– y volvió a mirar hacia el pasado). Igualmente, el pensamiento moderno, articulado en torno a la ciencia occidental y abanderado por la Ilustración, prestará sus ideas a ambos desarrollos, transformando la ciencia en una mercancía, haciendo del Estado el garante de su idea de Progreso y legitimando la colonización de otros pueblos. Al tiempo, el capitalismo financiará la concepción occidental de la ciencia y el Estado legalizará o ilegalizará un tipo u otro de pensamiento científico. Todos estos complejos procesos sirven para entender que no caben explicaciones simplistas a los procesos sociales. Una vez más repetimos con Lippmann que, para los problemas complejos, siempre hay una explicación simple pero equivocada[10].

Una mirada atenta a la globalización, pues, se logra a través de una mirada atenta al Estado entendido como el ámbito donde coinciden, al menos, todos los siguientes elementos: un conjunto de instituciones, organizaciones y personas; un lugar con pretensiones de centralidad; una demarcación territorial, a la que se defiende con pretensiones soberanas, convertida en identidad cultural y jurídica que tiene el propósito de representación del conjunto; un ámbito con pretensiones de autoridad y de obediencia, acompañado de la promoción del interés público y del mantenimiento de la cohesión social; en suma, una condensación política de las relaciones sociales nacionales y también internacionales. En la teoría relacional del Estado, el holograma social se recompone y cualquier proceso reconduce a la explicación integral. Puede hacerse ana-lisis (descomponer algo hacia atrás), pero luego hay que reintegrarlo al conjunto haciendo síntesis. Volviendo a Jessop, el teórico de la Universidad de Lancaster establece que no es posible investigar teóricamente de manera sólida el Estado si no se va más allá de su conjunto institucional. Para ello, a los tres elementos clásicos de la teoría del Estado alemana (territorio, población y aparato estatal) agrega un cuarto, la idea de Estado, que explica las contradicciones que abre el proceso de globalización en el Estado social. Para Jessop, el

núcleo del aparato estatal está compuesto por un conjunto relativamente unificado de instituciones y organizaciones empotradas en la sociedad y formalizadas socialmente y que son estratégicamente selectivas [Staatsgewalt], cuya función socialmente aceptada es la de definir y aplicar decisiones colectivas vinculantes para los miembros de una sociedad [Staatsvolk] de una determinada área territorial [Staatsgebiet] en nombre del interés común o la voluntad general de una comunidad política imaginada que se identifica con ese territorio [Staatsidee][11].

Durante un receso de las mil reuniones del Foro Social Mundial de Caracas, en enero de 2007, uno de los participantes, con acento que transparentaba mil tránsitos por todo el continente latinoamericano, dejaba caer una teoría arriesgada pero que pronto atrajo la atención de los que lo rodeaban. En su relato, narraba una venganza que vendría de lejos. En ella, el autor de la, quizá, más famosa novela del mundo habría adelantado en cuatro siglos la lucha contra las transnacionales, contra ese quehacer allende las fronteras que convertía al mundo en un botín de aventureros, corsarios, piratas, emperadores y

prestamistas. El famoso escritor, iniciador sin saberlo del movimiento por otra globalización, sí entendía, sin embargo, de qué hablaba. En su intensa vida había sido encarcelado por ambas trincheras en las luchas imperiales, había sufrido persecución por el ánimo recaudador del incipiente Estado nación, supo de las conspiraciones de la corte y de las respiraciones densas del plagio; por último, había sido despreciado por su condición de inmigrante y su estigma de sospechoso de raza.

La primera crítica moderna contra la globalización –concluía el contertulio– se relacionaba con un loco que se creía un caballero andante y que, en su locura, desenmascaraba el mundo mercantilista que entraba por Castilla, haciendo inútiles los valores del honor, la fraternidad y la palabra dada de los caballeros andantes. El viento del cambio, impulsado por el saqueo de América Latina, mecía unos molinos que, en el fondo, no eran sino renovados gigantes. En el siglo XVI –explicó sometiendo a mejor conocer la interpretación–, los comerciantes y banqueros alemanes de la familia Fugger, famosos, entre otras razones, por haber financiado la coronación de Carlos I, serían los dueños de no solo imponentes palacios castellanos como el de Almagro, sino también de una parte importante de los molinos de viento de La Mancha. El control de los molinos –como hoy ocurre con los silos para el grano o las neveras frigoríficas– se transformaba en onerosos alquileres para su uso, lo que encarecía el precio del pan y castigaba a los más débiles. En definitiva, cuando Don Quijote arremetió contra los molinos, en verdad estaba queriendo golpear a los representantes de un incipiente capitalismo global que golpeaba con su voluntad anónima siempre a los más humildes. Don Quijote fue, cargado de solidaridad con los de abajo, el primer militante del movimiento por otra globalización. Como en tantas otras ocasiones, no se puede sino exclamar: Se non è vero, è ben trovato…

El ánimo de esta mirada, que entiende que la teoría crítica es la que cree que lo que existe no agota las posibilidades de la existencia, está orientado por la certeza de que en la construcción de otra globalización, en este caso no capitalista, se juega el futuro de la humanidad. De la misma manera entendemos que el Estado moderno tiene que ponerse al servicio de los intereses de la mayoría, acompañando desde el diálogo y la solidaridad formas de gobiernos participativos (metagobernanza) y primando en el ámbito global respuesta a los cinco retos más urgentes que están en el horizonte: el cambio climático; la robotización de la economía y las transformaciones del empleo; el contraste entre el envejecimiento de la población en los países ricos y la juventud de los más pobres; los frenos –a menudo cargados de violencia– que acompañan a la lucha por la igualdad de las mujeres; y las guerras de desposesión, dirigidas por países ricos, que generan muerte y desplazamientos que, además de amenazar la paz mundial, cambiarán el sentido poblacional de nuestras sociedades por más muros que levante[12]. Un futuro que no es fácil de prever y tampoco de acercar a posiciones alternativas. Tal es el grado de ramificaciones y de complejidades en donde está enredado el capitalismo mundial tras siglos de imposición, desviaciones y enderezos. Magras, por el contrario, son las referencias reales atractivas –ausentes en el bloque soviético, que nunca confió en sus pueblos– que permitan identificar nuevos caminos, apuntados ahora desde el Sur y guiados por el «inventamos o erramos», esa voluntariosa invitación del pedagogo venezolano Simón Rodríguez. Teoría y práctica necesitan volver a acompañarse. Por tanto, sabiendo que no enfrentamos molinos sino verdaderos gigantes, hora es de convertirnos en gramáticos de una distinta mirada. En este galeano mundo al revés, no se trata de un viaje de locos por el país de los cuerdos, sino de buscadores de cordura en el



imperio de la locura. A la búsqueda de explicaciones que sirvan para aunar fuerzas en este viaje desesperado ante la rapidez del deterioro del mundo.

Karl Polanyi, quien alimenta muchas de estas reflexiones, se refirió al mercado capitalista autorregulado como el «molino satánico». Salir de esa rueda trituradora es un mandato de la razón. Y ahora más aún, cuando la crisis del sistema puede servir para camuflar con cosmética la búsqueda de verdaderas alternativas. Los Sancho Panza de la economía, la política o la academia claman que algún tipo de locura ha reblandecido el entendimiento de los que buscan alternativas porque no creen ni en fines de la historia ni en pensamientos únicos. A ese pensamiento estancado y estamental podemos decirle aquella frase de Tucídides: «Descansad o sed libres». O, junto al caballero de La Mancha, podemos preguntar con el ánimo despierto: «Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?».

[1] El concepto de fascismo social lo desarrolla Boaventura de Sousa Santos en «La reinvención del Estado», en El milenio huérfano, Madrid, Trotta, 2005. Con él no quiere caer en falsas comparaciones con lo ocurrido en los años treinta, sino alertar de la repetición de formas de exclusión que no son menos terribles que las que implicaron aquellos regímenes de terror. Un uso similar lo encontramos en Umberto Eco y Jean Ziegler.

[2] Bob Jessop, El Estado. Pasado, presente y futuro, Madrid, La Catarata, 2017, pp. 97 y ss. y 322-323, respectivamente.

[3] No es extraño que el gran defensor del institucionalismo político sea Samuel Huntington, el teórico de la Trilateral y del choque de civilizaciones y una de las personas más influyentes en la política internacional norteamericana. Para este colega de Kissinger y Brzezinski (a su vez el maquinador del uso en los ochenta de los muyaidines en Afganistán contra la Unión Soviética), la estabilidad política que sirve al interés general solamente llega cuando el nivel de institucionalización supera el nivel de la participación. Las instituciones serían virtuosas solo cuando no fueran molestadas por la participación ciudadana. Samuel P. Huntington, El orden político en las sociedades en cambio, Barcelona, Paidós, 1997 (edición original de 1968).

[4] Para la comparación entre Luis XIV y Federico II, véase Bob Jessop, El Estado. Pasado, presente, futuro, cit., pp. 61 y 62. Para la cita del líder laborista Tony Blair, véase Paul Mason, «Superar el miedo a la libertad», en VVAA, El gran retroceso, Barcelona, Seix Barral, 2017, p. 195.

[5] Michael Hudson, «El fondo político de la actual crisis económica», entrevista a cargo de Mike Whitney publicada en Sin Permiso, 6 de julio de 2008 [disponible en http://www.sinpermiso.info/textos/el-fondo-poltico-de-la-actual-crisis-econmica-entrevista]. Sobre las pérdidas del rescate bancario practicado en España, véase Javier G. Gorrín, «El Banco de España cifra en 60.600 millones las pérdidas por el rescate a la banca», El Confidencial, 16 de junio de 2017 [disponible en: https://www.elconfidencial.com/economia/2017-06-16/rescate-bancario-coste-perdido-banco-espana- bde_1400328/].

[6] Richard Seymour, Against Austerity: How we can fix the crisis they made, Londres, Pluto, 2014.

[7] El conocido libro de Zbigniew Brzezinski, El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos, Barcelona, Paidós, 1998, marca las grandes líneas del poderío mundial estadounidense que desembocan en la invasión de Iraq. Interpelado Brzezinski por el intelectual argentino Atilio Boron acerca de la ausencia de América Latina en el libro, este recibió como respuesta: «Es que Latinoamérica se trata de un asunto doméstico».

[8] Los vínculos entre el gobierno de George W. Bush y el mundo de la economía global (finanzas, armas y petróleo) se empezaron a hacer algo más que evidentes con la guerra de Iraq y sucesos como las quiebras de Enron y Arthur Andersen. El trasvase desde la política a la economía se ha hecho enormemente fluido, algo solo enmascarado porque los medios de comunicación –que forman ya parte del entramado económico– ocultan o minimizan el salto de los políticos a empresas favorecidas durante sus mandatos. La entrada del multimillonario Donald Trump en la Casa Blanca clarificó el vínculo entre dinero y política en la democracia norteamericana.

[9] Georges Burdeau, L'État, París, Éditions du Seuil, 1970, p. 13.

[10] Me he ocupado de estos procesos en Juan Carlos Monedero, El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2011.

[11] Estos rasgos apuntan a los desarrollos de Michael Mann, Las fuentes del poder social, Madrid, Alianza, 1991; Charles Tilly, Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990, Madrid, Alianza, 1992; Bob Jessop, El futuro del Estado capitalista, Madrid, La Catarata, 2008, y Bob Jessop, El Estado. Pasado, presente y futuro, Madrid, La Catarata, 2017. Todos ellos comprometidos con esa renovación de la teoría del Estado que incorpore, junto a otros muchos desarrollos, a las dos principales cabezas de la ciencia social, Karl Marx y Max Weber, junto a Gramsci y Foucault. Para la definición de Estado en Jessop, véase El Estado. Pasado, presente y futuro, cit., p. 93.

[12] David Harvey, «El «nuevo» imperialismo: acumulación por desposesión», en Leo Panitch y Colin Leys (eds.), El nuevo desafío imperial, Buenos Aires, Socialist Register, 2004, p. 113.



CAPÍTULO II

La memoria de los pueblos contra la memoria del poder: ¿para quién trabaja el Estado?

La pobreza de nuestro siglo es incomparable con ninguna otra. No es, como lo fuera alguna vez, el resultado natural de la escasez, sino de un conjunto de prioridades impuestas por los ricos al resto del mundo.

John Berger, Cada vez que decimos adiós.

En las favelas del norte de Brasil, sucede que las madres, por la noche, colocan agua en la olla y agregan piedras. A sus niños, que lloran de hambre, les explican que «pronto estará lista la comida…», en la esperanza de que mientras tanto se queden dormidos […].

Jean Ziegler, El imperio de la vergüenza.

La falta de enfoque en el análisis no ha permitido ver con claridad que lo que se entiende por crisis del Estado a menudo no es sino la crisis del Estado social y democrático de derecho, una forma de organización que, partiendo de la reorganización del capitalismo al final de la Segunda Guerra Mundial, había entrado en un callejón sin salida a mediados de los años setenta y buscó superar sus límites hollando otros caminos menos exigentes con la suerte del conjunto de la ciudadanía, con el medio ambiente y con otros pueblos –momento en el que nos encontramos–. Los enemigos políticos del Estado nacional keynesiano empezaron a construir un discurso que pretendía convertir al Estado en una categoría zombie[1], mientras silenciaban que la estatalidad (las funciones que antaño desarrollaba el Estado) iba a reelaborarse o a trasladarse a otros lugares. Lejos de desaparecer, el Estado está siendo «reimaginado, rediseñado y reorientado».

En el tortuoso viaje del siglo XX, el Estado habría perdido la capacidad de coerción centralizada que lo había caracterizado desde sus comienzos, de manera que sus posibilidades de garantizar la seguridad –la paz interna y externa– habrían descendido enormemente. Cuando pretende recuperar esa capacidad, acaba exponiendo a los ciudadanos al riesgo de perder su libertad en forma de orwellianos Estados vigilantes. Como en una relación hidráulica, la mayor seguridad solo se entendía como una menor capacidad de los individuos para autodeterminar sus destinos. Yo te protejo, tú obedeces. La protección estatal, como en los iniciales momentos de la construcción estatal, se convertía en una suerte de reproducción mafiosa donde las garantías de paz y tranquilidad estaban vinculadas a la pérdida individual de autonomía, libertad y tranquilidad respecto de quien ofrece la protección (profundamente agravada en las llamadas zonas marrones, donde la presencia del Estado se hace al margen del Estado de derecho, afectando a sectores marginales, desempleados, inmigrantes no regularizados, etc.)[2]. El Estado habría alcanzado metas audaces impensables cien años antes –por ejemplo, quitar los

hijos a los padres para obligarlos a ir a la escuela, o hacerse cargo de una porción de la riqueza de cada país que varía entre el 20 y el 60 por 100 del total, principalmente recaudando cantidades que van mucho más allá del diezmo medieval–. Pero, al mismo tiempo, perdía capacidades que lo habían señalado, en el análisis de Max Weber, como el poseedor único de la violencia y responsable de la gestión de lo público bajo el paraguas del interés colectivo.

Pero ese Estado, reflejo de posiciones sociales, no es inocente, porque no lo son las personas que lo han llevado a ese lugar y lo dirigen. Es un error, insistimos, atribuir a la globalización la crisis del Estado nacional de bienestar. El modelo de Estado nación, que había ganado el adjetivo de bienestar durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, estaba haciendo aguas por diferentes razones. Por un lado, los Estados nacionales estaban enfrentando la «desnacionalización de la estatalidad» (es decir, las funciones que venía desarrollando el Estado ya no se ejercían en exclusiva en los entornos nacionales). Esto era así ya que resultaban demasiado grandes para solventar algunos asuntos –con un apremio fuerte desde abajo hacia la descentralización regional y municipal– y demasiado pequeños para solventar otros relacionados con el proceso de estrechamiento del tiempo y el espacio que hay detrás de la globalización –presionados en este caso desde arriba hacia formas de integración supranacional o la mera supeditación a esas «fuerzas superiores».

El éxito estatal desde la década de los cincuenta en solventar los fallos del mercado se tornaba ahora en fracaso. Nuevas redes de ciudades o de regiones saltaban fronteras y aduanas con mayor flexibilidad que los paquidermos estatales. La nueva economía del conocimiento y la multiplicación y particularización de la oferta de bienes (frente a la necesidad del primer momento del consumo de masas[3]) rompían el crecimiento de la productividad, al tiempo que las presiones sindicales empujaban al alza los salarios. Los mercados de bienes duraderos estaban saturados, con la consiguiente caída de la tasa de beneficios, además de que la gestión económica, concebida para economías nacionales, mostraba debilidades con la apertura comercial y financiera. Las políticas de bienestar reclamaban crecientes partidas del gasto público, tanto por la propia presión de los afectados por la crisis como de la ciudadanía en general, que asumía el suministro de bienestar como un derecho, sin olvidar la retroalimentación que generaban los mismos servicios públicos –departamentos, oficinas, ministerios, etc.–, que reclamaban un crecimiento constante. En no menor grado, estaban las dificultades recaudatorias del Estado, reo de cambios demográficos –envejecimiento de la población–, operaciones de contabilidad engañosas por parte de las grandes empresas, de la existencia de paraísos fiscales y del control que ejercen sobre la administración pública los entramados corporativos transnacionales (baste recordar el caso ya señalado de las fraudulentas Enron y Arthur Andersen y sus vinculaciones con la campaña de George W. Bush, o, posteriormente, el trasvase milmillonario desde las arcas del Estado a particulares −empresas, barcos, aseguradoras, concesionarias de autopistas, empresas de fracking– con motivo de la crisis económica). Estos problemas de ingreso de las haciendas nacionales sobrevenían en forma de crisis fiscales que vaciaban tendencialmente al Estado de su condición redistribuidora. El modelo económico keynesiano no sabía solventar los problemas crecientes de estanflación, al tiempo que tenía dificultades para conservar los empleos en sectores en declive.

Sin embargo, el Estado, como arena donde convive una lógica estatal propia entrelazada en una relación profunda y compleja con la sociedad sobre la cual ejerce su dominación, lejos de desaparecer mutaba su forma para adaptarla a las nuevas exigencias, en este caso internacionales. (La arena en donde se están dilucidando ahora buena parte de los



conflictos sociales de acumulación económica.) En definitiva, «lo seriamente amenazado no parece ser, pues, el Estado soberano, sino el Estado de derecho como complejo de instituciones orientadas a garantizar que los ciudadanos puedan gozar de los derechos fundamentales»[4]. Después de medio siglo en donde el Manifiesto comunista parecía haber envejecido mal debido a las políticas keynesianas, la apuesta del Estado por disciplinar al mundo del trabajo a favor del mundo empresarial y financiero, esto es, la recuperación de una condición más evidente de clase por parte del Estado en el proceso de globalización neoliberal, devolvía a la discusión la pertinencia de pensar la organización estatal como el lugar donde se sienta el «consejo de administración de los intereses conjuntos de la burguesía». Pese a la dureza de la época –que amerita, como veíamos, atrever categorías como la de fascismo social– conviene tener cuidado, pues esa afirmación puede dar por perdidas batallas que ni siquiera han tenido lugar. Margaret Thatcher, paradigma neoliberal, fue más radical en el discurso que en la práctica a la hora de desmantelar la red social inglesa. Si hubiera podido, quizá habría llegado tan lejos como con frecuencia se le imputa. Pero lo cierto es que no lo hizo porque la presión social también realizó su parte para frenarla[5].

Hoy podemos afirmar que, si bien es cierto que todos los Estados deben poder compartir algunas características comunes –por eso caen todos bajo esa denominación–, el Estado real es un producto histórico, fruto de la relación dialéctica entre la organización que pretende concentrar la violencia física y la sociedad civil a la que reclama obediencia. Por tanto, lejos de poderse solventar con categorías universales válidas urbi et orbi, exige explicaciones bajadas a cada espacio y tiempo concretos. Siendo más claros: como no es posible solventar esa relación social condensada en el Estado de manera abstracta, corresponde a la hegemonía que exista en cada sociedad decidir en qué lugar del continuum «intereses particulares/intereses universales» se decide la organización social. Y es bastante probable que ese resultado, concreto e histórico, se presente no como algo contingente, sino como universal y absoluto. Ya Marx diferenció las categorías para pensar la realidad de la realidad misma, dejando claro que las unas no podían ahogar a la otra: «Las categorías […] son formas del intelecto que tienen una verdad objetiva, en cuanto reflejan relaciones sociales reales; pero tales relaciones no pertenecen sino a una época histórica determinada»[6].

Aquí nos interesa analizar el Estado nacional o Estado moderno, en un largo viaje en el que ha sido acompañado, como veíamos, del desarrollo paralelo del capitalismo y del pensamiento moderno. Estas tres grandes autopistas, que nos acercan a una interpretación de nuestras sociedades contemporáneas, están hoy sujetas también a profundas transformaciones: el capitalismo, enredado en su actual fase de globalización neoliberal; los Estados nacionales, buscando su inserción en un mundo crecientemente global, por lo común a través de vinculaciones regionales que superan las fronteras nacionales; la modernidad, viendo cómo sus grandes discursos de linealidad, progreso, colonialismo, productivismo y machismo se ven desbordados por algo que, a falta de mejor nombre, se conoce como posmodernidad y que, por la contaminación derechista de dicho concepto, quizá haya que definir mejor como poscolonialismo[7].

A lo largo de ese periplo, el aparato de dominación, acompañado de la expansión del capitalismo y del pensamiento racionalista moderno, ha concentrado más fuerza y se ha especializado más que en ningún otro momento de la historia. Igual que el capitalismo ha incrementado el número de bienes que han sido sujetos a la ley del valor (y, por tanto, que han sido convertidos en mercancías); igual que el pensamiento moderno ha convertido al pensamiento racional, expresado en la ciencia occidental, en la medida de lo que es científico y lo que no lo es, el Estado se ha ido apropiando de los ámbitos autónomos de la

sociedad civil hasta llegar a controlar cada rincón de la vida. Dependiendo de cómo sea la relación con la sociedad civil, ese poder enorme será utilizado para la emancipación social o para la regulación. Pero la fuerza de lo económico sigue siendo profundamente determinante en cualquier sociedad donde las reglas de la supervivencia sigan estando marcadas por algún principio de escasez.

En la segunda mitad del siglo XX, el capitalismo ha podido desarrollar dentro de la sociedad civil un poder amplio con la capacidad de modelar al Estado según sus necesidades, de convertir el pensamiento en la principal de las mercancías y reducir al resto de la sociedad a meros acompañantes castigados de su vertiginoso ascenso. Es el cumplimiento de lo que Karl Polanyi estableció ya en 1944 como el destino necesario del capitalismo que pretendía regularse a sí mismo: la transformación que operaba la economía de mercado creando una sociedad de mercado[8].

En todas sus formas posibles, la máquina del Estado se ha multiplicado en la última centuria, especialmente en forma de «gubernamentalización del Estado». El crecimiento de los Ejecutivos es un producto de la mayor capacidad de injerencia del Estado en la economía y en la sociedad. Cuando ese Estado gubernamentalizado reúne los demás poderes sociales –el normativo, a favor de un Estado de excepción permanente; el militar, al servicio de aventuras imperiales, y el policial, al servicio de la represión interna; el ideológico y cultural, al servicio de la ocultación de alternativas, del entretenimiento popular y la apatía política; y el económico, al servicio de la reproducción global del capital–, la figura bestial del Leviatán aparece ante nuestros ojos con toda su fiereza animal, ahora bien, disfrazada bajo los mantos del consenso social y las instituciones respetadas desde la sociedad civil. Es esta realidad –insistimos, histórica y contingente– la que lleva a algunos autores a identificar al Estado, siempre y en todo lugar, con esa situación histórica capitalista, suponiéndole también en cualquier futuro una condición de objeto de dominación al servicio del capital. Como el Estado y el capitalismo han ido de la mano, se entiende que son lo mismo, una afirmación que es buena para la agitación política pero que no se compadece con la realidad ni siquiera con la lucha de clases que se pretende defender (¿acaso las luchas obreras no han modificado al Estado?). La conclusión bajo esas premisas es coherente: dentro del Estado no hay emancipación posible. Holloway lo plantea con nitidez:

El hecho de que el Estado se encuentre integrado al movimiento global del capital no solo limita externamente lo que este Estado pueda hacer. Afecta a cada aspecto de su actividad y organización, de modo que podemos hablar del Estado como una forma del capital o una forma de las relaciones sociales capitalistas[9].

En términos históricos, la capacidad del Estado nunca ha sido, como planteamos, tan elevada. No nos referimos a la capacidad de obrar con total autonomía de la sociedad, de manera despótica y sin escuchar a nadie –usando la metáfora de Michael Mann, como si fuera la reina de corazones de Alicia en el país de las maravillas, encaprichada en cortar tantas cabezas como le apetezca–, sino a la capacidad de extender su poder de manera infraestructural (¿dónde puede hoy esconderse nadie del Estado?)[10]. Esta capacidad se multiplica en aquellos países que han concentrado mayores recursos militares, económicos e ideológicos. Allí donde anteriormente el Estado no podía desarrollar su poder despótico sino en función del acceso, siempre limitado, a los recursos que



permitieran el suministro a sus ejércitos, hoy vemos que una organización estatal –pensemos en Estados Unidos de América– lleva la guerra a cualquier lugar del planeta –y hasta del espacio– con resultados devastadores.

Además de controlar los recursos militares, ese Estado poderoso controla también los recursos ideológicos, alimentados por medios de comunicación integrados en la misma lógica o por una regulación de la enseñanza que orienta o adoctrina a la ciudadanía. Y no menos ocurre con los recursos económicos obtenidos bajo premisas capitalistas, convertidos en la razón principal de su comportamiento. Sin embargo este Estado, caracterizado por su capacidad de concentrar territorialmente su poder, se ha visto sacudido por el proceso neoliberal, donde algunos sectores han reforzado su posición social dominante, mientras otros han perdido los avances en la redistribución de la renta experimentados durante las décadas anteriores. Algunas preguntas se hacen pertinentes en este galimatías conceptual: ¿es cierto que el Estado ha perdido poder con la globalización neoliberal? ¿Se trata del Estado o de un tipo concreto de Estado cuando se habla del vaciado de contenidos? ¿Afectan por igual los cambios al Estado que organiza la invasión de un país que al que garantizaba sociedades de pleno empleo, sanidad y educación públicas o procesos de industrialización crecientes? ¿Podemos afirmar que con la globalización neoliberal el capitalismo ha alcanzado su utopía de un mercado mundial autorregulado? ¿Puede acaso el deterioro del empleo y la caída del precio de las viviendas o la pérdida de productividad del sector industrial frenar la hegemonía del neoliberalismo? ¿Acaso los discursos contra el neoliberalismo de los gobernantes occidentales han venido acompañados de políticas contra el neoliberalismo y sus actores?

La economía política, que durante dos siglos fue nacional, hoy no se entiende sino como global. Nunca menos que hoy la autarquía es una salida nacional posible. Como en el grabado clásico del Leviatán de Hobbes, cada país está integrado hoy dentro de ese cuerpo global, sea como cabeza, brazo o la última extremidad. Pretender salirse sin más es repetir la aventura del Barón de Münchhausen de salir del pantano con su caballo tirando hacia arriba de los propios pelos. Pero esa arena global está todavía al servicio del privilegio y la distribución desigual de los recursos. La selectividad estratégica se multiplica en términos internacionales. Vemos cómo la Iglesia, las corporaciones económicas, los poderes mediáticos o las fuerzas militares con capacidad de expansión pretenden usar el Estado nacional para hacer valer su posición de poder. Pero si fracasan en ese intento recurrirán a la arena global, un ámbito construido por ellos y para la reproducción de su lógica, para insistir en el mantenimiento de su privilegio. Se recurre a donde hay posibilidades de ser escuchado. Las mismas minorías que pueden usar las potencialidades que les brinda manejar el aparato del Estado para mantener su statu quo o mejorarlo, buscarán otros mecanismos si el Estado se convierte en un obstáculo. La condición representativa del Estado siempre ayudará a que la selectividad estratégica promocione a minorías consistentes. Pero esas minorías siempre tendrán otros ámbitos de poder para defender sus intereses, incluido, claro está, el golpe de Estado.

En medio de esta confusión, otros elementos vinieron a terminar de enturbiar el panorama. La capacidad multiplicada del Estado obligó a una pregunta al pensamiento crítico: ¿es posible la transformación social al margen del Estado? Movimientos autonomistas, propuestas anarquistas, recuperación de algunas formas de organización municipales, junto a algunas propuestas aisladas (donde la más conocida fue la señalada de cambiar el mundo sin tomar el poder de Holloway), no han servido para construir una alternativa al modelo estatal. Al contrario, la experiencia de comienzos del siglo XXI ha abierto nuevos caminos que están replanteando las respuestas y, también, algunas de las preguntas. Si la

solución no está en el Estado, tampoco está fuera del Estado. Si la sociedad se ha complejizado, hay que complejizar la estatalidad.

El nuevo ciclo político en América Latina –lastrado por el inicio del neoliberalismo en Chile en 1973 tras el derrocamiento de Salvador Allende, anunciado por los zapatistas en 1994 y sancionado simbólicamente por la devolución, en abril de 2002, del depuesto presidente Chávez al Palacio de Miraflores gracias a un pueblo echado a la calle– mostraba un panorama radicalmente diferente. Mientras se hundía el Muro de Berlín, en las calles de Caracas tenía lugar una de las primeras respuestas populares al modelo neoliberal, que terminaría cuajando una década después en una nueva Constitución y una transición determinada, desde 2005, a enrumbar al país al socialismo. En Brasil, un obrero metalúrgico, impulsado por una amalgama de partidos y movimientos sociales de la izquierda, gobernaba por primera vez el continente brasileño, superando las trabas (incluyendo amenazas de derrumbe bancario) que desde un primer momento desató su candidatura. En Bolivia, la lucha contra la privatización del agua tumbó gobiernos y puso por primera vez en la historia a un indígena en la presidencia del Gobierno. En Ecuador, una pregunta descarada –¿quién jodió al país?– condensaba la voluntad de cambio que acabaría con la supeditación a lógicas foráneas e iniciaba una Constituyente abrigada por ese mestizado socialismo del siglo XXI. En Argentina, el que se vayan todos trajo consigo de nuevo al peronismo, pero esta vez con algunos rasgos diferentes construidos en interacción con las movilizaciones sociales. En Chile, un modelo de consenso dentro de las valoraciones de las elites mundiales, empezaban a saltar las costuras debido a las crecientes diferencias sociales. En México, la falta de cumplimiento de las promesas de cambio tras la pérdida de poder por parte del PRI se zanjó en unas elecciones donde el PAN se alzó con el poder pero bajo sólidas acusaciones de fraude lanzadas por el PRD, autoproclamado ganador. En Paraguay, un obispo que había abandonado los hábitos acababa con siete décadas de gobierno del Partido Colorado, algo similar a lo ocurrido unos años antes en Uruguay. Incluso en Honduras, país desde el que EEUU había organizado la lucha contra la izquierda latinoamericana, el presidente Zelaya empezó un acercamiento a los países del ALBA, lo que le costaría la destitución a través de un golpe de Estado que ponía en cuestión la buena voluntad manifestada por el recién nombrado presidente Obama. Solo en los países donde se mantenía algún tipo de violencia guerrillera, la izquierda tenía dificultades para acceder al poder (Colombia, Perú y México). Ante este panorama, ¿no tenía que recuperar el Estado su capacidad de ser palanca de la emancipación? Es aquí donde la pregunta de la memoria del Estado y de los pueblos cobra toda su dimensión. No en vano, en el regreso de la derecha a los gobiernos de buena parte de los países latinoamericanos (y en EEUU) a partir de la segunda década del siglo XXI, las políticas públicas fueron esenciales, experimentándose cuatro elementos resaltables: el papel de los medios de comunicación como «partido de la oposición» a los gobiernos de signo progresista; la mayor debilidad de esos gobiernos ligada a los acusaciones de corrupción (reales o inventadas, como ocurrió con los casos de Dilma Rousseff y Lula da Silva); la falta de conciencia de los sectores salidos de la pobreza, cautivados por el imaginario consumista neoliberal; y, por parte del capital, la decisión de, en vez de buscar políticos que representaran los intereses de los sectores más adinerados, representarse a sí mismos en los gobiernos.

Frente a los reduccionismos señalados, podemos afirmar que tanto el Estado como la sociedad se transforman y constituyen mutuamente[11]. Esto no implica que sea mentira que el Estado, aún de manera más clara en el Estado moderno, se ha configurado como una estructura funcional a la dominación de clase de la burguesía. No necesariamente tuvo que ser así –como demuestra el diferente desarrollo de China y de Europa desde el



siglo XII–, pero empíricamente así ha sido. El Estado es una estructura centralizada, dotada de normas que permiten certidumbre y previsibilidad, y que está crecientemente especializada. En conclusión, en un marco de competencia –como ha sido el desarrollo de la humanidad– es funcionalmente superior a otras formas de organización que no se doten de estos rasgos. Es por eso por lo que las formas estatales se hicieron hegemónicas. Ahora bien, en cada momento histórico, esa estructura heredada siempre tendrá que acompasar la memoria que porta el Estado –y que descansa en sus leyes, constituciones, reglamentos, universidades, burócratas, legados intelectuales, edificios, tradiciones, mitos, organizaciones militares, etc.– con los requerimientos sociales. Es cierto que el aparato estatal tendrá muchas posibilidades, como aparato de coerción y construcción ideológica de obediencia, de acallar los nuevos requerimientos y adaptar las demandas a su estructura. Pero no es menos cierto que el Estado ha venido adaptándose a esas presiones sociales, de manera tal que cuando han tenido la fuerza suficiente han sido capaces, incluso, de cambiar la faz del aparato estatal.

La memoria del Estado, en esos casos, se enfrenta a la memoria de los pueblos, aunque también a la memoria de los grupos sociales con capacidad de ejercer poder sobre el resto de la sociedad y sobre el Estado mismo (el control judío de Hollywood hace más por los intereses de Israel que todas sus embajadas en Europa). Del resultado de ese conflicto resultará una organización política que trabaje para la emancipación o que mantenga las diferencias entre los grupos sociales. Los escenarios son inciertos. Por un lado, un aparato estatal rearticulado para dar respuesta a las presiones sociales, tanto de las nuevas elites económicas como de los damnificados por los nuevos procesos de beneficio económico (el crecimiento de ejércitos mercenarios –contratistas– es una de sus señales más inquietantes). Por otro, grupos de poder económico e ideológico que pretenden deshacerse de la estatalidad nacional y buscan la garantía jurídica a sus intereses en la arena internacional. En el espacio supuestamente más avanzado de estatalidad supranacional, el TTIP y el CETA, acuerdos comerciales de la Unión Europea con Estados Unidos y con Canadá, se caracterizan por haber entregado la resolución de conflictos a entidades privadas, rompiendo la jurisdicción del Estado de derecho (además de haber incorporado la figura del «lucro cesante» como palanca de demandas en los contratos internacionales entre empresas y Estados). Más acá, sectores populares, más o menos organizados, que reclaman, desde el aparato del Estado o desde la sociedad, nuevas formas de relación social y económica. Más allá, otros Estados o instancias internacionales con capacidad de influir en las agendas de Estados que solo formalmente son soberanos…

En cualquiera de los casos, el Estado ha regresado como una categoría central de la reflexión política. Bien lejos de los cantos de sirena de sus sepultureros teóricos, el Estado se presenta de nuevo como un actor de enorme relevancia que quiere hacer valer de nuevo las fronteras –que ya no tienen por qué ser las fronteras geográficas, pero que tienen que entenderse como límites de la jurisdicción que le corresponde– que le permiten hacer su parte en el reordenamiento social. Y decimos su parte porque no es menos real que el Estado ya no agota lo político. Hay un creciente sector público no estatal que quiere hacer la suya, en relación con un Estado que, de manera creciente, debe comportarse como maternal –supervisor– pero no paternal –castrador–. La complejidad apunta a que el gobierno de lo público va a ser una tarea compartida.

EL ESTADO, ¿SEÑOR O MAYORDOMO? LA SELECTIVIDAD ESTRATÉGICA DEL ESTADO[1]

Hay cuatro grandes tipos de crisis que afectan a la unidad y eficiencia del Estado territorial. Por un lado, la incapacidad para conseguir obediencia, esto es, en una crisis de legitimidad, que afecta a la política, y que está vinculada a la desorientación del bloque histórico de poder –con sus elites fragmentadas al rearticularse el capitalismo favoreciendo a unos sectores y perjudicando a otros–. Existiría igualmente una crisis de representación, alejada la mayoría de los partidos políticos y las elites políticas de la ciudadanía, que expresa una creciente desconfianza hacia la política institucional. En incapacidad, en tercer lugar, para generar relaciones sociales de reciprocidad y de credibilidad respecto del funcionamiento del Estado. Esto es, una crisis de confianza, con el debilitamiento de los lazos sociales y un creciente individualismo que mina la reproducción de los ámbitos colectivos que forman lo social. Por último, la incapacidad de generar relaciones de producción estables y suficientes para la reproducción económica del sistema, tanto en lo que se refiere al capital privado como a la fuerza de trabajo. Es lo que se conoce como crisis de acumulación[2].

Desde otra perspectiva, Jessop, aplicando una metodología propia para mirar al Estado (lo que llama el Enfoque Estratégico Relacional), establece que hay seis dimensiones del Estado que, vistas desde su importancia dentro de su esquema, tienen sus correspondientes crisis. Se trata de mirar al Estado desde una matriz con seis celdas que complejiza el análisis. Por un lado, tendríamos tres aspectos formales del Estado: la representación política (a través de la cual se accede al aparato del Estado), la arquitectura institucional (la organización del aparato estatal) y los modos de intervención estatal, tanto en la sociedad como dentro del propio Estado. Por otro, tres aspectos estratégicos, es decir, hacia dónde opera el Estado: aquí tenemos la creación de bases sociales (donde operan los mecanismos económicos de acumulación); los proyectos que pone en marcha el Estado y construyen «estatalidad»; y las visiones hegemónicas, esto es, las ideas generalizadas sobre la marcha del actuar del Estado. Desde esta perspectiva, a cada una de estas seis dimensiones le corresponde una crisis: a los modos de representación le corresponde una crisis de representación (que la ciudadanía rompa con la autorización que ha venido derivándose de las elecciones); a los modos de articulación del Estado le corresponde una crisis de integración institucional (por ejemplo, cuando hay un choque entre el legislativo, el ejecutivo y el poder judicial); a los modos de intervención estatal, una crisis de racionalidad (la incapacidad del Estado de encontrar respuestas eficientes a los problemas sin que se genere exclusión, algo que afecta de manera evidente a las salidas neoliberales de la crisis neoliberal); a las bases sociales del Estado, le conciernen las crisis dentro del bloque de poder y la desafección con los partidos y con el Estado, así como disturbios, guerras civiles y revoluciones (es decir, una crisis de autoridad). En cuanto al proyecto de Estado, tenemos que la capacidad del mismo de operar se rompe y le acompaña la crisis de legitimidad, de falta de confianza social en el Estado; y a la visión hegemónica del Estado (los objetivos y propósitos colectivos del Estado) le corresponde la crisis de hegemonía, es decir, cuando existen modelos de explicación alternativos con mayor apoyo social o, incluso aunque no existan esas alternativas, los argumentos sobre el orden existente carecen de credibilidad.



Esas dimensiones del Estado generan igualmente seis ámbitos de estudio que dan cuenta de los potenciales problemas del Estado señalados desde posiciones críticas. Hace referencia a cómo el Estado está atravesado por una «selectividad estratégica» que le hace favorecer más unos intereses que otros. Si esta selectividad operará o no depende de la correlación de fuerzas, pero hay una tendencia a que sea así por esa condición selectiva del Estado. Para Jessop y Sum «(p)erdedores y ganadores no emergen naturalmente a través de la magia del mercado», sino que son incluidos o excluidos a través de la interacción de los modelos de selectividad[3]. Se trata, siguiendo la misma matriz de seis celdas: del desigual acceso al Estado y las desiguales capacidades para resistir al Estado fuera de él; de la desigual capacidad para definir y articular posiciones; de los diferentes modos y mecanismos de intervención; de los desniveles en la distribución de recursos materiales y simbólicos entre el «pueblo», dirigidos a conseguir el apoyo popular al statu quo; de la fragmentación del sistema estatal y su ineficacia correspondiente; y de la provisión de legitimidad en virtud del bien común[4]. Es evidente en este esquema que hay sectores a los que les resulta infinitamente más sencillo usar el aparato del Estado que a otros. Es más sencillo para un banquero que para un campesino ser representante político, es más sencillo para un abogado que trabaja defendiendo intereses dentro del sistema ubicarse dentro de la arquitectura del Estado que para un activista que quiera hacer valer la división de poderes contra jueces prevaricadores. Es más fácil poner el Estado en la dirección que marque el modelo económico vigente que variar su rumbo. Es más sencillo hacer valer el orden existente y articular su inevitabilidad que convencer de las virtudes de un orden alternativo. Es más sencillo imaginar la destrucción del poder que la creación de un poder alternativo. Es más sencillo moverse en los marcos existentes y contar con el apoyo de los funcionarios que convencerles para poner en marcha políticas diferentes que implican un marco diferente. Es más fácil moverse en la racionalidad asumida socialmente que pedir adhesiones para una racionalidad diferente.

De ahí la insistencia de Gramsci en la importancia en muchas ocasiones de cambiar antes las pautas culturales, de crear liderazgo social e ideológico en vez de tomar el poder. De optar por la guerra de posiciones o trincheras (afianzar espacios logrados) antes que por la guerra de maniobras (el asalto frontal). Podemos entender igualmente que el pensamiento crítico es más ingrato que el pensamiento conservador. En primer lugar, enfada a los que se benefician del statu quo. En segundo lugar, incomoda a los que nunca se han cuestionado el orden existente. En tercer lugar, necesita convencer de que la alternativa es posible, obliga a hacer arqueología para demostrar cuándo esa posibilidad pudo ser y fue impedida o se vio negada por cualquier otra razón. Por último, necesita demostrar, para ganar adhesiones, que lo que se propone es mejor que lo que existe. Esa «selectividad estratégica», que está en las estructuras políticas y sociales, en los discursos, en las tecnologías científicas, laborales, jurídicas, gubernamentales y económicas, y en las capacidades diferentes de los agentes sociales, hace del Estado una construcción a la que tendencialmente le resulta más sencillo hacer unas cosas antes que otras.

Una aplicación a vuelapluma de este esquema al Estado actual nos lleva a concluir que, en buena parte del mundo occidental, el Estado está sufriendo todas estas crisis. Pero no necesariamente tiene que ser así. Aunque en este punto, y si pensamos en el desmantelamiento actual del paréntesis de Estado social vivido en Europa entre 1945 y los años ochenta, queda la percepción de que falta hacer más énfasis, como señalaba, en la capacidad de las minorías consistente en armar herramientas políticas que no cuestionan su capacidad de beneficiarse de manera privilegiada de las ventajas de la vida social.

No es que el Estado sea un instrumento al servicio de una clase social. Es que tiene una serie de sesgos que inclina a que pasen determinadas cosas y no otras (esta interpretación libera de mecanicismos paralizantes y creadores de confusión). El desigual acceso al Estado, el beneficio que otorga su selectividad estratégica y los imaginarios políticos hegemónicos en la sociedad siempre están marcados por el peso del pasado. De ahí la necesidad de incorporar, para entender al Estado, a las estructuras y a los actores junto con sus relaciones. Norbert Lechner, sobre la base de un trabajo de Popitz, da claves en su trabajo «La estrategia del orden consistente»[5]:

Una relación de poder conseguirá ser reconocida cuando durante un tiempo mantenga un orden, o sea, cuando orden y duración adquieran significación en la formación de la conciencia. Mantener el orden significa ante todo ofrecer una seguridad de orden. Tal seguridad existe cuando los participantes tienen una certeza de lo que ellos pueden y deben hacer, certeza de que todos cumplirán con las «reglas del juego» y de que se sancionarán las infracciones, y cuando pueden prever lo que tienen que hacer para obtener una gratificación, es decir, existe una seguridad de orden cuando el proceso social es calculable y predecible. Alcanzado ese grado de certeza, los individuos, incluso los más reprimidos, comienzan por invertir intereses en el orden establecido […]. Es lo que Popitz llama el valor de inmersión en el orden vigente.

[1] En el Capítulo XV profundizamos en la definición de Jessop del Estado y el papel de la selectividad estratégica.

[2] Boaventura de Sousa Santos, «Reinventar la democracia, reinventar el Estado», en El milenio huérfano, Madrid, La Catarata, 2005.

[3] Bob Jessop y Ngai-Ling Sum, Towards a Cultural Political Economy, Northampton, Edward Elgar Publishing, 2013, p. 213.

[4] Bob Jessop, El Estado. Pasado, presente y futuro, cit., pp. 98 y ss.

[5] Norbert Lechner, «La estrategia del orden consistente», Revista Mexicana de Opinión Pública 5 (julio-diciembre de 2013), p. 91 [disponible en: http://www.elsevier.es/es-revista-revista-mexicana-opinion-publica-109-articulo-poder-orden-estrategia-minoria-consistente-S1870730013723238].

---

[1] Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim, Individualization, Londres, Sage, 2002 [ed. cast.: La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas, Barcelona, Paidós, 2003].

[2] Los gobiernos suelen realizar una selección estratégica a la hora de recortar el bienestar. La derecha y la izquierda no compartieron inicialmente los sectores sobre los que cargar los costes del ajuste, atendiendo a sus graneros electorales (recordemos los conflictos con los mineros del primer gobierno de Margaret Thatcher). Pero poco a poco fueron acompasando esa selección al compartir electores en las estructuras bipartidistas. Incluso, como ocurrió en España, fue la socialdemocracia la encargada de poner en



marcha ese recorte, al resultarle más sencillo frenar las protestas obreras. En la actualidad, tanto la socialdemocracia como la derecha (denomínese liberal, democristiana o centrista) coinciden en cargar el peso sobre inmigrantes, trabajadores de servicios y obreros de baja cualificación, mujeres y jóvenes.

[3] De alguna manera puede ejemplificarse con la frase, aunque anterior a este periodo, de Henry Ford: «Todo el mundo puede tener un Ford T del color que desee, siempre y cuando sea negro».

[4] Pier Paolo Portinaro, Estado, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003, p. 11.

[5] Paul Pierson, Dismantling the Welfare State? Reagan, Thatcher and the Politics of Retrenchment, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

[6] Citado por Ludovico Silva, «Sobre el método en Marx», en Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marcianos, Caracas, Fondo Editorial Ipasme, 2006.

[7] Se trata de un debate abierto. Santos ha planteado la necesidad de una posmodernidad de oposición, que tendría puntos de encuentro con un poscolonialismo de oposición que supere algunas simplificaciones de la corriente poscolonial hegemónica, especialmente la voluntad del poscolonialismo de construir un análisis desde «fuera de la modernidad»; Boaventura de Sousa Santos, A gramática do tempo, Oporto, Afrontamento, 2006.

[8] Karl Polanyi, La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

[9] John Holloway, «Prólogo: Chávez, Lula, Kirchner», en Keynesianismo: una peligrosa ilusión. Un aporte al debate de la teoría del cambio social, Buenos Aires, Herramienta, 2003, p. 13. Insiste en este prólogo en algunas de las ideas planteadas en su libro Cambiar el mundo sin tomar el poder, Buenos Aires, Herramienta, 2002. Pero ahora, para relativizar las victorias de la izquierda latinoamericana en la primera década del siglo XXI si estas basan su gobierno en el aparato del Estado. Celebra sus victorias como señales del deseo popular de cambio, pero duda de cualquier vía que se implique con el aparato estatal. Como alternativa, ofrece la autoorganización popular (como en los Caracoles mexicanos o las asambleas barriales argentinas): «Olvidemos al Estado y construyamos nuestra propia sociedad [...] Todo Estado y todo presidente ataca a la humanidad, nuestra tarea es construirla» (p. 15). Como veremos más adelante, no dudamos que cualquier Estado es un instrumento de dominación. Ahora bien, para librarse del Estado hace falta el Estado –como bien entendió el neoliberalismo en una dirección inversa–, además de que queda pendiente cómo es la organización política en toda la fase de la transición hacia ese mundo ideal sin dominación.

[10] La diferencia entre poder despótico (mera fuerza) y poder infraestructural (normativo y reglado) la desarrolla Michael Mann en su obra ya clásica Las fuentes del poder social, Madrid, Alianza, 1991.

[11] Ese es el título del libro de Joel S. Migdal, State in Society. Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

CAPÍTULO III

Globalizaciones para un mundo en transición

Parto de la presuposición de que lo que llamamos globalización consiste en series de relaciones sociales; conforme estas series de relaciones sociales cambian, también lo hace la globalización. En sentido estricto, no existe una entidad aislada llamada globalización; hay, más bien, globalizaciones, y deberíamos usar el término únicamente en plural. Por otra parte, si las globalizaciones son paquetes de relaciones sociales, estos tienden a implicar conflictos; de ahí la idea de los vencedores y los derrotados. Con más frecuencia de lo que parece, el discurso de la globalización es el recuento de los vencedores en su propia versión. En esta, su victoria es aparentemente tan absoluta que los vencidos terminan desapareciendo del cuadro por completo.

Boaventura de Sousa Santos, El fin de los descubrimientos imperiales.

Ya Platón, en el siglo V a.C., se quejaba de la pérdida de respeto que mostraban los jóvenes hacia los valores. La idea de que el pasado siempre es mejor viene de lejos, pero a menudo es engañosa. Podríamos vernos tentados a afirmar que todas las sociedades y en todo momento histórico están en crisis, algo que no está muy lejos de la realidad. Es el panta rei –el todo fluye– de los griegos. Pero no menos cierto es que el cauce cambia lentamente, hasta que un día, que no puede predeterminarse, la lenta fuerza del agua crea un nuevo rumbo igualmente muy difícil de prever. He aquí una de las claves de la época: como no se sabe a dónde vamos, conviene extremar las cautelas bajo un principio de responsabilidad[1].

En el siglo XXI la prudencia, contraparte del crecimiento exponencial de los riesgos en nuestras sociedades, se convierte en una categoría social de gran relevancia. Malos análisis pueden contribuir a romper muchas cosas o a que dejen de hacerse otras. ¡Recordemos las decisiones de unos analistas en la banca inglesa Barings y en la francesa Société Générale que llevaron a unas instituciones financieras históricas a la bancarrota –en el caso de la inglesa– o a una profunda crisis! La confusión de la época está alimentada por la falta de modelos. La oscuridad nos lleva a mirar atrás pensando que nada ha cambiado, a recuperar el recurso a lo sobrenatural, a construir historias de extremos donde la verdad, que reposa siempre en los matices, se nos escapa entre los dedos. Si la globalización es un proceso que afecta a todos los rincones de la sociedad, hablar de ella debe ser un ejercicio desde y para la prudencia. Lo que no significa, ni mucho menos, hacerlo desde la cobardía.

Pese a que la vida es puro movimiento, no deja de ser cierto que la fluidez social se hace más evidente en unos momentos que en otros. Hablamos de crisis cuando entendemos que los viejos cauces parecen a punto de quebrarse. Crisis viene del mundo de la medicina. Es un concepto griego que señala el momento en el que el cuerpo enfermo sanaba o moría. Es el momento de la decisión. La observación y la comparación nos permiten identificar una crisis. Para llegar a esa conclusión utilizamos la información de



que disponemos, ordenamos las causalidades que podemos exponer, construimos conexiones con las tendencias que hemos objetivado. Que estamos sobre terrenos movedizos es un análisis que tiene crecientes adeptos. Son muchos los autores que parten de una comprensión del momento actual como época de transición, atravesada de dilemas que paralizan, de urgencias que angustian, de tecnologías con implicaciones económicas y morales que desbordan, de pequeñas variaciones que generan consecuencias enormes e imprevisibles, de paradigmas que se despiden y de otros que se anuncian. En definitiva, como sostiene el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, hablamos de una fugacidad líquida, propia de una sociedad que ya no «tolera nada que dure» (como escribió el poeta Paul Valéry) y que desparrama los análisis por las grietas del suelo.

Cuando la pieza se mueve con tanta rapidez es difícil abatirla. A esto hay que añadir el problema de que, al no existir tampoco acuerdo sobre cómo es la época que se marcha, tenemos aún menos noticias de los rasgos de la que se avecina. No sabemos muy bien de dónde venimos y mucho menos a dónde vamos. Probablemente ha sido así en otros muchos momentos de la historia, si bien ahora, por la vertiginosidad, la acumulación y por la capacidad de incidencia de los desarrollos tecnológicos –desde las bombas nucleares a la clonación–, nos lo hemos planteado como un problema embarazoso[2]. Recordaba Marx que nos planteamos los dilemas solamente cuando pueden solucionarse, es decir, cuando hay base material para confrontarlos. Quizá era demasiado optimista y la linealidad del pensamiento lo atrapaba. No tenemos alternativas totales, pero se hace urgente repensar el desarrollo del capitalismo, de la Modernidad y del estatocentrismo que han desembocado en este mundo actual que miramos como amenaza. Como lógica de hierro, la aceleración tecnológica, carente de gobierno moral e impulsada desde la sala de fogones del capitalismo, nos arrastra hacia delante sin permitirnos voltear a ver hacia dónde nos arroja. Alertó de los riesgos Walter Benjamin en 1940: era necesario activar los frenos de emergencia (si nos encaminamos hacia el desastre, ¿qué sentido tiene acelerar el ritmo desde la idea del «cuanto peor mejor», como ocurrió en los años treinta?) Mucho se ha empeorado desde entonces –medio planeta está ya perdido, por el efecto de la mano del hombre, para la vida– y el pedal del freno cada vez está más rígido. Por eso, el riesgo de querer regresar a la seguridad metafísica de la Edad Media, a la tutela de algo que pensamos más grande que nosotros mismos, es inmenso. Dios, hoy, explica menos cosas; a cambio, a los seres humanos, más libres y con mayores responsabilidades, les duele más la cabeza.

No es nada extraño, pues, que vivamos en un péndulo que oscila entre definiciones contundentes sobre la radical novedad del presente y su perpetua estabilidad y eterno retorno al punto de partida; entre la recuperación conservadora de conceptos y la invención libre y alegre de otros; entre afirmaciones que sostienen que no hay nada nuevo bajo el sol, que hemos regresado en un viaje circular al origen, y convicciones de que estamos alumbrando una nueva época. En este contexto tan fugaz, la tentación de pensar que lo que existe siempre ha estado ahí es muy grande. Si la Modernidad inauguró una era en donde el ser humano se hacía cargo de su propia historia, antaño escrita por dioses, reyes y tribunos, hoy la crisis de la Modernidad recuerda demasiado la orfandad de la humanidad e invita a ponernos de nuevo en manos de los mercaderes del más allá, de reyes todopoderosos, de adivinos, de interpretaciones rígidas de la Biblia o el Corán ancladas en un pasado remoto, o a pensarnos parte de una realidad inmutable que nos lleva del pasado al futuro y nos rebaja el miedo que nos da ser nuestros propios responsables. Es el caldo de cultivo de naciones eternas, de religiones exigentes, de sectas autoritarias, de astrólogos videntes, de cínicos hedonistas, de cirujanos de hierro, de odiadores profesionales, de temblorosos monaguillos de hombres providenciales que

amenazan a grupos o Estados con la tormenta del infierno, o de esa nueva creencia que dice que se puede encontrar el sentido de la vida en los templos del consumo. En vez de pensar hacia delante con los datos del pasado, la oferta es pensar hacia atrás con los datos del futuro. Igualmente, el alejamiento ciudadano de las grandes religiones institucionales, especialmente en Europa y América, ha dejado un hueco en la necesaria trascendencia consustancial al mortal y temeroso ser humano. No es gratuito el éxito de películas futuristas que regresan al pasado, de novelas esotéricas que buscan misterios banales con lecturas simples de la religión o el incremento del consumo de productos que ofrecen soluciones esotéricas e irracionales que la Razón moderna desechó.

La globalización, como un caballo desbocado, ha obligado a las personas a buscar asideros para salvarse de su trote violento[3]. En el pasado están las preguntas, pero es más difícil que puedan estar las respuestas. Una vez más, fue Marx quien recordó que al molino movido a brazo le correspondía la sociedad feudal, de la misma manera que al molino de vapor le correspondía la sociedad del capitalista industrial. En otras palabras: no es factible ningún regreso al pasado. Mirar atrás nos convierte en estatuas de sal. No se puede luchar contra cohetes con lanzas. Igualmente, nada más lejos de la realidad que pensar que los países en los que vivimos –España, Brasil, México, Colombia, Alemania, Marruecos, Estados Unidos, Mozambique, Panamá, Portugal o China– siempre han existido y han sido vividos y pensados por su población con la misma identidad con que hoy se habitan. Aunque las palabras permanecen, los conceptos cambian con las sociedades. Nación, Estado, democracia o poder encierran, bajo la misma palabra, realidades muy diferentes en cada lugar y momento histórico. Todos estos conceptos, como todas las realidades sociales, son fruto del consenso y del conflicto social de cada época. Su significado varía según resulten esos conflictos. Los que mandan sobre las palabras serán los que definan el concepto, lo que hay que entender con ellos. (Un poder popular puede entender la democracia como participación y la globalización como un riesgo; una perspectiva liberal entenderá la democracia como mera representación y la globalización en curso como la meta a seguir para una exitosa inserción en la economía mundial.)

En momentos de cambio, cambian también palabras y conceptos. Comienza un lento declinar de las palabras antiguas y empieza un nuevo bautizo de las cosas. Como las palabras res publica o polis no le servían para hablar de la novedosa organización política, Maquiavelo empezó a hablar del Stato. Denominar al socialismo en construcción como del siglo XXI buscaba más alcance que el de un simple cambio de fechas. Significaba que hay que definir cómo serán sus contenidos, en pos de que la ciudadanía incorpore ese nuevo significado. Un proceso muy lento. Lo nuevo no termina de llegar ni lo viejo de marcharse. Un buen análisis obliga a mirar al pasado para encontrar tendencias, problemas y esfuerzos a imitar. Pero el buen análisis que lleve a la buena terapia no hace del pasado una Arcadia feliz, sino que lo convierte en un recurso para la emancipación presente y futura. Es este compromiso de contar con el pasado para mirar firmemente hacia delante lo que orienta esta reflexión sobre el proceso globalizador[4].

Una idea aproximada del éxito de uno de esos conceptos novedosos, el de globalización, la constituyen los 51 millones de páginas recogidas para su acepción inglesa, precisamente en esa herramienta de la globalización que se llama Google. La misma búsqueda para la palabra española arroja el resultado de 11 millones de páginas. La librería virtual Amazon.com tiene en su catálogo 20.438 libros publicados sobre el tema (todos son datos de octubre de 2017). Como se ha afirmado repetidas veces, si hay algo que ha aumentado con la globalización ha sido precisamente la inflación del uso del concepto a lo largo y ancho del planeta, convertido, a través de un bucle mágico y



autoalimentado, en uno de los rasgos más evidentes del proceso de globalización. Existe la globalización, entre otras cosas, porque hablamos de la globalización. Añadiríamos, siguiendo a Aníbal Quijano, que decimos el concepto importando una mirada del Norte, rasgo igualmente de la capacidad colonial de los conceptos occidentales para permear el análisis del mundo[5]. Globalización es un concepto que vino del Norte. De ahí que no debiera extrañar que su comprensión hegemónica ayude principalmente a los intereses del Norte. Por un principio de supervivencia, nadie llama ni convoca a aquello que puede dañarle.

Esa aceptación dominadora del vocablo no ha servido para dotarlo de un significado unitario. Estamos ante un concepto que, más allá de la condición polémica propia de todo el léxico político, está atravesada por un sinfín de controversias y debates, tanto entre académicos como en el campo de la política partidista y de los movimientos sociales de todo el mundo. Todo concepto político está, por definición, atravesado de conflicto (si despolitizar es desconflictuar, politizar es conflictuar). Ahora bien, existen conceptos que, desde su nacimiento, son mero instrumento de invasión ideológica y, por tanto, instrumento de confrontación y dominación política por sí mismos. Occidente, civilizado, cultura, orientalismo, modernización o gobernabilidad son algunos de ellos. Precisamente por eso los conceptos políticos pueden caer del lado de la emancipación o del lado de la regulación, dependiendo de las fuerzas sociales en conflicto. Baste pensar en las diferentes interpretaciones aún hoy de lo que puede ser la democracia, los derechos de la mujer, la participación o la soberanía.

Difícilmente nunca otro concepto –fuera del de democracia y quizá el de modernización– ha recibido tanto refuerzo mediático, académico y político en la historia reciente de la humanidad como el de globalización. Y, sin embargo, no ha podido evitar la polémica propia del análisis politológico. Dicho de otra manera: debido a que el término globalización vino cargado desde un principio con el armamento ideológico de la propuesta neoliberal, encontró pronto respuestas que ofrecían otros análisis al servicio de otros desarrollos políticos. Al lado de la globalización hegemónica pronto se presentaron análisis que criticaban el concepto como una cortina de humo que relegaba el uso tradicional y compartido de imperialismo[6]. Otros hacían análisis al servicio de una globalización contrahegemónica. Al tiempo que se asumía la realidad de las relaciones transnacionales, del acortamiento del tiempo y del espacio que brinda la tecnología, del aumento de las transacciones entre los países o de la diferente significación que tenían las fronteras nacionales, seguía reclamando un orden social más justo en esas nuevas coordenadas. La globalización debía ser una suerte de adaptación del internacionalismo a las nuevas coordenadas del mundo. Como escribe Boaventura de Sousa Santos:

La globalización neoliberal es hoy un factor explicativo importante de los procesos económicos, sociales, políticos y culturales de las sociedades nacionales. Con todo, a pesar de ser la más importante y hegemónica, esta globalización no es única. A la par que ella y en gran medida como reacción a ella está emergiendo otra globalización, constituida por las redes y alianzas transfronterizas entre movimientos, luchas y organizaciones locales o nacionales que se movilizan en los diferentes lugares del globo para luchar contra la exclusión social, la precarización del trabajo, el declive de las políticas públicas, la destrucción del medio ambiente y de la biodiversidad, el desempleo, las violaciones de los derechos humanos, las pandemias, los odios interétnicos producidos directa o indirectamente por la globalización neoliberal.

Hay, por tanto, una globalización alternativa, contrahegemónica, organizada desde la base hacia la cumbre de las sociedades[7].

Esto trae grandes consecuencias para el análisis politológico: la globalización, pese a ser un proceso inmanente al capitalismo –nace de su seno y sigue su lógica–, no está necesariamente determinada. No está escrito en su código genético un rumbo obligatorio que fuerce al resto de la sociedad a asumir como propia la prioridad del capital. Ya vimos que la burguesía, de triunfar, sometería toda la sociedad a la reproducción del beneficio, aunque sería al precio de cavar su propia tumba (la «destrucción creadora» del capitalismo, en la expresión de Schumpeter, dinamita todo el cemento social sobre el que se sostiene la propia economía. El «todos contra todos» de la competición capitalista termina en una forma de suicidio colectivo).

La globalización realmente existente no es solo una tendencia del capitalismo –que lo es–, sino también es el resultado de la crisis del modelo keynesiano, del resultado de las luchas entre los grupos sociales, de las trayectorias previas de cada país, de las estructuras de cada Estado (que, como veíamos, tienen memoria para insistir más en una dirección o en otra –la memoria rentista del Estado venezolano es muy diferente de la memoria sintoísta del Estado japonés o la memoria imperialista del Estado norteamericano–). El resultado final del proceso de globalización dependerá, por tanto, del resultado de estos conflictos y estas interacciones. Demasiado complejo como para solventarlo con dos brochazos sobre la maldad intrínseca del imperialismo –mejor expresada, de cualquier modo, como un imperativo de comportamiento ligado al rigor económico con que el mercado capitalista mide la productividad– o sobre la bondad intrínseca del mercado capitalista –mejor expresado, igualmente, como las ventajas para el capital de apostar por el abandono de criterios sociales y obrar sin trabas tras escuchar exclusivamente la información que otorgan los precios–. Es un error parecido a adjetivar al capitalismo como salvaje. El capitalismo, obviamente, no puede dejar de ser capitalismo (evidentemente, nada se dice que no esté en el enunciado). Cuando el capitalismo deje de dar respuesta a la reinversión del excedente que obtiene el capital; cuando, por razones materiales o políticas, deje de mantener ese ciclo permanente de apropiación y reinversión; cuando deje de buscar el beneficio mediado por el mercado, habrá finalizado el capitalismo y será ocasión, entonces, de entender cuáles son los requisitos del nuevo sistema económico.

LA UNIÓN EUROPEA COMO CONSTRUCCIÓN NEOLIBERAL FRENTE A LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

Si asumimos que la evolución estatal puede medirse a través de la especialización y la concentración de poder, la Unión Europea es la articulación política supranacional más desarrollada del planeta. Sus orígenes, marcados por el neoliberalismo alemán (lo que se conoce como «ordoliberalismo»), la han convertido igualmente en la avanzada del modelo neoliberal, pese a que su relato, nacido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial, del nazismo y de los campos de exterminio, embellece democráticamente su ausencia de democracia. La unificación alemana, en un país que no había firmado un tratado de paz en 1945 sino una rendición incondicional, tuvo como precio la moneda única y como



exigencia las condiciones económicas alemanas, especialmente un Banco Central independiente y la asunción de variables monetarias para participar del euro (desaparecía cualquier referencia al desempleo o al crecimiento).

La Unión Europea es la culminación de la lógica de la democracia representativa y del modelo neoliberal. El mandato representativo está recogido en la Constitución francesa de 1791 y tenía como fin confrontar el mandato imperativo medieval –luego recuperado por la Comuna de París de 1871 y, ya en el siglo XX, por el nuevo constitucionalismo latinoamericano–. Frente al mandato imperativo que obligaba a entregar una atención constante a la opinión de los representados, se impuso el mandato representativo, que no permite exigir cuentas sino hasta las siguientes elecciones. En la Unión Europea desaparece el control parlamentario de los gobiernos (que es la base de la exigencia del No taxation without representation). Este control desaparece en el funcionamiento del Consejo Europeo y la Comisión Europea, donde jefes de Estado y de Gobierno, junto a Comisarios elegidos por estos, deciden sin apenas fiscalización. Es cierto que el funcionamiento de estas estructuras carentes de fiscalización parlamentaria o nacional (como se vio con el apoyo de la UE a Ucrania o con las sanciones a Grecia) lo sitúan más en una lógica imperial que en una lógica democrática de la que ha desaparecido cualquier atisbo de soberanía popular. La gran mentira europea se sostiene solamente porque reposa en el «poder de seducción de este bello proyecto» que aún vive de haber nacido de la firme voluntad de no repetir el Holocausto. En los aspectos económicos, y siguiendo a Foucault, la UE ha sustituido el principio del equilibro de poderes, que implicaba la autocontención de los Estados en relación con los otros, por una competencia ilimitada del mercado exterior, que traslada la guerra de la política a la economía y, además, impide que se entienda como tal. No hay que olvidar que la construcción de la UE tiene lugar en un momento en que la existencia de partidos comunistas fuertes era una referencia evidente de las elites europeas. La entrega de soberanía nacional a la Unión Europea, justificada siempre como el mejor antídoto contra el fascismo de entreguerras, ha permitido que entre por una puerta camuflada el fascismo social –el que genera exclusión y violencia bajo ropajes democráticos–, y ha puesto la alfombra al auge de la extrema derecha que anuncia tormentas en el suelo europeo[1].

[1] Véase Christian Laval y Pierre Dardot, La pesadilla que no acaba nunca, Barcelona, Gedisa, 2017; y también Juan Carlos Monedero (ed.), La Constitución destituyente de Europa. Claves para otro debate constitucional, Madrid, La Catarata, 2005.

Otra reflexión no menor nos lleva a otro sitio. Aun siendo indudable el efecto del imperialismo en el desarrollo de muchos países, conviene entender los efectos que la propia actuación genera en las posibilidades futuras. Hay problemas en las sociedades de los países pobres que no son achacables a la globalización, sino a problemas institucionales mal resueltos (a menudo por culpa de situaciones coloniales), al poder perseverante de elites atentas a su estricto privilegio (con la capacidad de contaminar con sus prácticas corruptas a sectores de la nueva dirigencia) y a la incapacidad popular para consolidar nuevas formas de poder brindando nuevos cuadros y reinventando nuevas formas de estatalidad. Estas debilidades convierten a los países en franquicias de clase, preñados de insuficiencias estructurales en aspectos básicos como trabajo, educación, salud y seguridad, a lo que hay que añadir todos aquellos conflictos –guerras, violencia en

las grandes urbes, impunidad de las fuerzas policiales– que frenan el desarrollo. Un análisis certero sobre qué es y no es imputable a la globalización ayudaría a poner en marcha políticas públicas adecuadas para impulsar el desarrollo. Pero la apuesta no es sencilla. No es que ya no existan modelos claros (algo cierto desde el hundimiento de la URSS), es que faltan las bases compartidas mínimas para realizar ese análisis.

[1] Según el título del libro de Hans Jonas El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica, Barcelona, Herder, [1979] 2004.

[2] Es cierto que cuando se inventaron pistolas y fusiles que permitían matar al enemigo a distancia, hubo estrategas militares que pronosticaron el fin de las guerras. Han pasado varios siglos y no parece que fuera un buen análisis. Sin embargo, hoy estamos ante bombas que, por vez primera en la historia, pueden acabar con el planeta. La acumulación general con la que hemos entrado en el siglo XXI no permite fáciles comparaciones con el pasado (en la capacidad bélica, en el arte, en la población, en el agotamiento del agua o de la biodiversidad, etc.). Esa vertiginosidad hace que también la filosofía renuncie a la generalidad y apueste por las circunstancias, por los momentos concretos y los mil cruces que suceden en cada instante, algo que contrasta fuertemente con el plácido discurrir de otras eras que podían atreverse a formular grandes relatos omniexplicativos. Véase Félix Guattari y Gilles Deleuze, Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia, Valencia, Pre-Textos, 1988.

[3] Mundialización y globalización los entendemos como sinónimos, aunque el término correcto en castellano sería el de mundialización. Al no existir consenso alguno sobre los conceptos, es obligatorio clarificar en las ciencias sociales qué se quiere significar con su uso, siendo conscientes de que una misma palabra puede significar cosas muy diferentes según cada época y según cada autor. Esto, que no pasa en otras ciencias, lastra el desarrollo científico de la politología y la sitúa en el corazón de la discusión ideológica. Más adelante regresaremos a esta idea.

[4] Una de estas falacias muy ligada a la globalización es pensar que los Estados nacionales –la mezcla política de Estado y cultural de nación– siempre han existido, cuando lo cierto es que son realidades que, en el más maduro de los casos, apenas tienen doscientos años. Ni Alemania ni Italia ni Inglaterra ni España ni Francia (supuestas cunas del Estado nacional) eran mucho más que una noción geográfica a comienzos del siglo XIX. Aún menos las actuales naciones de América, África o Asia.

[5] Aníbal Quijano, «Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina», en S. Castro, O. Guardiola y C. Millán (eds.), Pensar en los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial, Bogotá, CEJA/Pensar, 1999, pp. 99-110.

[6] Véanse los trabajos compilados en John Saxe-Fernández (coord.), Globalización: crítica a un paradigma, México, UNAM/Plaza y Janés, 1999.

[7] Boaventura de Sousa Santos (org.), Democratizar a democracia. Os caminhos da democracia participativa, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2002.



CAPÍTULO IV

La impaciencia de un concepto

La idea de que una economía que va mal puede curarse por sí misma forma parte de la ideología hostil al mundo del trabajo del FMI y de la propaganda de la Escuela de Chicago. Para sostener ese tipo de cosas se dan los Premios Nobel, se lo garantizo. Pero es teoría económica basura.

Michael Hudson, «El fondo político de la actual crisis económica».

Los principales conceptos con los que explicamos lo político, hegemonizados a través de los recursos privados y públicos de la investigación, son hoy meros instrumentos de legitimación del modelo económico bajo la pátina de la objetividad académica (desde capital social a gobernanza, pasando por transparencia, gobernabilidad, Estados canallas, emprendedores, guerras justas o marketing social). Y, por supuesto, esa ciencia social hegemónica está afectada de una profunda «amnesia teórica» respecto de los conceptos acuñados por la sociología y la politología críticas, de manera que resulta prácticamente imposible encontrar determinadas líneas de pensamiento, que acumularon teoría útil, citadas en los trabajos de esa academia oficializada.

A comienzos del siglo XXI, libros y artículos sobre la globalización han penetrado todos los rincones del planeta, no coincidiendo, ni mucho menos, en la valoración del proceso. No es anecdótico que una parte sustancial de los catálogos de libros de ciencias sociales incorporen fotos de manifestaciones contra la globalización para ilustrar las novedades editoriales (una constante durante los primeros años del siglo XXI). Instituciones a las que se imputa cierta responsabilidad en el proceso de globalización, tales como el FMI o el Banco Mundial, insisten en sus informes en los problemas generados por un proceso que, sin embargo, siguen defendiendo. Incluso, como ocurrió con el Informe del PNUD del año 2008 sobre cambio climático, aun viéndose las consecuencias no se vinculaba ese escenario apocalíptico con un modelo que supedita la vida a la reproducción de la ganancia empresarial.

Pero el desenfado parecía no tener límites. George Soros, responsable de la salida de la libra del Sistema Monetario Europeo en 1992 (al igual que de las varias devaluaciones de la entonces peseta española), era condenado en diciembre de 2002 por uso privilegiado de información, lo que convertía su enriquecimiento en ilícito. Al tiempo, publicaba un libro, Globalización, alertando de los peligros que un individuo como él podía generar en un sistema como el actual. Académicos como el nobel Joseph Stiglitz, descabalgado de su fe en el mercado autorregulado y en las recetas del llamado pensamiento único, han cobrado la relevancia de los que se cambian de filas, si bien solo después de meter sus propios dedos en las llagas generadas por la miopía cortoplacista de la que había sido responsable como economista en jefe del Banco Mundial. Uno de los referentes de la sociología mundial, Manuel Castells, publicaba un libro en 2006 sobre la inserción de América Latina –con el caso concreto de Chile– en la economía global, donde volvía a sus

tesis sobre la sociedad red. Alertaba de la «conexión perversa» que se producía cuando amplios sectores marginados de la población, junto a regiones enteras, caían en las garras de las redes criminales por causa de la dinámica de la globalización. Pero hay que entender las motivaciones de estas simbólicas opiniones. Detrás de sus planteamientos, solo estaba una inquietud que ya había asaltado a Keynes en el periodo de entreguerras: el capitalismo, dejado a su propia lógica, genera su propia destrucción en medio de una amplia socialización del dolor. Sin embargo, los tres autores dejan sin explicar cómo se teje esa suma de adaptaciones a la competencia. Se menciona al Estado, pero un Estado que, como una nueva Santa Teresa que hubiera cambiado el brazo incorrupto por la mano invisible, ensamblaría todas las partes con más magia que ciencia[1]. Lo cierto es, como venimos planteando, que el problema es de modelo, no de prácticas. La capacidad de la economía capitalista reside en su condición compleja, flexible, descentralizada, basada en un mercado anárquico y con la capacidad dual de, a través de los precios, estimular un aprendizaje a los golpes y asignar de manera inclemente capital a la actividad económica[2]. La actividad que genera más dinero no es siempre lo más eficiente en términos sociales (como demuestra todo el capitalismo financiero o la especulación vinculada a alimentos y petróleo que explotó en 2008 agravada por la crisis inmobiliaria norteamericana).

Dos casos, separados por un lustro, ejemplifican todo esto. En diciembre de 2002, la ausencia de regulación real en el comercio marítimo creaba, al naufragar ante las costas de Galicia el buque petrolero Prestige, una de las más relevantes catástrofes ecológicas europeas, que se sumaba al naufragio del petrolero Erika en las costas de Francia o a la catástrofe nuclear de Chernóbil en 1986. La obsesión por el déficit cero y el equilibrio presupuestario se cebaba en el desastre al no existir medios disponibles para paliar este tipo de accidentes. Al tiempo, la campaña preelectoral del partido en el gobierno rezaba «Menos impuestos, más seguridad». Lógica autocastradora impulsada desde el Estado que adoctrinaba a la ciudadanía en una dirección que, se vería, era contraria a sus intereses. Pocos años después, en 2006, se repetía la escena en Costa de Marfil, y lo público volvía a parecer impotente ante los entresijos de las multinacionales. Las dificultades que los países ricos establecen a las empresas que operan en su territorio llevan a estos conglomerados económicos a buscar salidas en países con menos recursos y menos capacidad política. Los recursos jurídicos de las transnacionales son superiores a los de cualquier país africano (al igual que ocurre con los ejércitos de mercenarios contratados). En 2008, los incendios –profundamente ligados al cambio climático– que asolaron partes importantes de Norteamérica postraban en la impotencia al Estado más importante del mundo. Los servicios de bomberos, afectados por los recortes presupuestarios, eran ineficaces, carentes de personal y medios. Por el contrario, los «neociudadanos» que habían suscrito seguros particulares contaban con la asistencia de compañías privadas de rescate y lucha contra incendios formadas por antiguos miembros del ejército (bomberos mercenarizados) que, ante el peligro de incendiarse la casa, obraban como en una operación en un escenario bélico. Como escribió Naomi Klein, la situación se transforma en un Apocalipsis bíblico donde los elegidos se salvan y los impuros –los que no han pagado– se queman en el infierno, mientras Dios, invisible como la conocida mano, permanece impasible[3]. Con una recurrencia terrible, los incendios volvían a sucederse en Estados Unidos en 2017. El norte de España y Portugal se vieron asolados por las mismas razones. Como conclusión, los bosques calcinados en el Norte o en el Sur, el mar contaminado en el Sur o en el Norte, recuerdan que Gaia, la Madre Tierra, es una y su comportamiento es el propio de un ecosistema único. Aunque se insista en representar que solo duele lo que es cercano, lo que se ve. Pero la lógica cortoplacista del capital no repara ni en empatías ni en futuros[4].



Todos estos comportamientos ¿son paradojas o parte de circunstancias más lógicas que lo que estas confusas señales nos permiten imaginar? Cuando hablamos de globalización, ¿estamos ante un espejismo, ante una impostura o ante una tozuda realidad? Intentando avanzar algo, volvemos a afirmar que es cada vez menos cuestionable que nos encontramos en un momento de replanteamiento de la mirada (de cambio de paradigma para muchos autores). De ahí que, de una manera u otra, uno de los rasgos más evidentes de la globalización, como hemos señalado, sea la cantidad ingente de libros publicados sobre el tema. Aunque sea para decir que la mundialización no existe. Como se suele señalar, McLuhan tuvo que escribir más de una docena para demostrar que los libros estaban muertos.

Sin embargo, las secuelas de la lucha contra el discurso ideológico de la guerra fría tenían engrasados algunos sectores críticos. Las sospechas sobre el discurso de la mundialización aparecieron pronto, ligadas a la sorpresa que causaba la vertiginosidad con la que ese concepto se había convertido en referencia generalizada. La duda, inicio de toda reflexión científica, se abrió paso e invitó a mirar con escepticismo, extrañeza y en no pocos casos con indignación al vocablo en boga. ¿Cómo había alcanzado la globalización ese generoso hueco en las explicaciones académicas y, de manera más relevante, en los medios de comunicación? Basta observar el conservadurismo con el que la ciencia incorpora paradigmas y categorías (lentamente, después de mucho contraste y tras honda discusión) para interrogarnos obligatoriamente por las razones que han liberado a este concepto de la humildad a la que se obligó a otras explicaciones. ¿Hacía falta, en realidad, un nuevo nombre para lo que estaba ocurriendo en el mundo? ¿Se habían gastado definitivamente los viejos sustantivos? ¿O estábamos, quizá, ante algún oscuro interés en que ese vocablo, que venía a inaugurar toda una época, barriera con su poderosa escoba mediática los antiguos paradigmas politológicos, sociológicos, jurídicos, filosóficos y económicos?

Continuando con las preguntas, cabía interrogar qué sectores incrementaban sus posibilidades bajo el impulso globalizador. ¿A quién pertenece la globalización? ¿Nos hemos encadenado acaso a algún mástil para poder escuchar el canto de sirena embriagador de ese concepto que oculta las relaciones sociales? ¿Ha venido la globalización a preparar el caballo de Troya con el que se penetre en la ciudad científica y se saqueen sus riquezas? ¿Qué suerte le depara al último medio siglo de producción científica, supuestamente obsoleta ante la imperiosa acometida de la mundialización? No en vano, en 2016, la victoria del Brexit en Gran Bretaña y la victoria de Donald Trump alzaron a la palabra compuesta post truth, «post-verdad», como vocablo del año. La posverdad –aunque en castellano ya existían expresiones como «bulo» o «paparrucha» para expresar una falsificación que pretende hacerse pasar por verdad– se incorporó al lenguaje periodístico, y las redes sociales, tan amigas de hacer viral cualquier contenido, abrazaron el concepto. ¿Acaso no eran ya en el primer decenio del siglo XXI posverdades las explicaciones que, tras la desaparición en 1991 de la URSS, pretendían ganar también en el relato la guerra fría y la desaparición de alternativas al modelo capitalista?

Martin Wolf, antiguo economista del Banco Mundial y editorialista del Financial Times, reconocía indirectamente la importancia del discurso sobre la globalización en su imposición hegemónica. Se trataría, en su análisis, de un proceso natural, que habría operado en el pensamiento (de las personas respetables), y que tendría la enorme fuerza de lo que se observa a simple vista:

[…] lo que ha cambiado desde los años ochenta ha sido que las soluciones alternativas al modelo de mercado, para la organización de las economías modernas, han perdido prácticamente toda su credibilidad entre las personas serias del primer, segundo y tercer mundo. [De la globalización] arrancó un vasto movimiento hacia la economía de mercado y –contrapartida inevitable– un movimiento hacia una integración económica mundial, a su vez consecuencia natural de la economía de mercado. Esta deriva de perspectiva intelectual no es fruto de alguna teoría complicada, sino que nace de la observación de lo que ha funcionado y lo que no ha funcionado […]. Con una economía de mercado semejante, hay lo que muchos denominan globalización y que yo, por mi parte, prefiero llamar integración económica internacional.

Los conceptos nuevos adquieren tintes de combate, pues eliminan de la agenda explicaciones que habían tomado cuerpo en la doctrina y, al tiempo, alumbraban la acción. Fue el caso paradigmático de los conceptos modernización, autoritarismo, transición a la democracia o, más recientemente, calidad democrática, conceptos todos ellos indisociables de la guerra fría y la victoria de Washington sobre Moscú y que se pusieron al servicio de la desactivación del conflicto social. Pero la ciencia social suele pactar el lugar exacto entre el ayer y el hoy. Ese pacto entre el pasado y el presente es el que alumbró, con el recurso a los prefijos y a los adjetivos, conceptos como posmodernidad, posfordismo, neoliberalismo, postestructuralismo, posmarxismo, neokeynesianos, posmaterialismo, tardocapitalismo, segunda modernidad, etc. De esta forma, el análisis de la realidad incorporaba, a modo de transacción, las orientaciones que desde la ciencia social se daban respecto de la marcha del mundo. No debe llamar la atención, por tanto, la sospecha que levantó la rápida aceptación de este concepto, popularizado en los medios mucho antes de que la academia lo hubiera digerido. Y en la misma dirección hay que entender las posteriores denuncias de ser mera ideología, de estar al servicio de intereses espurios, las acusaciones de estar al servicio del «imperialismo» y del «poder transnacional» bajo expresión del «ecumenismo cultural», de la «fatalidad económica» y de una «necesidad neutral»[5]. Tampoco era tan extraña esa recuperación crítica, pues todo lo que ha acompañado el discurso ideológico entusiasta sobre la globalización se ha asentado en una recuperación de principios neoclásicos de equilibrio general donde, una vez más, la sempiterna mano invisible del mercado articularía el punto estable de oferta y demanda bajo la ética universal de los vicios privados y las virtudes públicas.

LA GOBERNANZA COMO NEOLOGISMO DEL PODER

Si los nazis ya habían asesinado a los judíos cuando les llamaron Unmenschen y Franco ya había fusilado a los republicanos cuando les llamó la anti-España, el neoliberalismo ejecutó a la democracia cuando acuñó el término «gobernanza» como un sustituto técnico del gobierno democrático. Para la politóloga Wendy Brown, «la gobernanza se ha convertido en la forma administrativa primaria del neoliberalismo, la modalidad política a través de la cual crea ambientes, estructura las restricciones y los incentivos y, por consiguiente, conduce al sujeto. El neoliberalismo contemporáneo es impensable sin la gobernanza». La gobernanza operaría como un bálsamo de Fierabrás tramposo que, en vez de curar las heridas, las disimula ocultando el conflicto. Para la politóloga



norteamericana, la gobernanza busca «implementar soluciones prácticas para problemas definidos de modo técnico» ya que, de esta forma,

despolitiza su propio despliegue y su propio campo de aplicación en varios frentes […]. Al promulgar un énfasis mercantil en «lo que funciona», elimina de las discusiones dimensiones con inflexiones políticas, éticas o normativas de otros tipos, buscando sustituir la política con enfoques prácticos y técnicos de los problemas […]. Por consiguiente, la «economización de lo político» implicada en la gobernanza neoliberal sujeta a los ciudadanos a una empresa común a la vez que relega (en el mejor de los casos) los principios clásicos de igualdad, autonomía política, universalidad o incluso protección paternalista que profiere el Estado liberal clásico o el Estado de bienestar […].

En la vida pública, la gobernanza reemplaza las preocupaciones liberales por la democracia y la justicia con formulaciones técnicas de problemas, las preguntas sobre derechos con preguntas sobre eficiencia, incluso las preguntas de legalidad con aquellas sobre eficacia.

La gobernanza, en definitiva, es la versión en lo que atañe al gobierno del fin de la historia que quiso poner fin al conflicto en la política[1].

[1] Wendy Brown, El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo, Barcelona, Malpaso, 2017.

Como conclusión, despensar el concepto de globalización hegemónico se convierte, pues, en el primer paso para reconstruir una globalización alternativa. Frente al gobierno de las palabras solo resta poner en funcionamiento un desgobierno de los discursos, donde se activen ángulos inéditos del proceso que permitan acertar en las corrientes de fondo. Por ejemplo, preguntando: ¿es cierto que el desarrollo tecnológico determina el curso de la globalización, o es el tipo de globalización la que impulsa uno u otro desarrollo tecnológico? O, en términos más dramáticos y más cotidianos: ¿cómo es posible que podamos llevar en el bolsillo un artilugio que incorpora los millones de datos que caben en el más sofisticado ordenador pero que no exista una vacuna contra la malaria?

[1] En el caso del libro de Castells, sus recomendaciones para el Estado chileno no se alejan de las que una consultora daría a una empresa multinacional, con lo que no solamente no se solventan los problemas del gobierno mundial, sino que se multiplicarían al quedar fuera de juego los perdedores de esa carrera en pos de la competitividad informacional. Así, criticar la globalización pero recomendar dosis altas de globalización para insertarse en la economía internacional sirve como salida particular (nacional), pero en términos globales es, cuando menos, contradictorio. Véase Manuel Castells, Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial, Chile, Fondo de

Cultura Económica, 2006. También George Soros, Globalización, Barcelona, Planeta, 2002, y Joseph Stiglitz, El malestar en la globalización, Madrid, Taurus, 2002.

[2] Bob Jessop, El futuro del Estado capitalista, Madrid, La Catarata, 2008, especialmente el cap. 1.

[3] Véase Naomi Klein, «Respuesta ante los desastres, para los elegidos», La Jornada, 11 de abril de 2007 [disponible en: http://www.jornada.unam.mx/2007/11/04/index.php?section=opinion&article=024a1mun].

[4] En noviembre de 2006, el primer ministro británico, Tony Blair, sorprendió al mundo con un informe acerca de la inminente catástrofe que implica el cambio climático. El excandidato Al Gore recuperó igualmente notoriedad con un documental, Una verdad incómoda, que alertaba de los peligros de la emisión de CO2 a la atmósfera. Una década después insistiría con Una verdad muy incómoda: ahora o nunca. Igualmente, Naciones Unidas anunciaba su informe, sobre la base del trabajo de 4.000 expertos, que zanjaba la interpretación acerca de la responsabilidad humana en el cambio climático y mostraba los peligros ligados al aumento del nivel del mar. Es clarificador entender que en esta discusión, tan cruzada de opiniones contradictorias, se ha incorporado, como actor determinante, la opinión de las aseguradoras. El riesgo que estas empresas consideran tal, deja de ser una mera suposición y se convierte en un factor de influencia en la asunción de medidas.

[5] Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, «On the Cunning of Imperialist Reason», Theory, Culture & Society 16, 1 (1999), p. 42.



CAPÍTULO V

Sin espacio entre las ruedas dentadas… la falacia tecnológica de la globalización

El hombre, supremo creador, es también el mayor impostor. Puede falsificar casi cualquier cosa, desde billetes de un dólar hasta el amor y el arte. Puede, incluso, falsificar la ciencia y, por cierto, en más formas que cualquier otra cosa: por medio del plagio, tergiversando datos y repartiendo mitos arropados en vestiduras aparentemente científicas.

Mario Bunge, Crisis y reconstrucción de la filosofía.

El reloj de arena, con su metáfora, grano a grano, de la caducidad del poder. El reloj de sol, referencia de un poder natural y símbolo de una autoridad por encima de la cual no cabe nada. Las horas dadas por un campanario, cuyo tañer abarca el poblado y el campo donde laboran los campesinos, vinculando la ordenación económica y social de la comunidad con los ritmos marcados por los metales de la iglesia. El reloj mecánico, señal inequívoca del poder absoluto del monarca, a quien le corresponde dar cuerda al artilugio. Todas estas señales del tiempo han dado paso a una medición del tiempo que se aleja, al menos metafóricamente, del control de los hombres: la frecuencia medida por el espectro de un átomo de cesio 133. Es, en expresión de Castells, el «tiempo atemporal que sustituye al tiempo de reloj de la era industrial». Curiosamente, ese tiempo etéreo sería a la vez un unificador del globo, al establecerse entre 1875 y 1925 las franjas horarias mundiales, el calendario gregoriano (la URSS no lo asumirá hasta 1918), la semana de siete días, y la puesta en funcionamiento de códigos internacionales de señalización y de telégrafos.

La virtualidad a la que se ve sometido el espacio (con fronteras que no terminan de poder ejercer como tales), hace que también el espacio cívico, esto es, el lugar donde todos los ciudadanos compartan solidaridad y confianza con los demás, también se haga virtual. No es extraño, pues, que para muchos autores nos encontremos ante un mundo desbocado (Giddens), una segunda modernidad (Beck), una transformación de las bases filosóficas del mundo (Altvater), un mundo sin sentido (Laïdi), un cambio de paradigma tecnológico (Piore y Sabel), una crisis sistémica (Wallerstein), una modernidad líquida (Bauman), una transición paradigmática (Santos), un cambio ontológico profundo (Rosenau) o, incluso, un cambio de civilización (Morin).

Si en 1941 Einstein pudo afirmar que lo que caracterizaba a su época era la confusión de los fines y la perfección de los medios, hoy habría que asumir que ambas características han aumentado exponencialmente. Basta para entenderlo considerar el acortamiento del periodo de vida comercial de cada generación de microprocesadores, que ha discurrido por una secuencia de décadas entre las primeras, a poco menos que semanas en la actualidad. De la misma manera que el capitalismo ha entrado en los dos ámbitos que aún le estaban vedados: la noche y la naturaleza. A finales del siglo XIX se anunció que el alumbrado público iba a acabar con la criminalidad pero, en verdad, lo que estaba logrando era hacer de la noche otro espacio de negocio. La luz incesante no nos deja

detenernos, pensar, recordar. Puro presente. Un mundo continuo que no nos deja pensar la alternativa porque no hay lugar donde hacer una pausa. Pura emergencia de faros en la noche. Un mundo «sin fantasmas» y, por tanto, sin advertencias, dice Jonathan Crary. Tanta luz, tanta vigilia, tanta producción ¿para qué? Porque para mirar para adentro hay que cerrar los ojos. A alguien beneficia esa condición de postración psíquica por la falta de descanso, sin capacidad de acordarnos, de no tener memoria porque nos falta sueño, predispuestos a las órdenes de quien nos prometa estabilidad y que termina mandándonos y recetándonos qué podemos soñar. El sueño es el lugar donde la represión no debiera hacernos mella. Pero ese tiempo también ha sido ocupado. Y encima, creemos que nuestra renuncia es una opción de libertad. El capitalismo ha conseguido hasta que paguemos para poder dormirnos. Un mundo 24/7 es un mundo donde estar permanentemente conectados nos convierte en máquinas solo útiles para producir y consumir, no para vivir[1].

Frente a ese desbordado y desbordante crecimiento tecnológico, que obliga a nuevas pautas de organización que se acompasen a las posibilidades y necesidades del campo, otros ruedos de la vida humana permanecen casi inamovibles. La democracia representativa recogida en el Discurso a los electores de Bristol de Edmund Burke de 1774 aún pertenece hoy a la casi totalidad de los corpus constitucionales del mundo (con la prohibición del mandato imperativo, esto es, que los electores no pueden revocar a los elegidos, y la ficción según la cual el Parlamento representa a la nación, algo concebido cuando ni los pobres ni las mujeres tenía derecho al voto). Las revoluciones no son tales hasta que no se asientan en la cotidianidad de los pueblos. Se trata, por tanto, de definir correctamente lo que ha desaparecido, lo que no ha cambiado, lo novedoso y, aspecto de gran relevancia, lo que se ha transformado, evitándonos proposiciones sin ningún fundamento, como la que postula el fin de los Estados nacionales, el fin de lo político o el surgimiento de una sociedad de discursos sin hombres (como plantearía Luhmann).

El estrechamiento/ensanchamiento del tiempo y del espacio, esas categorías con las que pretendemos ordenar los humanos el mundo, llevan hasta el estrabismo nuestra mirada pero no pueden, más allá de la ciencia ficción, superar el límite físico de nuestra existencia. Un día es el tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta sobre sí misma; un año, el tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta completa alrededor del sol. La palabra inglesa world es una mezcla de los términos germánicos verr –hombre– y öld –tiempo–, de manera que el mundo sería el «tiempo de los hombres»[2]. El límite físico del ser humano y la conciencia que a esto le acompaña hoy es incuestionable, por más que la supeditación de la vida social al desarrollo económico/tecnológico pretenda equipararlo a una «vida-máquina». La cotidianidad, aunque desaparezca de los discursos o de los análisis sociales, permanece socialmente. Es el mundo de la vida amenazado constantemente por su mercantilización, pero es donde radica el sentido de la vida del homo sapiens. De lo contrario, como es obvio, desaparecería la propia sociedad. De ahí que la organización política no pueda perder de vista este aspecto. Al igual que las tradiciones acorraladas se transforman en fundamentalismos (Giddens, Castells), la organización política acorralada puede caer en teologías antimodernas o en una exaltación del Estado nacional que pecaría por defecto al ser incapaz de conceptualizar los cambios actuales que abarcan todos los ámbitos de lo social, así como sus potencialidades. Nada más torpe para los intereses colectivos de un pueblo que encerrarse en las propias fronteras negando el impulso de integración mundial en marcha. Esconder la cabeza debajo del ala no conjura el peligro de ser comido por el león. A la fuerza globalizan[3].

Ahora bien, el incuestionable desarrollo de la ciencia y de sus aplicaciones no puede hacer perder de vista la voluntad política que hay detrás de cualquier proceso social. El



determinismo tecnológico de la mundialización –es decir, la ocultación de la importancia de los actores en el desarrollo de este proceso y el establecimiento de una dirección social necesaria marcada por una capacidad técnica autodirigida– afecta, pese a ser un pensamiento profundamente conservador, a todo el espectro ideológico. Incluso el pensamiento de matriz marxista, marcado históricamente por el desvelamiento de los actores que están detrás de los desarrollos sociales, ha caído en el error de pensar que la tecnología es neutral tanto en su origen como en sus desarrollos. Por parte del pensamiento neoconservador –como hemos visto, reciclado en un neoliberalismo autoritario–, la interpretación es clara. Thomas Friedman, columnista del New York Times, afirmó que la globalización era una novedad tecnológica y socioeconómica basada en el desarrollo de los microchips y que, en vez de por Estados o instituciones, se regía por un rebaño electrónico de grupos económicos de interés regidos a su vez por su propia lógica. ¿Para qué seres humanos en ese esquema?

Este determinismo llama más la atención en el pensamiento emancipador. En las primeras páginas de Imperio, el discutido libro de Michael Hardt y Toni Negri, se afirma que «hemos asistido a una globalización irreversible e implacable de los intercambios económicos y culturales» (las cursivas son nuestras). Si bien de manera más matizada, encontramos deslizamientos por esa pendiente en la obra de Ulrich Beck o de Manuel Castells (por citar solo dos de los más conocidos estudiosos del tema). La nómina es extensa. Pese a ser un mal análisis, es comprensible ese entusiasmo que participa de la fascinación por el carácter resolutivo del capitalismo que narraron Marx y Engels en el Manifiesto comunista (ese sistema capaz de hacer que todo lo estamental y permanente se evapore)[4]. La fuerza de la tecnología en el último tramo del siglo XX ha sido tal que no debe extrañar el hechizo. ¿No resulta ridículo, a ojos de hoy, que el responsable de la oficina de patentes de Nueva York presentase, a finales del siglo XIX, su dimisión alegando que sería inmoral permanecer en el cargo «cuando ya se ha inventado todo lo posible»?

Analizando las dictaduras del Cono Sur en los setenta, Guillermo O'Donnell planteó lo que después iba a formar parte del arsenal ideológico del llamado pensamiento único: «En una sociedad en la que se ha prohibido "la política", impresiona la cuota de poder efectivo que esto deja a los tecnócratas»[5]. Atentos a esta idea podemos preguntarnos: ¿dónde queda la voluntad política en la mundialización? ¿O es que realmente estamos gobernados por las cadenas causales inevitables de un desarrollo tecnológico que marca la pauta de nuestras vidas? ¿Ha quedado al margen del análisis la influencia en las transformaciones económicas y políticas del conflicto social?

Buscando otras entradas para entender este asunto, encontramos que el ángulo cinematográfico nos ayuda a desvelar estas preguntas. En los años sesenta y setenta, el mundo del cine se interrogó sobre el peligro que suponía que las máquinas sustituyeran a los seres humanos y tomaran por ellos las decisiones importantes. Después de Hiroshima y Nagasaki, la ciencia ficción –en realidad, todo el arte– incorporó la política a sus reflexiones y aportó su contribución a clarificar el mundo que se avecinaba. La proliferación posterior de ese tópico terminaría por ocultar la alerta inicial con que nació. Muy al contrario, el cine actual confía más en la máquina que en el ser humano. Las guerras limpias e inteligentes reproducen el tópico hollywoodiense y una tecnología mágica se encargará de todos los problemas humanos. Cuando se camina en una dirección contraria –como ocurre con la serie Black Mirror–, nos encontramos con que su éxito radica precisamente en su profundo pesimismo acerca de los efectos que la tecnología tiene en la dignidad humana.

Quizá la película más emblemática de ese género crítico fue 2001: una odisea en el espacio (1968), una de las obras cumbre de Stanley Kubrick, con guión de Arthur C. Clarke. En la primera escena se traza de manera memorable el camino, mecido por un vals, que va desde el primer instrumento que construye un artesano ocasional (un hueso que es usado como arma para asesinar a un semejante desarmado) hasta la más sofisticada herramienta concebible (una nave espacial a la búsqueda de las verdades últimas). Un viaje, la carrera tecnológica, que es simbolizado con la aparición de un monolito que quiere representar el surgimiento del homo sapiens. La inteligencia humana y el desarrollo tecnológico, como han demostrado recientes descubrimientos antropológicos, es un viaje paralelo (hay una relación probada entre los inicios del uso de instrumentos y los primeros comportamientos humanos solidarios de los que tenemos noticias). Y un viaje, en la proposición de Kubrick y Clarke, terrible, pues empieza con un asesinato y termina con una amenaza permanente. Ese peligro ya lo había analizado el autor con motivo de la bomba atómica en su película satírica de 1964 Teléfono rojo, volamos hacia Moscú (Dr. Strangelove, o de cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la bomba en Hispanoamérica). Las máquinas, reza el mensaje, encierran peligros nada despreciables. Era una época donde la coacción nuclear teñía el ánimo de la inteligencia. Sin embargo, en 2001, los humanos terminan poniendo en su sitio al ordenador Hal 9000, empeñado en saber mejor que sus creadores cuáles son sus intereses. En Teléfono rojo, la falta de control deviene en catástrofe, pues la bomba nuclear es lanzada. En el extremo opuesto, Inteligencia Artificial, de Steven Spielberg (estrenada en 2001 como homenaje a Kubrick), se da la vuelta total al argumento. Las máquinas son perfectas –como si no salieran de la voluntad humana y fueran las verdaderas criaturas de un dios bondadoso– mientras que las personas representan el verdadero peligro. Esas máquinas inteligentes serán después las responsables de las guerras inteligentes. ¿Y quién en su sano juicio puede estar en contra de la inteligencia?

Muy lejos de ese pulso vigoroso de los años sesenta, hoy no se cuestiona la fiabilidad de las máquinas que detectan las amenazas y toman decisiones al respecto. El papel de los drones en la «lucha antiterrorista» ha completado el sueño militarista: asesinar, sembrar terror sin bajas propias y vivir la guerra como una partida sin riesgos. (Es la retransmisión desde la sala de operaciones de la Casa Blanca del asesinato de Bin Laden, con Obama y Hillary Clinton viendo una película donde ellos eran los guionistas.) La guerra ya no pertenece al circuito democrático, al igual que tampoco se votan en las elecciones, entre otros muchos aspectos, las decisiones de política monetaria, la regulación del mercado de valores, la consideración del riesgo de cada país, los problemas medioambientales o los métodos para enfrentar el reto –no el problema– de la inmigración. Las determinantes tecnológicas, presentadas como realidades naturales frente a las cuales no se puede actuar, se entienden a su vez como las determinantes del proceso de mundialización, que denominan a su vez el arcaísmo de aquellas formas colectivas de organización que se resisten a ser arrumbadas en el basurero de la historia[6]. El buque factoría hace arcaica a la barquichuela que no puede alejarse mucho de la costa. Pero la garantía de limpieza de los mares, de reproducción de los caladeros o de alimentación de las poblaciones costeras no está en la factoría sino en la embarcación rudimentaria. La guerra, tecnologizada, es un escenario que sucede en la pantalla de un ordenador. Tras instaurarse un escenario orwelliano de guerra global permanente, se deja al supuesto cuidado de las máquinas las decisiones que determinan la vida y la muerte. Los muertos no pueden, así, ser sino daños colaterales. La tecnología, en ese discurso enmascarador, ocurre como la lluvia. Y la ciudadanía, a lo más que se les deja espacio, es a abrir el paraguas. El que se moja, parece decir, es porque quiere. Si en el siglo XX las distopías eran Estados omnímodos, en el siglo XXI, el siglo de la serie Black Mirror, la distopía es tecnológica.



EL MIEDO GLOBAL

Los que trabajan tienen miedo de perder el trabajo.

Los que no trabajan tienen miedo de no encontrar nunca trabajo.

Quien no tiene miedo al hambre, tiene miedo a la comida.

Los automovilistas tienen miedo de caminar y los peatones tienen miedo de ser atropellados.

La democracia tiene miedo de recordar y el lenguaje tiene miedo de decir.

Los civiles tienen miedo a los militares, los militares tienen miedo a la falta de armas, las armas tienen miedo a la falta de guerras.

Es el tiempo del miedo.

Miedo de la mujer a la violencia del hombre y miedo del hombre a la mujer sin miedo.

Miedo a los ladrones, miedo a la policía.

Miedo a la puerta sin cerradura, al tiempo sin relojes, al niño sin televisión, miedo a la noche sin pastillas para dormir y miedo al día sin pastillas para despertar.

Miedo a la multitud, miedo a la soledad, miedo a lo que fue y a lo que puede ser, miedo de morir, miedo de vivir.

Eduardo Galeano, Patas arriba. La escuela del mundo al revés

---

[1] Jonathan Crary, 24/7. Capitalismo tardío y el fin del sueño, Barcelona, Ariel, 2016.

[2] Fernando Vallespín, El futuro de la política, Madrid, Taurus, 2000, p. 64.

[3] Esa es la experiencia histórica. De ahí que una señal de enorme madurez política la mostraran los países de América Latina que, al tiempo que estaban reclamando soberanía nacional y enfrentando las posiciones colonialistas, neocolonialistas o imperialistas del Norte, buscaron articular formas alternativas de integración regional, es decir, buscaron construir una globalización contrahegemónica. El ALBA, Telesur, Petrosur fueron herramientas, no siempre exitosas, frente a las amenazas más fuertes al modelo que siguen marcando los TLC, la OMC, la CNN, el TTIP y el CETA, organizaciones todas ellas impulsadas desde países desarrollados.

[4] El original alemán reza: «Alles Ständische und Stehende verdampft», si bien la expresión más popular, aunque alejada del original, es la procedente de la versión inglesa: «Todo lo sólido se disuelve en el aire» («All that is solid melts into air»).

[5] Guillermo O'Donnell, Contrapuntos, Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 114.

[6] Uno de los principales cometidos iniciales de Margaret Thatcher fue replantear el lugar de los sindicatos en un nuevo modelo de sociedad. Esa voluntad alcanzaría posteriormente también a la socialdemocracia (Giddens sería el ideólogo de la misma en su propuesta de la tercera vía). El pulso mantenido por el gobierno del PSOE en 1988 con los sindicatos españoles, a raíz de la convocatoria de la primera huelga general de la democracia, tuvo similitudes con el caso británico, marcando una ruptura que duraría años entre la UGT –el sindicato socialista– y el partido en el gobierno, solo recompuesta cuando el PSOE pasó a la oposición. (Curiosamente, buena parte de los intelectuales de la izquierda, que terminarían directa o indirectamente trabajando para los gobiernos del PSOE, descargaron sus baterías contra los sindicatos en aquella huelga llegando, incluso, a plantear su necesaria disolución.)



CAPÍTULO VI

Sentarnos a dialogar… el acuerdo mínimo sobre la globalización

[…] si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un superego, sino se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo –esto comienza a saberse– y también a nivel del saber. El poder, lejos de estorbar el saber, lo produce.

Michel Foucault, Microfísica del poder.

Decir mujer es decir sometimiento al hombre; decir indígena es decir premodernidad, decir tierra es decir recurso económico; decir libertad es decir falta de regulación… Le preguntaron en una ocasión al escritor y filósofo español Miguel de Unamuno: «¿Cree usted que existe Dios?». A lo que con profundidad contestó: «Dígame qué entiende por creer, por existir y por Dios y le podré contestar». ¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización?

El consenso mínimo entre los estudiosos de la globalización es que se trata de un proceso que se caracteriza por el incremento cuantitativo de los intercambios transnacionales. Held y McGrew aportan una definición que se aproxima a este común denominador guiado por consideraciones espaciales (aunque terminan haciendo una referencia política que ya no tendría tanto acuerdo): «La globalización se refiere a un proceso histórico que transforma la organización espacial de las relaciones y transacciones sociales, generando redes interregionales y transcontinentales de interacción y de ejercicio del poder»[1].

Podemos decir que con este reconocimiento del aumento de las transacciones acaba el consenso. Dando un paso más allá, cabe la posibilidad de afirmar que este proceso solamente es posible, dadas las condiciones del capitalismo, por el bajo coste de los transportes, los diferenciales de mano de obra y las posibilidades tecnológicas abiertas por las comunicaciones. Y es indudable que si las fronteras no se hubieran vuelto porosas, los nuevos –o renovados– actores de este proceso no podrían mostrar su operatividad. Siguiendo con la mera descripción, vemos también que cualquier análisis de la política actual debe incorporar, al lado de los Estados nacionales que siguen operando dentro de sus propias fronteras, a las empresas globales, a la opinión pública mundial, a los organismos financieros y políticos internacionales, a los mercados mundiales, a otros Estados nacionales –algunos especialmente preparados para operar en el éter de la mundialización–, así como al embrión de un Estado transnacionalizado. Esta estatalidad global –señalada en la definición de Held y McGrew– está dirigida por elites igualmente transnacionales y se encarga de representar la centralidad de donde emanan los lineamientos coactivos que deben cumplirse en ese ámbito supranacional (caso emblemático de las agencias de resolución de conflictos o de la OMC, señal a su vez de esa privatización de la estatalidad). De la misma forma, observamos que parte de la responsabilidad de los procesos de dominación se ha trasladado desde los ámbitos

nacionales y locales a espacios mundiales (por ejemplo, gran parte de los precios de mercancías y salarios, incluso de aquellos productos que se consumen localmente, se fijan en los mercados internacionales).

De esta manera, los flujos sociales –económicos, normativos, políticos y culturales–, que no hace mucho se realizaban principalmente dentro de las fronteras nacionales, ahora forman parte de un entorno más amplio que ha afectado profundamente a las estructuras políticas que hemos conocido en, al menos, el último siglo. Allí donde ayer los Estados nacionales regulaban la organización política y económica, garantizaban el orden jurídico y la propiedad, construían la homogeneidad social y monopolizaban las identidades, una nueva lógica espacial y social está abriéndose paso, con otras realidades, otra economía, otro sistema normativo, otra cultura, otra política, otras interacciones y grupos de poder y contrapoder. Hay que hacer notar que estas transformaciones –recuérdese que se trata de un proceso y, por tanto, de algo que aún no está cerrado ni predeterminado– actúan con especial fuerza en los países de la periferia y la semiperiferia, mientras que las elites de los países ricos han tenido la fuerza para pautar la dirección que iba a tomar ese proceso de globalización. Sin embargo, la lógica enemiga del mundo del trabajo terminó por llegar también al Norte, que empezó a conocer la expresión «trabajadores pobres», esto es, gente que, pese a estar empleados, apenas veía llegar su salario a fin de mes (durante el 15M, se hizo popular un cartel que rezaba: «Me sobra mucho mes al final del salario»).

La soberanía que ceden los países de la periferia y la semiperiferia la asume esa nueva lógica transnacional, donde los países del Norte tienen las llaves del cofre (el caso más emblemático en la economía es el FMI, donde Estados Unidos tiene la minoría de bloqueo de las decisiones. En lo político, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, frenado o impulsado por las potencias con capacidad nuclear –de donde extraen su capacidad de veto– tras la Segunda Guerra Mundial). La soberanía que ceden los países del centro la siguen manteniendo a través de los grupos que controlan los organismos que rigen la globalización (los que controlan el FMI, el Banco Mundial, la OMC, las empresas de calificación de riesgos, los monopolios, las empresas transnacionales, los ejércitos supranacionales como la OTAN, etcétera). Son igualmente dueños de los principales monopolios (armas, comunicación, finanzas, alimentos y tecnología).

Esta crisálida de Estado transnacional, que no responde siquiera a los intereses económicos globales del capitalismo, sino de una fracción de clase global crecientemente hegemónica, recoge las competencias que ceden los Estados nacionales y crea una nueva relación de clase entre el capitalismo global y el mundo global del trabajo[2]. Concreciones de este emergente Estado transnacional se ven cuando las fracciones de clase fuerzan a alguna agencia global para asegurar un proceso de acumulación a escala supranacional, por ejemplo, cuando transforman al FMI y al Banco Mundial en agencias particulares al servicio del cobro de la deuda, cuando hacen de la OMC un instrumento para asegurar la tasa de acumulación de los países exportadores, o cuando logran que la ONU, de una forma u otra, permita acciones bélicas como la invasión de Iraq o hacen de la OTAN una organización ofensiva y no defensiva[3]. En esa nueva lógica, al tiempo que se globalizaban algunos ámbitos, se localizaban otros, en una relación dialéctica donde se repetían o reconstruían las asimetrías propias del sistema capitalista. Lo que abandonaba un territorio y se hacía global, transformaba, para una opinión pública que pretendía tener validez global, en étnico, local o particular ese ámbito que no había trascendido un espacio físico concreto. La hamburguesa del Medio Oeste hace local la hallaca venezolana; los pantalones vaqueros hacen étnica la guayabera; el rock y el pop hacen exótica la música del llano colombiano o el flamenco andaluz; la democracia liberal hace autóctona la



democracia asamblearia de Bolivia; el Banco Mundial o el Banco Central Europeo hacen provinciano al Banco Nacional de cualquier país, incluidos los europeos.

Esta suerte de dialéctica descompensada entre lo global y lo local es válida para una forma de vestir, de alimentarse, de organizarse políticamente, de valorar el tiempo o de organizar las relaciones sociales. Un Evo Morales que no viste traje occidental en su visita al Rey de España es insultado por el escritor Vargas Llosa, quien «denuncia» el arcaísmo de la chompa del indígena aymara. El estilo directo de comunicación con su pueblo del presidente Chávez era descalificado como populista y poco formal. Una protesta de pobres se presenta como un problema de gobernabilidad; una protesta de ricos o clases medias, como una revolución de colores. Al tener lugar la globalización bajo la hegemonía occidental, especialmente norteamericana, todo lo que se globalizaba tenía el sello de calidad y era homologado por los centros irradiadores de doctrina. Por el contrario, lo que no era global, pasaba a ser local y, por tanto, atrasado, arcaico, contrario al progreso, en definitiva, un freno para la modernización de los países. Es en la respuesta a esta lógica donde nace la propuesta de una globalización contrahegemónica. Una globalización impulsada por los de abajo y al servicio de los de abajo que, con las herramientas del presente y los recursos de su pasado, quiere reescribir el presente garantizando la promesa de emancipación que pertenece a cualquier ser humano desde la Ilustración[4].

En aras de clarificar estos ángulos del proceso, Ulrich Beck propuso diferenciar entre el proceso de mundialización económica neoliberal (al que llamó globalismo), la existencia de una sociedad global que se referencia en términos mundiales (definida como globalidad) y el proceso de transnacionalización social (la superación de los territorios, nominado como globalización)[5]. En el ámbito de lengua francesa se insiste en una diferenciación similar al separar mondialisation (el proceso social) de globalisation (el proceso económico). Sin embargo, la indivisibilidad de lo social hace esas diferenciaciones complicadas y escasamente operativas, pues pretenden diferenciar normativamente uno y otro concepto cuando, en realidad, son reversos de la misma moneda. La mundialización económica no puede analizarse al margen de las decisiones políticas que la posibilitaron, ni el desarrollo tecnológico puede comprenderse al margen de las formas culturales o jurídicas que forman parte de la estructura social de una sociedad. La sociedad es un todo que, aunque se puede separar analíticamente, no debe luego dejarse desmontado. El reloj solamente da la hora cuando las piezas están en su sitio.

La llamada Marcha 2000 en defensa de las mujeres fue organizada por parte de Naciones Unidas para concienciar sobre la igualdad de género. La llamada de atención incluía protestas en varios continentes. Una de las manifestaciones tuvo lugar en Rabat (Marruecos), bajo el lema «Las mujeres contra la pobreza», encabezada por la entonces secretaria de Estado norteamericana Madeleine Albright y por Hillary Clinton, a la sazón primera dama de EEUU, junto a feministas que pertenecían a la burguesía marroquí. El mismo día que esa manifestación occidentalizadora exigía el fin de la mudawana (el estatuto islámico de la mujer), muchas organizaciones de mujeres islamistas protestaban contra las feministas de Rabat, aunque compartían su oposición al discriminatorio y vejatorio estatuto. El argumento de los movimientos sociales marroquíes era sutil: el problema, desde su perspectiva, no era la falta de derechos de las mujeres en lo que concierne al reparto de la pobreza, sino «la pobreza en sí». ¿Desfilarían –se preguntaban– las mujeres burguesas de Marruecos en una protesta contra el rey de Marruecos, cuya fortuna duplica el PIB de todo el país? ¿Irían en esa protesta la secretaria de Estado o la primera dama estadounidense? ¿Desfilaría Madeleine Albright o Hillary Clinton en

Washington contra las políticas del FMI o del Banco Mundial? ¿Qué derecho tenía a hablar del «crimen» que suponía el estatuto islámico cuando se refiere a la ablación del clítoris alguien como Albright, que ordenó el bombardeo de Iraq? Diferenciar entre una globalización buena –la cultural– y otra mala –la económica– invalida estos análisis[6].

Es importante entender que uno de los principales errores analíticos de la mundialización proviene de su análisis netamente económico, pues con frecuencia olvida que una de sus principales conclusiones, el fin de los Estados nacionales, invalidaría, de ser cierta, la propia posibilidad de existencia de las sociedades y la propia continuidad de la economía. En otros términos, el supuesto clásico de la microeconomía del ceteris paribus (se observa el hipotético comportamiento de un elemento suponiendo que todos los demás no cambian) no es aplicable si el elemento que varía es el Estado nacional. La unicidad social hace imposible que cambios en uno de los subsistemas sociales –en este caso, el político– deje invariable al resto. De manera que, si fuera verdad la crisis del Estado nacional entendida como parálisis reguladora y abandono de los fines colectivos, debe considerarse que los sistemas nacionales (y, por tanto, el sistema internacional) entrarían en un periodo de inestabilidad y potencial desestructuración, donde el Estado ya habría entrado en una fase de incremento radical de la represión o bien la sociedad incurriría en formas explícitas o larvadas de guerra civil a lo largo de todo el planeta. Esta visión apocalíptica es cierta como tendencia, pero darla ya como real es conceder a los partidarios de la desaparición de los Estados nacionales una victoria que aún no poseen y que difícilmente alcanzarán.

Eso no quita que los cambios tengan, por fuerza, que afectar a la forma por excelencia de organizarnos políticamente, esto es, a los Estados y, por extensión, a los que han sido su músculo dirigente, es decir, a los partidos políticos. Pero, una vez más, nos encontramos con análisis que como datos presentan solo meros deseos.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL NEOLIBERALISMO

En el modelo neoliberal avanzado, no hace falta proscribir los partidos políticos como ocurrió en el Cono Sur en los setenta. Ellos mismos se han situado como parte del Estado, renunciando a ser los intermediarios entre la ciudadanía y la administración. Es lo que Katz y Mair han llamado la «cartelización de los partidos», más deudores de su espacio en el aparato estatal –y, por tanto, sistémicos por definición– que de las exigencias ciudadanas, especialmente en época de crisis y recortes.

La connivencia entre los partidos y el sistema (no son simples intermediarios, sino elementos del propio Estado) genera una solidaridad indirecta entre los altos cargos de los partidos y los sectores sociales dirigentes del «bloque oligárquico neoliberal» (expresión del exdirigente francés Lionel Jospin): dirigentes de grandes empresas, financieros, altos cargos de la industria y servicios, privilegiados altos funcionarios del Estado, empresarios de medios de comunicación y de entretenimiento, los intelectuales al servicio de estos conglomerados. Los partidos políticos, las empresas (también las de medios), las instituciones públicas, se ponen al servicio de ese bloque oligárquico forzando incluso a sus bases electorales y ciudadanas.



Para Laval y Dardot,

el sistema oligárquico dominante tiene tres grandes características: una autorreproducción ya bien rodada en las elites políticas y económicas; una corrupción sistémica basada en la «devolución del favor» y el intercambio de «algo por algo»; y la doble inscripción, nacional e internacional, de sus dispositivos de poder. Tres elementos del funcionamiento oligárquico actúan a favor de la consolidación de este bloque: la coherencia neoliberal de las políticas gubernamentales, tanto de derechas como de izquierdas; la profesionalización de la política acaparada por una pequeña oligarquía de «barones» inquebrantables y pluriempleados; la transformación de la «realidad» según sus intereses por parte de economistas y de los medios de comunicación dominantes. La fragilidad de este bloque también constituye su fuerza: está separado del resto de la sociedad[1].

El eje derecha-izquierda, pues, se difumina. Durante el último tercio del siglo XX valía que, para el votante de la derecha, sus políticos eran los que mantenían el statu quo y ponían una barrera a la izquierda que, presumiblemente, quería cambiar las cosas. Para el votante de izquierdas, sus políticos tienen la obligación de cambiar las cosas. Por eso la izquierda ha recibido siempre un castigo electoral por practicar comportamientos parecidos a los de la derecha. Pero el neoliberalismo ha llegado a la política de partidos. El voto socialdemócrata actual es una mezcla del antiguo voto de la derecha y el de la izquierda, especialmente al asumir el catecismo económico neoliberal desde la llamada tercera vía: mantiene el statu quo pero permite pensar que se está votando por cambiar las cosas. Para ese salto, era necesario que la socialdemocracia rompiera con los sindicatos. Algo que tampoco fue dramático, pues los líderes políticos de la izquierda hacía tiempo que habían salido del espacio laboral de los obreros. Para Peter Mair[2], «la época de la democracia de partidos se ha terminado. Aunque los partidos permanezcan, se han desconectado tanto de la sociedad y persiguen un tipo de competición que tiene tan poco sentido, que ya no parecen capaces de sostener la democracia en su forma actual».

La retirada de las elites, enrocadas en su propia lógica de supervivencia, viene con la desafección ciudadana, la menor participación de clases medias y la falta de implicación en la política. Los partidos dejaron la calle y se retiraron al Parlamento o al gobierno. Optaron los líderes por la «responsabilidad» (garantizar el statu quo institucional) a costa de la «responsividad» (satisfacer las expectativas ciudadanas), alejándose de sus votantes y acercándose entre ellos, convirtiéndose en «clase gobernante».

[1] Christian Laval y Pierre Dardot, La pesadilla que no acaba nunca. El neoliberalismo contra la democracia, Barcelona, Gedisa, 2017, pp. 130-131.

[2] Peter Mair, Gobernando el vacío, Madrid, Alianza, 2015.

Pese a los cantos de sirena acerca del fin de las organizaciones estatales, nunca en la historia ha habido tantos Estados como a inicios del siglo XXI. Si en 1980 había 157

países miembros de Naciones Unidas, en 1998 ascendían a 184, a 192 desde 2006 con la incorporación de Montenegro, y a los actuales 193 con la inclusión, en 2011, de Sudán del Sur. 277 entidades tenían reconocimiento como países (nótese, sin embargo, que las nuevas incorporaciones en modo alguno suponen una transformación sustancial en la relación de fuerzas internacional: son, en todos los casos, pequeños Estados). Pero esta sintonía en la forma de la organización no equipara los contenidos que incluyen. Hay un constante flujo de miles de personas que intentan llegar a través del sur de España al Eldorado europeo. Junto al drama de los ahogamientos y muertes por hipotermia o brutalidad de las mafias, suman el rechazo europeo, además de padecer la fatalidad de que ningún Estado se hace cargo de esas personas devueltas a Marruecos o Turquía (la UE externaliza vergonzantemente esa tarea) y dejadas a su suerte, sin dinero, comida, agua o refugio. Tenemos noticia de centenares de ellos que perecieron abandonados en el desierto (por ejemplo en 2006) porque ningún Estado reconocía derechos de ciudadanía a esos seres humanos. También hemos visto a las fuerzas de seguridad españolas repeler barquichuelas de juguete con balas de goma causando la muerte de inmigrantes. Obviamente, tampoco funcionaba ahí ese Estado transnacional que pudiera haberse hecho cargo de esas personas (sin ápice alguno de ironía, podemos afirmar que no habría ocurrido lo mismo de ser bancos con problemas, líneas aéreas deficitarias o ejecutivos de multinacionales). Como los niños de la calle de Colombia –de toda América Latina, de toda África, de buena parte de Asia–, son desechables, y su ausencia de capacidad de compra los invalida como seres humanos. Uno de los grandes dramas de la actualidad es que dos tercios de los seres humanos no son necesarios para el sistema ni como productores –no hace falta su trabajo– ni como consumidores –no tienen capacidad adquisitiva[7].

Las nuevas realidades que trae consigo la globalización, una de cuyas expresiones es la emigración (a menudo causada por guerras), lleva a la obligatoriedad de incorporar la variable global en los análisis nacionales. Siendo cierto que nunca los Estados nacionales han podido ser comprendidos sin la relación con el sistema internacional, es hoy aún más veraz que «la asunción de que uno puede comprender la naturaleza y las posibilidades de una comunidad política con la simple referencia a las estructuras nacionales y con los mecanismos del poder político es claramente anacrónica»[8].

La teoría liberal clásica del Estado (Jellinek, Heller, Weber), asentada sobre la base del territorio, la población y la soberanía, es hoy claramente insuficiente. El sistema internacional, nacido en 1648, tras la Paz de Westfalia (y que se basaba en el supuesto reconocimiento mutuo de las fronteras y de la jurisdicción sobre ellas), se está reconfigurando hasta cambiar su fisonomía, mecido por los vientos de los intereses particulares y también por las presiones igualitarias de los pueblos, empujado por un desarrollo tecnológico que parece poderlo todo y también por la pequeñez del ser humano que se manifiesta contundentemente en las catástrofes climáticas y en la fragilidad cotidiana de la vida, oscilando entre el optimismo de la idea de progreso y el pesimismo de los desastres acumulados. Entre esos huracanes y maremotos, vientos favorables y galernas peligrosas, y en ausencia de una carta de navegación fiable, se mecen los Estados, en un vaivén incierto, en el mar crispado del recién surcado siglo XXI.

[1] David Held y Anthony McGrew (eds.), The Global Transformations Reader, Cambridge, Polity Press, 2000.

[2] Por eso firmes defensores del capitalismo como Joseph Stiglitz, Jeremy Rifkin, John Gray o George Soros se mostraron no menos firmes opositores de la lógica de la



globalización e, incluso, de las medidas supuestamente keynesianas de la administración Obama. Curiosamente, el discurso proteccionista de Donald Trump parecía escuchar algunas de esas quejas. Pero pronto se vio que el presidente multimillonario no iba a cumplir buena parte de sus promesas.

[3] Martin Shaw, como vimos, ha presentado la existencia de un «Estado global occidental», que definiría las reglas de juego de la globalización. Robinson ha dado un paso más allá en una dirección crítica. Para este, el desarrollo de un potencial Estado transnacional –una organización tipo Estado que opera por encima de las fronteras nacionales– va de la mano de una clase capitalista transnacional –que impulsa ese Estado que refleja y articula sus intereses–. Véase Martin Shaw, Theory of the Global-State, Cambridge, Cambridge University Press, 2000. Igualmente, William Robinson, A Theory of Global Capitalism. Production, Class, and State in a Transnacional World, Baltimore, John Hopkins University Press, 2004.

[4] Boaventura de Sousa Santos, El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política, Madrid, Trotta, 2005.

[5] Ulrich Beck, ¿Qué es la globalización?, Barcelona, Paidós, 1998. Otros autores han llamado mundialización a la generalización de patrones culturales, globalización a los aspectos económicos, y universalización o cosmopolitismo a los políticos. Para evitar confusiones y, sobre todo, para no hacer análisis parciales que hagan caer en el error de que hay globalizaciones aisladas del resto del comportamiento social, preferimos hablar de globalización económica, cultural, política, etcétera.

[6] Nadia Yassin afirmaba al respecto de esta manifestación: «No tenemos confianza en nada que haya sido apadrinado por las instituciones internacionales y mucho menos cuando esas tesis están siendo adoptadas por la monarquía marroquí para revestirse de una pátina de modernidad e igualdad ficticias […] Mientras las gentes se entretienen en la disputa entre hombres y mujeres por quién se lleva la peor parte de la pobreza, las multinacionales se instalan en Marruecos y comparten con las fortunas locales la gestión de los grandes contratos y las inversiones, perpetuando uno de los regímenes más corruptos del mundo árabe». Véase «Fieles y traidoras», en Pepa Roma, Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales y alternativos, Barcelona, Grijalbo, 2001, pp. 109-116.

[7] Cabe señalar alguna salvedad, como el turismo sexual que practican, principalmente, los países del Norte. Los contactos sexuales con niños y niñas, duramente perseguidos dentro de los países desarrollados, gozan de grandes facilidades en los países del Sur gracias a la falta de impedimentos de las autoridades (o a su facilitación al estar muy ligado al turismo), a la labor de las agencias de viajes especializadas en esta peculiar forma de conocer otros países y, principalmente, a los problemas económicos de las familias que impulsan o toleran esos comportamientos.

[8] David Held, La democracia y el orden global, Barcelona, Paidós, 1997, p. 400.

CAPÍTULO VII

Vaivenes del Estado entre la complejidad y la globalización

Yan Chu, llorando en la encrucijada, decía: «¿No es aquí donde das medio paso en falso y te despiertas a mil leguas de distancia?».

Proverbio tradicional chino

Las sociedades se han vuelto más complejas, es decir, lo que antes se entendía como un conjunto de personas encuadrables en grandes relatos –la condición laboral, la nacionalidad, la ideología, la religión– ahora se ha disgregado en fragmentos especializados que pugnan por convertirse en estructuras autorreferenciadas con una lógica propia y difícilmente comunicables entre sí: identidades étnicas, preferencias sexuales, especialización profesional, opciones religiosas particularizadas, grupos reducidos de acción política o social, niveles narcisistas de consumo que buscan enaltecer la diferencia, grupos cerrados autoidentificados, desagregación de las opiniones políticas, seguidores agrupados en torno a figuras del ocio, el deporte o la cultura, consumidores de productos audiovisuales y, como discurso general, una exaltación del individualismo. Esta fragmentación compleja complica la gestión administrativa, que tiene que dar respuesta particular allí donde antes le servían soluciones más generales. De ahí que con frecuencia se confundan ambos conceptos que, sin embargo, refieren realidades muy diferentes. Donde antes bastaba una ventanilla administrativa para gestionar cada asunto público, ahora son necesarias tantas ventanillas como ciudadanos reclaman su gestión particular. El matrimonio es un ejemplo claro de esto. Antes, para formalizar un matrimonio, hacían falta un hombre y una mujer heterosexuales, quizá un cura y una única ventanilla de la administración (es decir, un único procedimiento). Hoy, en un matrimonio se juntan (es el caso de España y de otros países avanzados al respecto) dos seres humanos de la condición que sea y, por tanto, con tantas ventanillas como tipos de unión se quieran registrar. En una sociedad compleja en sus relaciones sexuales, lo democrático es complejizar –abrir más ventanillas– mientras que lo reaccionario es simplificar. Y, evidentemente, el mayor número de ventanillas complica la gestión administrativa al tiempo que aumenta la densidad democrática.

Es igualmente importante reseñar las transformaciones motivadas por los fenómenos de la globalización distinguiéndolos de aquellos referidos al desarrollo de la complejidad, de este incremento de la diferenciación y especialización social e institucional. Es de gran utilidad distinguir entre estos conceptos, pues desarrollos sociales como el feminismo, la descentralización administrativa o el surgimiento de los nuevos movimientos sociales a menudo quedan enmascarados o relegados en el discurso de la globalización, mientras que cobrarían preeminencia desde un análisis de la complejidad. La globalización no puede convertirse en una palabra comodín que lo explique todo, a riesgo de vaciarse de contenido analítico (si todo es globalización, no podemos saber qué es la globalización).

Frente a esta fragmentación, las nuevas formas de democracia enfrentan un reto descomunal. El hombre nuevo solo puede ser el hombre viejo en nuevas circunstancias. Solo cambiando las condiciones sociales, cambia el comportamiento del ser humano. Eso es lo que reconocemos como un «cambio de la persona». Las estructuras neoliberales devastaron las últimas redes sociales, que, además, coinciden con un éxodo del campo a la ciudad, con la correspondiente proletarización del desarraigo. Por eso, para la construcción de las alternativas, es necesario identificar los nuevos valores:

LA EVOLUCIÓN DE LOS VALORES DESPUÉS DEL NEOLIBERALISMO

Capitalismo liberal	Socialismo
Patria (identificada con propietarios)	Internacionalismo
Bandera nacional	Bandera roja
Familia patriarcal	Derechos de la Mujer
Honor	Dignidad proletaria
Trabajo	Salario digno y derechos sociales



Trabajador como consumidor	Trabajador como héroe
Comunidad (dividida en clases)	Partido y sindicato
Persona	Colectivismo
Frugalidad	Suficiencia
Función social de la propiedad privada (responsabilidad social de la empresa)	Socialismo (como solidaridad y abolición de la prop
Productivismo	Productivismo
Estatista y autoritario para garantizar la tasa de ganancia	Estatista y autoritario para la acumulación socialist
Orientación mítica hacia el futuro	Orientación mítica hacia el pasado

Como apuntábamos más arriba, entender el Estado ha sido un reto mal resuelto en las ciencias sociales. Por un lado, por su condición múltiple y cambiante, dotado de mil esquinas que adquieren formas diferentes según el lugar y el momento histórico; se mantiene la palabra, pero el contenido –el fenómeno– es tan variable como la realidad histórica que hay detrás. Por otro, debido a que la propia tarea de comprensión ha estado llena de defectos y errores de partida que terminan por embrollar la imagen de la realidad. Si los conceptos debieran servir para ordenar la realidad, vemos aquí que, cual calamar constantemente amenazado, la tinta y el emborronamiento son parte inherente a sus análisis. En términos generales, en esa confusión encontramos las diferentes ideologías: al liberalismo, atribuyendo al Estado una pluralidad que solo ha existido en sus discursos; al neoliberalismo, haciendo del Estado la palanca que dirija la búsqueda del beneficio empresarial y defienda la propiedad privada por encima de los derechos humanos; por su parte, vemos a la derecha justificando el papel del Estado como aparato de clase –proponiendo uno que premie la competencia, castigue el fracaso y reprima la queja–, al tiempo que lo cosifica y niega su condición de instrumento de dominación; tenemos a la izquierda, especialmente la marxista, zanjando la discusión sobre el Estado, mientras decreta la necesidad de darle el empujón definitivo que adelante su ruina para que empiece una fase luminosa de la humanidad (aunque se deja en la oscuridad qué pasaría el día siguiente); en otro lado, la socialdemocracia, convencida de su capacidad para domar el monstruo salido del fondo del mar, aunque tomándose con calma la represión ejercida por el Leviatán y engrasando mientras tanto los engranajes de su reconversión neoliberal y su función de Estado al servicio de la competitividad internacional. Y sin olvidar al anarquismo de uno u otro signo que, por diferentes razones y con diferentes métodos, solo quiere dinamitar esa casa del mal.

Por eso, y al igual que con tantos conceptos de la ciencia social, en los inicios del siglo XXI convenimos en que, para empezar a pensar una realidad, hay que comenzar por despensar las palabras[1]. Entre los muchos errores, quizá el principal ha sido olvidar que la realidad es un todo trabado que solo se separa por razones analíticas (de hecho, como veíamos, ana-lisis significa des-anudar). Estado, sociedad, individuo, clase, intelectual, centro o periferia son categorías que, con demasiada frecuencia, nos hacen olvidar que la realidad que quieren referir en ningún caso existe aisladamente. Todas influyen en todas, y la pregunta acerca de quién determina a quién suele escaparse por los mismos derroteros que la pregunta histórica acerca del huevo y la gallina o el sexo de los ángeles: debates para ociosos que no merecerían la pena si no fuera porque en su nombre, y tras aislar alguno de ellos, se toman luego decisiones políticas que, al no encajar con lo real, violentan el cuerpo social (sea absolutizando al Estado o al individuo, ignorando que no hay centro sin periferia, creyendo que una parte puede representar al todo o cualquier otra locura sancionada por intelectuales colgados de una nube o pensadores paniaguados).

Los Estados reflejan sociedades y las sociedades se dejan influir por los Estados. No existe ninguna sociedad sin política (desde hace dos siglos y para el ámbito occidental, podemos decir sin Estado) y, obviamente, no puede existir un Estado sin sociedad (más allá de esos mundos virtuales que son los paraísos fiscales, Estados solo desde un punto de vista jurídico). De la misma manera, tampoco los intelectuales están suspendidos del cielo ni los empresarios, más allá de metáforas, son entes etéreos; tampoco los individuos pueden pensarse al margen de su biografía concreta, su tiempo y su lugar. Y no es posible entender las clases sociales fuera de sus contextos históricos ni del contexto de quien usa esa categoría para intentar explicar algo.

Pero el pensamiento moderno burgués ha sido fragmentador y, al igual que con otras ficciones –por ejemplo, afirmar, como se hizo en los orígenes del parlamentarismo, que los varones propietarios representaban a toda la nación–, tomó recurrentemente la parte por el todo en las ciencias y construyó una razón que, al tiempo que podaba partes importantes de la realidad, se presentaba como el paradigma por excelencia de la ciencia y de la razón. Solo desde sus laboratorios se podía decir qué era razón y qué era irracionalismo, lo que merecía el adjetivo de científico o de acientífico, lo cual implicaba conceptos explicativos y mera ideología. Un eurocentrismo de varones, blancos, cristianos y ricos que, en expresión de Santos, se impuso en los últimos siglos por todo el globo a fuerza de crear epistemicidios[2].

Al igual que en demasiados manuales aparece escrito que Maquiavelo inventó el Estado moderno –cuando lo único que hizo fue recoger el uso que se le daba en la Florencia de su época–, existen conceptos en la ciencia política que, con excesiva frecuencia, no tienen más referencia de la realidad que la ensoñación de quien los usa. Cuando se define al Estado, la honestidad intelectual debiera buscar que ese entramado de instituciones, personas, roles, etc., que centra el poder político en un territorio concreto pueda aprehenderse en la definición de Estado recogida en el concepto. Pero un somero repaso nos aleja de esta idea. Nos encontramos con analistas poco cuidadosos que entienden el Estado solamente como una estructura o una institución encadenada a sus propios mecanismos burocráticos; otros, por su parte, lo explican como un actor con entidad propia que obedece solo a su voluntad e intereses (un agente político según la terminología social); aquellos otros, como un reflejo mecánico de los conflictos sociales; estos de aquí, como la articulación plural de los intereses colectivos; los de más allá, equiparando Estado con gobierno; los de más acá, afirmando que el Estado es pura violencia; otros diferentes, defendiendo que es la eticidad pura donde se solventan los conflictos sociales…

Pero la realidad suele ser más compleja que los conceptos. Por eso recordaba Marx que las categorías eran también históricas. Por eso Weber se acercó a esto mismo al llamar a las categorías tipos ideales, aunque alejándolos de esa vinculación real que se pretendía en el marxismo. El Estado puede ser todo eso, aunque también más y también menos, tomando su forma concreta de aspectos temporales difícilmente predecibles. Aquí entra la teoría como una necesidad. La información que lanza el Estado es contradictoria: el Estado de bienestar sueco, con altas prestaciones y altas tasas impositivas financiadas con imposiciones universales; el Estado norteamericano, que al tiempo que carece de seguridad social para todos sus ciudadanos puede organizar en semanas la invasión de un país; los Estados subsaharianos, los cuales no reconocen a sus ciudadanos que emigran a Europa; el Estado venezolano, que lo mismo puede recuperar la riqueza petrolera y redistribuirla a través de políticas públicas participativas –las misiones– como –en tiempos de la IV República– repartirla entre algunos miles de familias; el Estado argentino, que malvendió bajo Menem el país a las multinacionales; el Estado de Liechtenstein, que funciona como un paraíso fiscal; el Estado alemán, organizado sobre el acuerdo corporativo entre el gobierno, los trabajadores y los empresarios… De ahí que sea necesario contar con una teoría que nos permita ordenarlo. Hablar de globalización, insistimos una vez más, exige una teoría del Estado en la globalización.

Una teoría que, necesariamente, nos podrá señalar tendencias generales, pero que tendrá que afirmar que el resultado final depende de demasiadas variables, muchas de ellas impredecibles, y que, por tanto, renunciará a afirmaciones deterministas. Se podrá defender un análisis según el cual la burguesía, necesariamente, intentará apoderarse del Estado como un recurso al servicio de su proceso de acumulación (¿quiénes configuran esa burguesía supuestamente unificada?); se podrá argumentar que, en esa búsqueda, la burguesía puede fraccionarse en diferentes grupos con intereses incluso contrapuestos; se podrá entender que la población movilizada sea capaz de derribar gobierno tras gobierno porque el control del Estado no sirve para responder a sus peticiones; se podrá defender que, cuando cesan las movilizaciones sociales, la probabilidad de que regresen grupos políticos y comportamientos anteriores es muy alta, y así hasta



el infinito. En definitiva, pueden hacerse afirmaciones acordes con las lógicas de poder que se definan, con tendencias ancladas en la observación del comportamiento de cada país y en el acumulado teórico disponible, pero cualquier predicción no podrá tener más valor que el probabilístico. El futuro, hay que insistir en esto, no está escrito. Una reivindicación de la política en la globalización implica asumir que será el conflicto social la variable –igualmente dependiente– que perfilará el tipo de sociedad en la que se viva. Sin olvidar la condición selectiva del Estado y la tendencia histórica que carga cada desarrollo estatal en virtud de su historia, esto es, lo que se entiende como «dependencia de la trayectoria» (path dependence).

La centralidad que en la ciencia política ha tenido el Estado se debe a que le corresponde a esta institución, como organismo centralizador, intentar que todas las piezas de una sociedad dada encajen en última instancia según la lógica dominante. Lo que no termine de solventar el autocontrol, las sanciones sociales, el mercado, la ideología, la socialización, el adoctrinamiento, la rutina, al final es coadyuvado por el Estado a través de recompensas y castigos, de la aplicación de leyes, de las sanciones económicas, del manejo de los discursos, de la aplicación de tecnologías sociales, de la descalificación de las alternativas o fragmentación de la oposición, y, en última instancia, del uso de la violencia legitimada. Si el Estado tiene la pretensión de ser el garante último del sistema, sea cual sea este (y nótese que hablamos de una pretensión, no de un hecho cierto), es porque se trata de una estructura que está concebida para mantener esa forma de dominación, esa estructura de obediencia social. De ahí que, en sociedades capitalistas, el Estado sea, como planteó Marx, el que, en última instancia y como tendencia, defienda los intereses conjuntos de la burguesía (contando con que los burgueses son intercambiables unos por otros en ese papel dirigente excepcional). Por un lado, está, como hemos dicho, la selectividad estratégica que forma parte de su lógica estructural; por otro, la burguesía es hegemónica socialmente, más allá incluso de las peleas entre los grupos de poder por conseguir mayores cuotas de mercado o de los conflictos internos que existan entre las diferentes fracciones de la clase dominante. Coca-Cola es la enemiga de la Pepsi-Cola siempre y cuando no aparezca un enemigo mayor –por ejemplo, tensiones laborales que exijan la cogestión en las empresas–, momento en donde, si ellas mismas no se alían para luchar contra el mundo del trabajo, el aparato de Estado capitalista valorará qué decisión toma para garantizar el sistema para cuya lógica trabaja, o mutará para incorporar una nueva. Aparece una vez más la lógica que marca una minoría consistente con capacidad de expresar un discurso hegemónico y hacerlo valer. Aunque, si damos una vuelta más, vemos que esto no es sino una tautología, un argumento casi circular. Si el Estado es un decantado de la sociedad, a una sociedad históricamente capitalista le corresponderá un Estado capitalista. Aumenten en una sociedad los componentes socialistas –o democráticos o feministas o islamistas– y el Estado, pese a su trayectoria y la rutina anclada en sus estructuras, terminará por adaptarse a esa nueva sociedad y convertirse en un Estado socialista, democrático, feminista o islámico[3].

Leyes, ejércitos, policías, derechos de propiedad, escolarización, instituciones universitarias, presidios, contactos exteriores, iglesias, medios de comunicación, modelos de familia, partidos políticos, asociaciones intermedias, tipos de ocio, responsabilidades morales son todos ladrillos que apuntalan el modelo de sociedad que refleja el Estado y que este sostendrá, como institución que se alimenta de la lógica con la que la sociedad lo ha amamantado, cuando la noche caiga y los ciudadanos duerman.

[1] Immanuel Wallerstein, Unthinking Social Science, Filadelfia, Temple University Press. 2001 [ed. cast.: Impensar las ciencias sociales, México, Siglo XXI, 2003].

[2] Boaventura de Sousa Santos, Crítica de la razón indolente, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2003.

[3] Cuenta la profesor judía Eva Illouz cómo fue desde el Estado que se terminaría acabando con la cultura laica y socialista que expresó inicialmente Israel en su fundación. La clave fue el abandono por parte del Mapai, el partido mayoritario de la izquierda, de los judíos provenientes del mundo árabe (los mizrajíes, pobres, considerados inferiores pero, curiosamente, con una religiosidad inicial más «moderna y modernizadora»). El Mapai, con prejuicios europeístas, dio su apoyo a los askenazíes, de origen europeo, de clase media y de una religiosidad, sin embargo, ultraortodoxa. Fueron los askenazíes los que impregnaron de fundamentalismo el Estado, despreciando «la religiosidad mucho más progresista y moderna de los mizrajíes». Cuando Ménajem Beguín, desde la derecha, ofreció a los mizrajíes equipararse a los askenazíes, aquellos empezaron a contaminarse desde lo público de fundamentalismo, aún más cuando su partido, el Shas, pasó a ocuparse con frecuencia del Ministerio de Interior y del de Asuntos Religiosos. Al final, el particularismo nacional y religioso fue convirtiéndose en una seña de identidad de los excluidos, alentada por el hecho de que el Shas era la única formación que creo una red amplia de organizaciones de caridad que impartía religión al tiempo que atendía a los niños. Véase «De la paradoja de la liberación a la extinción de la ética liberal», en VVAA, El gran retroceso, Barcelona, Seix Barral, 2017, pp. 12 y ss.

CAPÍTULO VIII

Tantos procesos de globalización y tan distintos

Zeig' deine Wunde, decía una consigna alemana de los años setenta/ochenta. Muestra tu herida.

Jorge Riechmann

Se necesita una educación pública que no regale todo el patrimonio emocional al demagogo.

Andrea Carandini

Una vez más en la historia de la humanidad, esta vez de manera real y completa, la Tierra ha dejado de ser plana. Una vez más los bárbaros han llegado a las puertas de Roma. Y, una vez más, los bárbaros también somos nosotros.

Göran Therborn ha identificado cinco olas globalizadoras a lo largo de la historia[1]. Estas oleadas han sido seguidas en algunos casos de olas desglobalizadoras, si bien no puede presentarse ningún tipo de evidencia cíclica al respecto que permita establecer alguna evidencia pendular. Sobre la base de esa tipología, podemos señalar las siguientes globalizaciones:

1) la difusión de las religiones mundiales (cristianismo, hinduismo e islamismo), con un momento crucial entre los siglos III y VII de nuestra era;

2) la conquista colonial europea iniciada en 1492, caracterizada por el comercio de especias, el saqueo, la extracción de metales preciosos y las plantaciones de esclavos, así como la desarticulación de los continentes americano y africano;

3) la generalización de la imprenta y las primeras guerras globales originadas en los conflictos de poder intraeuropeos (entre los siglos XVII y XVIII);

4) el momento álgido del imperialismo europeo, que abarca desde la segunda mitad del XVIII hasta 1918, caracterizado por el incremento del comercio, las grandes migraciones transoceánicas, las nuevas posibilidades de transporte y comunicación, el poder de las cañoneras y el patrón oro;

5) las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, especialmente la guerra fría, que globalizaron ideológicamente el mundo obligando a todos los países a posicionarse respecto de los dos grandes bloques también en lo económico y militar (algo que afectaba



incluso a los no alineados); a esto habría que añadir la generalización de un peligro global ligado al uso de la bomba atómica, así como la generalización del deterioro ecológico;

6) a partir de finales de los años setenta, con la ruptura del sistema de Bretton Woods –fechada en 1973–, se da una globalización financiera y también cultural –para justificar el nuevo modelo– que coincide con el fracaso de los desarrollismos latinoamericanos, el hundimiento de la URSS (con la consiguiente crisis general de la ideología de izquierda, de la que no se libraron ni los críticos del totalitarismo soviético) y la hegemonía neoliberal (de ahí que sus rasgos sean la desregulación, la abolición de los controles estatales, las privatizaciones, la flexibilización laboral, etc.). Ahora se registra una migración diferente a la de la cuarta ola, llegando a Europa occidental y a Estados Unidos población proveniente de África, Asia, Europa del Este y América Latina que transforma el panorama cultural existente hasta la fecha. Además, se constata la existencia de medios de comunicación que tienen realmente un alcance global (en inglés o en traducciones del mismo discurso) y que transmiten en tiempo real vía satélite, al igual que el surgimiento desde el campo militar de un medio revolucionario, internet, que todavía no ha desarrollado sus potencialidades y que será, con alta probabilidad, un lugar de conflicto de los derechos de ciudadanía[2].

Al igual que en el siglo XVI aquella globalización acabó con el mito del finis terrae, el actual mito de la globalización –más todos los cambios reales coetáneos a esa transformación–, se han lanzado a la desenfrenada desintegración del espacio y el tiempo. Del espacio, al hacerlo todo uno, forzando a la eliminación real o simbólica de fronteras. Del tiempo, al acortarlo hasta permitir a una elite, como aprendices de dioses, a vivir simultáneamente en muchas partes a la vez, en un nuevo tiempo que desafía la realidad física de los seres humanos. Ahora bien, el salto a las justificaciones acerca del fin de los Estados nacionales es, como hemos apuntado, más ideológico que científico. Las justificaciones suelen configurar un discurso analítico que termina por transformarse en una excusa neoliberal para evidenciar el fin de la regulación política redistribuidora y su sustitución por la regulación desreguladora mercantil, según la utopía del viejo liberalismo de un mercado mundial autorregulado o atendido solo estatalmente con motivo de sus fallos una vez que se hayan producido.

La globalización no puede zanjarse, como hacen algunas escuelas, planteando su existencia como un mero mito en el que no es posible identificar novedad alguna, tratándose simplemente de un fantasma que enmascara una dominación secular. Más allá de las meridianas transformaciones económicas y tecnológicas, es obvio que una reflexión sobre el Estado, a comienzos del siglo XXI, no puede ignorar las transformaciones políticas telúricas de la última década del siglo XX: revolución informática y comunicacional; hundimiento de la URSS; aceleración de los procesos de transnacionalización y de creación de bloques regionales políticos y económicos; auge de los nacionalismos y de las identidades excluyentes; aumento de la descentralización administrativa; quiebra del mundo árabe y crecimiento del islamismo radical; hegemonía económica del neoliberalismo; crisis de la deuda en los países del tercer mundo; incremento de las desigualdades económicas entre el Norte y el Sur; polarización de la riqueza en la práctica totalidad de las naciones tanto desarrolladas como en vías de desarrollo; transformaciones en el mundo familiar vinculadas al nuevo papel laboral de las mujeres; y, como correlato de esto último, la transformación de los clásicos conflictos entre Estados en conflictos internos en forma de guerras civiles («la paz de los Estados y la guerra de las sociedades», en expresión de Hassner).

Pero las comparaciones con otras etapas de la historia del mundo carecen de rigor científico, pues se están comparando magnitudes que no son homogéneas, siquiera fuera porque el sustrato físico, el planeta Tierra, no es el mismo y las diferencias cualitativas quedan enmascaradas en los porcentajes estadísticos. En 1900 había en el mundo 1.650 millones de seres humanos; en la segunda década del siglo XXI ya somos 7.350 millones. El incremento en las cantidades de óxidos de nitrógeno y de carbono emitidas a la atmósfera se ha disparado en los últimos treinta años. ¿Sobre qué base, pues, hacer las comparaciones? Como en otros momentos de la historia del capitalismo, los incrementos cuantitativos terminan operando cambios cualitativos. Atendiendo a esta limitación del comparativismo, podemos afirmar que la novedad de la globalización se constata en los siguientes campos[3]:

1) Comunicación: transporte aéreo, telecomunicaciones, medios de masas electrónicos (internet), publicaciones globales.

2) Mercados: productos globales, estrategias mundiales de venta; fijación global de precios; negociaciones financieras sobre producción global futura que condicionan a los mercados.

3) Producción y distribución: cadenas de producción de carácter mundial, búsqueda mundial de insumos; redes mundiales de distribución; normas de calidad globales.

4) Dinero: monedas globales, tarjetas bancarias y de crédito conectadas a redes globales, liquidez digital.

5) Finanzas: mercados globales de intercambio, bancos globales, comercio mundial de bonos, acciones globales, mercados de derivados globales, negocios globales de seguros.

6) Derecho: incremento de la legislación internacional; aumento de la obligatoriedad nacional de cumplir con las leyes y reglas mundiales; incremento de la capacidad de sanción global ante incumplimientos en la adopción de las leyes internacionales.

7) Organizaciones: agencias globales de gobierno, compañías globales, alianzas estratégicas corporativas globales, asociaciones civiles globales; redes científicas mundiales; integraciones regionales referidas globalmente.

8) Ecología social: atmósfera global (cambio climático, agujero de ozono, lluvia ácida y peligro radiactivo), bioesfera global (pérdida de diversidad biológica, deforestación), hidrosfera global (subida del nivel del mar, contaminación marina, reducción del agua dulce), geoesfera global (desertificación, pérdida de superficie cultivable).

9) Conciencia: medios de comunicación globales; comercialización global de productos audiovisuales; concepción del mundo como un lugar único, símbolos globales, acontecimientos globales, solidaridad global, pensamiento particular referenciado en términos globales.

10) Amenazas y retos: construcción de un enemigo global (el terrorismo); alianzas militares supranacionales; invasiones militares legitimadas por organismos supranacionales; presencia de mafias y redes de delincuencia global. Proliferación de armamento nuclear; emigraciones masivas motivadas por la desesperación y la polarización económica, alentadas y posibilitadas tecnológicamente (mayor información y



mejores medios de transporte). Terrorismo global sofisticado (drones) y sin cualificar (terrorismo yihadista).

Esta universalización cualitativa de espacios invalida, por tanto, la afirmación según la cual la globalización no supone nada nuevo, argumento que se defiende apuntando que la internacionalización es un proceso consustancial con el sistema capitalista (el capitalismo siempre fue un sistema de vocación mundial), o comparando flujos de capital y mercancías con los de hace cien años. Si bien es cierto que la internacionalización (podemos decir: el imperialismo) está inscrita en el núcleo del sistema capitalista, la cantidad de los flujos sociales de intercambio y la cualidad de los cambios, que afectan directamente a cuestiones de soberanía y de identidad, hacen perfectamente legítimo hablar de la globalización como una fase diferente dentro del desarrollo capitalista, algo aún más obvio si se considera, como hemos apuntado, la formación internacional de precios o el progresivo desgaste medioambiental del planeta[4]. La magia de Marx y Engels en el Manifiesto comunista, escrito en 1848, parece un editorial del Financial Times de esta misma semana[5]:

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. […] Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no solo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y eso se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

LA GLOBALIZACIÓN COMO ILUSIÓN: TEORÍA DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO

Desde las teorías del capital monopolista, basadas en la idea de un Estado al servicio de un gran capital cada vez más concentrado (de ahí el adjetivo monopolista), la pérdida de soberanía en la actualidad no es sino una ilusión, un mito que distrae de lo importante: el incremento de la competencia entre los centros del capitalismo mundial. Lo único real del proceso de globalización sería: la competencia sin cuartel en la Triada –Japón, Estados Unidos y Europa–; la necesaria preocupación norteamericana ante el auge de China; y la agresividad estadounidense para mantener su hegemonía. Al respecto, afirma John Bellamy: «La soberanía de los Estados nacionales y el imperialismo de Estados Unidos no han desaparecido, sino que siguen existiendo en esta nueva fase de la globalización capitalista en una mezcla explosiva». Todo, camino de una inminente crisis definitiva. El problema no es que estas cosas no sean verdad, sino que, una vez más, se incurren en formas de mecanicismo (como ocurrió con el marxismo althusseriano en los años sesenta y setenta del siglo pasado). Por un lado, no se considera la capacidad del capitalismo para poner en marcha factores compensatorios de sus contradicciones (la inminente crisis del capitalismo ahorra muchas explicaciones).

Por otro, se ahorra igualmente un análisis más complejo que tiene que ir más allá de simplistas consideraciones de los Estados nacionales como desnudos aparatos de clase. Por último, la insistencia en la tendencia propia del capitalismo lleva a afirmar que no hay nada nuevo en la actual globalización, más allá de generar mayores contradicciones y crisis (estas se universalizarían).

Las teorías del capitalismo monopolista ayudan a entender la condición neoimperial de la globalización y la recurrencia del militarismo y el racismo en esas aventuras imperiales, si bien adolecen de cierto trazo grueso que impide ver los matices que explican la hegemonía neoliberal[1].

[1] Pueden consultarse los trabajos de Paul Sweezy, John Bellamy Foster, Peter Gozan, Henry Magdoff y Samir Amin en Neoimperialismo en la era de la globalización, Barcelona, Hacer editorial, 2004.

Equiparar sin más globalización y neoliberalismo lleva a perder mucha sutileza conceptual, si bien el hecho ya apuntado de que la internacionalización del capital financiero haya coincidido con un momento de repliegue de la izquierda política y ciudadana mundiales (con el momento álgido de la disolución del bloque soviético) ha situado al neoliberalismo en un lugar hegemónico en el pensamiento occidental y en el proceso de dirigir la globalización.



[1] Göran Therborn, «Globalizations. Dimensions, Historical Waves, Regional Effects, Normative Governance», International Sociology 2, 15 (2000).

[2] Desde el Pleistoceno Medio (hace medio millón de años), y con el homo heidelbergensis y su manipulación técnica de la madera para construir nuevos instrumentos de caza, queda manifiesto cómo el desarrollo tecnológico y su utilización transforman el resto de la organización social. Consúltese Eduald Carbonell y Robert Sala, Planeta humano, Barcelona, Planeta, 2000.

[3] Jan Aart Scholte, Globalization. A critical introduction, Nueva York, Palgrave, 2000, p. 55. He incorporado aquí nuevos rasgos y categorías.

[4] Elmar Altvater y Birgit Mahnkopf, Grenzen der Globalisierung, Münster, Westfälisches Dampfboot, 1997 [ed. cast.: Las limitaciones de la globalización. Economía, ecología y política de la globalización, México, Siglo XXI, 2002].

[5] Véase Karl Marx y Friedrich Engels, Manifiesto comunista, Madrid, Akal, 2004, pp. 25-27.

CAPÍTULO IX

Definir la globalización realmente existente: necesidad económica, voluntad política, capacidad tecnológica y desarrollo neoimperialista

[…] una utopía, el neoliberalismo, convertido así en programa político, una utopía que se imagina como la descripción científica de lo real […] pura ficción matemática basada en una abstracción formidable, que consiste en poner entre paréntesis las condiciones y las estructuras económicas y sociales que son la condición de su ejercicio.

Pierre Bourdieu, Contrafuegos.

No estamos contemplando el «fin de la historia», sino el «fin de la geografía».

Paul Virilio, La bomba informativa.

Hablar de globalización, como venimos sosteniendo, es interrogar acerca del papel de los Estados. No se nos escapa que generalizar el análisis político sobre la base de los Estados nacionales, y aun más, en su consideración de «Estado social y democrático de derecho», es un presupuesto con problemas. ¿Estamos ante un proyecto eurocéntrico o, al contrario, la generalización de esta forma de organización política lo valida como instrumento de análisis? ¿Hay espacio en ese marco para entender los proyectos políticos de todos los pueblos sin Estado? ¿Cómo dar cuenta de los espacios públicos no estatales creados por los movimientos sociales? ¿No es un tipo de análisis que termina por reificar –cosificar, otorgarle un rango del que carece– al Estado y subsumir en él toda la política? Contando con esta limitación y riesgo, el trabajar con el tipo ideal «Estado social y democrático de derecho» otorga un marco para interrogar acerca de las transformaciones de los conceptos políticos clave durante los últimos dos siglos: el propio de Estado, pero también el de poder, soberanía, fronteras, partido político, democracia, movimientos sociales, derechos humanos, etc. No es tiempo para pensar, como ocurrió durante prácticamente todo el siglo XX, que política y Estado son sinónimos, pues hay un ámbito creciente de espacio político que se desarrolla en los márgenes del Estado e, incluso, contra el Estado y más allá del Estado. Pero podemos seguir afirmando que lo político, en su vertiente más institucional y en la más movimentista, en la más abstracta y en la más concreta, en la más transformadora y en la más conservadora, sigue siendo, como decíamos al comienzo, un diálogo, más o menos pacífico, con el Estado.

Llamamos globalización al proceso de transterritorialización de los flujos sociales (económicos, jurídicos, políticos y culturales) que mayoritariamente tenían lugar durante los siglos XIX y XX dentro de las fronteras del Estado nacional. Esta movilidad de los flujos sociales ha afectado con mayor énfasis a los intercambios económicos, especialmente financieros, necesitados desde finales de los años sesenta de mercados más amplios para garantizar la reproducción del capital. Pero en modo alguno puede reducirse al campo



económico. Es más, en términos clarificadores deberíamos hablar de mundializaciones o globalizaciones (Appadurai, Santos), pues son múltiples los aspectos que ya no están limitados geográficamente[1]. Esta transterritorialización opera también cuando diferentes actores en diferentes lugares del mundo coordinan sus actividades de manera global (por ejemplo, cuando obtienen información en tiempo real o se buscan referencias con los precios mundiales de un producto que se va a vender solo localmente, o cuando se comparan desarrollos tecnológicos o científicos locales con los de otros lugares). Esta transformación social cuantitativa y cualitativa está impulsada por las necesidades económicas de acumulación capitalista –estrangulada en el modelo keynesiano–, la cual ha extendido su dominio por el resto de sistemas sociales contaminando con su lógica las demás lógicas (incluidas las que pertenecen al mundo de la vida y a la manera subjetiva con que los individuos se reconocen a sí mismos). Igualmente, la transterritorialización ha sido dirigida a través de decisiones políticas tanto en los países del Norte –impulsores– como en los países del Sur –receptores, pero con elites globalizadas que igualmente obtenían beneficio–; y detrás de estos cambios, posibilitándolos, existe un fuerte desarrollo tecnológico, en concreto, en los sectores de transportes y telecomunicaciones, sin los cuales su alcance sería otro muy diferente. Por último, no puede entenderse este proceso si no se incorpora el hecho de que ha tenido lugar en un momento de hegemonía de Estados Unidos, lo que le ha permitido influir mundialmente en todo el proceso y moldear esa estatalidad superadora del Estado nacional en virtud a los intereses de sus elites[2].

Por todo esto, no puede afirmarse que la globalización sea natural ni inevitable, ya que siempre hay detrás decisiones políticas (y resistencias), objetivos económicos (con contradicciones), nuevos discursos y maneras de entender la realidad que han transformado las realidades y sus representaciones[3]. Su desarrollo ha afectado de forma desigual a los diferentes países del mundo en virtud de su capacidad de beneficiarse o de defenderse de la porosidad de las fronteras, y también ha afectado desigualmente a los distintos grupos de población dentro de cada país. En este sentido, uno de los efectos de la globalización ha sido crear nuevas segmentaciones sociales que se habían superado con la intervención política de los mercados. Dentro de la clase dominante, la segmentación opera diferenciando entre una fracción de clase transnacionalizada (por lo general vinculada a las finanzas o a empresas transnacionales) y otra que sigue garantizando su acumulación en el ámbito nacional. En relación con el conjunto de la población, asentando sociedades en donde un cuarto de esta concentra grandes proporciones de la riqueza nacional al tiempo que una proporción relevante de la población, que oscila entre un cuarto y tres cuartos del total, vive en situaciones de pobreza[4].

Esta hegemonía del pensamiento neoliberal y de Estados Unidos en el proceso de globalización ha situado en la agenda politológica el estudio de las nuevas formas de poder global. Como plantea González Casanova, en una perspectiva crecientemente refrendada, «la globalización es un proceso de dominación y apropiación del mundo». La influencia norteamericana –esencial a la hora de trasladar las leyes y el modus operandi financiero estadounidense a las instancias supranacionales– y de las industrias culturales de ese país ha llevado incluso a muchos autores a considerar el proceso como una variante del imperialismo clásico, en este caso de impronta estadounidense. Además, desde análisis menos críticos con el papel de ese país, se entiende que «la globalización significa la universalización de los valores norteamericanos»[5]. Una matización a esta idea la encontramos en el trabajo de Negri y Hardt, Imperio, donde la globalización se presenta no como una forma nacional de dominio mundial ni como algo contingente, sino como

una globalización irreversible e implacable de los intercambios económicos y culturales. Junto al mercado global y los circuitos globales de producción surgieron un nuevo orden global, una lógica y una estructura de dominio nuevas: en suma, una nueva forma de soberanía. El imperio es el sujeto político que efectivamente regula estos intercambios globales, el poder soberano que gobierna el mundo[6].

Sin embargo, y especialmente tras las decisiones tomadas después del 11 de septiembre de 2001, muchos trabajos cuestionarían ese análisis donde el papel primordial estadounidense quedaba relegado. La tesis de Negri y Hardt es congruente con su análisis de la pérdida de sustrato territorial de la dominación capitalista, que ya no tendría asiento, se planteaba, en el Estado nación. Imperio –diferente del imperialismo ejercido por una potencia única– es una construcción donde cada país, grupo de capitalistas, organismos multilaterales, ejércitos supranacionales, empresas que operan en los mercados mundiales, productos energéticos que atraviesan países y océanos, esto es, el conjunto de actores que operan en el capitalismo, trazan una tupida red de relaciones cuyo resultado final es responsabilidad de todos. Pero, entonces, repárese, lo que es responsabilidad de todos también lo es de nadie.

Es válido en el análisis de Negri y Hardt llamar la atención sobre las responsabilidades autóctonas del capitalismo en cada país. El sistema mundo del que habla Wallerstein tiene una lógica mundialmente compartida y el recurso a las imputaciones exógenas exime de responsabilidades, pero también dificulta encontrar soluciones. Pero no parece que pueda sostenerse –es evidente desde una mirada latinoamericana– la ausencia de un «centro» imperial, la afirmación de que solo hay una mera diferencia «de grado» entre países como Brasil, India o Gran Bretaña, o que «Estados Unidos no constituye –y, en realidad, ningún Estado nacional puede hoy constituir– el centro de un proyecto imperialista»[7]. Aunque queda sin responder una pregunta: ¿qué necesidad hay de territorializar la dominación cuando los patrones tecnológicos, reglas comerciales, arbitrios jurídicos y protocolos de comportamiento globales son prácticamente idénticos a los estadounidenses, convertidos, en su desarrollo, en el modus operandi de las elites financieras de todo el mundo? Si en el siglo XX los golpes de Estado necesitaban bombardear el Palacio de la Moneda (Chile en 1973), en el siglo XXI es posible destituir a una presidenta desde un Parlamento corrupto sin necesidad de usar las armas (lo que pasó en Brasil con Dilma Rousseff). Si en el siglo XX la foto de la Wehrmacht derribando el puesto fronterizo con Polonia en 1939 era la referencia de conquista e invasión de un país, en 2015 bastaba una amenaza del ministro de Finanzas alemán al presidente Tsipras para poner de rodillas a Grecia, igualmente sin la necesidad de disparar un tiro.

Hay un consenso sobre Washington anterior al Consenso de Washington, y se relaciona con la influencia, devenida finalmente en consenso por parte del mundo occidental, de los parámetros norteamericanos –antes que los ofrecidos por los soviéticos– durante la segunda mitad del siglo XX. Es ahí donde se configura, finalmente, un bloque occidental internacionalizado, que si bien es pautado por Estados Unidos, opera con arreglos internos que no son simplemente dictados por el mencionado país[8]. Dicho de otro modo, si bien las reglas provienen de las necesidades iniciales del capitalismo norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial, hay una competencia mundial en donde se dirime qué fracción de la elite –que estará localizada en un país, será una alianza o carecerá de referencia territorial, como ocurre de manera creciente con el capital financiero– alcanza el



éxito y se apunta el tanto dentro de esas reglas compartidas. Dependiendo del lugar de poder que se ocupe, las elites tendrán una mayor o menor posibilidad de utilizar la palanca del Estado nacional para usarlo en su favor eliminando o debilitando la competencia de otras elites. La fracción capitalista dominante en Estados Unidos está totalmente integrada en el gobierno desde hace varias administraciones, si bien fue con George W. Bush con quien más claramente empezó a verse esa relación hasta niveles obscenos. La elección del equipo económico del primer gobierno de Barack Obama, compuesto por parte de los principales responsables de la catástrofe de Wall Street, vendría a demostrar que la fuerza del mundo financiero está por encima tanto de las promesas electorales como de la capacidad de asombro de los electores norteamericanos. La entrada finalmente de un multimillonario como Donald Trump, apoyado por sectores muy concretos de la economía norteamericana, marcó el comienzo de una nueva etapa en que la supeditación de la política a la economía prescindía de cualquier maquillaje.

Estas diferentes capacidades para poner el aparato estatal al servicio de intereses concretos es lo que explica las diferencias en torno al desmantelamiento del bienestar, al desarrollo de la corrupción, al cumplimiento del Protocolo de Kioto, la asunción del Tribunal Penal Internacional, el desarrollo de la OMC o las intervenciones militares. En los países europeos, las elites globalizadas, cuyo consenso entre ellas finaliza donde termina la definición de las grandes reglas del negocio y las políticas frente al mundo del trabajo, tienen que negociar con una sociedad con mayores anticuerpos frente a los intereses del capital. Por otro lado, en el mundo de la globalización neoliberal y el paso de los Estados de Welfare (que proporcionan bienestar) a los de Workfare (que ponen al mundo del trabajo a los pies del capital), los gobiernos de cualquier parte del mundo saben que frenar a sus elites económicas supone reforzar las elites de otros países. Esa lógica, inscrita en la forma en que el capitalismo se reconstituyó a partir de mediados de los años setenta, es la que ha ayudado a desmantelar los regímenes del bienestar, pues, por un lado, las vinculaciones de las economías nacionales con la economía internacional son difíciles de quebrar y, por otro, la ausencia de una confrontación social exitosa ha dejado vía libre a la imposición de los intereses del capital. De cualquier manera –lo que a su vez demuestra que quien hace las reglas obtiene el principal beneficio de ellas–, la confrontación de Europa con las posiciones norteamericanas no ha tenido mucho éxito en ninguno de esos ámbitos[9].

La configuración de este bloque la vio con claridad Susan Strange (adelantándose a la caracterización de Hardt y Negri):

Lo que está emergiendo, por tanto, es un imperio no territorial cuya capital imperial está en Washington. Mientras que las capitales imperiales acostumbraban a atraer a cortesanos de las provincias exteriores, Washington atrae a gente al servicio de las empresas exteriores, a grupos minoritarios exteriores, y a grupos de presión organizados globalmente […]. Como en Roma, la ciudadanía no se ve limitada a una raza superior, y el imperio contiene una mezcla de ciudadanos con todos los derechos legales y políticos, semiciudadanos y no ciudadanos, como la población esclava de Roma. Muchos de los semiciudadanos pasean por las calles de Río, Bonn, Londres o Madrid, y se cruzan con la multitud de no ciudadanos; nadie puede distinguirlos por su color, raza o vestido. Los semiciudadanos del imperio son muchos y están por todas partes. Viven en su mayoría en las grandes ciudades del mundo no comunista. Entre ellos hay muchos empleados de las

grandes corporaciones transnacionales que operan en la estructura de producción transnacional, y sirven, como todos ellos saben muy bien, a un mercado global. También hay que incluir a los empleados de los bancos transnacionales, y con frecuencia a miembros de las fuerzas armadas «nacionales», los que reciben entrenamiento y armas y dependen de las fuerzas armadas de Estados Unidos, así como a muchos profesionales de la medicina o de las ciencias naturales y sociales, gestores y economistas, que consideran las asociaciones profesionales y las universidades norteamericanas como el grupo de colegas ante el que tienen que brillar y hacer méritos. Está también la gente de la prensa y otros medios de comunicación, a los que la tecnología y el ejemplo de Estados Unidos han mostrado el camino a seguir, alterando sus organizaciones e instituciones establecidas[10].

EL RÉGIMEN ECONÓMICO Y POLÍTICO DE BRETTON WOODS

El modelo de Bretton Woods nace cuando aún no había terminado la Segunda Guerra Mundial, en 1944. A través del impulso de Estados Unidos y Gran Bretaña, se convocó en este balneario de New Hampshire (EEUU) a 44 países para analizar las causas de la guerra y pensar económicamente la posguerra. Aunque el grueso de lo que después se firmaría había sido acordado previamente por Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá –como potencias industriales en situación de dominio–, la puesta en escena era importante para disciplinar el maltrecho orden económico internacional. El modelo debía intentar superar la anarquía del periodo de entreguerras, invitando a todos los países integrantes a cumplir una serie de preceptos, al tiempo que supeditaban parte de su comportamiento a unas nuevas instituciones financieras: el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fomento –futuro Banco Mundial–, el Fondo Monetario Internacional (ambas creados en 1944), y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio –el GATT, nacido en 1947 y que se convertiría a partir de 1994 en la Organización Mundial del Comercio.

Con motivo de la Primera Guerra Mundial, los países habían suspendido el patrón oro y la convertibilidad de la moneda –que exigía referencias fijas–, guiados por una creciente separación entre la economía mundial y la nacional. Como forma de salir de la crisis, se imprimió mucho papel moneda, que, al no estar acompañado de un crecimiento de riqueza, se tradujo en inflación y desempleo. El crash de 1929 terminó de rematar las economías liberales. Además, el crecimiento que experimentaba la Unión Soviética gracias a sus éxitos industrializadores y su economía planificada, suponía un ejemplo para los trabajadores que amenazaba a las frágiles democracias europeas. El capitalismo en crisis acentuó el proteccionismo nacional en diferentes formas, que fueron desde depreciaciones competitivas de la moneda hasta la creación de regímenes fascistas.

Todas estas amenazas invitaron a una colaboración económica, impulsada inicialmente por los banqueros que controlaban los bancos centrales de manera independiente. La Segunda Guerra Mundial vino a solventar buena parte de los problemas de las economías capitalistas al otorgar al Estado una tarea de dirección, importada desde su papel como gestor de la guerra, que se trasladó a la política. Pero si el Estado había sido el conductor de la guerra, ahora se trataba de todo lo contrario: crear una red institucional que evitara, gracias al comercio, nuevas confrontaciones bélicas. Sin embargo, lejos de la teoría, la desigualdad política y económica de la posguerra iba a convertir al comercio internacional



en una herramienta al servicio de los Estados más poderosos, en especial, de Estados Unidos, determinado a hacer de Gran Bretaña un «satélite financiero». Al poseer el 75 por 100 de todo el oro moneda del mundo, su primacía estaba servida, pues le correspondía al preciado metal ser el referente para la estabilización monetaria. De hecho, la creación del Fondo Internacional de Estabilización (primera denominación del FMI) buscaba, además de organizar el capitalismo, llevar el centro financiero desde Londres a Wall Street.

La clave de poder dentro del FMI estaba en las cuotas que cada país iba a poseer, ya que de estas participaciones derivaba el poder de voto (bien lejos del principio democrático «un país, un voto»). Estas fueron decididas políticamente –no económicamente– por EEUU, de manera que se convirtió en la potencia financiera hegemónica, pues la capacidad de veto se expresaba con el porcentaje que aportaba (en torno actualmente a 65.000 millones de dólares, expresados en la unidad de cuenta del FMI que se llama «derechos especiales de giro». Al tomarse las decisiones importantes por mayoría cualificada del 85%, el 16,74% de EEUU le otorga de facto capacidad de veto). Pese al desacuerdo en Bretton Woods entre el representante del Tesoro norteamericano, Harry Dexter, y el responsable de finanzas británico, John Maynard Keynes, el poder real estadounidense zanjó cualquier discusión. Correspondía en ese momento a Estados Unidos un tercio de las cuotas, de manera que ya tenía capacidad de veto. Esto, añadido a la función de policía monetaria otorgada al FMI, hizo que la Unión Soviética no firmara el acuerdo.

Los principios del modelo, sobre la base de la recuperación de la referencia de las monedas nacionales respecto del oro y del dólar –clave para la hegemonía estadounidense–, fueron los siguientes: 1) control internacional de los tipos de cambio nacionales a través de un sistema de paridad flexible, con variaciones de no más del 1 por 100 de la paridad acordada inicialmente respecto del oro; 2) suscripción de todos los países de un fondo en oro y monedas para usar en caso de dificultades con la balanza de pagos (base de la capacidad de voto); 3) tras un periodo de transición de cinco años, todos los países permitirían la libre convertibilidad de las monedas a los tipos de cambio oficiales; 4) en caso de superávit, el FMI podía declarar la escasez de una moneda y exigir al país, entre otras medidas, su venta a cambio de oro; 5) creación de una institución permanente para promover la cooperación monetaria internacional (con una cuota del 27,9 por 100 para EEUU), encargada finalmente de valorar el comportamiento de los países para calificarlos como beneficiarios de un prestamo del Fondo (en otras palabras, para ejercer una labor de supervisión de las políticas económicas de los países y establecer una capacidad sancionadora). En definitiva: «Fue principalmente una invención de Estados Unidos, con la colaboración de Gran Bretaña, destinada de manera intencionada para promover una determinada visión de las relaciones económicas mundiales»[1].

[1] Véase Richard Peet, La maldita trinidad. El FMI, el BM y la OMC, Pamplona, Laetoli, 2004.

Bastaba que esos sectores fueran alcanzando su propio músculo económico para que entraran a formar parte, de pleno derecho, en ese entramado complejo de la globalización, atreviéndose incluso a dictar nuevas normas. Cuando en 1989 los estadounidenses pusieron el grito en el cielo por la compra del Rockefeller Center por parte de la japonesa Mitsubishi, las reglas ya estaban participadas por más actores que Estados Unidos. Hoy,

este país no está en condiciones de dictar normas económicas a China. Aún más, la salud de Estados Unidos –que significa la salud económica del mundo– depende ahora mismo del comportamiento del capitalismo en países fuera del territorio norteamericano. Lo que implica que, por muy lejos que se esté, en lo geográfico, lo económico o lo ideológico, el capitalismo realmente existente está siempre más cerca de lo que uno cree. Aún más, los mensajes nacionalistas de Trump durante la campaña electoral se convirtieron en papel mojado cuando, una vez sentado en la Casa Blanca, entendió que buena parte de las empresas norteamericanas participan de capitales internacionales –principalmente chinos– de la misma manera que dependen de mano de obra barata de fuera –especialmente de México.

[1] Appadurai señala que hay cinco paisajes (scapes) globalizados: el étnico, el mediático, el tecnológico, el financiero y el ideológico. Arjun Appadurai, La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 46. En 2017 parece obligatorio añadir el escenario del terrorismo yihadista, con una mayor capacidad de incidencia mediática que el que ha ejercido Arabia Saudí en Yemen o Estados Unidos en Afganistán o Iraq.

[2] Para una interpretación de la globalización como una estrategia imperial norteamericana, véase Leo Panitch y Sam Gindin, La construcción del capitalismo global. La economía política del imperio estadounidense, Madrid, Akal, 2015.

[3] Es paradigmático el libro de Richard Sennett, La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama, 2000. Ese trabajo es meridiano a la hora de explicar cómo los cambios en el mundo laboral modifican la subjetividad y las cosmovisiones. En este libro compara la vida de un joven ejecutivo global, hijo de un panadero italiano emigrado en Estados Unidos y sobre quien había realizado un estudio veinte años atrás. Al padre, los vecinos podían construirle la biografía y él mismo sabía qué buscaba en la vida. El hijo, con el que se encuentra el autor en un aeropuerto en uno de sus muchos viajes como empleado global, aparenta mayor libertad pero también tiene menos certezas y una cierta desazón apática. La vecindad tampoco es ya una variable real. Es el mismo retrato de perplejidad que trazan la directora Sofia Coppola y el actor Bill Murray en la oscarizada película Lost in translation (2003). A esto habría que añadir el «trasvase global de corazón» que implica la emigración de mujeres de países pobres que se trasladan a los países ricos a cuidar a los hijos de las mujeres que se incorporan al mundo laboral.

[4] Es importante tener claro que existen 29 millones de norteamericanos sin cobertura sanitaria alguna, que más de 30 millones son sin techo, que su mortalidad infantil es el doble que la de Suecia o España, que su esperanza de vida es menor que la de la Unión Europea, que el 15 por 100 de su población es pobre, que el 2 por 100 de la población activa está en la cárcel (2,2 millones de presos)… Sin embargo, Estados Unidos, con el 4,3 por 100 de la población, es responsable del 14,5 por 100 de la emisión mundial de CO_2. Esos contrastes, que se expresaban como brasileñización de la economía, son ya un rasgo de las economías globalizadas. Al igual que hay un Norte en el Sur, hay un Sur en el Norte. Las políticas de Donald Trump a todas luces empeorarán estas cifras.

[5] Simon Reich, «What is Globalization? Four Possible Answer», Working Paper 261, Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, 1998.



[6] Antonio Negri y Michael Hardt, Imperio, Barcelona y Buenos Aires, Paidós, 2000, p. 13. Los principales cuestionamientos a este trabajo han venido de América Latina, donde más se ha sentido la bota estadounidense. Atilio Boron ha criticado con pasión y dureza esta posición que diluiría, en su opinión, el imperialismo en el imperio y debilitaría la caracterización de Estados Unidos como la mayor amenaza para los países del Sur. Pero la concentración en esas críticas deja fuera de foco otros muchos aspectos. Hay novedades que reclaman nuevas categorías (como él mismo se ve obligado a asumir en lo que se refiere a los mecanismos ideológicos del «actual imperialismo»). Entre ellos, no repara en la creación de lo que, desde la izquierda radical, Robinson llama el «Estado transnacional» o, desde la socialdemocracia, Martin Shaw define como «bloque estatal global occidental». Incluso declaraciones que reconocen la condición imperial estadounidense por parte de personajes como Huntington o Brzezinski no serían, en mi opinión, sino una señal de que algo va mal en su condición imperial única. Al final, según Boron, habría una línea que llevaría del Imperio romano al actual. Un trazo demasiado grueso que, una vez más, vale para el necesario activismo político pero no ayuda mucho en la comprensión profunda de los problemas. Véase Atilio Boron, Imperio & imperialismo, Buenos Aires, CLACSO, 2002. Igualmente la entrevista que le realizó González Patricio en octubre de 2003, en Enriqueta Ubieta, Por la izquierda. Veintidós testimonios a contracorriente, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 2007.

[7] Antonio Negri y Michael Hardt, Imperio, cit., p. 15.

[8] Martin Shaw se refiere a un «conglomerado estatal global occidental» como la tendencia que marca la globalización, al punto de afirmar que el poder global es, en una buena parte, poder occidental. Véase Martin Shaw, Theory of the Global State, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

[9] Este paso de un Estado de bienestar a un Estado afín a la posición competitiva de las empresas en el mercado capitalista global ha sido teorizado en forma de tipos ideales como «Estado de competición» (cfr. Ph. G. Cerny, «Paradoxes of the competition state: the dynamics of political globalization», Goverment and Oposition 32, 2 [1997]), como «Estado schumpeteriano de trabajo» –Workfare– (cfr. B. Jessop, «Towards a Schumpeterian Workfare State? Preliminary Remarks on Post-Fordist Political Economy», Studies in Political Economy 40 [1993]), como «Estado nacional de competición» (cfr. J. Hirsch, Der nationale Wettbewersstaat, Berlín, id-edition, 1995) y, más recientemente, como «Estado de mercado» (cfr. Ph. Bobbit, The Shield of Achilles, Londres, Penguin, 2002).

[10] Susan Strange, «Towards a Theory of Transnational Empire», en E. O. Czempiel y J. Rosenau (eds.), Global Changes and Theoretical Challenges, Lexington, 1989, p. 167, cit. en Leo Panitch, «El nuevo Estado imperial», New Left Review II/3, edición en castellano (marzo-abril de 2000), pp. 5-18.

CAPÍTULO X

Imperialismo, capitalismo, neoliberalismo

Corre, dijo la tortuga,

atrévete, dijo el cobarde,

estoy de vuelta, dijo un tipo

que nunca fue a ninguna parte,

sálvame, dijo el verdugo,

sé que has sido tú, dijo el culpable.

Joaquín Sabina

Siempre que ha habido organización social ha existido economía, entendida como aquella parte de lo social que, en condiciones de escasez, atiende los aspectos de la reproducción material del grupo gracias a la división del trabajo[1]. Igualmente, la existencia del mercado es tan antigua como la existencia de grupos humanos que entraban en contacto y ponían en marcha intercambios a través del trueque. Pero el capitalismo –la producción de mercancías con el estricto fin de incrementar el dinero invertido inicialmente, incluida la transformación de la mano de obra en mercancía– no ha existido siempre. Siempre ha existido un mercado cuyo proceso consistía en trocar una mercancía por dinero con el fin de comprar otra mercancía. (mercancía–dinero–mercancía). El mercado capitalista, guiado por la búsqueda de beneficio, se articula en cambio con la aportación de un dinero para construir una mercancía que, actualizada en el intercambio en el mercado, incremente el dinero inicialmente invertido (dinero–mercancía–dinero).

Su origen hay que remontarlo a la Europa de finales del siglo XV, y su imposición siempre encontró resistencias sociales. Cada vez que ha habido un intento de mercantilizar algún ámbito de la vida social, siempre ha surgido una resistencia (puede verse ahora mismo con los intentos mercantilizadores de los úteros femeninos a través de los llamados «vientres de alquiler» y la protesta de los sectores feministas no neoliberales)[2]. El capitalismo se acompañó en su viaje del proceso de construcción estatal, tan violento en su desarrollo como la imposición del capitalismo. Ambos, tanto señores feudales que iban incrementando su jurisdicción sobre territorios más amplios, como capitalistas que necesitaban mercados cada vez más vastos, encontraban resistencias a sus deseos, tanto populares como por parte de otros poderosos. En un juego de suma cero, no todos podían ganar. Por eso, la historia de los Estados nacionales es una historia signada por una extrema violencia. El sistema mundo resultante, esa mezcla de Estados nacionales, modelo capitalista y manera de pensar que llamamos modernidad, se iba a organizar de manera tal que necesitaba grandes grupos de población malviviendo para que unas



minorías gozaran privilegiadamente de la vida social. Toda obra de civilización, expresó Walter Benjamin, es a su vez una obra de barbarie. Sobre la homogeneidad actual de los Estados están los cadáveres de todos los que quisieron hacer valer alguna diferencia. La homogeneidad lingüística de los países no es sino una prueba brutal del exterminio de los perdedores.

Cuando, gracias al aumento de la productividad, el rendimiento del trabajo excede las necesidades del propio sustento, surge la tensión por ver qué se hace con ese producto sobrante. Es ahí donde aparece la posibilidad de que surja la división social del trabajo, una mayor especialización, personas dedicadas a tareas diferentes a la mera producción material, pero también que un grupo quiera usar ese excedente para liberarse de trabajar y lograr su propio sustento. Cuando esa apropiación del excedente que realizaban los productores se usurpaba en forma de dinero (y no de producto), hablamos, con Marx, de plus-valía. El capitalismo solo funciona rutinizando ese comportamiento y extendiendo la condición de mercancía a más amplios ámbitos. Compra fuerza de trabajo que produce más de lo que cobra por su salario, obteniendo el capitalista del resultado, descontando gastos, un monto mayor que la inversión realizada. Como las ventajas tecnológicas se extienden, la ganancia del empresario, vista en términos temporales más amplios, viene de los trabajadores. Por eso Marx afirmaba –algo más difícil de entender en un mundo lleno de robots y ordenadores– que, al final, solo el trabajo genera valor, porque todos terminan aplicando las tecnologías más avanzadas para abaratar costes y, cuando eso ocurre, el coste más evidente para limitar son los salarios. Para garantizar que exista suficiente mano de obra, es necesario que los trabajadores estén dispuestos a vender su fuerza de trabajo. Y para esto, lo único funcional es que no exista ninguna otra forma de supervivencia. Es la separación, necesaria en el capitalismo, de los trabajadores respecto de los medios de producción. De ahí que el capitalismo se haya generalizado al tiempo que se desmantelaba todo tipo de economía colectiva, fueran prados comunales, redes de solidaridad o formas laborales de ayuda mutua. Al tiempo, se criminalizaba el desempleo e, incluso, la pobreza (era la razón de ser de las leyes de pobres). Cuando estos mecanismos no eran suficientes, se recurría a la mano de obra esclava y a la agresión imperialista. El propio John Locke, que se quejaba de que el rey les tratara como a esclavos, tenía él mismo plantaciones de esclavos, y las principales universidades norteamericanas asentaron su prosperidad sobre la trata.

La necesaria homogeneidad social que garantiza la convivencia de un grupo se ha construido en el liberalismo como igualdad formal, ante la ley y con el mensaje «un hombre, un voto» (igualdad de sufragio). La democracia representativa ha funcionado en muchas ocasiones como un espejismo tras el cual se esconde la profunda ausencia de democracia social. Esto no implica que dé lo mismo la existencia o no de elecciones libres; quiere decir que, siendo esencial, no es suficiente. El creciente aumento de la abstención –una novedad incorporada al relativamente reciente sufragio universal– va señalando el agotamiento de ese modelo de especialización política. Los esfuerzos de los trabajadores por alcanzar el derecho a voto hoy parecen olvidados. Si bien es cierto que los Parlamentos nacen revolucionariamente, su desarrollo posterior los transforma en sustitutos de la democracia. La parlamentarización de los conflictos sociales, a comienzos del siglo XX, fue caminando en pos de lo que se llamó parlamentarismo racionalizado, es decir, un vaciamiento de competencias del Legislativo que terminaban en manos del Ejecutivo. En la actual globalización, los Ejecutivos echan las culpas a imponderables externos. La conclusión es la sensación enorme de lejanía de la población respecto de los Parlamentos y aun de los partidos políticos que los integran. De ser lugar de «parlamento» y discusión, las Asambleas pasaron a ser lugares de asentimiento, de sanción de decisio-

nes tomadas fuera de la sede parlamentaria, vocerías del «pensamiento único» y alternativas desdibujadas por esa carrera generalizada en pos del centro político. Por eso, desde la Constitución francesa de 1793, el mandato imperativo fue prohibido y sustituido por el mandato representativo, algo que se extendió a todas las democracias liberales. De alguna manera, la defensa actual, por parte del capital transnacional, de la incapacidad de los parlamentos nacionales para tomar decisiones económicas tiene el mismo fundamento[3].

El capitalismo es un sistema económico que se define principalmente por tres rasgos:

1) La búsqueda del beneficio mediado por el mercado. De ahí que todo puede adoptar la forma de mercancía disponible para el intercambio en el mercado (incluidos los seres humanos, la naturaleza, el conocimiento, el dinero, lo que aún no existe o los sentimientos, cosas que no son producidas por el capitalismo, que deben existir para que la reproducción continúe y que su mercantilización pone en peligro). En especial, la mano de obra se convierte en una forma de mercancía que, aunque no es creada como tal –la crean las familias–, se convierte en un objeto para ser comprado y vendido.

2) Los precios de los bienes se definen en un mercado definido como libre, guiado exclusivamente por la maximización del beneficio. La adscripción de capital tiene lugar allá donde el mercado informe de que hay mayor posibilidad de ganancia. Pero la oferta y la demanda, en cuyo cruce se definen teóricamente las cantidades de producto y sus precios, nunca funcionan en total libertad, de manera que los mercados generan constantemente ineficiencias, monopolios y oligopolios y amaños en los precios.

3) Los principales medios de producción están en manos privadas y al servicio del beneficio inmediato de sus dueños, apoyados por la estructura legal y policial del Estado.

Estas características hacen del capitalismo un sistema muy dinámico, pero también generador de constantes víctimas y contradicciones. Por eso, entre los rasgos esenciales del capitalismo también está el hecho de ser un sistema económico sujeto a crisis cíclicas. La crítica al capitalismo no se basa en que no desarrolle las fuerzas productivas, algo que hace de manera extraordinaria (como bien vieron Marx y Engels en el Manifiesto comunista), sino el alto precio que cobra por esto. La lógica del capital, su metabolismo, que hoy se ha trasladado al mercado mundial, hace que quien no cumpla con sus duros requisitos es necesariamente expulsado y condenado a la exclusión. Es, como veíamos, la «destrucción creadora» de la que hablaba Joseph A. Schumpeter. Lo expresó con contundencia Georges Bataille:

Una empresa capitalista crece y destruye lo que se le resiste. Necesita transformar y asimilar todo lo que encuentra en su camino: tarde o temprano la totalidad de la fuerza disponible entrará a formar parte de su mecanismo. La fábrica somete las fuerzas a su medida, proletarios, representantes, administradores, técnicos: pero ignora a los hombres todo lo posible. Ningún afecto comunicativo liga a aquellos que están presos en sus engranajes: una empresa se mueve por una codicia sin pasión, emplea un trabajo sin entusiasmo, no reconoce más dios que su crecimiento. En las épocas de prosperidad, el trabajo no aprovecha para nada el exceso del beneficio. Pero si el beneficio desciende, el



empresario abandona al asalariado: a falta de fines gloriosos –exactamente, a falta de fines humanos– los hombres no pueden reconocerse solidarios, no subsiste entre los hombres más que la codicia por los bienes, que les separa. La caridad solo es un remedio paródico para esta separación, no es más que una comedia de solidaridad.

Una sociedad industrial es una muchedumbre compuesta de existencias aisladas. El aspecto mismo de la vida cambia completamente: en vez de ciudades orgullosas, que reflejan el cielo y la tierra en su forma, tenemos ciudades anodinas sepultadas en barrios de una tristeza que parte el corazón. La prosperidad deprimente y la violencia de la pobreza coinciden[4].

Por eso el capitalismo, inauditamente ágil y flexible, siempre realiza constantes ajustes en busca de esos beneficios que, de manera necesaria, tienen que ser crecientes (o se encarecerá relativamente el precio final del producto que ofrecen y quedarán fuera de juego). El ajuste, como se ha repetido, tiene lugar en el eslabón más débil de la cadena, es decir, allí donde no se oigan quejas o estas puedan ser acalladas: la naturaleza, las generaciones futuras, los trabajadores desorganizados, mujeres, niños, ancianos, otros pueblos con menor capacidad militar o económica de protegerse; mercados alejados donde es posible desarrollar formas que la lucha de clases ha imposibilitado en los países del Norte; poblaciones sometidas a fuertes disciplinas militares; etc. O bien, creando un marco de interpretación donde la población asuma el coste del ajuste económico como una necesidad incuestionable. Ha sido la tarea encomendada a lo que se ha llamado «pensamiento único» y a la ridiculización de las alternativas. Un sistema económico (un modo de acumulación) no funciona sin un entramado conceptual que lo justifique y lo mantenga (un régimen de acumulación). La hegemonía se expresa en la capacidad de una clase o fracción dirigente de convencer al conjunto de la ciudadanía de la bondad o inevitabilidad del marco social, político, económico vigente. La diferencia entre el cínico y el irónico es que el cínico saca provecho de su cinismo. La construcción intelectual de la senda única y necesaria de la economía, legitimada principalmente por la socialdemocracia, ha sido una tarea de cínicos.

Como han expresado audaces economistas, el capitalismo es un sistema necesariamente miope, atento solo al corto plazo y a las presiones de los otros capitalistas, organizado jerárquicamente sobre la reproducción de la explotación y sujeto a crisis recurrentes que solo se solventan lanzando al vacío a un número creciente de seres humanos[5]. Las condiciones económicas a que obliga el capitalismo presuponen una antropología peculiar, una condición humana adaptada a sus necesidades:

1) El tipo ideal de capitalismo propone individuos que se guían por la maximización de su interés privado. Su método de análisis siempre parte de seres particulares por encima de los cuales no hay alguna lógica superior moralmente.

2) Exalta el egoísmo, al que pretende transformar en una virtud –la mano invisible de Adam Smith que organiza el fragmentado mercado; los «vicios privados que se convierten en virtudes públicas» en la fábula de Mandeville; el espíritu comercial que Kant atribuía al ser humano–, y denigra la solidaridad –uno de los lugares centrales de la crítica de Hayek

al socialismo–. El capitalista, cuanto más se desarrolla más necesita, en tanto se entiende al capital como relación social referenciada a otros capitales, sin importar que ese desarrollo impida a otros cubrir las necesidades básicas. La llamada reproducción ampliada del capital, verdadero motor del sistema, lleva a reinvertir parte de la plusvalía, mientras que la reproducción simple solo sería utilizada como consumo por quien se apropia de ellas.

3) Conduce a la destrucción de la naturaleza por la vorágine de su obligada ambición, de la misma manera que la guerra es su horizonte necesario debido a la necesidad estructural de crecimiento. Mientras el ciclo de la naturaleza es largo, el consumo capitalista es inmediato. Solamente las poblaciones que han vivido de cerca el ciclo de la tierra pueden entender estas constricciones (los siglos de creación del petróleo frente a los escasos decenios para su agotamiento; el descanso de la tierra frente al uso de fertilizantes; las necesidades vitales de agua frente a su encubrimiento a través de su suministro público en las grandes urbes).

En los años setenta el capitalismo entró en una de sus crisis periódicas. En esta ocasión, la crisis estaba relacionada, como vimos, con una pluralidad de factores: las dificultades de mantener la productividad al multiplicarse la oferta de bienes; la subida de los precios del petróleo motivada por la guerra del Yom Kippur y la nueva estrategia de la OPEP; la guerra de Vietnam (gasto militar exorbitado para Estados Unidos); el crecimiento de la economía europea y japonesa, situación que les permitió emplazar a Estados Unidos y cuestionar la hegemonía del dólar; la crisis del modelo financiero y monetario de Bretton Woods que había fijado las monedas con precio estable a la moneda norteamericana, única fuente real de divisa durante tres decenios; fuertes presiones populares exigiendo subidas salariales, cogestión obrera y el fin del imperialismo; las dificultades del keynesianismo para frenar la estanflación; la apertura de las economías, los problemas de sobreproducción y subempleo, etcétera[6].

Se planteó, entonces, la «competencia mundializada» de los productores, en la que aquellos países que poseían un desarrollo altamente tecnificado y una amplia capacidad productiva en la relación internacional iban a tener una situación favorable, pues podrían, gracias a su gran capacidad, invadir cualquier mercado. Si esto no bastara, los Estados nacionales de las casas matrices seguían teniendo recursos para presionar directamente o a través de los mecanismos bajo su control en el Estado transnacional, dando por sentado que las ventajas para las empresas transnacionales se convertirían, de alguna manera, en ventajas para los propios países. Una presunción que aún está por estudiar[7]. Son bien conocidas las palabras de Thomas Friedman, reconocido periodista que también fungió como asesor de la que fue secretaria de Estado norteamericana Madeleine Albright:

[…] la mano invisible del mercado no funcionará jamás sin un puño invisible. McDonald’s no puede extenderse sin McDonnell Douglas, el fabricante del F-15. El puño invisible que garantiza la seguridad mundial de las tecnologías de Silicon Valley es el ejército, la fuerza aérea, la fuerza naval y el cuerpo de marines de los Estados Unidos[8].



Mientras, los empresarios pequeños quedan en una posición de minoría, la cual los impulsará a integrarse a ese gran mercado homogeneizado por los grandes productores internacionales, es decir, por las grandes potencias. En consecuencia, los países del mal llamado «tercer mundo», con un sector productivo poco competitivo, quedan a merced de las grandes trasnacionales –donde hay que incluir de manera creciente a China, en joint venture con transnacionales norteamericanas–, que invaden el mercado nacional con «productos baratos». Irremediablemente, los sectores productivos nacionales se ven forzados por el corto plazo a cerrar operaciones de suministro financiero, de bienes y de servicios, con la consecuente pérdida de soberanía nacional. Los ciclos electorales, para cerrar el círculo, no permiten planes cuyos resultados no se observen en el lapso de cuatro o cinco años.

Como resultado de esto se sentaron las bases del actual paisaje: los capitales internacionales dominaron las políticas monetarias nacionales, forzando a los Estados, cuando la presión social y sindical se debilitara a diseñar una arquitectura financiera flexible que permitiera los flujos financieros; la presión de la ganancia empujó los salarios a la baja y al alza las jornadas laborales; se desreguló el comercio interior, especialmente los horarios, golpeando al pequeño comercio y primando las grandes superficies, más capaces de rotar los turnos; la protección social comenzó a entenderse como palanca para aumentar la flexibilidad del mercado de trabajo y no como un derecho o como parte de la demanda interna; el sistema educativo se reordenó para ponerlo al servicio de la competitividad de las empresas; se abría paso a la importación desde el Norte de trabajadores cualificados, que vaciaba de cerebros a los países que los habían formado; el Estado vendió su patrimonio en condiciones muy ventajosas a particulares; se desmantelaron las garantías laborales; con la caída de los salarios reales, se incrementó el endeudamiento de las familias, aumentando la vinculación de amplios sectores sociales –incluso de los estratos bajos– a las redes financieras, con frecuencia sostenida ficticiamente con un patrimonio inmobiliario familiar sobrevaluado, que terminaría por desplomarse; y se propugnó una apertura de fronteras que dejaba vía libre a los países poderosos, al tiempo que condenaba a aquellos económicamente débiles a ser piezas subordinadas a las estrategias de los países impulsores del neoliberalismo[9].

ORÍGENES Y FUNDAMENTOS DEL NEOLIBERALISMO

El modelo neoliberal es un nuevo contrato social, ampliamente generalizado desde la década de 1980, que se nutre esencialmente de su condición de sentido común y de la falta de alternativas que él mismo construye (lo que explica que, pese a su falta de coherencia y sus diferentes varas de medir, no pierda su lugar privilegiado). De ahí que la base de su éxito sea discursiva. Su práctica ha dependido de los mimbres económicos, sociales, políticos e incluso militares existentes para frenar sistemas alternativos. La política neoliberal salió de estación en los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial como forma de oposición al keynesianismo laborista británico. Aunque el primer gran referente sea Ludwig von Mises, crítico de la planificación que desarrolló su trabajo en la Escuela Austriaca, su principal teórico fue Friedrich Hayek. Este discípulo de Von Mises publicaba en 1944 Camino de servidumbre, donde ponía en el mismo platillo de la balanza económica y política al fascismo hitleriano y a lo que se presentaba como liberticidio laborista perpetrado desde un Estado intervencionista. En los coloquios

Lippmann en París en los años treinta, cuando el liberalismo asumió la necesidad de incorporar al Estado a sus análisis, Hayek quedó en minoría. Sin embargo, en 1973 encontraría una versión práctica tras el golpe de Estado en Chile contra Salvador Allende dirigido por Augusto Pinochet y auspiciado por Estados Unidos. En mitad de la crisis estanflacionaria, Hayek recibiría el Premio Nobel de Economía (1974), dejando claro que el establishment apostaba por las nuevas recetas. Posteriormente, el neoliberalismo sería exportado al mundo desde la experiencia thatcheriana a partir de 1979, apoyado en grandes think tanks que, a través de becas, fundaciones, revistas, artículos, centros de investigación, promoción de jueces, profesores, periodistas, políticos, la creación de instituciones empresariales, el control de las instancias financieras mundiales, etc., acometieron un gasto descomunal con la intención de construir una nueva hegemonía basada en la sospecha hacia el Estado y ante cualquier participación social que rebajase la autonomía del mercado.

El neoliberalismo es, en términos teóricos económicos, la conjunción de cuatro paradigmas: 1) el análisis monetarista de la inflación desarrollado por Milton Friedman (que postula la autorregulación de los mercados y los efectos perversos que tendría la intervención estatal); 2) la teoría de las expectativas racionales (donde los actores individuales son los que mejor optimizarían y racionalizarían las decisiones al margen de las autoridades estatales); 3) la teoría económica de la oferta de Say (según la cual la oferta crea su propia demanda, presupuesto radicalizado por Arthur Laffer al plantear que las rebajas fiscales a los ricos se financiarían con el aumento de la producción que generaría, algo que resultó falso en la práctica); 4) la teoría de la elección pública (desarrollada, entre otros, por Anthony Downs, y que argumenta que los políticos son como empresas que buscan maximizar su voto en el mercado electoral, de manera que son tendentes a alimentar procesos inflacionarios)[1].

En términos concretos, el programa neoliberal buscaba principalmente cinco objetivos: equilibrar las cifras macroeconómicas, especialmente a través del control de los precios –una vez señaladas las variables monetarias como las realmente relevantes–; aumentar las ganancias empresariales –bajo el presupuesto de que la «tarta» debía primero crecer para después poder repartirse–; incrementar inicialmente el desempleo –con el fin de lograr una «tasa natural» de paro que debilitase a los sindicatos y forzase los salarios a la baja–; crear una estructura social desigual que incentivase el esfuerzo y el aumento de la productividad; integrar a las fracciones de clase globales en el modelo mundial de acumulación, utilizando para ello, cuando fuera menester, la guerra o los preparativos para la misma.

Las propuestas del llamado Consenso de Washington –privatizaciones, liberalización fiscal, apertura de fronteras, reducción del gasto social, desregulación laboral y garantías de la propiedad privada– precisaban de una mutación del Estado que dejase todo el espacio libre posible tanto a un mercado crecientemente inmanejable como a las empresas. Esta transformación estatal es lo que en ocasiones se ha identificado como crisis del Estado nación –a menudo naturalizada como devenir necesario por el desarrollo tecnológico propio de la globalización– pero que, en realidad, es más correcto entenderlo como la rearticulación del sistema de dominación a la nueva forma global de acumulación. Esta iba a asentarse en la especulación financiera y no en la inversión productiva (en declive desde los años noventa). Mientras que el Estado mantenía en el ámbito nacional la responsabilidad de garantizar la propiedad privada y el orden social nacionales, crecía un complejo Estado transnacional que respondía a las necesidades de una economía que ya no expresaba los patrones propios de los siglos anteriores. Los cambios en el patrón de acumulación explican que los resultados, lejos de los inicialmente planteados –salvo en el



caso de la hiperinflación–, no fueran sino el aumento tanto de la pobreza como de las desigualdades sociales y la consiguiente fragmentación e incremento de la violencia social. Esto no quita que estas políticas generaran respuestas que, por caminos indirectos, pueden parecer virtuosas. Por ejemplo, las remesas que los inmigrantes de América Latina envían a sus países de origen –datos de la Cepal de 2005– asciende a 43.000 millones de dólares (eran tan solo 855 millones en 1980). Esta cantidad triplica la inversión extranjera directa y solventa los problemas de 20 millones de familias latinoamericanas. Ahora bien, detrás de esto están los cerca de 30 millones de emigrantes que ha perdido el continente, así como la falta de oportunidades que genera en sus países el cóctel explosivo de pago de la deuda –con la consiguiente deuda social–, falta de eficiencia institucional y la retirada de la inversión productiva de estos países, más rentable en la especulación financiera.

El neoliberalismo ha sido capaz de convertirse en un sentido común porque otorga un principio de organización social de orden económico que está en la balsa de la Medusa, es decir, en la lucha por la supervivencia propia de contextos desesperados y desarraigados. Al tiempo, tiene una promesa utópica que permite imaginar a cualquiera su pertenencia al grupo que disfruta de ese programa de máximos, aunque sea momentáneamente. El neoliberalismo promete convertir cualquier sueño en realidad siempre y cuando se mercantilice y puedas acceder a él a través del mercado. Cualquier sueño (tener hijos, tener sexo imaginativo, conocer lugares exóticos, aprender) se convierte en verdad si existen vientres de alquiler, prostitución, agencias globales de viajes, academias privadas. La única distancia entre el sueño y su concreción es el dinero.

[1] Mark Blyth, Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

Un aspecto menos atendido del neoliberalismo es su logro a la hora de asentar un nuevo sentido común. La expresión foucaultiana que resume el neoliberalismo como una sociedad donde todos somos «empresarios de nosotros mismos» es acertada. Una sociedad donde nos comportamos de manera individual, en guerra unos contra otros y entendiendo la vida como una inversión personal para ser competitivos en alguno de los muchos mercados en que operamos. Fredric Jameson afirmaba que ahora mismo «es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo». Lo existente termina ganando fuerza moral –es un orden, frente a la incertidumbre de otros órdenes alternativos descalificados desde los discursos hegemónicos– frente a la referencia a órdenes que tampoco son atractivos –los de los antiguos países comunistas– o frente a la promesa oficial del desorden que traerían las alternativas. El neoliberalismo tiene su utopía, su promesa de felicidad y su idea de salvación, todas ligadas a una promesa infinita de consumo. El neoliberalismo actúa como un gran centro comercial que deja fuera del edificio los problemas, la violencia, las desigualdades. Enfrente, quejas, advertencias, exigencias. Una de las grandes ventajas de la hegemonía neoliberal está en que su crítica toma tintes apocalípticos que invitan a la parálisis. Como sentido común, el neoliberalismo siempre puede achacar sus crisis a una aplicación insuficiente de sus recetas, mientras que la alternativa, al no ser capaz de encauzar políticamente su crisis, queda en un discurso milenarista que termina siendo conservador cuando no reaccionario.

El neoliberalismo, como hoy ya es evidente, es la utopía del capitalismo dejado a su libre articulación[10]. Su desarrollo sin trabas, necesariamente, se conforma como una internacionalización que implica tal grado de coacción que le conviene entenderla como una forma peculiar de imperialismo. En ese sueño de los capitales transnacionales se crea un mercado mundial no obligado por algún principio de responsabilidad social, que devuelve al Estado rasgos de esa condición de consejo de administración de los intereses conjuntos de la burguesía. El único riesgo es la pelea «intra-corporaciones». Como la pelea entre bandas mafiosas en una ciudad después de la muerte del último capo. Las alianzas pueden ser supranacionales –de hecho lo son, pues los capitales se desarraigan– y los Estados son simples espectadores que buscan un equilibrio entre su propia supervivencia y la sanción en el nuevo contexto de la propiedad privada, los contratos, las infraestructuras y los disturbios. Especialmente en los países pobres. Cuando la OMC prohíbe en Nigeria la existencia de una Oficina Veterinaria Nacional –porque compite con empresas transnacionales dedicadas a esos menesteres–, está condenando a la muerte a los pastores que ya no podrán acceder a las vacunas para sus rebaños. Insistimos: el neoliberalismo no se comporta igual en cualquier sitio. Esto confunde su categorización. Como plantea Boaventura de Sousa Santos, lo que en el Norte se puede solventar a través de la regulación, en el Sur se hace a través de la fuerza. Pero el Sur ha llegado al Norte (todo se ha hecho ya periferia). Un Sur que necesita, esté arriba o abajo del ecuador, sus propios análisis. El sueño neoliberal, cuando acontece, se convierte en la pesadilla de los pueblos con menos defensas. Su ofensiva es tan brutal que termina, parafraseando a Marx, con la victoria total de uno de los dos bandos o la destrucción de todos los contendientes. Generaciones enteras en África, Asia y América forman parte de los devastados. La imposibilidad de extender esa lógica a otros lugares con mayor capacidad de resistencia ha exigido encontrar una rearticulación del modo de regulación social[11].

Para comprender los postulados del neoliberalismo, conviene insistir en algunas de las principales políticas que acompañan a esta ideología[12]:

1) Poca o ninguna intervención del Estado desde una perspectiva redistributiva y reconfiguración de los salarios como gasto y no como ingreso. Es decir, libertad absoluta de mercados bajo la metafísica economicista del equilibrio general autorregulado. El Estado no fija precios ni limita la competencia, de la misma manera que no establece control de cambios ni limitaciones al libre mercado. Pero más allá de esa retórica, interviene en virtud de los intereses del grupo o grupos con capacidad de vincular al Estado en ese momento (así sea para defender los intereses de los capitales transnacionales en el exterior, para promover proteccionismo, para fomentar al sector energético, para apoyar al sector militar-industrial, para subvencionar a la agroindustria, para poner en marcha un rescate bancario, etc.)[13]. Es lo que Panitch y Konings han llamado «regulaciones beneficiosas». Si bien los Estados siempre han beneficiado a grupos particulares, el acuerdo neoliberal exacerbó esos comportamientos (es lo que explica que nunca en la historia hayan sido tan grandes las desigualdades como lo son hoy). Como hitos, estos autores señalan una secuencia que parte de la Commodity Futures Trading Commission, creada en 1974, pasa por las desregulaciones de Clinton entre 1993 y 2001, eximiendo a los mercados de derivados de ser investigados y legislados por la administración, se refuerzan en la era Bush bajo la batuta de Greenspan (que dejan la financiación y el riesgo de los derivados y créditos tóxicos particulares al Estado) y que pretendió ser solventado por el Gobierno de Obama en 2009, en una suerte de «prematura armonización de las contradicciones sociales» –en expresión de Ernst



Bloch–, a través de discursos que criticaban a los «buitres» de Wall Street al tiempo que se financiaba con dinero público el aventurerismo de los magos de la bolsa (con transferencias directas a los socios de empresas, como los 183.000 millones de dólares regalados a AIG) y se dejaban invariables los paraísos fiscales y los sueldos y primas de los gerentes de las empresas rescatadas[14].

2) Mínima inversión social del Estado, es decir, bajas tasas de gasto público en salud, educación, pensiones, empleo, deporte, cultura, etc. El Estado orienta el gasto hacia la competitividad de las empresas y, por tanto, no invierte en políticas que estimulen la demanda ni tampoco en escuelas, hospitales, canchas de deporte, casas de la cultura, misiones sociales, etc. Al contrario, mercantiliza estos sectores o los devuelve al espacio de las familias.

3) Autorización para mercantilizar espacios naturales. Abandono de criterios de sustentabilidad ecológica a favor de criterios de rentabilidad. El destino de las generaciones futuras se fía a desarrollos tecnológicos futuros. Se prioriza la propiedad privada ligada a la extracción de riquezas del subsuelo, se asume el riesgo de la desertización producida por la agroindustria y la minería o el calentamiento del planeta a través de la emisión de dióxido de carbono.

4) Privatización y/o liquidación de los servicios o monopolios estatales. Es decir, la venta a sectores particulares de las empresas energéticas, las empresas básicas, los hospitales, las escuelas, las carreteras, las empresas de electricidad, el suministro de agua, etcétera.

5) Congelación de salarios en general (incluido el salario mínimo) bajo el argumento de búsqueda de la competitividad internacional. Fomento de la producción bajo el modelo de maquila y, en consonancia, deslocalización industrial a la búsqueda del ahorro en costes salariales.

6) Aumento de los impuestos indirectos, principalmente sobre el consumo (IVA) y disminución de los directos, así como de los porcentajes impositivos sobre los ingresos altos y las grandes fortunas. En consecuencia, encarecimiento de alimentos, vivienda, medicinas y productos básicos, aumentando la pobreza.

7) Promoción del comercio orientado hacia las exportaciones (la producción se concentra para competir en el mercado global). Es decir, dependencia del exterior (economía de puerto) y abandono de la producción orientada a la satisfacción de las necesidades nacionales.

8) Promoción de políticas fiscales atractivas para el capital financiero internacional especulativo. Es decir, reducción o exención de impuestos para las trasnacionales, junto a ayudas y concesiones fiscales y materiales para atraer inversiones extranjeras. Desregulación que permita inversiones arriesgadas y rescate con dinero público de los resultados negativos de las aventuras financieras. Aprobación de la figura del «lucro cesante», que permite litigar contra los Estados que frenen comportamientos depredadores de las multinacionales.

9) Intervención sobre las variables macroeconómicas desde el lado exclusivo de la oferta, con el fin de evitar el déficit presupuestario y comercial. Esto es, altas reservas internacionales colocadas en los bancos de referencia, altas tasas de interés, bajos sueldos para disminuir la inflación, etcétera.

10) Descalificación ideológica del Estado social. Es decir, atribución al Estado de toda la responsabilidad frente a los fenómenos de corrupción e ineficiencia. Apología sobre la transparencia y eficiencia del mercado y de las empresas privadas. Por el contrario, refuerzo de las tareas represivas y militaristas del Estado.

11) Manipulación y fomento de un imaginario consumista, individualista y fragmentado de la población a través de los medios de comunicación. En estos, el mercado y el neoliberalismo reciben un tratamiento acrítico, al tiempo que se descalifican las protestas asociándolas a formas más o menos suaves de terrorismo. El concepto de gobernabilidad (donde la responsabilidad es de los que protestan) se usa para evitar el uso del concepto de legitimidad (donde los cuestionados son los gobiernos).

12) Descalificación y ocultamiento de todo pensamiento alternativo, alcanzando la desautorización aun a sectores capitalistas no neoliberales (por ejemplo, el pensamiento económico poskeynesiano). Paradójicamente, ocultación de la información bajo montañas de información. Descalificación de las propuestas de un mundo diferente (presentándolas, además de como imposibles, arriesgadas y contraproducentes, como utópicas, desfasadas, anacrónicas, arcaicas).

13) Construcción elaborada del fragmento desde los aparatos públicos. Es decir, negación a los sectores bajos de la población de la posibilidad real de organización para superar su situación. Cooptación de los partidos políticos y los sindicatos, ambos cartelizados (aquellos que cumplen con las reglas de juego porque obtienen ventajas de la inclusión), y descalificación de las asociaciones críticas, a las que se presenta como enemigas del desarrollo y frenos a la competitividad y la modernización.

14) Articulación intelectual de un sentimiento de derrotismo entre los grupos de izquierda y la población en general. Es decir, proclamación del fin de las ideologías y ensalzamiento del pensamiento único (pragmatismo neoliberal y descalificación de las alternativas). Auge de las ideologías centristas, caracterizadas por su renuncia al conflicto (cuanto menor es la reivindicación y la difuminación de los conflictos, mayor es la condición de centrista de quien opera de esa manera).

15) Construcción de paraísos artificiales y promoción del consumo directo y virtual. Es decir, a través de la televisión o internet –los principales medios de comunicación– se crean falsas necesidades que requieren ser subsanadas por medio de compras compulsivas a satisfacer en grandes centros comerciales o mediante compras electrónicas.

16) Ofensiva contra los derechos de las mujeres, que deben volver a situaciones de subordinación haciéndose cargo de las tareas de cuidados y asumir una posición subordinada en el mundo laboral, salvo aquellas elites femeninas que puedan competir en el mercado en igualdad de condiciones con los hombres pero sin cambiar las condiciones patriarcales (renunciando a la maternidad o subcontratando a otras mujeres el cuidado de los hijos o familiares).

17) Desestatalización del Estado nacional (o desnacionalización de la estatalidad, es decir, abandono de responsabilidades internas) y reestatización del Estado transnacional (asunción de tareas de gobernanza global). Mayores facilidades para controlar sectores del Estado por parte de elites insertadas transnacionalmente (evidente en el mundo de las finanzas).



En definitiva, se trata de un modelo construido para la recuperación de la tasa de ganancia –como objetivo, no pensado en torno a actores concretos– en un marco de regulación social funcional para la lógica capitalista. Pero que ha tenido la capacidad de incorporar a ese modelo generador de desigualdades a las masas, haciéndolas partícipe, a través del endeudamiento, de la publicidad y de la ensoñación del efecto riqueza del incremento del patrimonio inmobiliario, de la lógica del sistema y del miedo. Los aires de cambio que antaño representaban el anhelo igualitario de la revolución son sustituidos por el cambio fugaz en la subjetividad que produce el consumo y la incertidumbre. Y finalmente, y ante la ausencia de consumo, el sistema mantiene su solidez, sostenido simplemente por la fuerza disciplinadora del deseo de consumo y del endeudamiento.

[1] Para explicar la vida social podemos partir de que los seres humanos tenemos cuatro grandes conflictos vinculados a nuestra condición indisolubre grupal e individual (si de niños no aprendiéramos algún lenguaje, tendríamos retraso mental y, al tiempo, el instinto de supervivencia y reproducción pertenece a los individuos). De no ser resueltos estos conflictos, nos acercarían a la muerte. El ser humano es un zoon politikon porque ha sido capaz de resolver estos dilemas gracias a los acuerdos que constituyen la sociedad. El de la escasez lo solventa la economía a través de la división del trabajo repartiendo los recursos. El conflicto lo solventa la política a través del poder, pacificando las sociedades. De la desintegración se ocupa el sistema normativo –el más importante, el derecho– generando integración a través de la reciprocidad (cumplimos las normas en la medida en que los demás también lo hacen). Y por último, la falta de sentido ante el hecho incontrovertible de la muerte lo burlamos a través de la construcción de una identidad que nos hace parte de una colectividad (por eso la nación y la religión son tan viscerales: nos otorgan el sentido de trascendencia). En definitiva, vivimos en sociedad para burlar la muerte. Véase Juan Carlos Monedero, El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2011.

[2] La penetración del sentido común neoliberal ha llegado incluso a ámbitos feministas que reclaman hacer de la desigualdad una forma de intercambio, usando lo que llaman «capital erótico». Véase Catherine Hakim, Capital erótico: el poder de fascinar a los demás, Madrid, Debate, 2012. Para una crítica que ubica estas posturas en un patriarcado reaccionario, véanse Ana de Miguel, Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección, Madrid, Cátedra, 2016; Isabel Menéndez, «Alianzas conceptuales entre patriarcado y postfeminismo: a propósito del Capital erótico», Clepsydra: revista de estudios de género y teoría feminista 13 (marzo de 2015), pp. 45-64; y José Luis Moreno Pestaña, La cara oscura del capital erótico. Capitalización del cuerpo y trastornos alimentarios, Madrid, Akal, 2016.

[3] Los trabajos sobre la crisis del parlamentarismo son muchos, desde el clásico de Johannes Agnoli y Peter Brückner Las transformaciones de la democracia, México, Siglo XXI, 1971 (original de 1967) al más actual de Bernard Manin, Los principios del gobierno representativo, Madrid, Alianza, 1998. Por su parte, Katz y Mair han establecido el concepto de «cartelización del sistema de partidos» en que los partidos ya no son un instrumento de la ciudadanía sino del Estado. Según este modelo, hay unas reglas inflexibles que quien no las cumple queda fuera de la «democracia», de manera que, al final, todos los partidos transigen, pues ninguno queda fuera de las prebendas del Estado. Richard Katz y Peter Mair, «Changing Models of Party Organization and Party Democracy.

The Emergence of the Cartel Party», Party Politics 1,1 (1995) [ed. cast.: «El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos», Zona Abierta 108-109 (2004), pp. 9-42].

[4] Georges Bataille, El límite de lo útil, Madrid, Losada, 2006, p. 50.

[5] John Kenneth Galbraith, La cultura de la satisfacción, Barcelona, Ariel, 2000. Posteriormente, del mismo autor, La economía del fraude inocente. La verdad de nuestro tiempo, Madrid, Ariel, 2008.

[6] Que la globalización neoliberal es consecuencia más que causa del modo de regulación keynesiano vinculado al Estado de bienestar se ha analizado en el capítulo III.

[7] El trabajo de Hans-Peter Martin y Harald Schumann, La trampa de la globalización, Madrid, Taurus, 1998, demostraba cómo incluso en Alemania –un país con una enorme disciplina fiscal– las grandes empresas transnacionales de matriz alemana habían dejado de pagar impuestos escudadas en contabilidades «imaginativas» intra-empresas y el recurso a paraísos fiscales.

[8] Véase Thomas L. Friedman, The Lexus and the Olive Tree, Nueva York, Anchor Books, 1999 [ed. cast.: Tradición versus innovación, Buenos Aires, Atlántida, 1999].

[9] Fernando Escalante, Historia mínima del neoliberalismo, Madrid, Turner, 2016.

[10] Pedro de Vega, «Mundialización y derecho constitucional: la crisis del principio democrático en el constitucionalismo actual», Revista de Estudios políticos 100 (1998).

[11] Es difícil encontrar en los liberales clásicos como Adam Smith o David Ricardo una desconsideración de los lazos sociales como la que se defiende hoy en su nombre por parte de los paladines neoliberales (FMI, BM). El liberalismo clásico siempre fue más cauto y sosegado en su defensa de las ventajas del libre cambio, y nunca se le olvidó que o bien las ventajas económicas se compartían o la sociedad se disolvía.

[12] Pierre Dardot y Christian Laval, La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal, Barcelona, Gedisa, 2013; y Haiman El Troudi y Juan Carlos Monedero, Empresas de producción social. Instrumento para el socialismo del siglo XXI, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2007.

[13] Es muy expresivo el título de un artículo de Joseph Stiglitz publicado el 6 de octubre de 2003 y que tuvo impacto mundial: «Hagan lo que nosotros hicimos, no lo que decimos», donde recomendaba a los países del Sur políticas proteccionistas de sus mercados. Puede consultarse en Project Syndicate [https://www.project-syndicate.org/commentary/do-what-we-did--not-what-we-say/spanish].

[14] Véase Leo Panitch y Martijn Konings, «Mitos de la desregulación neoliberal», New Left Review II/57, en español (julio-agosto de 2009), pp. 63-78.



CAPÍTULO XI

El camino hacia el Consenso de Washington: la condición ideológica de la globalización neoliberal

No. No hay verdades únicas ni luchas finales, pero aún es posible orientarnos mediante las verdades posibles contra las no verdades evidentes y luchar contra ellas. Se puede ver parte de la verdad y no reconocerla. Pero es imposible contemplar el mal y no reconocerlo. El Bien no existe, pero el Mal me parece, o me temo, que sí.

Manuel Vázquez Montalbán, Panfleto desde el planeta de los simios.

Como ya hemos adelantado, han sido los propios Estados nacionales, impulsados por fracciones de las elites que entendían y asumían la nueva lógica transnacional, los que han entregado partes importantes de la razón nacional a la nueva razón global, perdiendo la estatalidad nacional, así, soberanía y capacidad de maniobra. No se trata de un destino implacable, sino de un desarrollo histórico donde los sectores populares no han tenido la fuerza para forzar otro rumbo. Al contrario, los lobbies forman parte de la articulación política cotidiana de los Estados desarrollados, moviéndose con inaudita agilidad en los espacios donde se concentra el poder (los casos emblemáticos son la Cámara de Representantes de Estados Unidos y Bruselas, sede de la Unión Europea). La entrada de millonarios y banqueros a la condición de presidentes o candidatos en países importantes –Estados Unidos, Argentina, Brasil, Ecuador, Perú, Francia, Italia, Rusia, México, Honduras, Bolivia entre otros muchos–, junto a los gobiernos autoritarios de dirigentes enriquecidos a través de su condición de tales –Marruecos, Arabia Saudí, Qatar, por citar algunos evidentes–, supone, como hemos señalado, que la política, también en las democracias liberales, podría estar renunciando a la legitimidad democrática que emana de una representación igualitaria.

Cada vez que las autoridades de un país asumían compromisos con organismos internacionales que trabajaban con la lógica neoliberal –en el caso de la Unión Europea, la Comisaría de Competencia es un órgano claramente neoliberal–, estaban despojándose de una soberanía sometida en cada país al circuito electoral, al tiempo que se debilitaban como aparatos ejecutivos para dar respuesta a políticas sociales que implicaran un freno a la actividad de los capitales internacionales (fueran políticas de redistribución de renta, acuerdos corporativos entre el capital y el trabajo nacionales, aseguramiento de un sector nacional estratégico, etc.). Con cada asunción de instancias jurídicas supranacionales, acuerdos comerciales, decisiones de la OMC, el FMI o el Banco Mundial, de obligaciones señaladas por mecanismos internacionales de resolución de conflictos, derechos de propiedad validados internacionalmente, normas de calidad de validez global, el mantenimiento de una paridad económica, el derecho sobre las patentes, las calificaciones riesgo país, la orientación comercial exterior, etc., los Estados nacionales estaban perdiendo estatalidad nacional que iba a parar a Estados extranjeros, a organismos semipúblicos o, directamente, a manos privadas.

Conforme el capitalismo se hacía más global –siguiendo su lógica propia tras el paréntesis de capitalismo domesticado de los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial–, se iban creando las instancias supranacionales que dirigían esa nueva fase del capitalismo. De hecho, todo el entramado de lo que, como veíamos, William Robinson llama el embrión de Estado transnacional, no es sino la adecuación institucional a las necesidades de acumulación de un capitalismo que ya no podía sobrevivir exclusivamente en la jaula de los Estados nacionales, corsé para esos capitales de altos vuelos que necesitaban superar la fase desarrollista o keynesiana. El creciente Estado transnacional implica una arquitectura institucional férrea, desarrollada y generalizada, acompañada incluso por ejércitos supranacionales dispuestos a intervenir cuando las funciones represivas de los Estados nacionales fracasen. Una estructura que se acompaña de un imaginario de inevitabilidad que parece que siempre existió y que, sobre todo, hace difícil imaginar su alternativa o su simple ausencia[1].

Desde un punto de vista normativo político, la globalización neoliberal es la culminación de un proceso de vaciamiento de la democracia entendida como participación popular y, en la estela de Lincoln, gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Las presiones elitistas, interesadas en crear democracias de baja intensidad que no frenaran la rearticulación capitalista, encontraron en los procesos globalizadores razones para sacar legalmente fuera del proceso electoral facetas amplias de la vida pública (por ejemplo, gran parte de la política monetaria). La capacidad de influencia popular en el poder político ha ido disminuyendo a lo largo de las diferentes fases de construcción democrática.

Primero, al borrarse la diferencia entre el poder y los representantes (lo que no ocurría en la representación medieval cuando una ciudad «mandataba» a un representante para defender sus posiciones ante el rey o el emperador) se invisibiliza el poder y se olvida su fiscalización. El poder político es el propio representante del pueblo (es lo que se pierde al perderse el mandato imperativo y al convertir a los «mandatados» en «mandatarios»). Con la globalización, ese poder invisibilizado además se aleja al trasladarse a «no lugares» desde el punto de vista de la fiscalización democrática (Bruselas, Estrasburgo, Washington o Nueva York). La capacidad de influir en las instancias globales queda reservada para las elites globalizadas (o sus equipos de lobby). De ahí que a las instancias globales les resulte más sencillo atender a los intereses empresariales o de competitividad nacional o regional que a los intereses sociales particulares, tales como el empleo, la sanidad, la educación o las pensiones públicas. Si planteábamos que el Estado posee una selectividad estratégica que, en ausencia de conflicto, le hace más fácil atender a unos intereses que a otros (lo que llamábamos la memoria del Estado), las instancias internacionales tienen también una selectividad estratégica, con el añadido de que es muy difícil identificar la Bastilla delante de la cual manifestar la protesta. No hay que dejar de lado el hecho de que mientras que los Estados nacionales se han ido construyendo a través de los conflictos sociales y las luchas de clase, buena parte del entramado internacional se ha construido sin la necesidad de confrontar socialmente al nacer como entramados supranacionales. La condición representativa del Estado, que da tanto poder a las minorías consistentes en el ámbito nacional, multiplica su independencia respecto de las mayorías en el ámbito internacional.

La colaboración de los Estados nacionales en la construcción de una lógica transnacional hace que hoy se cuente con la presencia de otros muchos actores en el ámbito político mundial. Algunos de estos actores han irrumpido con fuerza inusitada. En no pocos casos, tienen más capacidad financiera, militar, coactiva y simbólica que varios de los Estados que forman parte de Naciones Unidas. Los ejércitos de mercenarios, contratados por empresas de extracción de diamantes en África o por hacendados en Brasil o Colombia; la



capacidad tecnológica de mafias y narcotraficantes; la capacidad educativa de las empresas de medios de comunicación; el poder simbólico de Hollywood; o las redes desagregadas de terrorismo de cualquier tipo, superan con diferencia las posibilidades de muchos Estados, incluidos los desarrollados, para poner freno a esos grupos que actúan con lógica global y cuestionan la capacidad de los Estados para definir en qué modelo de sociedad quieren vivir sus ciudadanos. La influencia de los grandes consorcios mediáticos es capaz, además, de poner contra las cuerdas a cualquier gobierno, al igual que existen empresas que, por su volumen de negocio en comparación con el PIB del país en el que operan, pueden dictar casi cualquier condición que tenga lógica económica.

La lista de nuevos actores que acompañan a los Estados nacionales en la marcha de la globalización neoliberal incluiría necesariamente a los siguientes: empresas transnacionales; ciudades globales; rearticulaciones regionales orientadas a la exportación y que afectan a diferentes Estados; centros financieros desterritorializados (paraísos fiscales); organismos internacionales omnipresentes (ONU, FMI, Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio); renovadas reclamaciones nacionales/culturales silenciadas durante decenios (naciones sin Estado); nuevas organizaciones internacionales sui generis (Foro Social Mundial, redes ciudadanas internacionales, partidos transnacionales); derechos de propiedad validados globalmente (patentes); agencias de calificación de riesgo; centros internacionales de resolución de conflictos; identidades globales desligadas del tiempo y el espacio (ejecutivos, comunidades virtuales alrededor de internet, circuitos audiovisuales); redes mundiales de delincuencia; terrorismo sin base estatal; redes mundiales de apoyo médico, solidaridad y ayuda; formadores regionales o mundiales de opinión pública (CNN, Al Yazira, Telesur, empresas de demoscopia); intelectuales globales… Como se ve, nada fácilmente encuadrable en una simplista categorización de buenos y malos. Los términos de globalización hegemónica y globalización contrahegemónica son más útiles tanto en términos interpretativos como en la clarificación ideológica.

El paisaje solamente es homogéneo visto desde lejos. Conforme uno se acerca, las disparidades se hacen evidentes. La diferenciación establecida por Wallerstein entre centro, periferia y semiperiferia (ya adelantada por Gramsci) no solamente sigue siendo válida, sino que es obligatoria para no constreñir las globalizaciones en un tipo único de globalización que ignora sus diferencias según sea el país, el momento, la correlación social de fuerzas, la pertenencia a un área de influencia, la fuerza de la fracción de clase globalizada, la penetración de nuevos actores globales, etc. Si bien la tendencia es general y responde a las necesidades del capitalismo desde los años setenta, la forma en que se asienta ese modelo en cada país es, como venimos analizando, un capítulo abierto. No puede ser igual la cesión de soberanía en países donde la sociedad civil ha creado al Estado que en países donde el Estado ha creado la sociedad civil; en donde se han construido modelos más o menos pluralistas tras doscientos años de exitosas luchas obreras, donde el Estado no se deja en modo alguno manejar como un instrumento de las clases dominantes (aunque sí esté fungiendo como el garante último de la lógica del capitalismo), que en otros lugares donde la posición subordinada en la división internacional del trabajo, la existencia de dictaduras, la falta histórica de institucionalidad o una férrea represión debida a la propia debilidad de la burguesía nacional no ha permitido contar con un aparato estatal legitimado que pudiera pensarse como palanca para la creación de intereses generales.

Ya se ha apuntado que el modelo hegemónico en el mundo es el que ha construido durante los últimos cinco siglos el trabajo en paralelo del pensamiento moderno (el que sustituyó al pensamiento metafísico medieval y puso a la razón y a la ciencia en el centro

de la vida), del modo de producción capitalista y del modelo de Estado nacional. La lógica de ese modelo es similar en cualquier rincón del globo bajo influencia occidental –es la que explica y justifica la acumulación legitimada de capital bajo una lógica lineal de progreso en sitios tan distantes–, pero su concreción, como venimos insistiendo, es particular. Esa lógica va a intentar en todos lados, con un comportamiento orientado de una misma manera, garantizar su tasa de beneficio, y para esto buscará ajustarse y obtener el beneficio donde le resulte más sencillo, es decir, por las partes más débiles, como veíamos: trabajadores, mujeres, medio ambiente, otros países o generaciones futuras (aquí en forma de endeudamiento). Igualmente, intentará construir hegemonía para garantizar el dominio y hacerlo más estable –es con esta responsabilidad que aparece la transformación de los medios de comunicación en estrechos aliados del neoliberalismo–. Y buscará llevar al Estado hacia la lógica transnacional, utilizando para tal fin explicaciones históricas con algún fundamento –por ejemplo, el fracaso del keynesianismo en la crisis de los setenta–, interpretaciones antropológicas –el ser humano que no recibe castigo es débil y fomenta un mal comportamiento genético– y, en otras ocasiones, meras falacias ideológicas mil veces repetidas: bajar los salarios para crecer y luego repartir; abrir las fronteras para mejorar la competitividad; privatizar sanidad, educación y pensiones para ser más eficientes y superar la pobreza; dedicar recursos públicos a salvar bancos privados para recuperar la salud de la economía; etc. Todo esto intentando siempre, como llave última de su éxito, deslegitimar las alternativas.

El no hay alternativa thatcheriano es, a fin de cuentas, el gran legitimador del nuevo modelo de acumulación capitalista. Es por esto por lo que esa lógica unitaria pone gran énfasis en acabar con otros modelos que sirvan de ejemplo contrario a esa lógica homogénea. La libertad, como señaló Tocqueville, es un virus altamente contagioso. Basta un país que se presente al mundo como soberano para que el efecto dominó comience. Es ahí donde hay que entender la virulencia contra Cuba (curiosamente, no porque sea un modelo buscado, sino por su representación de la dignidad frente a comportamientos imperiales), la virulencia contra la República Bolivariana de Venezuela, contra la Bolivia de Evo Morales, el Brasil de Lula y Dilma Rousseff, el Ecuador de Correa, contra Podemos en España, Tsipras en Grecia o Corbyn en Gran Bretaña, o contra organizaciones como el Foro Social Mundial y los movimientos altermundistas que puedan demostrar, en la práctica, que otro mundo es posible. Y no es muy diferente de la demonización del islamismo, equiparando a grupos como Hamás con organizaciones terroristas como Al Qaeda o invalidando la legitimidad de los resultados electorales cuando los candidatos triunfadores no son los recomendados por el Departamento de Estado[2].

Allí donde en los últimos decenios la acumulación económica se había organizado en Estados nacionales más o menos proteccionistas, aparece ahora un impulso global que adopta en unos países la forma de desmantelamiento del Estado del bienestar –con los consiguientes recortes en los derechos civiles y políticos para acallar las protestas– y, en otros, directamente, la forma de ajuste estructural[3]. Paralelamente a esta desarticulación nacional aparece la señalada articulación transnacional, la construcción de una red institucional global que garantiza esa nueva forma de acumulación frenada, como vimos, por la necesidad de legitimarse que tienen los Estados nacionales en su forma de Estados sociales y democráticos de derecho.

Fracasado durante casi tres décadas el freno a ese impulso, la globalización neoliberal fue imponiéndose como la forma de globalización hegemónica. Es por eso por lo que John Williamson bautizó a finales de los años ochenta al pensamiento único con la eufemística expresión Consenso de Washington, trasunto en la economía del fin de la historia que propugnó Francis Fukuyama para la política.



Y es también por todo esto por lo que la concreción de alternativas se está convirtiendo en un riesgo creciente para el modelo liberal, quien ha abierto una nueva guerra fría que, en no pocas ocasiones, se calienta con fragores de guerra sin adjetivos. La nueva alternativa, tras tres décadas de hegemonía neoliberal, se expresa en diferentes perfiles:

1) En forma de gobiernos con un discurso abiertamente antineoliberal.

2) En integraciones regionales que cuestionan los principios básicos de la competencia neoliberal (es el caso emblemático del ALBA).

3) En articulaciones políticas globales contrahegemónicas (como se ha apuntado, los diferentes capítulos del Foro Social Mundial o las redes altermundistas).

4) A través de la creación de una opinión pública mundial opuesta al modelo globalizador hegemónico (movimientos contra la guerra, medios de comunicación alternativos, foros académicos, documentales y películas críticas, movimientos sociales interconectados, defensa mundial de los inmigrantes).

5) Por esa amenaza con urgencias catastróficas que es el calentamiento global, y que se ha convertido en un riesgo creciente para el modelo neoliberal.

6) En los crecientes problemas por los que pasa el sistema en cada nueva crisis (lo que no quiere decir que la próxima sea la última, sino que las dificultades para salir son cada vez mayores, a un costo más alto y reduciendo más las posibilidades para la siguiente).

EL PROGRAMA ECONÓMICO DE MÁXIMOS DEL NEOLIBERALISMO: EL CONSENSO DE WASHINGTON

El Consenso de Washington es el nombre que el economista norteamericano John Williamson dio en 1989 al conjunto de requisitos económicos donde coincidían académicos, el Gobierno norteamericano y las instituciones con sede en esa ciudad (FMI, BM, OMC), y que parecían ser compartidos por los principales think tanks, por los gobiernos de buena parte del mundo (incluidos los del tercer mundo) y por las instituciones financieras. Era el consenso sobre una forma de diagnóstico y terapia de la economía que no admitía crítica que no fuera descalificada con dureza (sin contar la globalización previa de la represión que fue el Plan Cóndor). Tuvo efectos positivos en la lucha contra la inflación y en el saneamiento, en algunos casos, de las variables macroeconómicas, pero efectos devastadores en buena parte de los pueblos del Sur, siendo responsable, en buena medida, tanto de los incrementos de la desigualdad como del empobrecimiento general. Este consenso, que se denominaría críticamente como pensamiento único por la vehemencia de su implantación, implicaba los siguientes asuntos:

1) equilibrio del presupuesto público reduciendo el déficit fiscal;

2) reconducción del gasto público primando la selección del mercado;

3) reformas fiscales que redujeran los impuestos directos y aumentaran los indirectos;

4) establecimiento de tipos de interés positivos que atrajeran capitales y fomentasen el ahorro interno;

5) tipos de cambio que permitieran orientar la economía hacia el exterior de manera competitiva;

6) liberalización comercial con plena apertura de fronteras;

7) recepción de inversión extranjera directa;

8) privatizaciones del sector público;

9) desregulación en lo referente al mercado laboral, a los controles a las empresas y a los capitales y desaparición de las barreras legales a los movimientos económicos (salvo de mano de obra);

10) garantías a los derechos de propiedad.

Este consenso, y su puesta en práctica, da pie para hablar de cambios radicales en la política económica occidental. Como ha planteado Donoso[1], estas diez propuestas marcan tres orientaciones principales: repliegue del Estado (desregulación social y económica; reformas presupuestarias; privatizaciones); reforzamiento de la condición policial del Estado (garantías de cumplimiento del orden legal, especialmente de la economía de mercado y de la propiedad privada); ampliación del alcance de los mercados nacionales e internacionales (liberalizaciones comercial, financiera y cambiaria); a lo que añadiríamos una fuerte reforma laboral que devuelve al mercado el ajuste entre la oferta y la demanda de mano de obra, camino de convertirse de nuevo en otra mercancía más sin las atenciones del modelo anterior.

Este conjunto de requisitos es la contraparte económica de la idea de gobernabilidad, donde, al igual que en la parte política que recoge esta idea, el Estado debe dejar todo el camino libre al mercado a través de la desregulación, la liberalización, la privatización, el ajuste macroeconómico y la primacía del sector exterior, encargándose tan solo, al igual que recoge la idea de gobernabilidad, de garantizar la propiedad privada y el discurrir armónico del desarrollo de la acumulación capitalista.

[1] Vicente Donoso, «Los retos de una globalización alternativa», en Juan Carlos Monedero (ed.), Cansancio del Leviatán. Problemas políticos en la mundialización, Madrid, Trotta, 2003. Para las tesis de John Williamson, véase «What Washington means by policy reform», en John Williamson (ed.), Latin American Adjustment: How Much Has Happened?, Washington, Institute for International Economics, 1999.



Se entenderá, por tanto, por qué el discurso sobre la globalización, como expresión del modelo neoliberal, se vio convertida en un campo de batalla. Más allá del incontrovertible hecho del incremento de los flujos sociales, del aumento cuantitativo de las transferencias antaño fijadas territorialmente, el resto va a formar parte de la discusión acerca del futuro nuevo orden mundial. Su resultado, una vez más, dependerá de los conflictos sociales. La última guerra civil europea (la Segunda Guerra Mundial) se zanjó con la victoria de la izquierda sobre la derecha. Es lo que produjo la gran transformación de la que habló Polanyi, esto es, la asunción por parte de un Estado social del rumbo de la economía. La ausencia de conflicto social ha revertido ese resultado. No es gratuito que el grueso de los premios Nobel de Economía desde 1974 hayan recaído sobre economistas que defienden, de una manera u otra, el modelo neoliberal. Si, como decía Shakespeare, la venganza es un plato que se sirve frío, medio siglo después la venganza ha sido ejecutada.

[1] Repárese que más que de un Estado transnacional (que nos llevaría a pensar que cumple las funciones que ha cumplido el Estado nacional), conviene hablar de un Estado embrionario o incluso de un para-Estado (como lo es en algunas zonas de Italia la mafia, o la guerrilla, los paramilitares y el narcotráfico en zonas de Colombia), es decir, de una estructura que sustituye en algunos aspectos o complementa a los Estados nacionales, a quienes, de cualquier forma, siempre les competerán funciones generales de acumulación y garantía de la propiedad privada (represión), de aseguramiento de la confianza social y de búsqueda de legitimación (sin las cuales se derribaría todo el sistema por la inestabilidad que generaría).

[2] Para la normalización del Estado de excepción, con especial atención al caso brasileño, véase Rafal Valim, Estado de Esceçao: a forma jurídica do neoliberalismo, Sao Paulo, Contracorrente, 2017.

[3] Es importante diferenciar entre las políticas asistenciales de lo que se llama el Estado social, del presupuesto de transformación del modelo económico y social que implicaría la fórmula Estado del bienestar. Mientras el primero funciona de manera paliativa y se desempeñó como una primera etapa, el segundo tenía como objetivo crear mayor igualdad social y mayor libertad, en una fusión que superaría el conflicto entre justicia y libertad propio de los siglos XIX y XX. La derecha siempre ha insistido en ese componente paliativo del libre mercado, mientras la socialdemocracia, antes de asumir las tesis liberales, operaba desde el presupuesto de la transformación social a través del cambio de las relaciones de clase. De ahí que su principal herramienta fuera el pleno empleo, que a su vez garantizaba sindicatos fuertes y una clase obrera menos sujeta a procesos de disciplina laboral o social.

CAPÍTULO XII

Otra «gran transformación»: la venganza de la «economía»

[…] los orígenes del cataclismo, que conoció su cenit en la Segunda Guerra Mundial, residen en el proyecto utópico del liberalismo económico consistente en crear un sistema de mercado autorregulador. Esta tesis permite, a mi juicio, delimitar y comprender ese sistema de poderes casi míticos que supone, ni más ni menos, el equilibrio entre las potencias, el patrón oro y el Estado liberal; en suma, esos pilares fundamentales de la civilización del siglo XIX se erigían todos sobre el mismo basamento, adoptaban, en definitiva, la forma que les proporcionaba una única matriz común: el mercado autorregulador.

Karl Polanyi, La gran transformación (1944).

La ofensiva ideológica del neoliberalismo, al menos desde el influyente trabajo de Huntington, Crozier y Watanuki La crisis de la democracia. Informe a la Comisión Trilateral (1975), concentró sus baterías contra un Estado al que se definía como sobrecargado debido a un exceso de democracia. Esta sobrecarga estaba, a su vez, motivada por lo que se entendía como una participación ciudadana desproporcionada. Para mayor confusión, esa persecución del Estado mínimo se hacía en nombre de la democracia. Una vez más, la academia se prestó para encontrar razones a esa propuesta. Como ocurre con todas las peticiones que provienen de espacios con gran capacidad financiera, las respuestas siempre se multiplican. Esto explica por qué hay ámbitos sobreteorizados mientras otros están subteorizados. Dicha sobreteorización lleva, además, a confundir el grano con la paja. La justificación de la puesta en marcha de planes de ajuste en los años ochenta nunca se presentó como una forma indirecta de garantizar las exportaciones de Estados Unidos, sino como el necesario saneamiento macroeconómico que iba a permitir la inserción internacional de los países en desarrollo. De la misma manera, la reforma del Estado, propuesta en los años noventa, callaba el interés principal de liberar capitales –por ejemplo, a través de las privatizaciones– que permitieran a los países del Sur pagar la deuda contraída con el Norte en décadas anteriores. La revolución verde nunca se presentó como la desertización y proletarización del campo o como la fidelización de los campesinos del Sur a las grandes empresas del agrobusiness –usando como vehículo para esto el uso de semillas transgénicas por las cuales había que pagar cada año o de fertilizantes encadenados a dichas semillas y que, a su vez, invalidaban los métodos tradicionales de agricultura–. Era ni más ni menos una revolución que iba a acabar con el hambre en el mundo. El informe La crisis de la democracia presentó al mundo la Trilateral (el primer gobierno en la sombra de la globalización), al tiempo que reclamaba una nueva regulación social y política autoritaria que frenase las protestas que abrió la crisis del keynesianismo a mediados de los años setenta.

El debilitamiento de un Estado, que en esos momentos era desarrollista o social, en nombre de mayores garantías democráticas implicaba dejar al mercado la solución de



todos los ajustes sociales. Las tres funciones por excelencia del Estado moderno – garantizar la reproducción material del sistema, facilitar la confianza entre los ciudadanos y suministrar legitimidad al aparato político– se debían abandonar como caducas, sin que se propusieran alternativas políticas que sustituyeran de manera clara la labor estatal y garantizasen sus mismos fines (los consolidados como derechos de ciudadanía). El rearticulador social ni siquiera iba a ser el mercado nacional, sino que le correspondería esa tarea al mercado globalizado. Ahora bien, en ese viaje, la legitimidad estatal y, con ella, todo el sistema se ponía en peligro:

[…] la conversión de hombres en ciudadanos del mundo, sin el establecimiento de los marcos políticos en los que efectivamente pudieran ejercitar y hacer valer esa ciudadanía, para lo único que sirve es para proclamar procaz y falsamente la aparición de una sociedad civil universal sin Estado, como sustitutivo y compensación histórica al alarmante fenómeno de un Estado que se está quedando sin sociedad civil. Lo que significa que nuestra obligada conversión en ciudadanos del mundo a la que, por necesidad, mandato y exigencia del mercado nos vemos sometidos, solo puede producirse a costa de la renuncia cada vez más pavorosa de nuestra condición de ciudadanos en la órbita política del Estado, dentro de la cual el hombre es, ante todo, portador de unos derechos (rights holder) que en todo momento puede hacer valer frente al poder. Difuminada la ciudadanía en una organización planetaria, difícilmente podrá nadie alegar derechos y esgrimir libertades (que es a la postre donde radica la esencia de la ciudadanía) ante unos poderes que sigilosamente ocultan su presencia[1].

En otras palabras, la globalización dificulta la posibilidad de ser ciudadanos en Liliput –en los medianos o pequeños y más o menos afianzados Estados nacionales–, y condena a no serlo en Brobdingnag, en el país de los gigantes, en la cosmópolis completa del planeta. Se pierde la condición de ciudadanos en nombre de fuerzas imponderables o se lesionan los derechos civiles, políticos y sociales en los Estados nacionales realmente existentes, mientras que la inexistencia de esa esfera pública mundial nos convierte, siguiendo la raíz griega del término idion –que designaba la carencia de la perspectiva de la polis–, en necesarios idiotas, personas alejadas de asuntos públicos que están demasiado lejos de cualquier posibilidad de entender y controlar. No es que ese no sea el objetivo normativo al que se debe ir desde una perspectiva ilustrada y emancipadora. Es que las nuevas instancias que se han creado en esa dirección, como el Tribunal Penal Internacional, no dejan de ser sino herramientas selectivas que pueden juzgar a países pequeños pero jamás podrán hacerlo con los grandes.

Recordemos que en el mundo antiguo imperaba una idea de totalidad asentada en un modo de producción esclavista que permitía una identidad ciudadana entre lo público y lo privado. La politeia griega estaba ligada a un discurso horizontal, que posteriormente sería traducido en el mundo latino como res publica y en el anglosajón con la idea de la commonwealth, es decir, relacionado con lo que entendemos como «bien público» o «interés general». De ahí que el desentendimiento de la cosa pública cargara con la connotación negativa de idion que se ha mantenido en la evolución de la palabra idiota. El espacio físico del planeta desborda la capacidad cotidiana de la ciudadanía y, al igual que ocurre con la sobreabundancia de información, el resultado final es una potencial reclusión en ámbitos reducidos, en la atomización social, en el sacrificio de la sociabilidad orgánica y cálida. La regulación mundial quedaría, en tanto no se defina con claridad quién sustituye

a la esfera internacional, en manos de un mercado autorregulado o, en su defecto, de comités de técnicos encargados de ofrecer el argumentario mecanicista y necesario del funcionamiento del mercado no intervenido. La referencia a Karl Polanyi es de nuevo inevitable: «la idea de un mercado que se regula a sí mismo era una idea puramente utópica. Una institución como esta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y la naturaleza de la sociedad, sin destruir al hombre y sin transformar su ecosistema en un desierto»[2].

El surgimiento de nuevos actores que compiten con el actor político por excelencia, esto es, el Estado nacional, nos sitúa ante una encrucijada. La sociedad red (Castells) plantea la existencia de un entramado reticular que carecería de centro y que, en su lugar, tendría diferentes nódulos. Si bien es real la incorporación de la descentralización en la capacidad de decisión política (lo que incorpora el concepto de gobernanza), la idea de red no hace justicia al papel todavía predominante del Estado nacional y a sus responsabilidades, incluso en aquellos lugares que gozan de mayor integración social, como puede ser en la Unión Europea. Además de que lo que podía ser el resultado final de una recuperación ciudadana del poder político, con el debilitamiento de los Estados y el ejercicio del desarrollo y control de las decisiones públicas realizados por ciudadanos organizados en redes y que asumen el control de sus medios políticos y económicos, aquí es resultado de decisiones cupulares orientadas por los meros intereses del sistema capitalista. En síntesis, la oferta de un comunismo capitalista que habría que añadir al baúl de oxímoron con los que se abunda en la confusión de la época.

Pero no deja de ser cierto que determinados grupos subestatales tales como asociaciones de vecinos, movimientos sociales, grupos de expertos, grupos de afectados, movimientos internacionales con acción local, empresas locales, etc., y grupos supranacionales, como por ejemplo la UE, Mercosur, la ONU y organizaciones no gubernamentales como Amnistía Internacional o Greenpeace, las empresas transnacionales, entre otros, son actores, nuevos o no, que tienen un papel renovado en la discusión y ejecución de políticas públicas. Este conjunto de cambios trastoca, al menos potencialmente, los fundamentos del orden de los sistemas políticos occidentales, articulados sobre la idea de representación y legitimidad. Esto es así ya que, por un lado, rompen el principio igualitarista que encerraba la fórmula de Estado social y democrático de derecho; y, por otro, deshacen la teoría de la representación, que operaba sobre el principio de la accountability (solo los Estados nacionales están sujetos a rendición política de cuentas). La necesaria teoría del Estado en la globalización tiene, como uno de sus pilares, una reconsideración de la representación y la participación que acomode lo público a sus nuevos espacios[3].

Esto no quiere decir, como venía siendo en el caso en las críticas marxistas, que la última crisis del sistema sea la definitiva (en los años noventa se pudo entender que los países realmente aquejados de serios problemas de legitimidad eran los del bloque soviético), pero sí permite alumbrar la ruptura tendencial de los elementos que han otorgado legitimidad a los sistemas políticos occidentales. En especial, la quiebra del principio redistributivo vuelve a situar en el centro de la escena la contradicción clásica de las sociedades de clase: mientras que la riqueza se genera socialmente, se reparte de manera individual. La tensión entre las funciones de legitimación y las de acumulación apuntadas en los años sesenta pueden regresar a un primer plano. Pero la labor de los nuevos medios de comunicación, especialmente audiovisuales, abren un territorio incierto sobre el que falta todavía evidencia empírica, aunque no evidencia lógica; de la misma manera que la construcción del enemigo terrorista islámico puede cumplir las funciones disciplinadoras que antaño desempeñó el enemigo comunista durante la guerra fría. Así,



aun agravándose las desigualdades y debilitándose las bases usuales de la obediencia, no puede afirmarse que el empeoramiento de las condiciones sociales traiga consigo transformaciones que cumplan siquiera los criterios procedimentales de justicia social. Elementos extremos de politización, como una nueva guerra fría, esta vez contra un enemigo que es interno (el citado terrorista islámico, pero también cualquier disidencia, como puede ser el caso de los indígenas en Argentina o Chile o cualquier otro colectivo), cumplirían esa misión disuasoria. La penúltima gran crisis del capitalismo, insistimos, no trajo al mundo el socialismo sino el fascismo.

El segundo tercio del siglo XX será recordado como el del «cenit del Estado» (Therborn), el momento en el que esta forma de organización política alcanzó su más alta sofisticación, encaminada a una gran actividad de control, regulación, planificación y unificación nacional desconocida hasta la fecha. La interpretación que se extrajo de las consecuencias de un siglo de hegemonía liberal, cuyo suceso más luctuoso fue la Segunda Guerra Mundial y la barbarie fascista, operó un gran cambio en las ideas y en las prácticas políticas que duraría hasta la crisis de los años setenta y el renacer de los planteamientos en favor del mercado capitalista, ahora conceptualizados como neoliberalismo.

La relectura del trabajo clásico de Karl Polanyi La gran transformación, publicado originariamente en 1944, nos sirve como laboratorio del pasado en donde rastrear preguntas absolutamente pertinentes; al igual que en el periodo de entreguerras (con las salvedades que vimos sobre las comparaciones con el pasado), de nuevo nos encontramos con que, en nombre de intereses económicos desprovistos de su condición humana, se sacrifica la preservación de la sociabilidad. Organizaciones humanas donde se opta por el progreso económico al precio de la dislocación social.

En La gran transformación, este judío vienés de origen húngaro dio cuenta de los cambios que experimentó el mundo hegemónico occidental en el primer tercio del siglo XX, cuando las cuatro instituciones sobre las que se asentaba dieron sus últimos estertores y se terminaron los cien años de paz comprendidos entre 1815 y 1914 (nótese, en cualquier caso, el sesgo eurocéntrico del análisis de Polanyi: para otros lugares, como el continente latinoamericano, el signo del siglo es todo lo contrario). Los años treinta serían los de «la transformación radical de una civilización», donde al fracaso de la autorregulación se le contrapuso la necesidad de organizar el capitalismo mundial y nacional más allá de la ilusión malintencionada o utópica de un mercado autorregulado al servicio exclusivo de la ganancia privada. Fue la época de la clausura política del liberalismo, que se encarna en los planes quinquenales soviéticos, el New Deal norteamericano, los fascismos en Italia y Alemania, los inicios del Estado social en la España pre-republicana o, en el continente latinoamericano, la preparación del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones.

Las cuatro instituciones que habían garantizado la marcha pacífica del mundo (en comparación con otras épocas) habían sido: un sistema de equilibrio entre las grandes potencias; la organización de la economía mundial sobre la base del patrón oro; el funcionamiento de un mercado autorregulado; y la existencia de Estados nacionales liberales. Las transformaciones fueron de carácter planetario, y pese a que su resultado más terrible y visible fueron las guerras, la chispa que conduciría a la Segunda Guerra Mundial –tras el amargo trago de los fascismos– fue el desplome del patrón oro, razón de ser de las otras tres instituciones y estabilizador de la economía mundial. Sin embargo,

Polanyi recuerda que la «fuente y matriz» de ese sistema era un mercado autorregulador, de manera que los demás elementos giraban a su alrededor:

[El patrón oro era] pura y simplemente una tentativa para extender al ámbito internacional el sistema del mercado interior; el sistema de equilibrio entre las potencias fue a su vez una superestructura edificada sobre el patrón oro que funcionaba, en parte, gracias a él; y el Estado liberal fue, por su parte, una creación del mercado autorregulador. La clave del sistema institucional del siglo XIX se encuentra, pues, en las leyes que gobiernan la economía de mercado[4].

Llama la atención que lo que para Polanyi era, como antropólogo, algo obvio haya sido olvidado por las sociedades de finales del XX y comienzos del XXI en una reedición de la ideología liberal que tan funestas consecuencias causara en el siglo XX. La subordinación de la política a la economía capitalista satisfacía las necesidades de ambas, reposando en el interés económico general el interés por salvaguardar el equilibrio político. La ausencia de concertación política internacional en el siglo XIX fue sustituida por la labor de la haute finance. Estas altas finanzas, cuyo móvil era la ganancia, fueron las constructoras del equilibrio entre los Estados y los mercados tanto en su vertiente nacional como internacional. El partido de la paz europeo era el de los grandes financieros (el sistema monetario internacional exigía la paz para su funcionamiento). La nueva economía rearticuló el equilibrio entre las potencias y evitó guerras devastadoras. El lubricante del mecanismo estaba en la obligación de respetar los requerimientos del patrón oro (mantener la paridad de la moneda con el oro, de manera que se obtuviera estabilidad monetaria interna, una referencia real de valor respecto de las otras monedas y credibilidad externa, clave para los intercambios comerciales). De ahí que los gobiernos representativos, responsables ante la población, fueran quienes mejor podían garantizar ese comportamiento monetario virtuoso. En definitiva,

la organización de la paz descansaba fundamentalmente en la organización económica […]. Presupuestos y armamentos, comercio exterior y aprovisionamiento de materias primas, independencia y soberanía nacionales se encontraban ahora subordinadas a la moneda y al crédito […]. Solo un insensato podría poner en duda el hecho de que el sistema económico internacional constituía el eje de la existencia material del género humano […]. Eliminado este sistema, desaparecería la causa que suscitaba semejante interés y la posibilidad misma de salvaguardar la paz[5].

Todos los teóricos clásicos del Estado a partir de Jellinek –quien a su vez tiene una base hegeliana fuerte– enseñan que la organización política es un intercambio en que ciudadanos y gobernantes entran en una relación de reciprocidad que no puede ser ocultada simplemente con ideologías (que terminan por consumir el cemento social). «El protego ergo obligo –escribe Carl Schmitt– es el cogito ergo sum del Estado» (si con el «pienso luego existo» se inicia la filosofía moderna, el punto de partida del Estado moderno es esa obligación de obediencia que nace del servicio de protección feudal). Incluso en sus casos más extremos –bajo riesgo de guerra o en un conflicto abierto–, el



Estado debe garantizar la seguridad integral a los ciudadanos. En periodo de paz, la ciudadanía incrementa sus exigencias y si no son satisfechas expresará su malestar o su protesta (algo que pretende canalizar el proceso electoral). La legitimidad del Estado está ligada a su justificación, y las justificaciones se ligan a la satisfacción de las expectativas. La legitimidad de un sistema de organización política –que siempre es un sistema de dominación más o menos consentido– depende del cumplimiento de lo que en ese momento sean las demandas ciudadanas. Como se ha dicho, solo durante un lapso puede enmascararse la desvirtuación de la búsqueda de lo que se tiene como intereses colectivos. Es lo que ocurre en zonas cada vez más amplias de las periferias de los países ricos; es lo que lleva mucho tiempo ocurriendo en partes amplias en los países pobres.

Marginalidad, violencia y desestructuración social coinciden allí donde no existe un Estado eficiente o se pretende reducir este a su función represora (nótese que no estamos hablando de la posibilidad de organización de sociedades que acumulan sabiduría milenaria, sino de grupos sociales a menudo rotos y desarraigados por la penetración del capitalismo o de alguna forma de colonización). La sociedad siempre se rebela frente a lo que considera es una lesión de sus intereses. No hay privilegio sin respuesta. La respuesta en los años treinta es conocida:

Inevitablemente la sociedad adoptó medidas para protegerse, pero todas ellas comprometían la autorregulación del mercado, desorganizaban la vida industrial y exponían así a la sociedad a otros peligros. Justamente este dilema obligó al sistema de mercado a seguir en su desarrollo un determinado rumbo y acabó por romper la organización social que estaba basada en él[6].

La necesaria descomposición de la sociedad internacional, sostenida sobre la idea de un mercado autorregulado, no devino en ninguna reordenación inteligente de la sociedad. Muy al contrario, desembocó trágicamente en una especie de ley del péndulo. Si la separación de lo político y lo económico habría significado, como sostiene Polanyi, una exaltación de la libertad a costa de la justicia y la seguridad –con el añadido, mientras duró, de la paz–, la respuesta del fascismo se fue al extremo contrario a la negación liberal de la regulación estatal. El choque terminaría solventándose, en el bando capitalista, en la guerra. La paradoja, terrible, es que los instrumentos que los liberales denunciaban como enemigos de la libertad (la planificación, la regulación, la intervención administrativa) terminaron dando credibilidad a aquellos que utilizarían esos instrumentos para acabar realmente, bajo el fascismo y el estalinismo, con todo vestigio de libertad. El uso inteligente y democrático de lo político (la definición y articulación de metas colectivas obligatorias dentro de una sociedad) fue expulsado del debate. La dicotomía establecida por la cerrazón liberal frente a lo político situó al mundo en un dilema de conocidas consecuencias que solo sería roto, después del desastre de la Segunda Guerra Mundial, con la incorporación de las ideas de reciprocidad y redistribución en los Estados sociales:

La privación total de libertad en el fascismo es, hablando con propiedad, el resultado fatal de la filosofía liberal que pretende que el poder y la coacción constituyen el mal, y la libertad exige que no tengan cabida en la comunidad humana. Pero esto no es posible, como se pone claramente de manifiesto en una sociedad compleja. Aparentemente solo

existen dos posibilidades: continuar siendo fieles a una idea ilusoria de libertad y negar la realidad de la sociedad, o bien aceptar esta realidad y rechazar la idea de libertad. La primera solución es la de los defensores del liberalismo económico; la segunda, la del fascismo[7].

Sin embargo, la globalización y la desregulación no significan que desaparezca el orden y la previsibilidad en el gobierno de las relaciones económicas internacionales. Una vez más es la teoría del Estado la que nos recuerda que la construcción de los Estados de derecho está íntimamente vinculada a las necesidades de garantizar la propiedad privada y los contratos, aspectos ambos que siguen reclamando su privilegiado lugar en el ámbito internacional. Recordemos que es aquí donde aparece ese potencial Estado transnacional que se atribuye la estatalidad abandonada por el Estado nacional. Lo llamativo es que esas funciones de control se articulan, principalmente, como formas de arbitrio de conflictos entre Estados que operan como empresas y empresas con estricto carácter privado (considérese el caso de las agencias de calificación de riesgo país, de las principales auditorías de implantación mundial o de las instancias de arbitraje internacional).

Son, en conclusión, progresivamente hurtadas al control democrático nacional alejándose, por tanto, de la exigencia de que estén al servicio del cuidado de los intereses generales. Se transforman, por tanto, en agencias privadas de justicia, de lo que Rosenau ha llamado «gobernanza sin gobierno»[8].

Los riesgos no son pequeños y el avance exponencial de estos en los últimos veinte años va otorgando mayor plausibilidad a la apuesta por los frenos de emergencia que a unos análisis optimistas en que no quedan claros ni los actores del futuro ni las estructuras políticas, económicas, culturales y normativas que sostengan la sociedad. El escenario que acompaña al siglo XXI se asienta sobre una hegemonía neoliberal que, aun golpeada, busca responder a la crisis neoliberal con más dosis de la misma receta que no ha funcionado (endurecer las condiciones laborales, reducir las pensiones, privatizar el agua, la tierra y el aire, abrir aún más las fronteras a las mercancías y capitales y cerrarlas con violencia a las personas, y hacer de la guerra la fórmula normalizada de resolución de conflictos o de aplicación del capitalismo de desposesión). En un marco de escasa conflictividad social o, al menos, de escasa efectividad del conflicto social. La participación y el conflicto se presentan como los rearticuladores posibles de la política nacional y mundial cuando se constata un alejamiento progresivo de la idea participativa real en la arena política institucional.

GLOBALIZACIÓN Y PRECARIADO

El traslado de la responsabilidad de la calidad y creación de empleo a los mercados internacionales es algo que, pese a no ser siempre cierto, ha influido en los imaginarios sociales bajo la fórmula de «amenaza de deslocalización». La posibilidad efectiva de trasladar la producción a países con estándares salariales más bajos –donde se pagan sueldos menores, las jornadas son más amplias, se tolera el trabajo de menores, hay una



ausencia general de derechos laborales, no existen sindicatos con capacidad de influir, etc.– ha actuado como un disciplinador de los trabajadores. El deterioro del mundo del trabajo hay que completarlo con otros factores, tales como: el ahorro de mano de obra que generan los nuevos procesos productivos altamente tecnologizados; el auge de la economía del conocimiento y el uso de las tecnologías de la información –lo que segmenta a la clase obrera entre trabajadores cualificados y no cualificados–; la emigración selectiva con vistas a generar mano de obra semiesclava; la retirada ideológica de la izquierda; y la debilidad sindical motivada por el desempleo.

De ahí que la globalización venga acompañada de un incremento de la economía informal, de la economía sumergida, la subcontratación, múltiples escalas salariales para el mismo trabajo, violencia laboral, precarización, acoso sexual e incremento de accidentes y muertos en el desempeño del trabajo. En la otra cara, cuando operan estándares altos de defensa de los trabajadores y de respeto medioambiental, gracias a una legislación social y a la presencia de sindicatos y partidos de izquierda, la respuesta de los mercados es el incremento de las tasas de desempleo. La pérdida de control nacional de las variables económicas tiene, como principales damnificados, los trabajadores, bien como desempleados, bien como precariado o pobretariado, destacando un incremento creciente de la feminización de la pobreza. No hay que olvidar tampoco que la globalización ha generado la posibilidad legal, a través de contabilidades creativas o paraísos fiscales, de que las empresas globalizadas no paguen impuestos, con lo que las arcas del Estado se debilitan y los seguros de desempleo y pensiones, pilares de los Estados sociales, caen bajo la presión del discurso de su quiebra.

Las apuestas alternativas apuntan a un incremento de los controles globales –eficaces, vía consumidores, para evitar, por ejemplo, el trabajo infantil–, a una renacionalización de la economía –lo que no hay que confundir con alguna forma de autarquía, sino de recuperación de la soberanía económica respetando las condiciones reales del mundo actual–; y a un incremento de la educación y la investigación, que creen amplias capas de trabajadores con capacidad de trabajar con nuevas tecnologías y adaptarse a sus innovaciones.

La regionalización, como respuesta obligatoria desde una globalización alternativa, también tiene sentido desde el mundo del trabajo. Estos nuevos procesos de regionalización oscilan entre tres grandes opciones: el proyecto desmantelador de los Estados de bienestar signado por la Constitución Europea (en que el «derecho al trabajo» era sustituido por el «derecho a buscar trabajo»), que busca una adaptación europea del modelo estadounidense; el norteamericano, que pretende solventar sus problemas internos a través de Tratados de Libre Comercio claramente ventajosos para la acumulación interna (pero que no impide la marginalización de sectores amplios de su propia población); y uno alternativo, aún en ciernes, que no quiere cargar ni sobre los trabajadores ni sobre otros pueblos el precio del desarrollo (se trata del que quiso inventar el ALBA impulsado por Venezuela). En cualquier caso, las propuestas que incorporan algunas variaciones, sea la del ALBA o la europea –en crisis desde el fracaso del referéndum constitucional en Francia y Holanda en 2005, agravado por el Brexit aprobado en 2016–, se construyen acompañadas del respeto medioambiental, una protección social pública y un apoyo experimental del Estado a fórmulas laborales nacidas desde abajo que puedan servir de apoyo durante la fase de reacomodo a la nueva situación alternativa[1].

En definitiva se trata de constatar que, frente a elites crecientemente globales, hay masas de población condenadas a una versión degradada de lo local, así como de saber que el mundo sin fronteras opera para bienes, servicios y capitales, aunque no para los

trabajadores, salvo cuando estos se ponen al servicio de formas de empleo igualmente precarizadas.

Ese esquema ha llegado al Norte y ha generado reflexiones que no surgieron cuando la degradación laboral afectaba al Sur. «Todos somos precarios», afirma Guy Standing[2] coincidiendo con una cartelera de cine postapocalíptico y de zombies (trasunto de la precarización generalizada exigida por la reconstitución de la tasa de ganancia).

Vivimos en un capitalismo del deseo, de la información, de las marcas, del diseño, del dinero, de las finanzas virtuales. En este capitalismo de diseño, el precariado es el pasmado que ha gastado sus ahorros en un publicitado perfume y el éxito social no llega. Es el invitado a una fiesta –no el excluido de siempre– en la que todos los que son como él o ella están convocados pero a los que les dan con la puerta en las narices. La condición esencial del precariado es su frustración. ¿Puede convertirse en voluntad política de cambio? No es sencillo. A día de hoy, el precariado opta por la teatralidad de la protesta –que suma más gente que la apelación tradicional de izquierda y derecha– pero que llega, todo lo más, a desconcertar al Estado, no a emplazarlo.

Ya hace treinta años que la derecha expuso su receta y la repitió hasta que se convirtió en un nuevo sentido común: descargar el Estado, privatizar, desideologizar parlamentos y partidos, controlar los medios, financiar fundaciones y universidades, combatir los «excesos de democracia», someter al Sur a través de la deuda, aumentar la explotación de la naturaleza y financiarizar la economía a través del déficit público y la eliminación de los frenos a la expansión financiera. La izquierda socialdemócrata abrazó el neoliberalismo bajo el paraguas de la tercera vía. La izquierda no socialdemócrata se socialdemocratizó y empezó a entonar el canto repetido del regreso al Estado social perdido (al que ayer criticaba). La derecha lleva décadas haciendo sus deberes. La izquierda –o su familia ampliada–, no. No es extraña la precarización generalizada del trabajo en estas décadas. Nadie ha movido en realidad un dedo para evitarlo.

El precariado, dice Standing, hace referencia a una nueva clase social en formación que, si bien aún no sería una «clase para sí» (es decir, que se reconoce y lucha por sus intereses propios), tiene ya una serie de rasgos propios que nos invita a entenderla como una entidad que promete una acción colectiva propia. El precariado vive en una flexibilidad laboral no siempre querida, en la eventualidad y temporalidad, y con una constante sensación de llevar una existencia de baja calidad. No serían los proletarios tradicionales ni las clases medias sobreexplotadas. Tampoco una «subclase» ni «la capa inferior de la clase obrera». Quiere buena parte de las seguridades de los obreros tradicionales, pero no quiere una vida laboral como la de sus padres o abuelos. Sus incertidumbres y sus inseguridades son peculiares. Carentes de memoria y consumistas, parecen frívolos a ojos de los mayores, a quienes ellos ven como dinosaurios privilegiados.

Aunque los sindicatos no terminen de entenderlo, el precariado existe y tiene rasgos propios, aunque solo fuera porque lee de una manera diferente su realidad. Son gente formada, a la que le prometieron (en la escuela, en la universidad, en la televisión, en los anuncios, en el ejemplo de los que tienen suerte) un mundo divertido, cómodo y creativo que nunca llega. Son los que han visto cómo la escalera por la que subían ha sido pateada por los que llegaron antes. Pero no parecen tener todavía prisa (como sí la tuvo la clase obrera desde finales del XIX). Son gente con cierta red familiar (que se sostiene crecientemente en los abuelos pero que también está precarizándose), con una formación



que les permite soñar con un futuro laboral luminoso (cosa que no haría un proletario tradicional, condenado a un realismo inclemente), son mujeres y jóvenes (en sociedades donde las mujeres están luchando por lograr un espacio de igualdad y diferencia, y donde existe un aumento de la esperanza de vida que alarga la juventud hasta los cuarenta), son receptivos a los mensajes de rebeldía e inconformismo heredados del 68, son urbanitas (resultado del éxodo del campo a la ciudad desde los años sesenta del siglo pasado) y, por tanto, sujetos a la condición paradójica de estar profundamente conectados a las redes, al tiempo que desconectados del mundo real.

Quien integra el precariado se diferencia del trabajador «con un puesto relativamente duradero y estable, con jornadas de trabajo fijas y vías bastante claras de mejora, sindicados y con convenios colectivos, cuyos puestos de trabajo tenían nombres que sus padres y madres habrían entendido». La pregunta casi evidente es: ¿pero de verdad no es el precariado la misma clase proletaria golpeada de siempre? Standing insiste en que son realidades diferentes. En el fondo, lo que está diciendo es que el mundo del Estado social se está marchando. La diferencia entre el precariado y otras formas laborales subalternas no está tanto en su «descenso» laboral, sino en la lectura que construyen del lugar que merecen. El precariado pudo hacer en el oasis socialdemócrata los deberes para estar en otro sitio –por ejemplo, formándose, manejando tecnologías, aprendiendo idiomas, conociendo mundo–. Sin embargo, está abajo. El riesgo de que desprecie al proletario tradicional es alto, igual que el de demonizar al inmigrante, al que «parasita los subsidios», al poligonero o la choni, a los chavs (que están en su mismo lugar pero de los que quieren distanciarse). La diferencia está en que unos ven Gran Hermano y otros Juego de tronos. De ahí puede salir un problema que convendría solventar. Los golpeados históricos que desprecian al precariado (siendo ellos mismos precarios), y el precariado despreciando a la capa inferior de la clase obrera. De lo que se trataría es de encontrar la ventana de oportunidad para unir fuerzas.

Quien forma parte del precariado tiene un «estatus truncado». El estatus es el espacio de reconocimiento vinculado a tu trabajo asalariado. Mientras un trabajador con ingresos bajos podía construir una carrera profesional (por limitada que fuera), al precario se le ha negado esa posibilidad. El precario carece de seguridad para emplearse, para mantener el empleo, para hacer carrera, para reproducir sus habilidades; carece de garantías y seguridad en el puesto de trabajo, para representar colectivamente sus intereses, por ejemplo; carece asimismo de garantías de ingresos. Quienes integran el precariado carecen de la identidad basada en el trabajo, no tienen memoria social ni la sensación de pertenecer a una «comunidad ocupacional basada en prácticas estables, códigos éticos y normas de comportamiento, reciprocidad y fraternidad». La solidaridad entre los precarios es débil. La sensación es de estar siendo maltratados y de enfado ante cómo les va a unos y cómo les va a ellos. El antiguo becario hoy es un simple precario. Por eso hay otros cuatro rasgos novedosos del precario: la aversión (cierta envidia o resentimiento que lleva al desarraigo o al exceso de autoexplotación). La anomia, esa pasividad nacida de la desesperanza. La ansiedad de saberse siempre al borde del abismo (bastará un error o un golpe de mala suerte para caer al lado oscuro). Es la frustración de saber que se tiene muy poco y que, además, es muy fácil perder lo que se tiene. Por último, la alienación: frustrados profesionalmente, tienen profundas dificultades para desarrollar relaciones de confianza y, al tiempo, escuchan que tienen que ser positivos y sonreír.

El precariado está arrojado al mundo, a merced de unas fuerzas –los mercados– contra las que no puede hacer nada sino sumar resentimiento. La política podría ayudar, pero a fuerza de no controlar su destino, de haberse desarrollado en formas de democracia representativa, de ser sujetos de los mensajes constantes que dicen que no hay

alternativa, los precarios han terminado despreciando la política, perdiendo el único instrumento que realmente podría ayudarles.

En esta lectura de la precarización laboral ya no se critica el capitalismo, sino a sus excesos neoliberales. De ahí propuestas como la de «mercantilización total del trabajo» (dando por descontado que quien contrata es porque necesita y va a pagar por ello según las reglas teóricas del «mercado de trabajo») o que los países ricos se conviertan en «economías rentistas» que inviertan en los países emergentes. Igual cuando habla de un precariado bueno –al que se atribuye todas las cualidades de una ciudadanía responsable– y uno malo –el que caería en las garras de la derecha populista–. Pero esas cualidades no van a resultar sin más de la condición laboral.

La clase obrera podía asaltar los cielos porque el grueso de la humanidad era trabajadora y el sistema capitalista es un modo de producción sostenido sobre el trabajo ajeno. Pensar revolucionariamente al precariado sin cambiar el capitalismo es un exceso. Un precariado que, de momento, lo que quiere es mejorar sus condiciones de vida. La conciencia será el resultado de las luchas.

[1] Garton Ash señaló seis posibles diferencias entre el ámbito europeo y el norteamericano, que nos pueden orientar acerca de dos posibles direcciones: separación de la política y la religión; la creación de un Estado con capacidad y responsabilidad para corregir los fallos del mercado; comprensión de las instancias intermedias, especialmente los partidos políticos y los sindicatos, como moldeadores del impulso emancipador de la Ilustración; diferente sensibilidad ante las desigualdades sociales; apoyo u oposición a la pena de muerte; comprensiones alternativas de la relación entre Estado y sociedad civil tanto nacional como internacional. Estas diferencias a la interna –nótese que no hay diferencias en lo que se refiere a la esfera internacional–, más que a la realidad remiten a dos modelos diferentes de organización social que están ahora mismo en liza. Véase Timothy Garton Ash, Mundo libre. Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente, Madrid, Tusquets, 2005.

[2] Guy Standing, El precariado. Una nueva clase social, Barcelona, El Viejo Topo, 2013.

La globalización existe y frente a sus consecuencias no deseadas corresponde encontrar la nueva escala humana. Liliput –los Estados nacionales– ya no sirve sin más para construir el orden social y político del siglo XXI; Brobdingnag –un mercado sin fronteras− debe dejar de amenazar con sus fauces inquietantes. Devolver el máximo poder posible a los niveles más desagregados y construir alianzas regionales que reinventen una forma política supranacional que recupera la democracia son los dos principales retos en una globalización alternativa. La imagen del planeta azul, fotografiado desde el espacio, es un recordatorio de que la nave Tierra es una y su rearticulación política implica una responsabilidad que es global. Se trata, pues, de reinventar políticas que pongan el ingenio al servicio de nuevos lugares de encuentro entre las diferentes formas de gobierno y las poblaciones; desde lo municipal y regional a lo global, pasando por lo estatal nacional, y donde las poblaciones aprendan, paso a paso, la idea de una ciudadanía



transnacional. La relación entre los diferentes niveles políticos debiera articularse desde el principio de subsidiariedad, bajo la regla de que toda la actividad social se ejecute desde el nivel más desagregado que la garantice (repetimos: que la garantice). Pensar local y actual global, pero también pensar global y actuar local. Seguir pensando que algún orden metafísico va a ordenar una sociedad global guiada por los principios de un capitalismo que ha colonizado la política y el pensamiento es ingenuo o perverso:

[…] antes de que la humanidad se ahogue (o se deleite) en las mazmorras (o en el paraíso) de un imperio-mundo postcapitalista o en una sociedad de mercado postcapitalista mundial, puede muy bien abrasarse en los horrores (o las glorias) de la intensificación de la violencia que ha acompañado la liquidación del orden mundial de la guerra fría. En este caso, la historia capitalista concluirá instalándose permanentemente en el caos sistémico en el que se originó hace seiscientos años y que se ha reproducido a una escala cada vez mayor en cada una de sus transiciones. Resulta impredecible decir si esto significaría únicamente el fin del capitalismo o el de toda la humanidad[9].

Se trata de entender un escenario que no quiere alumbrar mesianismos milenaristas que paralizan con su declaración de horrores venideros, pero que reclama con urgencia, como piedra de bóveda para la construcción de los nuevos escenarios políticos del siglo que se inicia, una comunicación democrática horizontal que ha permanecido hurtada a los ciudadanos en nombre de la imparable lógica de un mercado para el que los seres humanos, de nuevo, han pasado a tener la consideración de obstáculos. La democracia en el siglo XXI va a ser principalmente municipal. Desde ahí se reclama una comunicación que permita alumbrar formas de ciudadanía global, nacional y local en una síntesis cooperativa y realista que respete la diversidad y que garantice los derechos que pretende profundizar. Una comunicación que sitúe en una lógica social y democrática (lo que implica un compromiso también con las generaciones futuras) la satisfacción de necesidades, la sostenibilidad medioambiental (que implica decrecimiento), las relaciones de convivencia. Y que cuide de los mecanismos internacionales como ultima ratio para la solución pacífica y duradera de conflictos. En suma, una comunicación que alce su voz, articule redes ciudadanas con capacidad de expresar el conflicto y revierta la situación denunciada por García Canclini en que unos pocos ejercían de «consumidores del siglo XXI» y la mayoría del planeta de «ciudadanos del siglo XIX».

[1] Pedro de Vega, «Mundialización y derecho constitucional: la crisis del principio democrático en el constitucionalismo actual», Revista de Estudios Políticos 100 (1998), p. 17.

[2] Karl Polanyi, La gran transformación, Madrid, La Piqueta, [1944] 1989, p. 26.

[3] La crisis de la democracia representativa, surgida de sus promesas incumplidas, del incremento de la complejidad social y de la ruptura espacial de la globalización, ha dejado camino abierto a la democracia participativa. Ahora bien, esa participación no afecta a los fundamentos del sistema. Incluso en los ámbitos más desarrollados, como en los presupuestos participativos, las decisiones populares propuestas apenas afectan a una pequeña parte del gasto público. Un real empoderamiento popular situaría a la sociedad

en la fase de transición al socialismo, al menos en lo político, lo que no está considerado en las propuestas participativas hasta ahora recogidas.

[4] Karl Polanyi, La gran transformación, cit., p. 257.

[5] Ibid., pp. 46-47.

[6] Ibid., p. 26.

[7] Ibid., p. 401.

[8] James Rosenau y Ernst-Otto Czempiel (eds.), Governance without Government: Order and Change in World Politics, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

[9] Giovanni Arrighi, El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época, Madrid, Akal, 1999, p. 429.



CAPÍTULO XIII

La trampa de la gobernanza y la construcción de la democracia

Entre derechos iguales, decide la fuerza.

Karl Marx, El capital.

Se vanagloria de sus galeras, donde los esclavos se sientan sobre almohadones y reman con remos de plata.

Elias Canetti, El suplicio de las moscas.

Uno de los grandes errores de Marx fue no prever la capacidad de adaptación del capitalismo. Esa adaptación tiene detrás un mecanismo metabólico invariable: la voluntad de los grupos en el poder político y social de mantener su dominio. Eso les ha llevado a mantener una misma voluntad –sostener su privilegio asentado en las amplias estructuras políticas y sociales del statu quo– ejercida con diferentes tácticas. En los años cuarenta, durante la guerra, uno de los más enfáticos defensores de la Unión Soviética fue Estados Unidos, llegando incluso a defender las purgas de Stalin[1]. Hay siempre una compleja (nunca es lineal ni deja de estar sujeta a contradicciones) corriente de fondo que busca mantener el privilegio, junto a una adaptación a los cambios según vengan los tiempos. Esta capacidad de adaptación de quien tenga una posición de poder es una señal de garantía de futuro, como bien demostró Maquiavelo en El príncipe. Que la adaptación a los cambios tenga como columna vertebral el mantenimiento del poder, de manera que busquen reorientar las novedades a su corriente profunda, es igualmente evidente.

En los años setenta empezó a ser hegemónica una tesis crítica con el capitalismo que hablaba de una crisis de legitimidad del sistema (y no en el sistema) que abría el paso a soluciones socialistas (Habermas, Offe, O'Connor). Frente a esta tesis, los thinks tanks conservadores elaboraron una antítesis procapitalista que asumía el diagnóstico de la crisis pero diferenciaba las causas y planteaba una terapia alternativa: la crisis no era de legitimidad sino de gobernabilidad, descargando la responsabilidad no en los fallos del mercado, sino en la sobrecarga del Estado y en un «exceso» de participación ciudadana que excedía los límites de la institucionalidad de la democracia representativa. Si bien desde algunas posiciones se planteó enfrentar la crisis aumentando el potencial de coordinación de redes autoorganizadas, el nuevo sentido común estaba cargado de ideología. En los años noventa la gobernanza se presentó como una síntesis superadora de esa discusión. Falsa superación y más un regreso al pasado, toda vez que no cuestionaba en modo alguno el modelo capitalista colapsado –que fue el que generó la protesta y produjo el fallo del modelo.

La gobernanza es una «matriz» funcional a la crisis del neoliberalismo cuya principal virtud es que silencia el conflicto que era propio del discurso de la crisis de legitimidad. En este modelo, las responsabilidades correspondían a los gobiernos. En la matriz de la gobernabilidad/gobernanza, la culpa correspondía a una ciudadanía que pretendía desbordar el marco institucional existente. Una vez fracasado el momento violento del neoliberalismo –recordemos una vez más que arranca con el golpe de Estado contra Salvador Allende en 1973–, cuya consigna era el desmantelamiento del Estado social y su conversión en un aparato al servicio de la acumulación capitalista, se trataba ahora de asumir la tesis de la «reforma del Estado» compensando las exageraciones creadas por la arrogancia de esa fase anterior (que en la América Latina del ajuste y las terapias de choque crearon, junto a un lumpen-Estado, mafias, pobreza y desarticulación social). La condición de falsa síntesis de la gobernanza se identifica en la sustitución de conceptos que problematizan el orden social por otros que no son sino conceptos trampa cuya principal característica es que ocultan a los sujetos de la transformación: «resolución de problemas» en vez de «transformaciones sociales»; «participación de los interesados» en vez de «participación popular»; «autorregulación» en vez de contrato social; «juego de suma positiva» y «políticas compensatorias» en vez de «justicia social»; en vez de «relaciones de poder», «coordinación». En definitiva, «cohesión social y estabilidad» donde ayer se primaba la idea de «conflicto social»[2].

EL PROGRAMA POLÍTICO DE MÁXIMOS DEL NEOLIBERALISMO: LAS PROPUESTAS DE LA TRILATERAL

En 1973 se creó la Trilateral, primer gobierno mundial en la sombra de la globalización que arrancaba. El Estado nacional era funcional al capitalismo keynesiano, que garantizaba la reproducción económica –incluida la tasa de ganancia de las empresas– en el ámbito de las fronteras nacionales. Cuando el capitalismo necesitó romper los corsés de los mercados nacionales, dinamitó las costuras de los estados nacionales pero, al tiempo, necesitó construir lo que Williamson llamó el Estado transnacional, es decir, el ámbito institucional que debía encargarse de la gestión de los intereses globales del sistema. Ahí nace la nueva mirada del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, de la Organización Mundial del Comercio o del Banco de Pagos de Basilea. Ahí nace la Trilateral.

Creada por el banquero David Rockefeller, su aparato de inteligencia estaba ligado al grupo más influyente de la política norteamericana desde los años sesenta (Brzezinski, Kissinger, Huntington, Fukuyama y, en el ámbito económico, Hayek, Friedman y los monetaristas). No porque quisieran hacer el mal, sino porque el bienestar de Estados Unidos –y del grupo al que ellos pertenecían– tenía prioridad. No vives en una mansión con piscina, coches, sirvientes y mucho tiempo libre si no te lo financia alguien. La Trilateral se dio a conocer con un informe redactado por Samuel Huntington, Joji Watanuki y Michel Crozier publicado en 1975: La crisis de la democracia. El programa de máximos del modelo neoliberal. Visto desde hoy, vemos que se ha cumplido al cien por cien. No creemos en las conspiraciones ni en las brujas, pero haberlas, haylas.

Las propuestas que la Trilateral recomendaba para el mundo constituían un programa de máximos del neoliberalismo –con las debidas referencias a afirmaciones genéricas y



meramente retóricas de bienestar global– según el cual los Estados nacionales debían mutar, cambiar su sustancia pluralista y democrática alcanzada en el periodo de posguerra (de hegemonía socialdemócrata), para dejar espacio a formas de gobierno supranacional que garantizaran principalmente el comercio mundial. La discusión en ese momento estaba dejando de ser con la Unión Soviética y se enfrentaba de manera creciente con los llamados países del tercer mundo y con las disidencias internas dentro del bloque occidental.

Ese programa político, impulsado por Zbigniew Brzezinski, podía darse por cumplido, y con creces, apenas dos décadas después. La Trilateral identificó cuatro disfunciones en las democracias contemporáneas: 1) la deslegitimación de la autoridad y la pérdida de confianza en el liderazgo; 2) la sobrecarga del Estado, relacionado con una mayor participación ciudadana en los asuntos políticos; 3) la falta de agregación de los intereses ciudadanos y el declive y fragmentación de los partidos políticos; 4) la estrechez de miras nacionalista de aquellos Estados que escuchan las presiones populares en relación con las relaciones internacionales. Precisamente se trata de aquellos elementos que la nueva izquierda refería, coincidiendo con parte del diagnóstico, para concluir con la necesidad de superar el capitalismo, la Modernidad y el estatismo anexionados a él. Por el contrario, las propuestas neoliberales se orientaron no a entender la crisis como oportunidad sino como riesgo a eliminar.

Pero no debe entenderse que las propuestas de la Trilateral configuran una suerte de Protocolo de los sabios de Sión. Muy al contrario, las propuestas de la Trilateral están rodeadas de razonabilidad, además de venir acompañadas de una retórica sobre el bien común que, si bien es difícilmente creíble, permite presentarla con honorabilidad democrática. Sin embargo, es en su tesis principal –desalentar la participación ciudadana y liberar al Estado de su responsabilidad redistributiva– donde deben ser enmarcadas y entendidas.

Las propuestas a las que invitaba la Trilateral, a modo de programa político de reconstrucción neoliberal del sistema-mundo, pasaban por reequilibrar la relación entre gobernabilidad y democracia (en ese momento reforzando la gobernabilidad, fuertemente desestabilizada por lo que llamaban un «exceso de democracia»). Era necesario por tanto superar la democracia directa o representativa allá donde lo reclamara la gobernabilidad. Para ello hacía falta asumir que el gobierno de las sociedades complejas requiere un incremento de los recursos materiales y de la autoridad política a disposición de los gobiernos (con el consiguiente debilitamiento tanto del control judicial como del parlamentario). Continuaba la lista: mejora de las condiciones generales de vida de la sociedad a través del crecimiento económico (no de la redistribución fiscal o a través del gasto público), siempre bajo control estricto de la inflación. Le correspondería a los sabios (economistas y planificadores) establecer cómo se llega al punto en el cual la gobernabilidad de la democracia depende de la expansión sostenida de la economía; necesidad de liderazgos fuertes, bien personales, bien institucionales. El vacío de liderazgo debía ser cubierto con liderazgos institucionales fuertes antes que con liderazgos carismáticos personales (menos controlables). De cualquier forma, allí donde no existiera otro poder con capacidad de ejercer las tareas ejecutivas, serían los presidentes o jefes de Gobierno quienes desempeñarían esa labor para garantizar la gobernabilidad; desconfianza ante los funcionarios públicos (quienes constituyen la base del Estado social); descentralización de la administración, por un lado reforzando los poderes locales, y por otro evitando el monopolio de los expertos (de una burocracia estatal comprometida con lo público) que pudiera alimentar los sueños utópicos, las posturas radicales y la oposición al Estado; conversión de los Parlamentos en órganos expertos y técnicos y no

en órganos ideológicos; asunción de la relevancia de los partidos políticos como canalizadores y agregadores de las preferencias públicas, como seleccionadores de elites y como suministradores de información (evitando que estas funciones se desarrollen desde otros lugares o desde canales antisistema, pues se pondría en riesgo la gobernabilidad de la democracia capitalista). En otras palabras, los partidos tenían que convertirse en órganos de gestión más que de discurso político (creador de conflictos); en esa dirección, los partidos debían convertirse en el lugar por excelencia del consenso, el espacio de agregación sistémica, consiguiendo así cumplir con las funciones contradictorias de representar intereses particulares y de agregar intereses en el conjunto. Es decir, se trataba de lograr compromisos amplios al tiempo que se defendían intereses de grupo.

Ante la incapacidad de lograr ambos aspectos por parte de los partidos de notables, correspondía incorporar esta función a los partidos de masas (democratacristianos –luego liberales– y socialdemócratas); en esa línea, se debían suprimir las leyes que prohibían la financiación de los partidos por el Estado y por las grandes empresas y particulares. Los partidos no podían depender exclusivamente de la financiación de la militancia (que genera capacidad de control de la dirección por las bases). A los fondos privados debía sumarse la financiación desde fondos públicos; debía igualmente disminuir la influencia de los periodistas en los medios de comunicación. Era necesario terminar con lo que denominaban abuso en el ejercicio de la libertad de expresión, es decir, el periodista no debía hacer periodismo de denuncia. Eran necesarias normas administrativas que protegieran a las instituciones sociales (incluidas empresas) y a los gobiernos contra el excesivo poder de los mass media (esta propuesta sería reconducida a un lugar más cómodo: comprando los medios de comunicación privados y convirtiendo los medios públicos en órganos del partido de gobierno dentro del juego bipartidista); era igualmente necesario reconducir las universidades a posiciones funcionales para la reproducción del sistema. Se trataba de reducir los recursos financieros puestos a disposición de las Universidades públicas, que generaban «excedentes de licenciados» en relación con los puestos de trabajo disponibles. Para evitar la frustración y que las universidades fueran graneros de disidentes, era vital programar la reducción de las pretensiones profesionales de quienes reciben una educación superior. El ciclo se completaba incrementando los recursos a disposición de las universidades privadas; en el ámbito laboral, se proponía combatir en las empresas la presión a favor de la autogestión o de la participación de los trabajadores en su dirección, así como las nacionalizaciones impulsadas por la izquierda, pues son contrarias a la cultura industrial neoliberal y a las limitaciones de la organización empresarial, además de haber fracasado –reforzaban su argumento– allí donde se habían puesto en marcha. Era un requisito también moderar la participación de los trabajadores en las decisiones cruciales de las empresas. Como compensación, se debía prestar, por el contrario, más atención a las condiciones de organización del trabajo, con el fin de evitar el resentimiento y la frustración. Para ello, se pondrían en marcha nuevas formas de organización del trabajo que evitaran las tácticas chantajistas y las presiones inflacionarias. Igualmente se buscaría restaurar el estatus y la dignidad del trabajo manual, prestándose también atención a los trabajadores inmigrantes en Europa con el fin de que no surgiera un conflicto como el racial en Estados Unidos. Los derechos tales como huelga, protección, salud, sindicación y negociación debían mantenerse en la medida en que fueran compatibles con el nuevo modelo; por último, como no podía darse por garantizado el funcionamiento efectivo del gobierno democrático en los países de la Trilateral, era necesario crear un Instituto para el Reforzamiento de las Instituciones Democráticas, financiado con fondos privados y, donde fuera posible y apropiado, también con fondos públicos. Esta organización internacional, similar a las ya existentes en lo militar –OTAN– y económico –FMI, BM, GATT y Comunidad Económica Europea–, debería



prestar atención urgente a los problemas críticos que estaban confrontando las democracias, esto es, la excesiva voluntad de cambio que se deba detrás del exceso de democracia, la falta de autoridad del Estado, la iglesia y demás instituciones de liderazgo, las presiones de los países del tercer mundo y la sobrecarga material de los Estados occidentales por culpa de las demandas sociales. Se trataba de establecer una coordinación de las potencias occidentales que permitiera una respuesta política e ideológica similar a la que permitía la principal organización militar occidental, esto es, la Organización del Tratado del Atlántico Norte. El que no asumiera estas propuestas podría entrar a formar parte de la lista de organizaciones terroristas. Cierre del esquema.

El modelo, conforme se acerca a la pauta modernizadora, se aleja de una pauta democratizadora:

a) La reducción del Estado en nombre de su eficiencia (confundiendo Estado eficaz con Estado mínimo, puerta por la cual se introduce la separación neoliberal de política y economía y se trocan derechos sociales por políticas de caridad).

b) La tecnificación de la política, rompiendo la fuerza transformadora inicial tanto de partidos como de Parlamentos, así como su privatización al ligar lo político a intereses privados y a personas individuales con capacidad de controlar los aparatos partidistas.

c) Control de los medios de comunicación (repárese en que a la altura de 1975 todavía se habla de una –a la vista de la situación actual de la comunicación– ingenua disminución de la influencia de los periodistas, lo que da cuenta de unos medios relativamente libres, precisamente los que destaparon el caso Watergate o denunciaron las tropelías de la invasión de Vietnam).

d) Incapacitación intelectual de los sectores populares impidiendo su acceso a la universidad y abortando sus pretensiones profesionales que podían actuar como semillero de insatisfacción.

e) Freno de la democracia económica (treinta años después, parece ciencia ficción hablar de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas).

f) Control administrativo, ideológico y militar de la democracia en aras de limitar la participación ciudadana, entendida como «exceso de democracia», y de articular modelos legitimados a través de la formalización democrática que permitan el funcionamiento pacífico del sistema. La unidimensionalidad denunciada por Marcuse en los años sesenta, convertida en el patrón democrático. Lo que la ciencia social conservadora –Popper, Berlin, Hayek– iba a llamar la «sociedad abierta». Y, a quien la criticara, el «enemigo».

Se ve con claridad que esta propuesta política se resume en: 1) menor participación popular en la política; 2) primacía de lo individual sobre lo colectivo; 3) sustitución del Estado por el mercado y determinados actores sociales; 4) preponderancia del técnico sobre el político. Es el management frente a la democracia. Como opuesto a la idea de transformar la sociedad se ofrece el principio de resolución de problemas concretos (ocultando, una vez más, la agenda profunda: eliminar todo aquello que distorsiones el funcionamiento de un mercado en reconstrucción dominado por las grandes corporaciones). El resultado es que lo que se conoce como crisis de lo político, realmente

es crisis de la política democrática. Se recuperaba la tesis aristotélica del exceso de democracia, según la cual la democracia degenera en gobierno del populacho y genera ingobernabilidad. Al tiempo, se retomaba la metáfora orgánica del cuerpo social que implica la existencia de una cabeza, el elemento central, y extremidades, miembros menores y, por tanto, amputables en caso de gangrena, que obligan a una concepción del orden social ajena a los contenidos críticos[1].

[1] Juan Carlos Monedero, Curso urgente de política para gente decente, Barcelona, Seix Barral, 2014.

La gobernabilidad se tornará gobernanza en el discurso de la ciencia social cuando los efectos negativos de aquellas políticas, caracterizadas precisamente por la llamada «ausencia de lo político» (ausencia de la participación ciudadana y hegemonía del mercado), exijan una reconceptualización que evite la vinculación negativa que implica la palabra gobernabilidad y enfrenten todos los problemas generados por la retirada del Estado regulador (aumento de las desigualdades, extensión de la corrupción, desafección ciudadana, auge de zonas marrones donde el Estado no existe, aumento de la inseguridad, incremento de la violencia interna y externa, etcétera). Demasiados estragos sociales habían gastado el concepto, además de que la crisis del modelo neoliberal, con el cual había echado su suerte, determinaban también buena parte de su destino. Igual que la gobernabilidad dejó paso a la gobernanza, la gobernanza dejó paso a la buena gobernanza. Esto sugiere dos reflexiones: la connotación negativa que el sustantivo «gobernanza» traía consigo (necesitado de refuerzo con un adjetivo amable), y el carácter impositivo que implicaban los conceptos (quien no cumpliera con los protocolos del mismo, se alejaría de esas buenas prácticas). En el Informe al Club de Roma de 1993, que recibía el título de La capacidad de gobernar, se recogía esta idea al afirmarse:

Se suele hablar equivocadamente de «ingobernabilidad» cuando lo que habría que hacer es afrontar el problema real: la incapacidad de gobernar. El uso del término «ingobernabilidad» es con frecuencia incorrecto y también peligroso. Es incorrecto porque lo que se entiende por ingobernabilidad de la sociedad suele ser el resultado del fracaso de los gobiernos para ajustarse a las cambiantes condiciones. Y es peligroso porque proporciona una coartada para las torpezas del gobierno, que a su vez echará la culpa a la sociedad […]. Es verdad que hay sociedades muy difíciles de gobernar, por excelente que sea su gobierno. Pero, teniendo en cuenta las serias flaquezas de todos los gobiernos contemporáneos, habría que concentrar los esfuerzos en desarrollar la capacidad de gobernar y no en inculpar a las sociedades tachándolas de «ingobernables»[3].

La gobernanza como concepto de las ciencias sociales nació en el ámbito de la economía neoclásica y hacía referencia a la eficacia y rentabilidad dentro de las empresas como lugares donde se ahorraban costes. Esa circulación interna de los bienes implicaba que no hacía falta adquirirlos en el mercado, pues se suministraban desde dentro de la organización. Un artículo de Ronald Coase de 1937 marcaría la pauta, generalizándose el



concepto a partir de los años setenta a través de la obra de Oliver Williamson (no confundir con John Williamson, el conceptualizador del Consenso de Washington)[4].

Pronto pasaría al vocabulario de las relaciones internacionales, participando del mismo error, a saber, negar la posibilidad de construir los intereses colectivos desde las instancias estatales. Como apuntó Susan Strange, la gobernanza mundial pretende la existencia de «una especie de alternativa al sistema de Estados», sin que ello suponga realmente un gobierno mundial[5]. En ese caso, las labores de armonización global se habrían trasladado a organismos internacionales eminentemente financieros o comerciales (FMI, BM, OMC). La idea de gobernanza da carta de naturaleza a la transformación política que sustituye la soberanía popular por formas no estatales y jerárquicas de gobierno, acompañadas de instancias intermedias que justifican la participación perdida de la sociedad civil.

En la misma dirección apunta Carlo Donolo en su análisis sobre formas de gobierno que se adapten a lo que denomina sociedad posmoderna:

En la época posmoderna […] a las instituciones del gobierno, políticas o no, solo les queda la posibilidad de un gobierno débil del cambio social, es decir, la vía de la governance. Toda fórmula de gobierno fuerte (o sea, directo, soberano, de arriba hacia abajo, del centro hacia las periferias) es pretencioso y poco realista[6].

Sin embargo, los más escrupulosos analistas son conscientes de que la solución aportada por la gobernanza trae también consigo otros problemas. En expresión de Renate Mayntz, mientras que «por definición, la gobernanza trata de la solución de problemas colectivos y del logro del bienestar público», no deja de resultar que «allí donde se desarrollan redes de políticas, el gobierno deja de ser el centro director de la sociedad»[7]. La falta de centro en la red que debe gestionar la cosa pública no se entiende aquí, de manera simplista, como una ventaja. Es un ejemplo claro de la lucha abierta acerca del significado del concepto gobernanza con el que, por un lado, se quiere dar a entender la conveniencia de la desaparición del gobierno nacido de la soberanía popular –y con él la voluntad de construcción de un orden social equitativo–, y, por otro, las dificultades de reconstrucción de una justicia social colectiva, de manera que le correspondería esa tarea a la única instancia armonizadora que resta dentro de esa lógica –que debe ser funcional al capitalismo– una vez que se asume la desorganización de la sociedad civil: el mercado. Al igual que el retroceso en el campo laboral ha supuesto recortes en la negociación colectiva, siendo sustituida por desequilibradas formas bilaterales «empresario-trabajador», la gobernanza horizontaliza a todos los actores, hurta el papel predominante del Estado –en especial en su condición de palanca de cambio social– y deja abierta la defensa de los intereses universales.

El proceso de implantación de la gobernanza –que es práctica y es discurso– deja en un segundo plano el que hemos señalado como el gran logro ciudadano de la posguerra: el Estado social y democrático de derecho. Y, para ello, necesita presentar como consenso lo que solo tiene sentido político como conflicto. En otras palabras, las luchas políticas, que fueron las que lograron la inclusión ciudadana y el desarrollo de los derechos de

ciudadanía, son relegadas por formas blandas de acuerdo que esconden el desmantelamiento de la redistribución social. Es así como, en la matriz de la gobernanza (en expresión de Santos), se habla de «resolución de problemas» en vez de «transformaciones sociales»; de exclusiva «participación de los interesados» en vez de «participación popular»; de «autorregulación» individualizada en vez de «contrato social» participado colectivamente; de «juego de suma positiva» –todos ganan– y políticas compensatorias –pensadas solo para los derrotados– en vez de «justicia social» común a todas las personas; de «coordinación política, económica o social» en vez de «relaciones de poder»; en definitiva, en vez de «conflicto social», de una «cohesión social» y una supuesta «estabilidad» que desactiva cualquier demanda. Esta matriz, en nombre de la participación, desactiva los efectos más emancipadores de la participación, buscando superar el enfrentamiento dialéctico entre «legitimidad» y «gobernabilidad», y ocultando los problemas que enfrentaron a ambos conceptos. Desaparece así de escena el hecho de que los nuevos tiempos, aún bajo el nombre de gobernanza, son los mismos de los presupuestos de la gobernabilidad. Son conceptos que no están al servicio de un proyecto de inclusión social, sino de exclusión[8].

La gobernanza, como práctica, fue desarrollándose con la propia complejidad social después de la Segunda Guerra Mundial, articulando formas de coordinación de las relaciones sociales que, como tales relaciones sociales, estaban obviamente entrelazadas y permitían su diálogo. Pero conforme se iba debilitando en el imaginario social la condición ideológica de aquella guerra –la derrota de una derecha que se había hecho en su mayoría fascista–, esas formas de coordinación iban desatendiendo los elementos redistributivos e iban primando la lógica sancionadora del mercado. En el desarrollo de la gobernanza se pasa principalmente a articular formas de gobierno que den mayor prioridad al mercado –convertido en la variable independiente e incuestionable–, a formas burocratizadas de representación de intereses, a dotar de mayor relevancia de los organismos internacionales, a un tipo de justicia centrada en garantizar la propiedad privada y la ausencia de conflictos, a que algunos Estados hegemónicos y partes de la sociedad civil de los diferentes países asuman una representación que, en verdad, no pueden ejercer al estar ausente la identidad de intereses entre esos supuestos representantes y los representados[9].

La «lucha por este concepto» se libra en la delimitación del nuevo papel del Estado. En otras palabras, si la referencia a la gobernanza supondrá la transformación del Estado hacia formas de democracia participativa (el Estado como Estado experimental que actúa como una relación social), si asumirá funciones diferentes (por ejemplo, como empresario, como guerrero o como mero supervisor de los contratos privados), si implicará su desaparición como coordinador coactivo final (algo que, además de ser enunciable conceptualmente, cobra fuerza con la privatización creciente de ámbitos que identificaban clásicamente a los Estados, como las cárceles o la administración de justicia) o si aumenta su complejidad, lo que implica a su vez la irrupción de nuevos actores y problemas. Pero no puede olvidarse que las ideas de buen gobierno, de gobernanza y de gobernanza global tienen en su génesis los embates neoliberales contra el contrato social de posguerra. Y, por tanto, no puede ignorarse el cuestionamiento que, de partida, incorpora la idea de gobernanza respecto de la construcción política institucional vinculada al Estado de bienestar. De lo contrario, el riesgo de justificar lo que no es una opción ideológica se incorpora necesariamente con su uso. La hegeliana astucia de la razón (el peso de la época sobre la condición social) obligaría precisamente a los movimientos sociales a ser los portadores, cada vez que usaran este concepto, de su propia negación como tales movimientos sociales transformadores. El concepto de gobernanza, como el de



gobernabilidad, como el de mundo libre, el de globalización, el de Estado canalla o el de modernización surgen para defender un modelo social, político y económico concreto. Darles la vuelta es un buen ejercicio de reversión. Pero sin olvidar que los conceptos, a diferencia de lo que ocurría con la poesía en El cartero de Neruda, la novela de Antonio Skármeta, suelen servir a quien los inventa y no a quien los necesita.

La gobernanza, en definitiva, se convierte en una forma de legalidad política neoliberal, preparada incluso para ofrecer respuestas al colapso del neoliberalismo, ocultando una vez más en cuestiones de gestión la crítica de raíz al modelo capitalista. Es, como vimos al principio, una falsa síntesis que «opera totalmente dentro del marco de la gobernabilidad». Así es como los silencios de esta «matriz» son superiores a sus voces. Se calla la idea de transformación social, de una participación social no cooptada (los excluidos no están, aunque sí sus «representantes»), de justicia social, de poder, de conflicto y, por supuesto, de explotación y superación del marco capitalista. Las ideas de consenso, de cohesión, de coordinación y asociación, de autorregulación prepararon todo el marco que permitió la acumulación neoliberal de los ochenta y noventa y que desembocó en la crisis económica de 2008. La tecnificación de la política vinculada a la matriz de la gobernanza reservaba un espacio cada vez mayor a los juristas, de manera que aspectos menos elaborados tales como la movilización política o la acción colectiva quedaban inmediatamente descalificados como «enemigos del consenso», además de aparecer como funcionalmente inferiores a los procedimientos jurídicos. En ese marco, el funcionamiento del capitalismo no estaba lastrado de principio –como se venía construyendo en los análisis críticos de la izquierda–, sino que a lo sumo mostraba «fallos de mercado», precisamente los que debía solventar la gobernanza de la mano de los movimientos sociales afines a la lógica en curso. La queja de Polanyi –que la economía terminaba por devorar a la sociedad– se logra con la gobernanza: la sociedad de mercado se incorpora a la economía de mercado a través de las formas políticas de la gobernanza. Santos lo resume:

En la matriz de la gobernanza son los negocios los que seleccionan los valores y principios con los que pueden coexistir. Incluso cuando las empresas se comprometen a someterse a códigos de conducta mínimos al verse presionadas por los activistas que emprenden campañas de publicidad negativas contra ellas, lo hacen apoyándose en cálculos económicos (más que sociales).

A la luz de ello, sugeriría que la gobernanza es una forma de derecho y gobierno genéticamente modificada que pretende inmunizarse frente a dos peligrosas plagas: a las presiones desde abajo, potencialmente caóticas, y a los cambios no predecibles en las reglas del juego de la acumulación de capital que pueda introducirse por el Estado o por la legislación interestatal[10].

Cuando la Unión Europea hizo suya la idea de Gobernanza Europea, definiéndola como «las normas, procesos y comportamientos que influyen en el ejercicio de los poderes a nivel europeo, especialmente desde el punto de vista de la apertura, la responsabilidad, la eficacia y la coherencia»; cuando se creó la Comisión de la Gobernanza Global en 1995; cuando el Comité de las regiones incorporó el concepto de gobernanza; en el momento en que el Banco Mundial le dio carta de naturaleza al concepto denominándolo «el modo

como se ejerce el poder en la gestión económica de un territorio y de los recursos para su desarrollo»; en definitiva, cada vez que la academia ha sancionado esta palabra, se está implícitamente autorizando una aventura ideológica que ha logrado sustituir un concepto de transformación –el de legitimidad– por otro nacido para disciplinar a la ciudadanía crítica –el de gobernabilidad, luego el de gobernanza–. Por mucho que esta se adjetive como buena, pretendiéndole una bondad que originariamente no tenía.

La gobernanza, apunta Aguilera, otorga a la gobernabilidad la «arista del matiz democrático» que necesitan las sociedades neoliberales[11]. En el descrédito general de lo político que acompaña a la hegemonía del mercado, la gobernanza puede ser un sucedáneo funcional que, como le correspondía al bufón en las monarquías absolutas, sirva de coartada, desarme la crítica transformadora y evite que cuajen las alternativas. En ese viaje van a acompañarle, como en otras incursiones, propagandistas y académicos. Y también no pocos movimientos sociales asimilados, coro silencioso con frecuencia reaccionario que refuerza funcionalmente esa aventura ideológica. En una publicación de Intermón Oxfam puede leerse:

La gobernanza moderna, que por definición tiene que ver con la resolución colectiva de problemas, requiere que instituciones estatales y no estatales, actores públicos y privados, participen y cooperen en la formulación y aplicación de políticas tanto a escala nacional como a escala mundial. Ello no menoscaba el protagonismo e influencia de los Estados soberanos, en los que formalmente se sigue dividiendo el mundo, pero sí que afecta a su poder absoluto y transforma su manera de actuar[12].

¿Es gratuito quitarle autoridad a los Estados y hacerla compartida? ¿Se generan acaso riesgos ligados a la nueva hegemonía neoliberal? ¿Es un aumento de democracia, o un subterfugio para debilitarla? ¿En qué condiciones un concepto nacido para debilitar la transformación puede convertirse en palanca de la transformación? Como venimos analizando, dependerá del papel que desempeñen los grupos con capacidad rectora dentro del Estado. Resulta de gran interés reseñar los esfuerzos para disputar el concepto desde la ciencia política crítica, en concreto desde una teoría del Estado de matriz marxista pero que ha ido evolucionando incorporando elementos de la teoría de la regulación, de los sistemas autopoiéticos, de las teorías del discurso y de los análisis de Gramsci y de Poulantzas. Es el caso de Bob Jessop, quien ha recurrido también al concepto de gobernanza para interrogar la gestión estatal en los últimos decenios y alumbrar futuros escenarios de reconstrucción de un nuevo arreglo político estable tras la manifiesta incapacidad del acuerdo neoliberal.

El uso del concepto en Jessop es analítico –no normativo–, si bien deja abierta la posibilidad de que la gobernanza, como metagobernanza (la gobernanza de la propia gobernanza), caiga del lado de la emancipación y no del lado de la regulación. Para este estudioso de la teoría del Estado, los mercados –o «intercambio»–, las jerarquías –o el «mando» (en especial empresas organizadas burocráticamente y la coordinación vertical coactiva por parte del Estado)–, el diálogo en las redes (tanto formales como informales) y la solidaridad son los cuatro ejes principales en torno a los cuales «se puede organizar la gobernanza económica, política y social en las formaciones sociales marcadas por unos niveles altos de complejidad económica, política y social»[13]. La gobernanza sería una forma de gobierno que se habría abierto paso especialmente desde los años sesenta,



debido a los fracasos de regulación estatal, y que, al tiempo que asumía la superación del espacio único del Estado/Gobierno, iba a poner el énfasis en cuatro nuevas formas de coordinación: 1) las articuladas en el entorno mercantil (y bajo la lógica mercantil); 2) la «jerarquía de mando» (especialmente la coordinación coactiva del Estado pero válido para cualquier jerarquía); 3) la «heterarquía de la autoorganización» (formas de coordinación interpersonales, entre redes y organizaciones y con carácter descentralizado y basadas en el diálogo), y 4) la solidaridad, esto es, la autoorganización sobre la base de una orientación hacia valores (un compromiso irreflexivo e incondicional, propio de entidades ligadas al apoyo mutuo, y fuertes sentimientos compartidos).

Pero el mercado, gran apuesta neoliberal, no está en absoluto exento de problemas. En el análisis de Jessop, es evidente que el mercado no es un mecanismo que pueda sostenerse por sí mismo (el mercado capitalista nunca ha existido al margen del Estado). Le resulta imposible asegurar sus propias condiciones de reproducción –en particular, la tasa de ganancia de las empresas y la reproducción de la fuerza de trabajo– con el uso exclusivo de sus mecanismos. La mera lógica económica, como demostró Polanyi con el proceso que desembocó en las dos guerras mundiales, convierte todos los ámbitos sociales en mercancías –sometidas, por tanto, a la oferta y la demanda– y dinamita la confianza que está en la base de los propios lazos sociales, al igual que debilita la obediencia que reclama el Estado (convertido en un apéndice de la maximización de la ganancia empresarial). Pero el Estado tampoco se bastaría ya por sí mismo. Siempre va a estar sometido, entre otros, a la tensión de la sociedad civil (que no es homogénea ni logra que la supuesta mano invisible venga oportuna a sumar los egoísmos particulares que la configuran), del mercado (igualmente configurado por grupos) y del equipo administrativo que dirige el aparato estatal (también heterogéneo y en pugna constante por el uso de los recursos). Conviene aclarar que el ámbito de las redes sociales, el que en la tradición de la Ilustración correspondía a la sociedad (completado con el mercado y el Estado), no es sin más y de manera ingenua el ámbito del interés colectivo, sino el de los intereses particulares. Esto implica que a ninguna de estas tres esferas le compete, sin más, por una mera definición de que así sea, la defensa de los intereses universales, si bien el discurso legitimador del Estado sea precisamente ese. Por eso aparece junto al Estado, el mercado y la sociedad un cuarto ámbito, el de la comunidad, con reglas cálidas de relación que no son fácilmente pensables en la jungla urbana de nuestras sociedades (sin embargo, es común en las megalópolis encontrar, junto a la violencia paraestatal, formas de solidaridad ciudadana muy intensas).

Jessop analizó inicialmente tres tipos de gobernanza que se habrían dado después de la Segunda Guerra Mundial. La neoliberal es la que construyó la desestatización sobre una hegemonía en favor de los intereses del capital financiero y transnacional sobre la base del mercado. La corporativista se basaba en el acuerdo entre las diferentes fuerzas dentro de la división del trabajo. Aunque pretendía limitar la organización capitalista basada estrictamente en el mercado, cargó con los problemas de la explotación y el conflicto de clase, de las dificultades de cohonestar las decisiones estatales y sus efectos en los intereses privados y de los propios problemas que genera el hecho de que la sociedad civil es el lugar de los intereses particulares. Por último, estaría la que Jessop llama coactiva, que descansaría en la intervención estatal vertical, y que a pesar de tener la justificación de defender el interés común, se convirtió poco a poco en algo sospechoso, más propio de momentos de excepción –acumulación originaria, conflicto de clases, suspensión de la democracia–, además de que estaría lastrada con todos los problemas ligados al Estado vistos anteriormente.

Es evidente que faltaría una lógica de organización política donde la garantía del interés general, incapaz de ser sin más defendida por el Estado, fuera un consenso valorativo y una exigencia desde la organización social, que tuviera la capacidad de ganar al Estado para esos fines –un Estado que esgrime el interés general pero que siempre tiene la memoria de clase de sus orígenes– e hiciera del mercado un lugar de intercambio sembrado de valores comunitarios y no sometido a la lógica inclemente de matar o morir.

En la lógica de la gobernanza económica, política y social que analiza Jessop, el Estado sería «uno entre varios mecanismos a través de los cuales se realizan los intentos de superar los fallos e insuficiencias del mercado», ya que su propia lógica jerárquica no sería adecuada para solventar las exigencias sociales de la complejidad (sin olvidar, además, que el Estado no ha sido capaz de dar respuesta a los fallos del mismo Estado). La complejidad social exige encontrar un nuevo equilibrio entre los diferentes mecanismos que van a participar en la regulación social. Ni la anarquía del mercado ni la jerarquía del Estado, sino la heterarquía (esto es, un poder múltiple y horizontal) de la autoorganización de las redes sociales aparece como la solución a los cuellos de botella experimentados durante el siglo XX en forma de fallos del Estado –burocratización, ineficiencia, uso particular de los bienes colectivos, etc.– y fallos del mercado –prioridad del beneficio sobre la inclusión e, incluso, la paz social–. (El cuarto modo de gobernanza, la solidaridad, no parece muy factible en ámbitos territoriales amplios.) Ese poder múltiple y horizontal no sería un sustituto de la lógica estatal jerárquica o de la lógica empresarial del mercado, sino un elemento capaz de producir los anticuerpos para los fallos del Estado y del mercado y que, principalmente, ganara el aparato estatal para una lógica emancipatoria. Una suerte de proteína p53 (encargada de ordenar a las células autodestruirse para evitar la metástasis en caso de malformación o desarrollo desviado) aplicada al Estado y al mercado.

En sociedades complejas, con una amplia diferenciación y especialización funcional, con límites institucionales vagos y cambiantes, con cambios espaciales en las escalas geográficas, con variaciones en los horizontes temporales de acción, con la existencia de múltiples identidades, con la importancia creciente del conocimiento y del aprendizaje, puede afirmarse que la gobernanza heterárquica –una gobernanza cuya definición permitiera acercarla al bando de la emancipación– tendría claras ventajas sobre la primacía del Estado –la planificación vertical– o del mercado –la anarquía de la oferta y la demanda–. En resumen, el surgimiento de nuevos problemas que no encuentran solución ni en la planificación vertical ni en la anarquía del mercado obligan a una «racionalidad reflexiva» permanente, que no busca su ventaja ni en claves procedimentales ni sustantivas, sino en la negociación y la reflexión permanentes, en formas de evaluación descentralizadas y constantes que acerquen las posibilidades de éxito en tres ámbitos:

El compromiso permanente con el diálogo para generar e intercambiar una mayor información (restringiendo de este modo, aunque sin llegar nunca a eliminarlo, el problema de la racionalidad limitada); la reducción del oportunismo, al apresar a los participantes en una gama de decisiones interdependientes en horizontes de corto, mediano y largo plazo; y aprovechar las interdependencias y riesgos asociados a la «especificidad de los activos», estimulando la solidaridad entre los socios. La racionalidad de la gobernanza es dialógica antes que monológica, pluralista antes que monolítica, heterárquica antes que jerárquica o anárquica. Además, todo ello sugiere que no existe un único mecanismo óptimo de gobernanza[14].



Pero la gobernanza, incluso entendida así, presenta fallos (como le ocurría al Estado y al mercado). No está escrito en las estrellas que estas formas de descentralización y de delegación de responsabilidades sean superiores a las formas de organización o mercantiles. Es en este contexto donde tiene sentido el concepto de metagobernanza, esto es, esa lógica interna, dentro de los cuatro diferentes ámbitos que articulan la organización social –Estado, mercado, sociedad y comunidad–, que articule a su vez las interrelaciones, que haga de la autorreflexión un patrón permanente de comportamiento, con el fin de evitar que los intereses propios, tanto en el mercado y en el Estado como en las redes y la solidaridad, hagan de esa gestión compartida, de esa «coordinación de relaciones sociales interdependientes» que llama gobernanza, una forma encubierta de nuevo dominio o que simplemente colapsen. ¿Hay espacio para los elementos normativos en esta discusión? O, en otros términos, ¿puede caer la idea de gobernanza finalmente en el lado de la emancipación social? ¿No hay siempre implícitamente una petición de autonomía social y personal detrás de la pregunta acerca de la mejor forma de gobierno? Jessop muestra mayor optimismo acerca de la gobernanza dialogada como garantía democrática de principio:

El diálogo implica una reflexiva continua basada en las redes, en la negociación y la deliberación, orientada hacia la redefinición de objetivos en vista de las circunstancias cambiantes en torno a un proyecto consensuado a largo plazo, que se toma como base para la coordinación negativa y positiva de acciones[15].

Pero la gobernanza también fracasa. Esa «organización de la autoorganización», «regulación de la autorregulación» o «dirección de la autodirección» fracasa bien por la ineficiencia económica o las deficiencias del mercado, por la ineficacia del mando o el burocratismo, bien por el ruido en la comunicación o por la traición o la desconfianza en la solidaridad. El concepto de metagobernanza, como gobernanza de la gobernanza, viene a permitir ese paso hacia un uso crítico del concepto (con todas las limitaciones señaladas). La metagobernanza, como forma interna de rearticulación de las diferentes lógicas sociales, implicaría unos cambios en la organización que, necesariamente, amenazan los privilegios y, por tanto, devuelven la idea de conflicto al núcleo de la discusión:

La metagobernanza […] supone la definición de nuevos papeles y funciones que desbordan sus límites, la creación de dispositivos de unión, el patrocinio de nuevas organizaciones, la identificación de las organizaciones adecuadas para liderar la coordinación con otros socios, el diseño de instituciones y la generalización de visiones que faciliten la autoorganización en diferentes campos. También supone la provisión de mecanismos para la retroalimentación y el aprendizaje colectivo acerca de las vinculaciones funcionales y las interdependencias materiales entre los diferentes lugares y esferas de acción, así como el estímulo a la fijación de una coherencia relativa entre los diferentes objetivos, horizontes espaciales y temporales, acciones y resultados de las formas de gobernanza. Implica el diseño del contexto en el que sea posible forjar estas formas, más que el desarrollo de estrategias e iniciativas específicas en su favor[16].

Pero, además, reaparece de nuevo aquí el papel del Estado como fulcro esencial en la construcción de los intereses colectivos, en el empoderamiento popular, en la garantía de un orden colectivo democrático. Un verdadero Bringing the State back in en la medida en que la gobernanza siempre se hace «bajo la sombra del Estado». Se trataría de un regreso del Estado que buscaría superar la mutación neoliberal que hizo del Estado social y democrático de derecho un cansado Leviatán, reconvertido en el fuerte y amenazante monstruo bíblico como estricto garante de una propiedad privada cada vez más desigualmente repartida:

El Estado desempeña un papel fundamental y cada vez mayor en la metagobernanza: proporciona las reglas básicas de la gobernanza y el orden regulativo en el cual y mediante el cual los socios de la gobernanza pueden perseguir sus propios objetivos; garantiza la compatibilidad y coherencia de los diferentes mecanismos y regímenes de gobernanza; actúa como organizador principal del diálogo entre las comunidades de políticas públicas; despliega un monopolio relativo de la información e inteligencia organizacional con el que dar forma a las expectativas cognitivas; sirve como «tribunal de apelación» para las diferencias surgidas dentro y acerca de la gobernanza; intenta reequilibrar los diferenciales de poder, fortaleciendo a las fuerzas o sistemas más débiles en interés de la integración del sistema y/o de la cohesión social; trata de modificar la autocomprensión de las identidades, las capacidades estratégicas, los intereses de los actores individuales y colectivos en los diferentes contextos estratégicos y, consecuentemente, de alterar sus implicaciones para las estrategias y tácticas elegidas; y asume también la responsabilidad política en el caso de un fallo de la gobernanza. El surgimiento de este papel implica que la creación de redes, la negociación, la reducción del ruido y la coordinación tanto negativa como positiva, se producen «a la sombra de la jerarquía» […]. También parece indicar la necesidad de una innovación institucional y organizacional permanente para mantener la posibilidad (por remota que sea) de un crecimiento económico sostenido.

Por tanto, la metagobernanza no suprime los otros modos de coordinación. Los mercados, las jerarquías y las heterarquías siguen existiendo, pero operan en un contexto de «toma de decisiones negociada». De modo que, por un lado, la competencia en el mercado se ve compensada por la cooperación, y la mano invisible se combina con el visible apretón de manos. Por otro, el Estado ya no posee la autoridad soberana. No es más que uno de los participantes dentro de un sistema de guiado pluralista y contribuye con sus recursos característicos al proceso de negociación. A medida que se expanden las redes, el partenariado y otras formas de gobernanza económica y política, los aparatos estatales permanecen, en el mejor de los casos, como primus inter pares. Aunque el dinero público y el derecho siguen siendo importantes para sostener su funcionamiento, también otros recursos (como el dinero privado, el conocimiento o la cualificación) resultan esenciales para su éxito. La participación del Estado se hará menos jerárquica, menos centralizada y menos dirigista. El intercambio de información y la persuasión moral se convertirán en las fuentes clave de legitimación, pasando a depender la influencia del Estado tanto de su papel como fuente primaria y mediador de la inteligencia colectiva, como de su control sobre los recursos económicos o la coacción legítima[17].



De cualquier forma, tampoco aquí hay soluciones definitivas –uno de los rasgos que vimos que contribuyen a la confusión de la época–, y menos de una vez para siempre. Pero no deja de ser cierto que lo que no se busca sí está claramente ponderado:

Ciertamente, no puede haber una garantía de éxito en la persecución de los objetivos colectivos mediante la autoorganización, como tampoco la hay en la confianza en la mano invisible del mercado o en el puño de hierro (acaso con guante de terciopelo) de la coordinación coactiva. Sin embargo, frente a la evidencia de los continuos fallos del mercado y el Estado, las redes y la autoorganización pueden resultar una alternativa atractiva[18].

Como hemos venido analizando, el ámbito de la sociedad/comunidad –la sociedad civil organizada, reflexiva, corresponsable y solidaria– es el recurso menos usado en la construcción política durante el siglo XX. Incluso en el socialismo realmente existente, la confianza en la autoorganización popular fue sustituida por la reinvención de una planificación central gerontocrática e inflexible, incapaz de dar cuenta de los desarrollos de una sociedad que siempre va por delante del paquidermo estatal. No es extraño, por tanto, que a la búsqueda de luz en mitad de la noche oscura que ha legado el neoliberalismo, la participación popular aparezca como una esperanza con rasgos milagreros. Aunque, como decía Stanisław Jerzy Lec, quizá no haya que esperar demasiado del fin del mundo. Si acaso fuera cierto que un optimista es un idiota simpático y un pesimista un idiota antipático, conviene seguir moviéndose en el pesimismo esperanzado.

Pero la propia presión para que algunos términos acaben siendo utilizados hace que se acreciente su condición de «concepto de lucha»: todas aquellas personas que, participando de posiciones críticas, se ven obligadas, por diferentes razones, a trabajar con este concepto, intentan atraerlo hacia la emancipación y alejarlo de la regulación (recordemos que los mecanismos universitarios, las becas, ayudas, subvenciones, proyectos de investigación, fondos para ONG o la creación de referencias bibliográficas hegemónicas son todos mecanismos eficaces para la generalización de determinados conceptos). Ahí se replica el uso del concepto gobernanza, acercándolo a los intereses de las instancias multilaterales internacionales, así como a parte de las empresas transnacionales y de los actores neoliberales, para quienes no significa sino poner al mismo nivel el mercado, el Estado y la comunidad (o sociedad civil). Para estos ámbitos, la idea es replantear las misiones clásicas de cada uno de esos espacios de la siguiente manera: el mercado se encarga del equilibrio social a través de sus mecanismos supuestamente autorreguladores y de los efectos positivos que generaría el punto de encuentro de la oferta y la demanda en un mundo donde todo puede comportarse como una mercancía; el Estado se encargaría de garantizar la hegemonía, logrando la seguridad interna y externa, así como de garantizar la propiedad y la acumulación (interviniendo, en última instancia, en caso de crisis general); a la comunidad, organizada en ONG y en lo que se llama el tercer sector, le correspondería cubrir los desajustes parciales del modelo. Se le transferirían así tareas propias de la confianza social que, en la fase del contrato social keynesiano, estaban en manos del Estado; de esta manera, la solidaridad se convertiría en una mercancía y correspondería a estos sectores sociales suministrar asistencia a quienes no puedan obtenerla en el mercado, y siempre de manera tal que su oferta no estimule el abandono del mercado laboral basado en suficiente mano de obra barata.

Para enfrentar esa lógica del capital globalizado, es necesaria la construcción de negarquías (en la expresión de Susan Strange), una capacidad de negar el poder hegemónico neoliberal de los Estados poderosos y de los actores transnacionalizados de todo el planeta. En definitiva, se trata de construir bloques contrahegemónicos en el ámbito local, nacional e internacional que desenmascaren esa «arena de nadie» de la cosmópolis globalizadora, esa ley del más fuerte que está operando desde su santificación por templos creados para tal fin. Las nuevas formas de gobierno deben enfrentar un nuevo autoritarismo que adopta contornos diferentes a los del periodo de entreguerras, tales como la destrucción medioambiental, un consumismo irracional y narcisista, la deuda externa, las jerarquías mundiales que niegan cualquier soberanía al margen de los poderosos, los ajustes económicos estructurales, las cada vez más duras leyes de inmigración, el recurso invariable a las guerras y a la desposesión o el imperialismo cultural occidental, especialmente norteamericano. No es casual, como apuntamos, que conspicuos liberales como John Gray, Ralf Dahrendorf, George Soros o Joseph Stiglitz hayan renegado de los presupuestos de esa doctrina. El capitalismo miope, como lo denominó Galbraith, es incapaz de regular la justicia social si no existen voces que se lo reclamen. Esas voces deberán poner en marcha, como planteó el educador Paulo Freire, una pedagogía de la indignación, una enseñanza que elabore esa conciencia desdichada que se sabe a sí misma sometida. En otras palabras, se trata de romper con la carta de naturaleza otorgada a la práctica actual de mal gobierno, regida por la inevitabilidad del pensamiento único, por la defensa del statu quo consumista de apenas un tercio de la población mundial, y proponer alternativas transformadoras en la conducción de una democracia que, aunque solo fuera por la urgencia ecológica, únicamente puede ser planetaria.

[1] Es bien conocida la autobiografía del embajador estadounidense Joseph E. Davies publicada con el título Misión en Moscú, llevada al cine en 1943.

[2] Boaventura de Sousa Santos, A gramática do tempo: para uma nova cultura política, Oporto, Afrontamento, 2006, p. 377.

[3] Yehezkel Dror, La capacidad de gobernar. Informe al Club de Roma, Madrid, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, 1994, p. 39.

[4] John Brown, «De la gobernanza o la constitución política del neoliberalismo», Attac France, 21 de mayo de 2001 [disponible en línea: http://firgoa.usc.es/drupal/node/38900].

[5] Susan Strange, La retirada del Estado, Barcelona, Icaria, 2001.

[6] Carlo Donolo, ¿Cómo gobernar mañana?, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, p. 139.

[7] Renate Mayntz, «El Estado y la sociedad civil en la gobernanza moderna», Revista del CLAD 21 (Caracas, 2001).

[8] Boaventura de Sousa Santos, A gramática do tempo, cit., pp. 376-377.

[9] El ejercicio de crítica y autocrítica de las ONG ya ha empezado, si bien cabe esperar un ahondamiento del mismo en los próximos años conforme se vaya estudiando el papel a veces cosmético, a veces directamente activo, de las ONG en la implantación de ese modelo. Para el papel de algunas ONG ecologistas en el debilitamiento de gobiernos de



cambio, véase «Por una ecología socialista», reflexión del vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera [Facebook, 7 de agosto de 2017, disponible en https://www.facebook.com/notes/álvaro-garcía-linera/por-una-ecología-socialista/466797463697964/].

[10] Boaventura de Sousa Santos, «Más allá de la gobernanza neoliberal: el Foro Social Mundial como legalidad y política cosmopolita subalterna», en Boaventura de Sousa Santos y César Rodríguez (eds.), El derecho y la globalización desde abajo. Hacia una legalidad cosmopolita, Barcelona, Anthropos, 2007, pp. 36-40.

[11] Luis Aguilera García, «Gobernabilidad y gobernanza: cinco tesis a la luz del capitalismo neoliberal del siglo XXI», 2003 [disponible en: http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/politica/aguilera1_310802.htm].

[12] Mila Gascó Hernández, El gobierno de un mundo global. Hacia un nuevo orden internacional, Barcelona, Intermón Oxfam, 2004, p. 72.

[13] Bob Jessop, El futuro del Estado capitalista, Madrid, La Catarata, 2008, p. 267. Más recientemente, Jessop ha complejizado su análisis, más en la línea de los cuatro grandes subsistemas sociales –economía, política, derecho y cultura– e incorporando al mismo una idea de solidaridad vinculada a la identidad –es decir, al amor–. Véase Bob Jessop, El Estado. Pasado, presente y futuro, Madrid, La Catarata, 2017, pp. 227-251.

[14] Bob Jessop, El futuro del Estado capitalista, cit., p. 281.

[15] Bob Jessop, El Estado. Pasado, presente y futuro, cit., p. 232.

[16] Ibid., p. 281.

[17] Ibid., pp. 296-297.

[18] Ibid., p. 282.

CAPÍTULO XIV

El Estado como poder destituyente: el cansancio democrático del Leviatán

A menudo uno enferma gravemente para convertirse en otra persona, y, decepcionado, sana.

Elias Canetti, El suplicio de las moscas.

La hipocresía es un homenaje que el vicio brinda a la virtud.

François de la Rochefoucauld

El neoliberalismo está vaciando el contenido económico social de las Constituciones occidentales. Para hacerlo ha utilizado como principales palancas los Estados nacionales y la estatalidad delegada en el ámbito internacional privado y público. Mientras los pueblos tienen hibernado el poder constituyente, los Estados en la globalización activan constantemente sus capacidades destituyentes. Asistimos a una desconstitucionalización de nuestras constituciones, de un vaciamiento de su parte dogmática y una reducción a su parte orgánica, con el consiguiente debilitamiento de los derechos fundamentales[1].

Las perspectivas hiperglobalizadoras (en expresión de Giddens) son aquellas que ponen en la globalización cosas que no están, de manera que la presentan desde un optimismo mágico[2]. Con la globalización, sostienen, vendría el incremento de las oportunidades, un desarrollo tecnológico exponencial, la incorporación al «primer mundo» de zonas tradicionalmente retrasadas, una reducción de la proporción mundial de pobres y analfabetos, el fin del hambre y la enfermedad o el crecimiento del número de países formalmente democráticos. A veces se consiguen avances y el neoliberalismo, en su furia destructora, abre a la fuerza posibilidades para tantear nuevas vías. Siempre al precio del incremento de las desigualdades (que tensionan a las sociedades en direcciones inciertas), de la depredación medioambiental, del incremento de la violencia (en formas de guerra civil real o larvada, con el complemento del incremento de la población carcelaria y la estigmatización de minorías y grupos), del vaciamiento del sentido comunitario y de la condena a un porcentaje de la población a los márgenes.

Estos enfoques, que combinan a partes iguales el fatalismo –no hay alternativa– con el optimismo, no permiten tampoco alzar mucho la voz cuando, como se ha hecho anteriormente, se repasa la situación actual del mundo en su zona de sombra y se traen noticias del frente de batalla: despolitización, monopolización del conocimiento, crecimiento de las desigualdades, hambrunas, encarecimiento de alimentos por especulación o por su uso para carburantes, pandemias, desplazamientos, guerras por los recursos, terrorismo (de Estado y particular), narcotráfico, generalización de asociaciones mafiosas, desempleo, precarización laboral, cambio climático, deforestación, reducción de



la biodiversidad, agotamiento del agua, privatización de medios tradicionales de vida, apropiación empresarial de saberes tradicionales, soledad, depresión, suicidios, violencia urbana… Como ocurre siempre con las teorías normativas (y el liberalismo es una teoría normativa de la sociedad, no una teoría positiva), no explican la realidad, sino que proponen cómo debe ser. Por eso, con igual frecuencia, el modelo teórico nunca coincide con lo que sucede en el mundo real[3].

Pero, paradójicamente, los que se detienen en la crítica del modelo insisten en las zonas de luz que ha creado la devastación neoliberal. Con Hölderlin, recuerdan que «allí donde está el peligro crece también la salvación». Por eso, afirman, nunca como ahora hubo un cuerpo social crítico tan abigarrado como el que muestra el movimiento de «justicia global». Susan George, vicepresidenta de ATTAC, comparó incluso la articulación de la actual protesta de ese movimiento (mal llamado movimiento antiglobalización) con un nuevo Mayo del 68 que tendría capacidad de variar el rumbo del barco mundial. Quizá fue una afirmación exagerada y, visto desde hoy, el movimiento muestra un gran reflujo. La nube de mosquitos de la que hablaba Naomi Klein sirve para molestar e, incluso, para tumbar gobiernos impopulares, pero no basta para rearticular nuevas formas políticas. Pero no es menos importante saber que sin la conciencia que han generado esos movimientos no sería posible pensar en ningún acceso al poder útil para la emancipación popular. No son épocas de despotismos ilustrados. Muy al contrario, la certeza política, social y teórica apunta a que las nuevas formas de gobierno deberán caer en formas compartidas donde se reelabore la relación «Estado, mercado, comunidad» a favor de esta última[4]. El acceso paulatino de gobiernos de nueva izquierda en América Latina en la primera década del siglo XXI pudo verse como otro rasgo de este cambio, que otorgó una visión renovada acerca del uso alternativo de los Estados en esta fase global neoliberal. Se constata una vez más como regla que la intensificación de la lógica capitalista genera invariablemente un crecimiento de la resistencia social[5].

Más allá de alientos y pesares en cualquier dirección, es indudable que una mirada serena al panorama político que ha heredado el nuevo milenio no permite un balance complaciente (alerta que incorporan incluso los globalistas optimistas). Como alguien planteó con más consternación que ironía, la puerta por la que hemos salido del siglo XX era giratoria, de manera que estamos desandando parte del camino avanzado durante el último medio siglo. Con el agravante de que nunca se puede regresar al pasado. Se regresa en verdad a un presente deteriorado. El carácter democrático de los Estados construidos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, referenciados por la idea de derechos humanos defendida por Naciones Unidas, ha mostrado síntomas claros de cansancio. El esfuerzo por hacer del Leviatán un Estado de derecho, un Estado social, un Estado democrático y un Estado donde quepan diferentes identidades perdió en buena parte del planeta su voluntad en algún momento de los años setenta, agotado por los problemas de crecimiento, la crisis energética, las presiones obreras, la ofensiva intelectual del neoliberalismo, la falta de rendimiento del capital financiero, las guerras coloniales, la revuelta de las clases medias, las protestas sociales, las dificultades de los partidos políticos, etc., sin olvidar el dato esencial de que existían grupos y países que necesitaban superar el marco del Estado nacional proteccionista para garantizar la acumulación económica de sus grupos de poder[6].

Los Estados nacionales, venidos del concurso histórico de la coerción y del capital, tardarían entre tres y cuatro siglos en llegar a adjetivarse como sociales y democráticos de derecho, siglos atravesados de múltiples conflictos sociales, que irían, en el ámbito occidental, de la Revolución inglesa al hundimiento de la Unión Soviética, pasando, sin ánimo exhaustivo, por la Revolución norteamericana, la francesa, las guerras de

independencia latinoamericanas, las Revoluciones de 1830 y 1848, la Comuna de París de 1871, el colonialismo, la Revolución mexicana, la Primera Guerra Mundial –o Primera Guerra Interimperialista–, la Revolución rusa, la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, la descolonización y el Mayo del 68. Sin embargo, ese modelo de bienestar cobró a su vez un enorme precio por la comodidad que construyó dentro de sus fronteras. Este fue el de la explotación del Sur, la naturaleza esquilmada, la hipoteca a las generaciones futuras, la exclusión de las mujeres, el paternalismo, la homogeneización cultural y la beatificación de una ciencia entendida como pura mercancía, por citar solo algunas de las más analizadas. Esta contradicción entre los beneficiarios del modelo estatal nacional y sus condenados necesariamente acompañará a la discusión política en el siglo XXI. Es por eso por lo que la solución a los problemas que crea la globalización no podrá ser sin más una mera vuelta hacia atrás. No hay arrepentimiento sin resarcimiento, no hay cierre de heridas sin compensación.

Aunque el primer país del mundo que constitucionalizó los derechos sociales fue el México de la Revolución de 1910 (expresados en la Constitución de Querétaro de 1917), la Europa occidental fue su cuna debido a la creciente organización de la numerosa clase obrera en los países industrializados. Pese a esto, aún hoy muestra grandes desigualdades. Los países centrales y del Norte fueron los primeros en llegar al bienestar debido al éxito de las luchas de los trabajadores y a los procesos históricos que lo permitieron (entre ellos, el saqueo colonial y la posición neocolonial posterior). La acumulación histórica no es algo a desdeñar. Los países que se incorporaron a la democracia y el bienestar en los años setenta y ochenta del siglo XX todavía no han podido alcanzar esos niveles. Al tiempo que se pretendían generalizar esos derechos, se hacía hegemónica la ideología neoliberal, que actuaba como freno cuando aún no existían bases sólidas para la redistribución de la renta. La incorporación tardía de Grecia, Portugal o España a la Europa comunitaria da buena cuenta de las diferentes garantías sociales en estos países, algo que se agrava con las posteriores incorporaciones de los países del Este y que explica el alejamiento que existe en Europa respecto de una integración impulsada por criterios de inserción económica en la globalización y basada cada vez menos en principios políticos que construyan una estatalidad democrática en el ámbito supranacional. Quizá sea aquí donde haya que entender las innovaciones políticas de estos tres países (el nacimiento de Podemos en España, un gobierno socialista apoyado por el partido comunista en Portugal, y la experiencia compleja –y atormentada– de Syriza en Grecia).

Algo similar es lo que ha ocurrido en América Latina. Este continente nunca pudo poner realmente en marcha los derechos integrales de ciudadanía (civiles, políticos, sociales y culturales). Su principal deuda social es la falta de inclusión, las inmensas mayorías que no tienen derechos de ciudadanía reales (y a menudo tampoco formales, pues la invisibilidad se traducía incluso en falta de cedulación y de registro civil). Recordemos que el siglo XX estuvo marcado, desde Río Bravo hasta Tierra de Fuego, por golpes militares alentados y sostenidos, en su gran mayoría, por Estados Unidos, en alianza con las elites del Sur, encargados de frenar cualquier cambio estructural que hiciera real la democracia. Los países que, a finales del siglo XX, intentaron incluir al grueso de la población a los derechos de ciudadanía –sobre todo en la asignatura pendiente de los derechos sociales– encontraron que ese proceso ya iba de reflujo, hasta el punto que, aún hoy, cuando las acusaciones de populismo no parecen suficientes, se pueden oír imputaciones que tachan de comunistizantes a aquellas políticas públicas inclusivas. Buena parte de la malditización de las alternativas por parte del establishment económico e ideológico mundial dirige sus baterías contra la América Latina en transformación y contra las fuerzas políticas



alternativas que reclaman el fin de la financiarización de la economía y sus consecuencias (Podemos en España, Corbyn en Gran Bretaña, Mélenchon en Francia, Sanders en Estados Unidos). Venezuela, un pequeño país petrolero, famoso en el mundo solamente por las mises, las telenovelas y el dispendio de sus elites, pasó a ocupar un lugar desproporcionado en el concierto mundial, motivado por el peligro de contagio que, como se ha visto después, tenía la puesta en marcha de una política estatal diferente, al servicio de las mayorías (en realidad, y pese al discurso socialista, se trataba de un capitalismo de Estado con un fuerte compromiso redistribuidor, deudor todavía de la mentalidad rentista del país y del lastre producido por la ausencia histórica de un Estado construido desde la sociedad civil. En cualquier caso, la Venezuela bolivariana utilizó parte de la renta petrolera para aumentar el bienestar de una mayoría que nunca habían recibido por parte de la administración otra atención que la represora). Esa diferente voluntad política de Hugo Chávez (multiplicada por su regreso tras el golpe de Estado de 2002 gracias al apoyo popular) devolvió al concierto internacional a una Venezuela reconocida por resucitar la idea de socialismo y, después de la muerte de Chávez, por los intentos desesperados de la oposición y de EEUU (tanto de Obama como de Trump) por derribar al gobierno de Maduro. Venezuela, con el músculo del petróleo y la fuerza del liderazgo regional de Chávez, señaló a otros países el camino de la insumisión frente a Estados Unidos, desató una irreverencia insólita hacia el gendarme americano en el continente (con la salvedad histórica de Cuba), propició un efecto dominó que condujo al cambio de signo político de la mayoría de los países sudamericanos, y desató un impulso integracionista alternativo que devolvió el ánimo a un continente que desde los años ochenta había perdido la autoestima. El fracaso de Estados Unidos en Oriente Medio, la necesidad de recursos (petróleo, agua, minerales), así como la presencia regional de China y Rusia (algo impensable durante la guerra fría), llevó a Obama y a Trump a redoblar las agresiones en América Latina, sosteniendo nuevos golpes de Estado, como en Brasil, y forzando destituciones a través de la violencia y el bloqueo, como en Venezuela.

El análisis del Estado que hemos desarrollado afecta principalmente al ámbito occidental. De cualquier manera, detengámonos a trazar un par de rápidas pinceladas sobre otros espacios geográficos. En el continente africano, donde las fronteras de los Estados fueron trazadas desde una arrogancia genocida (líneas rectas que pretendían separar políticamente a pueblos que llevaban siglos perteneciéndose), la construcción política siguió una senda particular, condenada por el colonialismo y neocolonialismo occidentales, así como un desarraigo que multiplica por tres los cien años de soledad latinoamericana. África es el continente desechado por la globalización, y la estructura social –de fuerte contenido tribal y comunitario– no coincide con la fórmula estatal europea construida sobre un presupuesto individualista. China ha emprendido una carrera peculiar que tiene el riesgo de aunar lo peor, en términos morales, del capitalismo –la explotación, la alienación, las desigualdades sociales y la devastación de la naturaleza– y lo peor del comunismo del siglo XX –la falta de libertad y la represión–. Como decía con cinismo Deng Xiaoping, China es un lugar donde si practicas bien el capitalismo te enriqueces, pero si lo elogias te fusilan. Más allá de que no es sencillo organizar un país de casi 1.400 millones de habitantes que apenas hace un siglo vivían en el feudalismo, la vía china será una vía particular, pero en la que el papel del Estado (como en prácticamente todos los dragones asiáticos) es esencial para su inserción en el mundo global[7]. India, el otro gran gigante, constituye igualmente ella sola todo un continente, con 1.300 millones de habitantes. Destacan las experiencias de intervención estatal exitosas –como las de la región de Kerala, el esfuerzo público en nuevas tecnologías o la lucha contra la pobreza–, capaces de superar el fuerte colonialismo y neocolonialismo heredado y lograr hacer de la India un

país puntero en desarrollo de software o en mantener una referencia cultural propia (como la industria cinematográfica de Bombay: Bollywood), lo que, sin embargo, no ha permitido acabar con la segregación en castas[8]. Los más recientes desarrollos políticos en África, China, India, Rusia o Brasil han quebrado las esperanzas democratizadoras que se abrieron al comienzo del siglo.

El cansancio democrático del Leviatán (que algunos han confundido con la desaparición de los Estados nacionales) ha provocado la devolución al mercado de muchos de los servicios que había asumido como derechos colectivos. La utopía neoliberal no se ocupa solo de plantear el funcionamiento de un mercado libre de toda restricción, sino de generalizar la transformación en mercancía de todos los bienes y servicios. Es por eso por lo que conforme se debilita la mano izquierda del Estado, la mano femenina, y se abandona a las fuerzas del mercado la tarea de cuidar, alimentar, enseñar y confortar, necesariamente tiene que reforzarse la mano derecha del Estado, la mano masculina que guerrea, amenaza, encarcela, juzga y castiga en una pelea competitiva descarnada[9].

Susan Strange ha resumido los cambios que ha experimentado el Estado nacional con la globalización neoliberal, señalando cómo las diez principales responsabilidades tradicionales del Estado nacional se han visto transformadas. Pero transformadas no implica, insistimos, asumir ningún tipo de determinismo que imposibilite la puesta en marcha de alternativas. El discurso hiperglobalista reconoce a la globalización neoliberal victorias que aún no son tales. Esas diez transformaciones (sujetas a la dirección que marquen los conflictos sociales) se verían en los siguientes ámbitos:

1) En el derecho a sacrificar las vidas de los ciudadanos. Morir y matar por la defensa del territorio ha perdido relevancia al no vincularse ya territorio y prosperidad, algo que está más vinculado a la cuota de mercado que se posea. Las diferencias son claras dependiendo de los países. Mientras que en Estados Unidos el ejército lo conforma crecientemente gente sin recursos y mercenarios subcontratados, otros pueblos siguen estando dispuestos a defender su territorio (basta observar los conflictos que hay en Oriente Medio o la guerra que se abrió en Ucrania).

2) En las dificultades para el mantenimiento del valor de la moneda, a lo que habría que sumar que la inflación y su mecanismo de redistribución regresiva de la riqueza también se importan.

3) En la elección de la forma apropiada de desarrollo capitalista, nivelando la intervención del Estado según el propio interés (con grandes dificultades en lo que respecta a una política monetaria soberana).

4) En el establecimiento de políticas públicas anticíclicas (dificultado también por la necesidad de mantener las cifras macroeconómicas equilibradas para evitar el castigo de los mercados y de los organismos financieros internacionales).

5) En la provisión de una red de seguridad para los más necesitados (abandonado con el recorte del Estado social y las insuficiencias presupuestarias).

6) En la menguante recaudación de impuestos (que comparte con otras organizaciones, como la mafia, además de que existen paraísos fiscales que atentan contra esta



capacidad). El auge de lo que ya se llama «uberización» de la economía (desregulación laboral máxima, elusión del pago de impuestos, conversión de los trabajadores en supuestos empresarios autónomos, eliminación de servicios públicos regulados) ahonda en esta «crisis fiscal» del Estado.

7) En el control sobre el comercio exterior, especialmente sobre las importaciones (determinado, sobre todo para los países más pequeños, por la OMC).

8) En el carácter inclusivo de las fronteras territoriales, que marcan la jurisdicción (transformado por la mayor movilidad de las personas o por la incapacidad de ejercer la soberanía ante realidades globales tales como las ondas radioeléctricas, satélites, pandemias o migraciones).

9) En la defensa de la competitividad en el mercado mundial (limitado por las exigencias internacionales de defensa de la competencia, uno de los principales bastiones neoliberales insertados en el corazón de los procesos –y que afecta poderosamente, en el caso de la Unión Europea, pero también con los tratados de libre comercio, el CETA o el TTIP, o en el Mercosur para la puesta en marcha de políticas económicas alternativas–).

10) En la reclamación del monopolio fáctico de la violencia legítima (replanteado tanto por el crecimiento de la seguridad privada como por la existencia de parcelas de ineficacia del Estado, tanto dentro del territorio como en la defensa de sus fronteras, lo que le dificulta para cumplir su parte del contrato social)[10].

Vemos que estas debilidades que plantea Strange se ven relativizadas o agravadas en virtud del Estado en cuestión al que se apliquen. Es cierto que forman parte del papel que el neoliberalismo le ha asignado a los Estados nacionales (no simplemente como una conspiración para que así sea, sino porque su propia lógica de acumulación y el desarrollo de los conflictos sociales lo ha situado en ese lugar). Pero en cada uno de esos aspectos hay una voluntad política para que así sea o para que, en nombre de una soberanía nacional (o más fácilmente regional), se revierta el proceso y se recuperen esos espacios de lo público que se han perdido a favor de particulares.

Karl Polanyi alertó acerca de los cambios profundos en las estructuras de lo social, recordándonos que solo la ceguera economicista era capaz de poner velos a la visión de estos aspectos:

La causa de la degradación no es, pues, como muchas veces se supone, la explotación económica, sino la desintegración del entorno cultural de las víctimas. El proceso económico puede, por supuesto, servir de vehículo a la destrucción y, casi siempre, la inferioridad económica hará ceder al más débil, pero la causa directa de su derrota no es tanto de naturaleza económica cuanto causada por una herida mortal infligida a las instituciones en las que se encarna su existencia social. El resultado es siempre el mismo, ya se trate de un pueblo o de una clase, se pierde todo el amor propio y se destruyen los criterios morales hasta que el proceso desemboca en lo que se denomina «conflicto cultural» o el cambio de posición de una clase en el seno de una sociedad determinada[11].

Con la expresión cansancio democrático del Leviatán se quiere señalar la ruptura de un modelo de Estado comprometido políticamente con la democratización social, política y económica. Esto no significa que el periodo llamado fordista, keynesiano o socialdemócrata fuera una experiencia absoluta positiva, ni siquiera en los países que se beneficiaron de su puesta en marcha. Ni mucho menos. La explotación, la alienación, el machismo, el autoritarismo, el colonialismo, la depredación ecológica o la relajación moral son todos aspectos mil veces criticados de ese modelo. Pero su pretensión de justicia social estaba recogida en todos las Constituciones, formaba parte de los discursos políticos y orientó las prácticas, dependiendo los resultados del éxito en el conflicto que obtengan los diferentes sectores sociales. Hoy, el pacto de posguerra está derribando aquellos contornos, sin que la pérdida creciente de derechos haya servido para generar un movimiento social que cuestione el modelo. Los cambios, cuando no operan en la conciencia o no son eficaces, carecen de permanencia. Por eso, volvamos a la pregunta: ¿quién define hoy los nuevos perfiles de lo social? Una parte importante de la realidad es representativa[12]. Todo lo que no es necesidad biológica –e incluso también buena parte de ella– es cultura, consenso verbal entre los grupos sociales. De ahí que el monopolio del pensamiento, curiosamente en el momento de la historia en donde más canales de comunicación han existido, deja abierta la posibilidad de que las palabras que definen lo que existe paralicen el cambio social por un tiempo indeterminado. Ya vimos que cada crisis del capitalismo estrecha más su margen de respuesta. La réplica a la crisis de los años treinta fue la intervención del Estado, la producción masiva y estandarizada basada en la cadena de montaje, la conversión del salario en un componente del consumo. De cualquier manera, se levantó sobre los escombros de la Segunda Guerra Mundial. La crisis que desemboca en los años setenta (y en la que aún estamos enredados) recuperó la tasa de acumulación, como hemos señalado, extremando la explotación del Sur, endureciendo las condiciones laborales y rebajando las prestaciones sociales en el Norte, devastando la naturaleza y exportando el problema al futuro (endeudamiento y financiarización). El nuevo estrangulamiento no permite pensar en nuevas formas de regulación que recuperen la tasa de beneficio capitalista sin causar muchas víctimas. Con cada nuevo intento se multiplican los cadáveres (el capitalismo popular de las puntocom, el boom inmobiliario, la explotación in situ de los trabajadores del Sur inmigrados, la invasión de Iraq, el endurecimiento de la relación con países que habían dado cobijo a las maquilas). La búsqueda de soluciones dentro del modelo repite escenarios terribles de los años treinta.

LAS HERRAMIENTAS AFILADAS DE LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL Y LAS HERRAMIENTAS MELLADAS DE LA EMANCIPACIÓN

Las armas disciplinarias del neoliberalismo son extremadamente fuertes. Obligan a David y a Goliath, e incluso a los mismos dioses en un Olimpo privatizado: 1) el riesgo financiero (corte de los préstamos, encarecimiento de la deuda, exigencias del FMI o de las agencias de calificación de riesgos); 2) la política de la competencia mundial vía precios y bajada de aranceles (libre mercado que opera para los más fuertes); 3) el aumento de la represión (donde a la guerra tradicional hay que sumar la capacidad de fuego con un mínimo coste en la opinión pública gracias a la contratación de mercenarios o el uso de drones); 4) la deslocalización empresarial (que debilita al trabajo).



La globalización neoliberal está hecha «a la medida de las empresas transnacionales», de manera que la modernización tecnológica que aportan desborda las capacidades estatales. Las elites nacionales optan por estas grandes empresas para el desarrollo económico, obligándose a operar en un mercado global. Sus rasgos compartidos las hacen muy atractivas para el gran capital: receptividad a los cambios y capacidad de liderazgo de los mismos; aplicación de tecnologías avanzadas, especialmente digitales; uso de jerarquías flexibles y del talento internacional, guiándose por la única meta del «éxito»; presencia constante en todos los niveles de decisión política y económica desde lo local a lo internacional; capacidad superior a la de los Estados para comprar influencias de manera legal o ilegal; capacidad enorme de organización de actividades transfronterizas, tanto regionales como interregionales (basadas a menudo en la capacidad de forzar a los trabajadores o sustituirlos, algo que no pueden hacer los Estados). Entre los grandes actores transnacionales está el crimen organizado internacional, cuyas conexiones con las empresas transnacionales y con fracciones de la elite nacional son bien conocidas (en América Latina, pese a no haber guerras, poseen el récord mundial de asesinatos al margen de conflictos bélicos)[1].

El resultado del modelo neoliberal se mide en el crecimiento de las desigualdades, precariedad y bloqueo del crecimiento, factores que a su vez agravan la crisis económica, debilitan el mundo del trabajo, fragmentan el conflicto y asustan a los individuos, permitiendo así, por el shock (Klein), radicalizar las medidas. Su condición de sentido común tiene que ver con el hecho de que entendemos que el mundo es así y no puede ser de otra manera. Las deudas, se hayan contraído de la manera que sea, hay que pagarlas. Es el undécimo mandamiento. Es decir, la propiedad privada está por encima de los derechos humanos. Las leyes que favorecen a las minorías son «naturales», no están hechas por nadie, no provienen de la soberanía popular. Por tanto, el pueblo tiene que someterse a esas leyes. El neoliberalismo impregna con su lógica todo lo que toca. La libertad de expresión es de las empresas de medios de comunicación, el derecho a la salud es el derecho a la privatización de la salud, la libertad de cátedra es la libertad de privatizar el conocimiento; la democracia, el derecho a decidir de los jefes de Estado y de Gobierno que se reúnen en el G-7 o en el Consejo de la Unión Europea.

La discusión en el siglo XXI con el Estado no puede, sin caer en el error, usar las herramientas de discusión de los siglos XIX y XX. La palabra Estado permanece. El concepto, sin embargo, varía. La discusión expresada en «democracia contra el Estado», esto es, la discusión revolucionaria (que haga posible lo imposible), tiene que asumir el contexto del siglo XXI y no beber de imaginarios de siglos pasados. Las preguntas son similares, las respuestas tienen que ser diferentes. Aun presuponiendo que estuviéramos hablando de realidades comparables en los diferentes lugares, nunca será igual la lucha contra el Estado del Antiguo Régimen, la lucha contra el Estado social o la lucha contra el Estado neoliberal, de la misma manera que no va a ser igual apostar contra el Estado, apostar por mantener o reconstruir un Estado, o por ir más allá del Estado. Para ver la complejidad, baste pensar que el Estado de derecho, que quería atar las manos al absolutismo, se ha convertido hoy, por su capacidad jerárquica, en la herramienta del capital financiero para poner a la sociedad al servicio de los intereses de esa fracción del capital global[2].

Es un error entender el neoliberalismo simplemente como la fase actual del capitalismo caracterizada por la primacía del capital financiero. Aun siendo cierto, se entiende de manera más plena si se comprende que el neoliberalismo es, en la estela de Foucault, «una racionalidad rectora» que traslada los elementos del mercado a todos los ámbitos de la sociedad, incluida la vida cotidiana. Si la izquierda del siglo XX no entendió que el combate político debía tener lugar en todos los ámbitos de la sociedad (y no solamente en la economía), la derecha del siglo XXI lo ha entendido y lo aplica en toda su extensión.

En la idea de derrota del espacio de la «izquierda» hay que considerar al menos cuatro grandes elementos: el vaciamiento de la conciencia obrera y la sumisión moral de las organizaciones sindicales, las insuficiencias teóricas del campo crítico, las debilidades de la gestión socialista y comunista, y la derrota social de los valores propios de la emancipación. Los instrumentos teóricos de la izquierda fueron demostrando su debilidad conforme avanzaba el siglo. Ideas como el partido único, la estatalización de los medios de producción, la concepción del proletariado como único sujeto revolucionario, el desprecio del mérito o el intercambio entre justicia y libertad fueron quedando como reliquias poco atractivas para amplios sectores de la ciudadanía. De la misma manera, los valores de lo «común» fueron viéndose sustituidos por la mayor seducción de lo «particular». Partir de la derrota permite salir del resistencialismo y caminar más allá de la petición impotente de regresar al mundo perdido de finales del siglo XX.

La pérdida de los marcadores de certeza hace referencia a la pérdida de capacidad de cohesión de aquellas referencias sociales que balizaban la vida en común durante el siglo XX. No es que hayan desaparecido, sino que no cumplen la mismo función que desempeñaron durante el siglo previo. Se hace cierta la advertencia de Gramsci de que los tiempos de crisis –tiempos decisivos– son tiempos donde lo viejo no termina de marcharse y lo nuevo no termina de llegar, espacios ideales para la profusión de situaciones mórbidas. La sustitución de esos valores «antiguos» por la orientación del consumo, marca uno de los hitos de la penetración del neoliberalismo como sentido común.

Las dos principales pasiones humanas son el miedo y la esperanza. El miedo lo gestiona el hipotálamo (que atiende a respuestas inmediatas ante situaciones de peligro), mientras la esperanza la gestiona el neocórtex, la parte más evolucionada de nuestro cerebro. El miedo monologa. La esperanza dialoga. El miedo es el caldo de cultivo del autoritarismo en la medida en que reclama la participación de un «padre autoritario» que ayude a salir de la angustia[3]. La lista de factores que alimentan hoy el miedo expresado como incertidumbre es extensa. La muerte de dios (expresada como crecimiento de la secularización); la quiebra del mundo del trabajo (con el desarrollo tecnológico, la deslocalización y la derrota moral de los sindicatos) y la represión carcelaria de las clases bajas (después de una fase de ocultamiento y de medicalización de la pobreza que señala el paso de la «lucha contra la pobreza» a la «lucha contra los pobres») (Wacquant)[4]; el fin del monopolio de la familia tradicional; la remercantilización de lo que había desmercantilizado el Estado social, y la mercantilización creciente de espacios sociales que se resistían a caer sujetos de la ley del valor, esto es, su conversión en mercancía a la búsqueda de beneficios mediada por el mercado (como la noche, la amistad, la solidaridad, la ecología, la religión, el deporte amateur, el saber colectivo). La mercantilización de todos los ámbitos de la vida social construye una racionalidad interiorizada que golpea la comprensión de los bienes y servicios públicos (asediados por la rentabilidad y el acceso individual, lo que destruye el medio ambiente), la democracia



(asediada por la eficiencia y la renuncia al conflicto), a los individuos (medidos en términos de su capacidad de convertir su vida en una empresa exitosa), y el conocimiento (fragmentado, privatizado a través de las patentes, guiado por la obtención de beneficios en el corto plazo y enemigo de las disciplinas que puedan desmontar esta estrategia construyendo un sentido global: historia, filosofía, sociología, artes); la precarización laboral (por vez primera en la historia el desarrollo tecnológico destruye de manera neta empleo. Añadamos que la participación de los salarios en el PIB desciende desde hace tres décadas, agravándose la brecha entre el Norte y el Sur y entre hombres y mujeres); la urbanización que se puso en marcha desde los años sesenta del siglo pasado y que genera una fragmentación pese a la sociedad de la información y sus tecnologías, trasladándonos a «burbujas culturales» desligadas de la realidad física[5], responsables del incremento del uso de antidepresivos incluso en lugares de muy alta renta per cápita como Islandia[6]. El descenso de la participación de los salarios en el PIB se traduce en un aumento de las desigualdades. Estas, además de desestabilizar las sociedades, fomentar las migraciones, aumentar la delincuencia y desperdiciar recursos (los millones de pobres son inteligencias desperdiciadas), han generado una nueva realidad que favorece la incertidumbre: la incorporación de los sectores populares al capitalismo financiero vía endeudamiento. El «hombre endeudado»[7] empieza a asumir la condición de «empresario de sí mismo» (su única empresa es su vida) y, por tanto, incorpora el riesgo de vivir bajo la tensión del fracaso. Sublima la desobediencia convirtiéndola en «responsabilidad» y miedo. Es el paso del «pobre» al «perdedor» como construcción subjetiva de la propia responsabilidad en el descenso en la escala social. Cierra el clima de incertidumbre el cambio climático, la guerra como recurso creciente de solución de problemas y, como conclusión de todos estos desequilibrios, el necesario aumento de refugiados que buscan salir de la muerte segura, bien por cuestiones económicas, bien por cuestiones medioambientales (lo que más migraciones venía generando antes de la guerra de Siria en 2015).

La solución neoliberal a la crisis se pretende solventar con las mismas medicinas que han enfermado al paciente. El recurso a más mercado, a más dinero fiduciario, a más privatizaciones, a más precariedad laboral, que desembocan en la expresión máxima de la competitividad, que es la guerra. La lucha por los recursos energéticos y la consiguiente estrategia geopolítica ha llevado a la desestabilización de Oriente Medio a partir de la invasión de Iraq, así como al recrudecimiento de las presiones sobre América Latina.

Como planteó Polanyi el capitalismo, y es algo que se agrava en su fase neoliberal, convierte en mercancías ámbitos que no crea el propio capitalismo, como los seres humanos (creados en las familias), la naturaleza (existente al margen de los seres humanos) y el conocimiento (que desde el lenguaje o los conocimientos básicos en la escuela son colectivos). La mercantilización de espacios que debieran guiarse por lógicas diferentes a las del beneficio (el cuidado y el amor en la familia, la conservación en la naturaleza, el compartir en el conocimiento). Todas estas herramientas neoliberales tienen un rasgo en común: individualizan, inseguran y generan un clima de miedo que actúa como caldo de cultivo de respuestas autoritarias y securitarias que justifican los recortes en el Estado de derecho cuando no basta la disciplina que impone la lógica de la competencia. Es importante entender que estos rasgos de las sociedades neoliberales no forman parte sin más de una voluntad política donde unos actores ejecuten un plan preconcebido. Es cierto que el neoliberalismo se articula como un «enorme experimento»[8], pero tiene detrás cuatro elementos estructurales que impiden cualquier suerte de «regreso al pasado».

En primer lugar está la globalización, como una transterritorialización de los flujos sociales que ya no discurren en el Estado nacional. En segundo lugar, la complejidad, entendida como la mayor diferenciación social, el crecimiento de la particularidad, el menor peso de la tradición, la fragmentación y multiplicación de la identidad y las dificultades explicativas de los grandes relatos y los grandes «contenedores» (partidos, iglesias, ideologías, naciones) para ahormar a la ciudadanía de la misma manera que ocurría en buena parte del siglo XX. En una sociedad compleja, complejizar la gestión institucional democratiza (por ejemplo, aceptar diferentes tipos de matrimonio), mientras que simplificar vacía la democracia. Cuando lo que solo tiene la posibilidad de ser entendido y gestionado colectivamente (las crisis financieras, el cambio climático, las migraciones, las recesiones, la robotización de la economía, las guerras o el funcionamiento del Estado) se particulariza y se entrega para su solución a los individuos, se está condenando a la imposibilidad de encontrar otra salida que no sea la competencia feroz entre pobres y clases medias o el fracaso. La evolución del soporte de las campañas electorales desde los militantes a los medios de comunicación enajena a la ciudadanía la posibilidad de entender el conjunto de la sociedad y, por tanto, de la democracia. En tercer lugar, el desarrollo tecnológico e informacional que quiebra los fundamentos centrales del mercado (la escasez) y de la democracia representativa (las dificultades de recabar la opinión popular). Por último, está la caída de la tasa de ganancia desde los años sesenta, solventada, por primera vez en la historia, no con la puesta en marcha de un nuevo desarrollo tecnológico que arrastre a toda la economía recuperando el empleo, sino por la caída de los salarios de los trabajadores en un contexto de derrota de la clase obrera organizada.

El neoliberalismo se ha afianzado con su propia crisis a partir de 2008. Las desigualdades que crea, la precarización laboral, la deslocalización industrial, el freno al crecimiento, la reconversión de las reclamaciones de las mujeres en claves económicas (entender los cuidados como gastos y no como ingresos), las migraciones que provoca, construyen sujetos sociales frágiles y asustados, con sensación de abandono, que necesitan encontrar responsables fáciles y culpables de su situación precaria, que son presa fácil de los cantos de sirena del autoritarismo neoliberal (dirigir un país como se dirige una empresa sin derechos laborales) y del reforzamiento de la identidad nacional, con tintes agresivos y xenófobos, que actúa como el único bienestar primario que ofrece la quiebra de los elementos comunitarios construidos sobre la base del Estado social[9].

Una política que supere el neoliberalismo, especialmente en lo que tiene de comportamiento totalitario que anula la dimensión política de la condición humana, tiene que operar sobre esa conversión del ser humano en un homo oeconomicus, es decir, tiene que operar sobre la racionalidad neoliberal que se aplica en todos los ámbitos de la vida social (es lo que resume Fredric Jameson diciendo que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo).

En conclusión, esa racionalidad se asienta en términos de articulación política (habría que decir «desarticulación política») sobre 1) el miedo, 2) la delegación de la política en los representantes y en las decisiones del Estado nacional o supranacional, y 3) la indiferencia ante los asuntos colectivos. Una respuesta emancipadora a estos tres elementos esenciales implicaría 1) enfrentar al miedo con una ira explicada y articulada, una digna rabia que ayude a articular el sujeto transformador; 2) hacer de la participación el antídoto a la delegación política (la participación como la posibilidad de construir dignidad en sociedades robadas por minorías); y 3) oponer a la indiferencia el compromiso, articulado con la creación de un demos que sea identificable por el colectivo.



El neoliberalismo tiene su utopía: convertir cualquier sueño en un derecho siempre y cuando se mercantilice (tener hijos a través de vientres de alquiler, chófer a través de Uber, relaciones sexuales con menores a través del turismo sexual, esclavos a través de la desregulación laboral). El neoliberalismo ha construido un imaginario utópico, ilimitado. Es la ideología del emprendedor. La cultura del desafío, de la superación personal que configuran la normatividad neoliberal. La promesa neoliberal no es un consumo infinito, sino un yo infinito. Una vigorexia capitalista ilimitada donde el otro no existe, porque no puede acompañarte en este viaje a la desaparición, porque siempre hay que darle una nueva vuelta de tuerca a la vida.

Enfrente, la emancipación lucha con objetivos más tímidos: humanizar la vida en un terreno de reconocimiento mutuo. Es el espacio de lo que Gramsci llamó lo «nacional-popular», que implica empatía, fraternidad/sororidad y una identidad que será más amplia conforme más amplios sean los instrumentos intelectuales para entender el mundo. Tiene su base en lo local, asciende a lo nacional y tiene voluntad global. Este compromiso deberá tener en el siglo XXI un pie en la globalización, pero no podrá armarse en lo global si no se ha armado antes en lo local y en lo nacional. Un demos local y nacional armado democráticamente como el mejor camino para un demos global que recupere una idea de dignidad según la cual nada de lo humano nos sea ajeno. Para recuperar la capacidad humana de «crear y mantener mundos que sean compasivos, libres, sostenibles y, sobre todo, que estén de modo modesto bajo el control humano»[10]; dicho en otros términos, para construir un imaginario donde las víctimas dejen de apoyar a sus verdugos y puedan ser dueñas de su propio destino.

[1] Wolf Grabendorff, «Cómo los actores transnacionales desmantelan el Estado (latinoamericano)», Nueva Sociedad 271: Las nuevas tramas de la globalización (Buenos Aires, septiembre-octubre de 2017).

[2] Miguel Abensour, La democracia contra el Estado. Marx y el momento maquiaveliano, Madrid, La Catarata, 2017, p. 199.

[3] George Lakoff, Puntos de reflexión. Manual del progresista, Barcelona, Península, 2008.

[4] Loïc Wacquant, Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social, Barcelona, Gedisa, 2010.

[5] Jorge Riechmann, «Sobre lemmings (en videojuegos) y seres humanos desconectados», Rebelion.org, 6 de enero de 2012 [disponible en http://www.rebelion.org/noticia.php?id=142416].

[6] Guillermo Rendueles, Egolatría, Oviedo, KRK ediciones, 2004.

[7] Maurizio Lazzarato, La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal, Buenos Aires, Amorrortu, 2013.

[8] Paul Mason, Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro, México y Barcelona, Paidós, 2016.

[9] Christian Laval y Pierre Dardot, La pesadilla que no acaba nunca. El neoliberalismo contra la democracia, Barcelona, Gedisa, 2017.

[10] Wendy Brown, El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo, Barcelona, Malpaso, 2017, p. 309.

---

[1] Para una interpretación garantista de las Constituciones, véase Luigi Ferrajoli, Derecho y razón, Madrid, Trotta, 2008.

[2] Held y McGrew diferencian entre globalistas, quienes creen que el proceso de globalización es pura novedad y, además, bondadosa, y escépticos, que establecen que solo es la repetición del proceso de desarrollo capitalista que arranca hacia 1870 y que insiste en causar similares problemas. D. Held y A. McGrew (eds.), The Global Transformations Reader: An Introduction to the Globalization Debate, Malden (Mass.), Polity Press, 2000.

[3] Tan es así, que la teoría liberal desarrolló la idea de que el Parlamento representa a toda la nación en un momento en que más de dos tercios de la población –incluidas las mujeres– no votaban.

[4] En esa dirección hay que entender la recuperación del sorteo como fórmula democrática. Véase David Van Reybrouck, Contra las elecciones. Cómo salvar la democracia, Madrid, Taurus, 2017.

[5] Llama la atención el despertar del «sueño dogmático» antiestatista del teórico y activista político Álvaro García Linera, vicepresidente boliviano con Evo Morales. Con cierta autocrítica reflexionó desde el Gobierno acerca de su particular recuperación del Estado como un instrumento eficaz en el que no había podido pensar desde fuera del mismo, cuando apostaba por posiciones autonomistas radicalmente desconfiadas de cualquier potencia positiva del aparato estatal. Igualmente, son repetidas las veces en que el presidente Hugo Chávez refirió el papel central del Estado en el empoderamiento popular y la creación de las condiciones para el tránsito al socialismo. Véase la entrevista a Álvaro García Linera en Osal, CLACSO 22 (2007) [disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal22/AC22SvampaStefanoni.pdf]. Para el papel del Estado en la República Bolivariana de Venezuela, Proyecto Nacional Simón Bolívar. Desarrollo económico y social de la nación, 2007-2013, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Planificación y Desarrollo, 2007.

[6] Nicolás López Calera apunta que la conversión de Estados Unidos en un gendarme mundial, en un legibus solutus, haría más conveniente referir, en vez de un cansancio del Leviatán, un renacimiento del Leviatán, en este caso, un «Leviatán universal». N. López Calera, Los nuevos Leviatanes. Teoría de los sujetos colectivos, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 22. La pérdida de democracia que acompaña la reestructuración de los Estados occidentales y la recomposición de los procesos de acumulación que privilegian la economía por encima de cualesquiera otros aspectos, obligan a insistir en que el cansancio quiere hacer referencia a su músculo democrático, al debilitamiento de los logros alcanzados tras dos siglos de conflicto colectivo, principalmente obrero, en las sociedades occidentales. De ahí que convengamos en que el monstruo bíblico de la metáfora de Hobbes, liberado de sus ataduras democratizadoras, está recuperando hoy a



pasos agigantados su aspecto amenazante en el mundo europeo y atlántico. Las dificultades de América Latina, con un claro retroceso de los procesos de emancipación, no permiten miradas que vayan más allá de un pesimismo esperanzado.

[7] El Estado chino tiene una lógica propia, regido por el Partido Comunista de China, dirigido por una minoría y articulado al margen de procesos electorales competitivos (salvo las elecciones internas del partido cada cinco años). El temprano surgimiento del Estado en China, como en Mesoamérica, Perú, Egipto y el valle del Indo, es una clara invitación a salir de interpretaciones estatales eurocéntricas. En el caso de China, su tradición confuciana está vinculada a su proyecto estatal y a su construcción de hegemonía. De la misma manera que, en su desarrollo, influyeron sus relaciones con pueblos nómadas. Sin embargo, también es cierto que el modelo de Estado occidental funciona como el «estándar» mundial –con ventajas e incovenientes–, complejizándose aún más cualquier generalización. Georg Sørensen, La transformación del Estado: más allá del mito del repliegue, Valencia, Tirant lo Blanch, 2010.

[8] Conviene recordar las palabras de Cecil Rhodes en 1877 sobre el papel colonial de Inglaterra: «Yo afirmo que somos la primera raza del mundo, y que cuantas más grandes partes del mundo habitemos, mayor es el beneficio para la humanidad [...]. Puesto que Dios ha formado evidentemente la raza de lengua inglesa como su instrumento elegido, mediante el que quiere instaurar un Estado de la sociedad basado en la justicia, la libertad y la paz, debe también ajustarse a Su deseo que yo haga cuanto esté en mi poder para proporcionar a esta raza tanto espacio y poder como sea posible. Si hay un Dios, pienso, quiere que yo haga algo: pintar del rojo británico tanto del mapa como me sea posible»; cit. en Hagen Schulze, Estado y nación en Europa, Barcelona, Crítica, 2003, p. 214.

[9] Pierre Bourdieu, Contrafuegos, Barcelona, Anagrama, 1999.

[10] Susan Strange, La retirada del Estado, Barcelona, Icaria, 2002.

[11] Karl Polanyi, La gran transformación, Madrid, La Piqueta, [1944] 1989, p. 257.

[12] Las palabras, por la condición performativa del lenguaje, crean realidad. Por esto una gran parte de la misma es representativa. Si afirmamos que la Tierra es plana, se convierte en plana para el hecho de la navegación. Como reza el principio de Thomas, lo que la gente tiene por real en sus causas se convierte en real en sus consecuencias.

CAPÍTULO XV

¿A quién escucha el Estado? La teoría del Estado en la hegemonía neoliberal

Nunca se insistirá lo suficiente en el hecho de que la condición que capacita al Estado es al tiempo la que lo convierte en una amenaza para la democracia. El Estado moderno es representativo, de manera que siempre habrá la posibilidad de que una minoría se articule con la capacidad de dictar a la mayoría normas colectivas de obligado cumplimiento que consoliden privilegios. Una historia del poder no es una historia del Estado. El Estado no es una realidad abstracta que pueda rastrearse a lo largo de la historia pretendiéndole una misma sustancia. Las palabras permanecen, pero los conceptos cambian. Hoy no es lo mismo el matrimonio que hace cien años, aunque la palabra permanezca. Lo más que puede afirmarse es que el Estado, como reflejo del conflicto social, representa las soluciones provisionales dadas en cada lugar y momento a la satisfacción de los requisitos económicos, políticos, normativos y culturales que posee toda sociedad y que están sometidos a la tensión entre los individuos y el colectivo. Los cinco siglos de existencia del capitalismo, que han discurrido en paralelo al desarrollo de los Estados nacionales y del pensamiento moderno, han creado fusiones entre estas tres grandes autopistas, de manera que, con frecuencia, no es fácil saber por cuál de ellas se transita. Como ocurre casi siempre con las diferenciaciones que se hacen en el ámbito de las ciencias sociales, estas separaciones suelen ser en realidad más de énfasis que de diferenciación radical. En otras palabras, no es tan sencillo hablar de capitalismo sin Estado ni modernidad, de modernidad sin Estado ni capitalismo, y tampoco de Estado sin capitalismo ni modernidad.

Esa fusión de las tres grandes avenidas ha alcanzado hoy su más completa expresión histórica, al ser el Estado el principal impulsor y garante del desarrollo científico y, a su vez, de la transformación de la ciencia en la principal de las mercancías (son los Estados los que financian la investigación y garantizan las patentes). Aunque también podíamos decir que hoy es el capitalismo el que ha incorporado a su lógica mercantilista al Estado (convirtiéndolo en Estado empresario o en Workfare) y a la modernidad (poniendo la racionalidad al servicio de la producción); de la misma manera que podíamos afirmar que la modernidad ha ajustado al Estado a su lógica de progreso (el discurso autosatisfecho de que todo Estado avanza en la historia) y al capitalismo (el ilimitado impulso a la obtención de ganancia y la extensión urbi et orbi de su lógica). Sin cerrar las contaminaciones, igualmente sería correcto entender que la modernidad ha impregnado el productivismo lineal basado en la ciencia que es afín tanto del capitalismo como del Estado mago, ambos sustitutos de la milagrería religiosa.

Como hemos afirmado, cuando Maquiavelo usó el novedoso concepto Stato en El príncipe (1513) estaba innovando en la teoría (aunque no en la práctica, pues simplemente estaba recogiendo una expresión de uso común ya en la Florencia de finales del siglo XV). Necesitaba una palabra nueva para definir una forma igualmente novedosa de organización política. De lo contrario, hubiera seguido usando el concepto de res publica o regnum o monarchia o «nación», de polis incluso, para referirse a la organización política que se empezaba a vislumbrar en la Europa de su época. Tres rasgos apuntaban a esa idea de novedad: la mayor especialización del poder, la mayor concentración del mismo y



la voluntad explícita de permanencia en un marco de reconocimiento internacional. El poder se especializaba en la medida en que la gestión de los asuntos comunes se hacía más compleja (pensemos en los diferentes tipos de policía que hoy existen o en los diferentes departamentos ministeriales dedicados a muy concretos asuntos). La concentración de poder estaba directamente vinculada (que no determinada, pues la realidad social es más compleja) a la identidad entre el naciente Estado nacional moderno y el naciente mercado nacional, de manera que solo con la defensa de ese mercado se garantizaba la independencia política[1]. No olvidemos que es el Estado quien inventa a la nación (y no al revés, como puede pensar una interpretación romántica basada en la importancia alcanzada por la dimensión lingüística de la identidad). Cuando el mercado se hizo imperial (con una sociedad que se beneficiaba de ese imperialismo), el Estado amplió su alcance, de la misma manera que se replegó cuando se reforzó la condición nacional de la acumulación en el keynesianismo (para lo cual fue determinante la derrota del nazismo en la Segunda Guerra Mundial, con la consiguiente hegemonía norteamericana que permeó todo el planeta con mayor o menor intensidad). Lo mismo que explica su regreso a una lógica transnacional con la globalización neoliberal. La estabilidad era igualmente una garantía de orden válida para rebajar incertidumbre (una constante de la vida humana) y para permitir el desarrollo económico impulsado por la burguesía en ascenso (tanto para garantizar la propiedad privada y la reproducción de la fuerza de trabajo, como para compensar los fallos del mercado que, de lo contrario, terminarían por disolver la sociedad y con ella la economía).

Como su nombre indica, el Estado es algo que está, que tiene lógica de permanencia. No se trata de una organización política fugaz sino que, al contrario, ha establecido o busca establecer protocolos con pretensión de validez en el tiempo (la raíz «st» de Estado, de origen indoeuropeo, es la misma que la de otras palabras que insisten en la permanencia, como estar, institución, estabilidad, estatua o estructura). Para esto, y como requisito para su existencia, tiene que garantizar la paz interna y externa, poniendo fin a la guerra civil y defendiendo las fronteras. Al tiempo –garantía de esa paz interna–, debe construir un orden de dominación que cumpla los requisitos económicos, políticos, normativos y culturales que espera esa colectividad, es decir, que sean el decantado asentado de las siempre conflictivas relaciones sociales. Estas no son eternas y ahistóricas, sino que terminarán variando según se vea afectado ese sedimento y se sustituya por otro, movido por los desajustes sociales permanentes y el impulso de emulación que caracteriza a los seres humanos. Ese decantado, sujeto a la perseverancia de lo que ya existe, toma cuerpo en las instituciones, que ejercen una fuerte impronta en el corto plazo. El Estado es movimiento histórico congelado en estructuras y vuelto a moldear por el calor de los conflictos sociales.

El Estado que quiera tener éxito, por tanto, necesita encontrar obediencia a sus mandatos, por lo que tiene que estar dotado de algún tipo de legitimidad asumida por los individuos (como insistieron Gramsci y Weber). Ahora bien, en su desarrollo histórico, esta forma de organización ha servido como instrumento de dominación al servicio del desarrollo hegemónico capitalista, opción triunfadora, urbi et orbi, en los últimos siglos, en conflictos que solo pueden explicarse hasta hoy en términos de intereses sociales no individuales, sino principalmente de clase (como insistió Marx). El Estado podía haber sido otra cosa, pero ha sido lo que es. Entender que podía haber tenido otros desarrollos nos permite comprender que puede ser hoy un instrumento para la emancipación. Entender que se ha desarrollado de la manera que lo ha hecho y no de otra, nos permite comprender que la memoria que trae consigo es una memoria de clase metida en los tuétanos de sus engranajes.

El Estado es tan relevante porque es la máquina más perfecta de conseguir obediencia. Y la pregunta más relevante de la ciencia política es: ¿por qué obedecemos? Es el problema clásico de la obediencia política, ya planteado por Platón con su diálogo con el torpe Trasímaco, quien pensaba que basta la mera fuerza, la violencia, para conseguir obediencia. Dicho en otros términos, la dominación (que no es el mero uso del poder, sino que implica reconocimiento) requiere coerción y consenso.

Podemos decir que obedecemos políticamente por cuatro grandes razones (nótese que hablamos de un «nosotros», de un grupo que comparte de alguna manera determinados principios; de lo contrario, si no hubiera una legitimidad –lex intima– compartida, habría resistencias constantes que negarían la obediencia)[2]. Dicho de manera más clara, siempre estamos refiriéndonos a grupos que comparten la vida social, y todo lo que afirmamos debe entenderse en relación con ese grupo:

1) Coerción. Obedecemos al poder político por miedo a la coacción. De hecho, el Estado, en su condición de organización para la obtención de obediencia, nace como un instrumento capaz del ejercicio de la violencia al servicio de intereses particulares (nace con el mismo principio y modus operandi que una mafia). La capacidad del Estado de aplicar la coacción es implacable, principalmente impersonal pero también personal (puede perseguir personas y grupos concretos, desde las redes al uso de drones). Es el lado oscuro del Leviatán, su condición histórica de facto como instrumento de clase, con su estela de guerras, invasiones, vigilancia y opresión, apenas ocultadas hoy por su éxito y por la falta de alternativas. Sin duda, en términos históricos, esta ha sido la razón originaria, la ratio última y la más repetida de entre los recursos del poder. Las ejecuciones, las cárceles, las multas y el oprobio simbólico son sus herramientas, pero también puede contratar el castigo a particulares (mercenarios) o entregarlo a grupos ilegales (paramilitares, mafias, ejércitos privados o extranjeros) simplemente dejando hacer.

2) Legitimidad. Obedecemos también porque creemos, como explicó Weber, que el poder es legítimo, es decir, asumimos que comparte un principio que se entiende como depositario de la autorización política. Max Weber señaló tres tipos de credibilidad política: legitimidad tradicional (la que encarnan los que representan una tradición ancestral, como un chamán, un rey o un líder religioso); legitimidad carismática (la que goza alguien con una cualidad extraordinaria, por ejemplo un estratega militar o una persona eminente o que posee un saber excepcional); y legitimidad legal-racional, esto es, la legitimidad de quien reclama obediencia por haber cumplido los procedimientos necesarios para exigir obediencia (por ejemplo, los requisitos electorales al ganar unos comicios o el asentimiento de una asamblea).

Estos son «tipos puros», dándose en la realidad formas mestizadas. Sin duda la legitimidad legal-racional es la propia de nuestro tiempo (y condición necesaria dentro de las democracias parlamentarias), aunque aún hay gente que sigue obedeciendo a poderes tradicionales y, de manera creciente, a poderes carismáticos (las autoridades religiosas, los supuestos sabios de los bancos centrales y de las instancias financieras internacionales, los gurús de la economía y la ciencia, juristas, ingenieros, médicos que se expresan en una jerga ininteligible e, incluso, personajes de la televisión trasladados a la política). A su vez, la legitimidad legal-racional tiene tres justificaciones (aunque también



pueden aplicarse a los otros dos tipos): legitimidad de origen, es decir, la legitimidad que proviene, por ejemplo, del pueblo soberano manifestada en elecciones o en referendo (en democracia, el poder no puede emanar de sacerdotes, ricos o ejércitos, sino del pueblo); legitimidad de ejercicio, esto es, el poder que ejerce el pueblo, en una democracia, directamente o a través de sus representantes, conforme a procedimientos que no se quiebran en el desarrollo del mandato (es el ámbito de la «responabilidad» de los representantes); y legitimidad de resultados, esto es, la satisfacción de las promesas, sean la igualdad, el empleo, la identidad, la seguridad o las que se hayan establecido en el acuerdo colectivo (es el ámbito de la «responsiveness», del cumplimiento por parte de los representantes de las expectativas de los representados). (Nótese que estos tres tipos de legitimidad están vinculadas a los principios establecidos por Lincoln para una democracia como gobierno del pueblo –legitimidad de origen–, por el pueblo –de ejercicio– y para el pueblo –de resultados–.)

3) Inclusión. Otro elemento para la obediencia tiene que ver con los criterios de inclusión ciudadana y el ejercicio eficaz de la misma en nuestra comunidad política. Obedecemos por la sencilla razón de que creemos (otra vez las palabras) gozar de un bienestar material y psíquico relativo que, en término comparativos, nos reconcilia con el sistema. Ese bienestar relativo lo podemos llamar «inclusión», es decir, disfrutar de los beneficios de la vida social conforme a un patrón con el que nos medimos y nos satisfacemos o enojamos (estamos siempre hablando de un bienestar relativo; el mismo cuenco de arroz puede generar un profundo agradecimiento o ser el inicio de una revuelta). Esta inclusión incorpora a su vez cuatro ámbitos, que coinciden con los cuatro principales ámbitos sociales (economía, política, derecho y cultura):

a) Inclusión económica (recibir recursos considerados suficientes, a través del trabajo propio o a través de pautas de redistribución, de los beneficios de la división técnica del trabajo que opera en el colectivo).

b) Inclusión política (participando de la definición y articulación de las metas colectivas obligatorias).

c) Inclusión civil (las garantías normativas que funcionen en el grupo, de manera que se brinde seguridad en esos ámbitos).

d) Inclusión cultural, identitaria y de reconocimiento (cada ser humano construye quien es, su subjetividad, en el reflejo de los otros; perder ese reconocimiento es perder la propia imagen. Los pueblos indígenas, que durante siglos no han tenido ciudadanía identitaria, difícilmente podían sentirse parte de la sociedad. La no inclusión identitaria es una reclamación de minorías sexuales, raciales, étnicas, de género, y también nacionales).

Es importante señalar que ese bienestar puede leerse en términos particulares, familiares, de clan o, de manera más general, en relación con toda la comunidad o ámbitos más grandes. Por eso la inclusión no se entiende simplemente en el hecho de estar incluidos, sino de compartir las reglas de inclusión (alguien que se lea a sí mismo como un loser, un perdedor, no desobedecerá porque se considere maltratado por el poder político; desde otra perspectiva, son bien conocidos los casos de personas que, perteneciendo a estratos

sociales acomodados, consagraron su vida a la inclusión de grupos excluidos: Buda, Marx y Engels, Che Guevara, junto a tantos otros, son emblemáticos). Estos cuatro grandes ámbitos de inclusión son los que cubre, al menos en su marco teórico, el Estado social, el Estado democrático, el Estado de derecho y el Estado nacional (o plurinacional en su caso).

4) Rutina. Por último, un factor importante de obediencia es la rutina, lo que Bertrand de Jouvenel llamaba la «dimensión histórica del poder». Las instituciones son protocolos compartidos de comportamiento que inyectan obediencia en la medida en que son órdenes que existen y funcionan. Es la parte de regulación de la vida social, confrontada dialécticamente con la emancipación. De ahí que se socialice en la observancia de las normas y habitus. La rutina es lo que queda cuando se han silenciado históricamente las disidencias. Es el espacio del olvido. La imitación que le es propia al ser humano, también opera con la protesta y con su ausencia. Y es donde operan las tecnologías del poder que llevan a que la ciudadanía interiorice comportamientos que son funcionales para el mantenimiento del statu quo aunque perjudiquen la emancipación. Toda la crítica a la gubernamentalidad de Foucault cae en la construcción de sociedades que no experimenten ni se hagan preguntas que generen cambios. Organizar la rutina es una de las principales tareas del neoliberalismo.

Si no hay noticia de los conflictos, es más fácil que no haya reproducción del conflicto. Si se borra la memoria, se frena la disidencia. La conclusión es que se tiende a obedecer porque siempre se ha obedecido (de hecho, el mayor refuerzo del poder es que siempre se ha comportado así). No obedecer es abrir las puertas al sacrificio, y el ser humano, como animal, tiene un fuerte instinto de supervivencia. Karl W. Deutsch afirmará –con porcentajes que valen sobre todo como indicadores generales– que los «hábitos de obediencia son el socio invisible del gobierno», ya que «realizan más del 80 por 100 del trabajo»[3].

El Estado tiene, para Helmut Willke, cuatro instrumentos principales para ejercer el poder. El primero es la fuerza (de ahí la petición de Weber de señalar al Estado como el que «reclama el monopolio de la violencia física legítima»). Desde esta perspectiva, el Estado, garante de la paz, se articula como un Estado securitario (Sicherheitsstaat). El segundo es la ley, que se basa en la reciprocidad y articula el Estado de derecho (Rechsstaat) para garantizar la integración social. En tercer lugar está el dinero, base de la redistribución de la riqueza que ejerce el Sozialstaat en aras de la igualdad. Por último está el conocimiento, propio del actual Estado de supervisión (Supervisionsstaat), que tanto supervisa como controla a través de mecanismos cada vez más sofisticados con el fin de evitar cualquier riesgo para el statu quo. En esta supeditación del Estado a formas crecientemente especializadas de violencia (Guantánamo como expresión macabra o los drones como instrumento «limpio»), así como a una legalidad impenetrable, un gasto dependiente de las finanzas y un conocimiento vertiginoso, va siendo igualmente rehén de los expertos, alejándose de la ciudadanía media[4].

Estas razones de la obediencia, cuando articulan un grupo crítico de personas (es decir, con capacidad suficiente de lograr efectos sociales generales) que pueda reproducir el



orden social, consiguen lo que Gramsci denominó un «bloque histórico», esto es, la unidad que articula el proceso de acumulación, la superestructura política y las bases ideológicas, es decir, que al tiempo que garantiza la base económica mantiene el aparato del Estado y genera un proceso de conciencia que sostiene el aparato de dominación (la suma de reproducción económica, superestructura jurídica, simbólica y estatal, liderazgo político y una conciencia compartida)[5]. Por el contrario, cuando desaparecen estos requisitos, encontramos por qué la obediencia puede abrir paso a un cambio social. Una mirada en negativo de estas cuatro razones de la obediencia da las claves de muchos desórdenes sociales. Así tenemos que, cuando las condiciones sociales cambian, cambia también la posibilidad de la obediencia. Una variación en la manera de pensar, operada por transformaciones materiales o por el nacimiento de nuevas representaciones, por nuevas formas de ver y entender la realidad, pone en cuestión la obediencia. Igual cuando el poder pierde la legitimidad (esto es, cuando algún hecho logra que se deje de creer en la tradición, cuando se pierde una guerra o el liderazgo parece débil, enfermo o incapaz, cuando se incumplen los procedimientos o las promesas electorales, etc.). También cuando se reduce la coacción, aunque también cuando se aumenta, es decir, cuando se sobrepasa la masa crítica que abre los cambios (como se vio en los momentos finales de la República Democrática Alemana); o en el momento en que cambia la sensación de bienestar (que es más fácil que ocurra cuando cambian materialmente las condiciones en, por ejemplo, una crisis)[6]; o si la rutina es puesta en cuestión. En todos estos casos, el cambio social empieza a operar con fuerza. El dolor empieza a transformarse en una conciencia que puede terminar en una forma de acción colectiva. En esa situación, el poder se adapta a las nuevas formas o corre el riesgo de no ser obedecido; en ese momento caben tres posibilidades: solventa las demandas sociales, incrementa la represión y la propaganda o se prepara para salir de la posición de mando. El cambio social empieza a manifestarse de manera clara y las estatuas se caen de sus pedestales. El poder, entonces, se torna nostálgico y quiere regresar al tiempo en el que su mandato era más cómodo. Pero cuando la pasta de dientes sale fuera del tubo, intentar meterla dentro es un ejercicio vano.

Gramsci estableció que el Estado debía entenderse como «sociedad política + sociedad civil», vale decir «hegemonía revestida de coerción». Esto implica que para entender qué es el Estado tenemos que mirar al menos a tres sitios: 1) al aparato del Estado estricto (entre otros, bancos nacionales, policía, ejército, jueces, funcionarios, diplomáticos, abogados del Estado); 2) al aparato del Estado delegado (la estatalidad delegada en organismos cuasi-gubernamentales de carácter privado o público, FMI, OMC, organismos internacionales de resolución de conflictos); 3) a la sociedad civil que permite que el Estado actúe (medios de comunicación, confesiones, organizaciones deportivas, universidades, sindicatos, asociaciones profesionales, intelectuales orgánicos). En esta línea, Bob Jessop, como vimos, define el núcleo del Estado como

un conjunto relativamente unificado de instituciones y organizaciones [Staatsgewalt] integradas y regularizadas socialmente y selectivas estratégicamente, cuya función socialmente aceptada es la de definir y aplicar las decisiones colectivamente vinculantes sobre los miembros de una sociedad [Staatsvolk] en determinada área territorial [Staatsgebiet] en nombre del interés común o la voluntad general de una comunidad política imaginada que se identifica con ese territorio [Staatsidee][7].

Pero como el autor es consciente de que la definición del «núcleo del Estado» no agota lo que sea el Estado, propone estudiarlo desde seis dimensiones que parten de entender el Estado como una relación social (a la que hemos adjetivado nosotros, sin embargo, como «descompensada»):

«El Estado» puede analizarse de manera fructífera si es entendido como: 1) el ejercicio del poder del Estado, 2) como la condensación mediada institucional y discursivamente (una reflexión y una refracción) 3) de un equilibrio de fuerzas que es variable, 4) y que busca influir en las formas, los propósitos y el contenido de la organización institucional, de la política y de las políticas 5) en coyunturas específicas, marcadas por una mezcla igualmente variable de oportunidades y restricciones, 6) ellas mismas vinculadas a un entorno natural y social más amplio[8].

Esto lleva a mirar al Estado desde una matriz, como veíamos, con seis celdas: 1) los modos de representación del Estado, que toman cuerpo según diferentes países y momentos como clientelismo, corporativismo, parlamentarismo, pluralismo y razón de Estado –esta última, que prescinde de los canales formales de representación–; 2) la arquitectura institucional del Estado con sus divisiones funcionales y territoriales del poder y sus dificultades para operar de manera unificada. Aquí están los funcionarios y la subordinación a las reglas formales de responsabilidad legal y financiera; 3) los modos de intervención del Estado tanto dentro como fuera del Estado, su capacidad de infiltrarse en la sociedad y organizar las relaciones sociales desde su poder político. Aquí está la coerción, la ley, el dinero y el conocimiento; 4) las bases sociales del Estado, esto es, la configuración específica de las fuerzas sociales (la forma en que el Estado distribuye los bienes materiales y simbólicos del Estado). Aquí se articula el bloque de poder –la alianza de poder que define el «arte de lo posible»– y un bloque hegemónico que logra la unidad histórica de clases, movimientos e intelectuales y que crea un «bloque histórico» que articula la economía, la política, el derecho y la cultura (aquí están los partidos políticos); 5) el proyecto concreto de Estado, es decir, la propuesta organizativa que delimita el Estado frente a la sociedad y que permite que sea operativo internamente y realice sus tareas. Es la expresión de la dificultad de cualquier Estado para estar plenamente unificado. Los proyectos son el marco o el patrón que permite coordinar un Estado (de estas dificultades da cuenta que, ahora mismo, hay varios proyectos de Estado dentro de la Unión Europea); 6) las visiones hegemónicas, que son las que aportan las directrices generales para la gestión estatal y articulan el supuesto «interés público general» y que, en última instancias son las que impiden que el aparato estatal se reproduzca a sí mismo olvidando su responsabilidad con el conjunto de la sociedad. Esta mirada nos resulta esencial para entender que en los Estados hay espacios de privilegio que hacen que determinadas demandas y determinados grupos tengan mayor acceso a las palancas del Estado para lograr sus objetivos.

Se trata, como hemos visto, de la selectividad estratégica del Estado que marca profundas desigualdades en la relación con el Estado: 1) respecto de los modos de representación hay un desigual acceso al Estado, así como desiguales capacidades para resistir al Estado fuera de él. Aquí los sistemas electorales y las campañas, la motivación personal, el apoyo económico familiar o de grupo, tradiciones familiares, redes de confianza o apoyo insertadas previamente en el Estado, etc., marcan una enorme diferencia; 2) en cuanto a la arquitectura del Estado, está la desigual capacidad para definir y articular posiciones



dentro del aparato del Estado, por formación, prestigio, acceso a formación, redes de apoyo, dominio de la legislación, etc.; 3) en lo que se refiere a la intervención del Estado en la sociedad, aparecen los diferentes modos y mecanismos de intervención en virtud del control de los mecanismos. Para ejercer la coerción, la selectividad estatal selecciona sectores conservadores vinculados a la defensa del statu quo y sus justificaciones (la nación, por ejemplo, es un elemento de cohesión para la policía y el ejército, así como al negocio de la seguridad privada). El dinero –bancos centrales, bancos privados, aseguradoras, agencias de calificación, brókeres– son parte de los sectores privilegiados salarial o económicamente, de manera que articulan un ejército de justificación del statu quo. La ley ha generado igualmente un colectivo autorreferenciado que crea sinergias entre bufetes de abogados, jueces, notarios y gestores políticos de la justicia, por lo general alejados, por los mecanismos de selección, de las mayorías. Por último, el conocimiento, con el auge de las universidades privadas y la privatización del conocimiento, marca también una selectividad que hace del conocimiento una herramienta privilegiada de disciplinar en la gubernamentalidad neoliberal; 4) en cuanto a las bases sociales, los desniveles en la distribución de recursos materiales y simbólicos entre las clases o fracciones de clase están dirigidos precisamente a conseguir el apoyo al statu quo, sin olvidar que es más fácil articular a minorías que a mayorías. Aquí opera la fragmentación de esas mayorías y la capacidad de estigmatización de los sectores subalternos, que terminan anhelando salir de esas clases subalternas y pertenecer, aunque sea en el deseo, a las clases medias y altas; 5) respecto de los proyectos estatales, la fragmentación del sistema estatal y su ineficacia correspondiente debilitan a los sectores más débiles (los departamentos que gastan frente a los que ingresan; los que atienden demandas feministas frente a los que articulan los rescates bancarios, los que atienden a minorías frente a los que atienden a las grandes empresas y bancos), de la misma manera que priman al Ejecutivo respecto del Legislativo; 6) en cuanto a las visiones hegemónicas, hay una enorme debilidad de la provisión de propuestas de legitimidad alternativas en tanto en cuanto lo que existe tiene la fuerza del orden existente, el refuerzo consistente que hacen los privilegiados del mismo (frente a la enorme fragmentación de las alternativas) y la construcción diaria del sentido común vigente a través de los medios de comunicación y de la cooptación de intelectuales (que se encargan igualmente de denigrar las alternativas)[9].

Por todo esto, y más allá de debates superados, no puede reducirse el Estado a su cuerpo administrativo, pero tampoco puede ignorarse su condición institucional capaz de estructurar y administrar vastos territorios y bienes materiales y simbólicos. De la misma forma, no hay que dejar de lado su condición de organización dirigida por personas, que se articula en una sociedad concreta con la que interactúa de manera constante y se influye mutuamente. Diferenciamos para entender, pero la realidad está muy trabada como para hacer reales las diferenciaciones de la teoría. En el ámbito del Estado tenemos que considerar a la nación –como discurso cultural colectivo, arraigado a un territorio y que porta la historia compartida y otorga la idea de continuidad y trascendencia o permanencia–, los parlamentos, la burocracia, el gobierno, los jueces, los militares. Y todas las relaciones que estos espacios, personas y lógicas tienen con la sociedad en la que actúan. Como recuerda Santos, el poder está en sitios donde la Modernidad no ha mirado: en el espacio doméstico, en el espacio de producción, en el del mercado, en el de la comunidad, en el de la ciudadanía –el propio del Estado– y el espacio mundial. Si reparamos, vemos que desde la dominación de clase –una perspectiva fructífera para mirar el Estado–, esta tiene lugar en la economía, en la política, en lo jurídico y en lo ideológico[10].

Esa multiplicidad de estructuras, lógicas, instituciones y objetivos que llamamos Estado está constantemente escuchando para tomar decisiones. Para no caer en mecanicismos que paralizan o confunden, conviene hacer un fugaz repaso, sin orden de importancia y con múltiples variaciones y relaciones entre sí, a las siguientes lógicas y actores que influyen en las decisiones que afectan al Estado. No hay que olvidar que es al gobierno a quien le corresponde dirigir en cada tiempo la capacidad coactiva del Estado, del mismo modo que el Estado con frecuencia no deja espacio para que el gobierno tome determinadas decisiones (al contrario, encadena a este). El gobierno de Hitler fue capaz de cambiar al Estado alemán, de la misma manera, aunque en otra dirección, que el gobierno liberal de Lloyd George cambió al Estado británico. Ya hemos visto que errores de consideración de los partidos políticos, en concreto de la izquierda, en Israel terminaron cambiando la cultura política del país y, por tanto, las visiones hegemónicas. Pero también vemos que cualquier Estado actual se obliga a sí mismo a pagar los intereses de la deuda, entre otras cosas porque no hacerlo dificultaría al gobierno correspondiente pagar la nómina de los funcionarios públicos (a los militares no les gusta que no les paguen la nómina y, a diferencia de otros funcionarios, tienen armas). Al mismo tiempo que un gobierno puede aprobar el rescate bancario con dinero público y endurecer los requisitos para acceder a la condición de pensionista, otro puede cambiar las leyes para aumentar las ayudas públicas en vivienda o educación. Al igual que un gobierno puede cambiar una Constitución para eliminar la autorización judicial de las escuchas telefónicas, endurecer los requisitos para obtener la nacionalidad y eliminar derechos sociales, otro puede impulsar políticas públicas redistributivas participadas popularmente, vincular al Estado a unas formas u otras de integración regional o renacionalizar servicios públicos antaño privatizados también por un gobierno. Separar al Estado de la sociedad, autonomizándolo, solo sirve para someterse con impotencia a los mandatos de quienes deciden sus movimientos; ignorar que el Estado tiene, como hemos visto, su selectividad estratégica, su memoria vinculada a su trayectoria, sus intereses propios, solo sirve para caer en la confusión de pensar que basta alcanzar el gobierno para controlar el poder.

Vistas estas complejidades, veamos a quiénes se escucha desde el entramado del Estado (insistiendo en su compleja condición de relación social y sin presuponer un orden de importancia que dependerá de cada coyuntura):

1) A los que tienen la capacidad de declarar, en expresión de Carl Schmitt, el Estado de excepción, es decir, a los poderes fácticos que tienen capacidad de emplear de manera generalizada algún tipo de violencia (física o material) no necesariamente legítima: gobiernos extranjeros con capacidad de aplicar bloqueos económicos, ejército nacional o extranjero, banqueros, transporte y comunicaciones, sector financiero, eléctricas y distribución de alimentos, agencias de rating (que aumentan el riesgo país y, por tanto, los intereses de la deuda, la patronal), líderes carismáticos con capacidad de movilización, entramados mediáticos, mafias, paramilitares…

2) A la Constitución y las leyes vigentes; a las leyes internacionales, a los acuerdos suscritos.

3) A las estructuras administrativas con sus reglamentos, prácticas habituales, instancias, etc. (que tienen la fuerza añadida de la costumbre y la tradición y que, incluso después de una revolución, siguen estando ahí).



4) A los intereses particulares organizados o con capacidad de ejercer presión, con especial relevancia a la fusión de intereses económicos y mediáticos, que unen a su propia capacidad la de influir en la ciudadanía (no se trata de su capacidad de forzar una situación, sino de impedir que se organicen intereses contrarios).

5) A las presiones regionales, municipales o de cualquier otro orden territorial, especialmente si tienen condición identitaria particular.

6) A la ciudadanía organizada que reclama cuestiones de interés general (en que las voces cobran fuerza si se repiten como un eco multiplicado). En este aspecto es esencial la coordinación. Es el principio que reclama el populismo: trazar un ellos y un nosotros con el poder a través de la identificación con un significante (que no necesariamente tiene que estar vacío, sino que debe poseer la capacidad de traducir todas las demandas pendientes).

7) A la opinión pública, expresada bien a través de formas directas (huelgas, manifestaciones, formas propias de comunicación) o indirectas (encuestas, medios de comunicación).

8) A referentes morales asentados (iglesias, asociaciones, personalidades de prestigio, intelectuales, economistas sancionados internacionalmente), a los paradigmas científicos y a los discursos hegemónicos que pretenden reconciliar el Estado con el bienestar colectivo (esto es, que presuponen al Estado un papel de conciliación ética de la sociedad).

9) A la propia subsistencia del aparato estatal, esto es, de las personas que lo integran y que tienen en la administración su modus vivendi –lo que no implica una reificación/cosificación del Estado como si este fuera un ente abstracto con existencia por sí mismo y al que está adscrito simbólicamente el interés general–. Este aparato estatal funciona con una lógica sistémica referenciada teóricamente con la imparcialidad y el interés colectivo, pues necesariamente tiene que pensar, para permanecer en el tiempo, en garantizar el orden sostenido en el sistema de dominación. Esto hace que el Estado juegue siempre más allá del corto plazo (la no inmediatez de la administración de justicia es ejemplo claro de esto) y le preocupe asegurar la legitimidad del orden (obviamente con variaciones en cada país según sea la construcción histórica del Estado).

10) A los partidos políticos, especialmente a los que sostienen al gobierno.

11) A los sindicatos cuando tienen capacidad de interrupción del circuito del capital.

12) A las presiones internacionales, bien de otros gobiernos, bien de las instancias supranacionales.

13) A las necesidades inmediatas de financiación y, de ahí, a los mercados internacionales, tanto de bienes y servicios como de capitales.

14) A las peculiaridades de las elites que lo dirigen en sus diferentes ámbitos (que pueden estar formadas fuertemente en alguna ideología, tener firmes convicciones religiosas o tomar decisiones consultando a astrólogos, videntes o quiromantes, como ocurre con más frecuencia de lo conocido).

En definitiva, en el centro de toda la reflexión aparece la política, esto es, la definición y articulación –por uno, varios o todos– de los comportamientos colectivos de obligado cumplimiento en una comunidad. No es solo la economía –por supuesto, de radical relevancia–, ni los valores –que están detrás también de muchos comportamientos–, ni los presupuestos jurídicos –igualmente esenciales–. Se trata de la política, como arte de la polis, a la que corresponde la obligación de integrar todos los elementos a la búsqueda de una síntesis funcional para la marcha de la sociedad.

El Estado siempre es reflejo de un proceso histórico. Como realidad empírica, concreta, su funcionamiento responderá a los intereses de los que hayan ganado en el conflicto social, a los que mejor se hayan situado en ese momento (sean unos pocos o sea el conjunto de la sociedad) y a la memoria que porte y la influencia que ejerza esa memoria sobre el comportamiento estatal. Eso permite pensar, al menos en el corto plazo, en la posibilidad de enfrentarnos en el ámbito occidental con Estados capitalistas, Estados despóticos y también con Estados socialistas.

Es importante entender que el Estado real, el concreto de cada país, es selectivo en sus políticas, tiene predisposición a inclinarse, por esa herencia anclada en sus estructuras, discursos y agentes, a defender lo que ya existe, a escuchar más unos intereses que otros, a reproducir más una lógica que otra. Históricamente, los intereses más escuchados no han sido los de las mayorías sino los de las clases minoritarias, evidentemente en algún tipo de equilibrio con las mayorías (minorías, consistentes como vimos, con capacidad de ganar para sus intereses la capacidad de coacción del ejército y la de legitimación de las iglesias y los intelectuales). Esto ha sido posible porque lograron hacerse con la hegemonía social y hacer valer sus intereses particulares como si estuvieran ligados a los intereses generales (lograron construir la obediencia con una mezcla de los cuatro elementos señalados). Pero no está escrito que eso no pueda variar. Lo que haga el Estado dependerá siempre del resultado de los conflictos sociales y de la capacidad de estos conflictos de hacer del instrumento estatal una herramienta para la organización social. Si bien es verdad, como venimos insistiendo, que hay predisposición en el Estado, no existe, por el contrario, ninguna predeterminación «necesaria» para que se comporte en una dirección u otra. El Estado no es una persona que pueda hacer lo que quiera. Tiene una autonomía marcada por todos los sectores a los que escucha y, en especial, a las luchas sociales pasadas y presentes. Esa autonomía le permite trabajar para aquellos que consigan hacerse hegemónicos en una sociedad. Las estructuras –recuerda Jessop– son solo estratégicamente selectivas y no absolutamente restrictivas. Cuando la sociedad se relaja, la estructura estatal, como cualquier estructura, puede dedicar más tiempo y recursos a su propia reproducción. Pero eso solo será señal de esa relajación social. No es posible, como plantea el liberalismo, que sean los representantes los que se encarguen de la cosa pública sin que se vean lesionados, tarde o temprano, los intereses de la mayoría. Votar cada cuatro o cinco años no es suficiente. Un Estado independizado del control de la sociedad termina, como estructura que es, teniendo comportamientos privados. Algo que se agrava cuando el Estado, como ocurre en la globalización, atiende a aspectos cuya complejidad y oscuridad –muchas veces intencionada– reclama un conocimiento que no es de fácil acceso. Al final, funciona el aserto «vota y no te metas en política», de manera que en el reparto de papeles los políticos, cada vez más autorreferenciados en la cartelización de los partidos, se encargan de la cosa pública y la ciudadanía se dedica al consumo y al entretenimiento, al pan y al circo (aunque con cantidades decrecientes de pan y con un circo de ínfima calidad).

La construcción de alternativas pasa por articular las mayorías sobre contradicciones principales. No es cierto que a través de discursos posmodernos sea posible construir una



nueva hegemonía. Solo desde una recuperación de la crítica de la economía política que incorpore la relevancia gramsciana dada al discurso –sin olvidar la economía– será posible la progresión:

Doler (consciencia e identificación de un daño) → saber (definición de las causas de un daño, es decir, conversión del daño en conocimiento) → querer (voluntad individual de acabar con el daño y con sus causas) → poder (acumulación de fuerzas para acabar con las causas del daño) → hacer (acción individual o colectiva que acaba con la fuente del daño).

Descontento social → activismo popular en la calle → cambio en las ideas hegemónicas → conquista del Estado o presencia institucional → refuerzo del empoderamiento popular desde el Estado → vigilancia social de lo público que acabe con la delegación política.

En conclusión, tenemos que el Estado es una relación social descompensada (pues su comparación con cualquier otra instancia social deja evidente el desequilibrio) que articula en un momento y sitio concretos un complejo entramado, empotrado en la sociedad, de instituciones, personas y reglas de comportamiento, con un aparato administrativo estable con capacidad coactiva dentro de un territorio y para una población dada en virtud de un proyecto de bien común definido, usando para garantizar la obediencia tanto elementos de dentro del propio Estado como otros pertenecientes a la sociedad civil.

EL ESTADO COMO NOVÍSIMO MOVIMIENTO SOCIAL EN EL SIGLO XXI[1]

Mientras el «Estado paternalista» incorpora la condición vertical y jerárquica del poder, la complejidad social y el compromiso democrático nos invitan a pensar en un «Estado maternalista». Desde esta perspectiva, el Estado acompaña y empodera, pero se pone de lado para que la sociedad pueda desarrollar formas de autogestión (es lo contrario de progenitores castradores). El principio de subsidiariedad parte de que lo que pueda hacer la entidad inferior no lo haga la superior, sin que eso implique dejación de responsabilidades en caso de que, por cualquier razón (conocimiento, recursos, conflictos), la parte inferior no pueda desarrollar la tarea.

Un ejemplo claro de esta política de subsidiariedad está en la construcción del II Plan para la Igualdad de Mujeres y Hombres en Gipuzkoa (2012-2020), que desembocaría en la Norma Foral 2/2015 de Igualdad, desarrollado por el gobierno de la coalición Bildu en la Diputación Foral de Gipuzkoa, entre 2011 y 2015. La Dirección de Igualdad aplicó, usando la terminología de Jessop, una mezcla de metagobernanza de mando, dialogada y solidaria. Para ello, como primer paso convenció a todo el nuevo Ejecutivo de la

importancia transversal de una política feminista, que para ser útil en su voluntad transformadora tenía que afectar a toda la estructura, a todos sus discursos y a todos sus actores. Inicialmente arrancó con un grupo promotor que marcó líneas abiertas de por dónde podría discurrir el plan. Ese grupo promotor estaba formado por personal de la propia institución y por personas externas a esta que conformaban un grupo interdisciplinar con conocimientos expertos complementarios desde perspectivas feministas. En concreto, se contaba con un grupo de teóricas provenientes de la reflexión intelectual tanto académica como activista; otro, de especialistas en participación y desarrollo comunitario; y otro, de expertas en administración pública (que conocían en profundidad el funcionamiento interno de las instituciones). Este grupo promotor estableció seis grandes líneas estratégicas a las que llamaron «líneas para la transformación» (el grupo estaba abierto, incorporaba ideas, inventaba nombres, identificaba nuevas necesidades en un constante desequilibrio creativo):

1) Línea de buen gobierno: encargada de impulsar un cambio en el modelo de gobernabilidad como condición necesaria para hacer de las instituciones instrumentos al servicio del sostenimiento de la vida. Para ello, se articularon diversos dispositivos de profundización democrática que garantizaban la deliberación y la toma de decisiones en común: procesos participativos (presupuestos participativos con perspectiva de género); espacios interinstitucionales de trabajo en red (la red de «técnicas de igualdad», trabajadoras públicas de apoyo a las políticas de igualdad adscritas a los municipios); o la creación de espacios de participación e interlocución de la institución con los movimientos sociales y la sociedad civil organizada (en este marco nacería el espacio formal de participación feminista GUNEA).

2) Línea de redes y prácticas feministas. Era la línea encargada de «los afueras», es decir, de conectar con el movimiento existente. La pluralidad del movimiento obligaba a ganar para el proyecto a los sectores que, por diferentes razones, desconfiaban de la administración (por razones de adscripción partidista o por cuestiones ideológicas más amplias). Esta línea dedicó recursos públicos para crear las condiciones que ayudaran al fortalecimiento del movimiento feminista y de mujeres apoyando el desarrollo de sus proyectos comunitarios, acciones colectivas o facilitando que la institución fuera altavoz de sus demandas. Al tiempo, se creaban las complicidades y confianzas que facilitaban el diálogo y la construcción conjunta de una agenda que permitía contar con la sociedad civil organizada, recuperar a la desactivada y ganar nuevas personas y grupos.

3) Línea de economía para la sostenibilidad de la vida. Encargada de poner en marcha medidas públicas que frenaran la precarización de la vida de cada vez más personas garantizando el acceso a recursos (creando prestaciones monetarias o empleo en ámbitos como los cuidados), redistribuyendo la riqueza (como la reforma progresiva de la política fiscal) y poniendo a funcionar esta en otra lógica (como el apoyo a sociedades mercantiles no movidas por el ánimo de lucro, etcétera).

4) Línea de cuidados dignos y universales. Dirigida a garantizar el derecho al cuidado (a elegir los cuidados y a recibir cuidados) como una necesidad consustancial a la vida misma y a la mejora de las condiciones laborales de las personas dedicadas al cuidado profesional.

5) Línea del entorno para la sostenibilidad de la vida. Encargada de crear entornos urbanos y rurales donde se respete el medio ambiente, se refuercen las economías



locales, se apoye la soberanía alimentaria, se ponga freno a la expansión periférica ilimitada o se garantice disponer de medios de transporte públicos que faciliten la vida cotidiana.

6) Línea de vidas libres de la violencia machista.

Se organizaron jornadas específicas para los diferentes sectores feministas y con grupos de mujeres ajenas al feminismo, en tanto en cuanto fuera posible una reunión más inclusiva. No forzar los tiempos de la gente era esencial. En el desarrollo del Plan se ganaron «los afueras» de la sociedad y los «adentros» de la administración, muy reacia a cualquier cambio (los funcionarios públicos tienen una selectividad estratégica marcada por la idea arraigada de que «los políticos pasan, los funcionarios nos quedamos»). Lo que sirve para la sociedad no siempre es aplicable en la administración sin que previamente haya un trabajo de traducción que lo aterrice a la lógica de la institución. La administración articulaba las decisiones que tenían que ver con el gasto, lo que implicaba discusiones de racionalización del mismo muy especializadas. Al mismo tiempo, la administración establece lo que se puede hacer y lo que no, que luego debía ser a su vez traducido a los «afueras» sociales, que ya no lo ven como una imposición arbitraria de la política institucional. Ese proceso constante de enunciación, gestión y devolución solventó muchos problemas, creó espacios de encuentro, ayudó a salir de los cuellos de botella del asamblearismo y del burocratismo.

Como una decisión de política pública se creó GUNEA (Espacio de participación e interlocución para la igualdad en Gipuzkoa) a través de un decreto de la administración (la creación se demoró más de un año, pese a que había organizaciones que presionaban para su aprobación inmediata). Este espacio de participación de las mujeres tenía la interlocución de las organizaciones feministas. Se asumió la dificultad de un buen gobierno sin deliberación (no bastaba la mirada experta). Ayudar desde el Estado a la organización de la sociedad civil era un requisito. GUNEA debía servir como espacio de deliberación, de fortalecimiento de las redes y también de rendición de cuentas (el gobierno se sometía a una rendición de cuentas no parlamentaria sino social). Su construcción fue de abajo a arriba. Se puso en marcha solamente después de la aprobación del Plan de Igualdad, aunque antes ya estaba funcionando como una suerte de semilla. En la creación de GUNEA hubo un diseño previo por parte de expertas. Luego se acordó con las organizaciones feministas y con personas individuales. En el retraso influyó la falta de recursos (solo había dos personas encargadas del proceso) y la complejidad de los diálogos (zonas urbanas y rurales, mujeres más y menos concienciadas, diferentes disponibilidades de tiempo). Para que ese diálogo funcionara se diseñaron apoyos concretos con viajes, cuidados de menores a través de políticas públicas que implicaban la redistribución de la riqueza.

Durante todo el proceso se asumía que era un espacio experimental sujeto al ensayo y error, que tenía, como vacuna ante el fracaso, haber hablado con el mayor número posible de personas. Era también una vacuna que diferenciaba entre el decreto que aprobaba GUNEA (espacio blindado) y el reglamento que lo desarrollaba (espacio de mayor experimentación). La creación de la Red de Técnicas de Igualdad (funcionarias o contratadas de la administración para cuestiones de igualdad en los territorios) era una estructura que vertebraba el proceso, pese a lo exiguo del equipo (en torno a veinte personas para una población de 717.000 personas). De la misma manera, cada departamento de la administración de Gipuzkoa tenía unidades de igualdad que había que

coordinar. Uno de los elementos más complicados era trasladar las líneas del Plan al departamento de Hacienda, con las propuestas de reforma fiscal progresiva con mirada de género que implicaba una mirada de largo alcance: sin capacidad fiscal no era posible una política de igualdad eficaz.

En un ejemplo de articulación real del principio de subsidiariedad, la administración entregó la presidencia de GUNEA a la sociedad civil, reservándose para sí la vicepresidencia (que ocupaba la directora de Igualdad, máxima autoridad en el equipo de gobierno para cuestiones de igualdad). Una política «maternalista» frente a una política «paternalista». Un comportamiento de retaguardia más que de vanguardia.

Las medidas que provenían de la sociedad organizada, una vez traducidas a sus posibilidades por parte de la administración, regresaban de nuevo a la sociedad, donde se hacían ajustes y se devolvían. Ese ir y venir constante generó el Plan de Igualdad. El destino final de ese proyecto fue la aprobación de una Norma Foral de Igualdad. Su borrador fue discutido por GUNEA y en espacios interinstitucionales como la red de técnicas ya mencionada o con Emakunde-Instituto Vasco de las Mujeres (organismo autónomo del gobierno vasco). Esa Norma de igualdad fue muy avanzada y tuvo que ser asumida por el conjunto de los partidos políticos, que incluso reclamaron aspectos que la administración, desde una actitud más conservadora pese a su compromiso de izquierda, había rechazado (esto no quita que, desde la perspectiva de las organizaciones feministas, aún haya muchas lagunas, por ejemplo de personal, en comparación con otros ámbitos de la administración). Se institucionalizaba a partir de la Norma tanto el enfoque de la sostenibilidad de la vida como horizonte de modelo social al que transitar, como los espacios creados para articular el diálogo, la deliberación y la toma de decisiones en común: la red de técnicas y GUNEA. Esa metodología participativa generó agenda política, conciencia y organización popular, al tiempo que logró aumentar los recursos presupuestarios para igualdad. Sin embargo, la llegada al poder en la Diputación de Gipuzkoa de una fuerza conservadora (el Partido Nacionalista Vasco) revertiría parte de esos avances.

La metodología participativa de este proceso comparte varios elementos esenciales con otras propuestas colaborativas exitosas. Uno de ellos, quizá el determinante, la existencia de un grupo de personas guiadas por la solidaridad pero ancladas en espacios de mando (no en espacios de mercado) con capacidad para hacer de guías del proceso sin paralizarlo con posiciones paternalistas o autoritarias. En el fondo, es un proceso similar al que diferencia Twitter de Wikipedia: en el segundo caso, la existencia de un equipo que vela por la calidad e independencia de las voces, sin sacrificar ni debilitar el esfuerzo voluntario de 24 millones de personas, construye un filtro virtuoso que alimenta la participación en vez de desalentarla (como pasa en Twitter, convertido a menudo en un vertedero).

En la terminología de Jessop, se trata de una coordinación de mando ex ante con capacidad de escuchar a los colaboradores, es decir, incorporando una coordinación de intercambio, dialogada y solidaria ex post que otorga la racionalidad por una mezcla del beneficio del trabajo de los colaboradores, de la ventaja del diálogo que no desalienta e incorpora diferentes puntos de vista guiados por la objetividad y de la meta final de construir una enciclopedia gratuita y colaborativa. Al final funciona la autoorganización a través de una negociación continua guiada por la buena voluntad y el interés común, que va densificando los acuerdos institucionales al tiempo que los hace transparentes y



modificables. Funcionan como foros inteligentes –con un monopolio relativo de la inteligencia y la organización–, como tribunales de apelación, como reequilibradores de los desequilibrios de poder, ayudan a una autocomprensión diferente y dialogada, fomentan la coordinación, permiten articulaciones entre el corto y el largo plazo y lo local y lo global, y asumen una responsabilidad (que es social y política). Es decir, funcionan sin miedo, con inteligencia y empatía. La política en este momento del siglo XXI va a tener que comportarse como la luz, siendo a veces onda y a veces partícula. La única manera de sobrevivir en un mundo complejo y en un proceso acelerado de cambio (principalmente tecnológico) es adaptarse y funcionar como unidades adaptativas. Las sociedades nómadas se defendían como grupo de los que querían quedarse con lo de los demás. Somos codependientes e incapaces de mercantilizar toda la vida, altruistas e igualitarios. Así hemos llegado hasta aquí. Por eso reivindicar la empatía, la inteligencia, el coraje y la compasión son principios muy avanzados para una sociedad en cambio. No son malos ingredientes para reinventar la política[2].

[1] Laura Gómez, «Instituciones públicas como instrumentos feministas emancipadores para un mundo en transición», Viento Sur 143 (diciembre de 2015). Agradezco a la autora las detalladas explicaciones de este avanzado proceso.

[2] Buena parte de esta rearticulación la define Jessop como «colibración», una suerte de metagobernanza virtuosa. He profundizado en esta idea en Juan Carlos Monedero, «Política tras la derrota de la política: posdemocracia, postpolítica y populismo», en Boaventura de Sousa Santos y José Manuel Mendes (eds.), Demodiversidad. Imaginar nuevas posibilidades democráticas, Madrid, Akal, 2017.

---

[1] En términos generales, suele coincidir un Estado nacional con un mercado nacional. De hecho, los fallos en el funcionamiento del mercado o la lectura de una posibilidad de mejora desde una zona próspera y con recursos son elementos que ayudan a la búsqueda de un Estado propio. En España, las reclamaciones independentistas de Catalunya y del País Vasco se extremaron con motivo de la pérdida, por parte de España, de las últimas colonias en América y Asia en 1898. De igual manera, el conflicto entre Catalunya y el Estado español en 2017 no puede entenderse sin la crisis económica de 2008 y sin las reclamaciones económicas por parte del gobierno catalán y el empeoramiento de las condiciones de vida de la ciudadanía catalana. Conviene una vez más recordar a Gramsci para decir que no se puede trazar una línea recta, sin embargo, entre la economía y las acciones políticas.

[2] La homogeneidad es una constante de toda sociedad, al igual que de la reflexión política. Lo que constituye la homogeneidad tiene grandes variaciones. Mientras que para el liberalismo la homogeneidad está en el imperio de la ley, para el socialismo clásico está en la propiedad pública de los medios de producción; mientras que para Carl Schmitt está en el sometimiento a las decisiones del soberano, para Rosa Luxemburgo está en la condición material igualitaria; mientras que para el cristianismo está en la condición de bautizado, en el islamismo está en la condición de creyente; mientras que para las interpretaciones racistas está en la sangre (o el Rh), para las humanistas está en el simple hecho de la existencia común.

[3] Karl W. Deutsch, Política y gobierno, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 30.

[4] Helmut Willke, Supervision des Staates, Fráncfort, Suhrkamp, 1997.

[5] Antonio Gramsci, Antología (a cargo de Manuel Sacristán), Madrid, Akal, 2010.

[6] Sin embargo, en la República Democrática Alemana no cambiaron las condiciones materiales, sino la perspectiva de mejora con la incorporación a la RFA. En la caída de los países comunistas del Este de Europa fue más relevante la glasnost (transparencia informativa) que la perestroika (la transformación del aparato económico y político).

[7] Bob Jesssop, El Estado. Pasado, presente y futuro, Madrid, La Catarata, p. 93.

[8] Ibid., p. 97.

[9] Ibid., pp. 97-177.

[10] Boaventura de Sousa Santos, Crítica de la razón indolente, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2003, pp. 306 y ss.



PARA TERMINAR…

Reglobalización o barbarie: la respuesta contrahegemónica del Sur

¿Acaso, hoy casi como ayer, no se está utilizando el cansancio democrático, la náusea ante la nada, el desconcierto ante el desorden como aval de una nueva situación histórica de excepción que requiere un nuevo autoritarismo persuasivo, unificador de la ciudadanía en clientes y consumidores de un sistema, un mercado, una represión centralizada?

Manuel Vázquez Montalbán, Panfleto desde el planeta de los simios.

Dicen en las montañas de este país los hombres más viejos y las mujeres, que es necesario que la noche termine, que hay que destrenzar el pelo, que hay que hurgar en las arrugas y que hay que hablar ahora del buen sueño, que es necesario ya que acabe la noche del engaño que nos vendieron y que vuelva a amanecer y que el día esté cabal, despierto cuando le toca y dormido cuando le toca.

Dicen que si esto no ocurre la larga noche será definitiva y no habrá más tierra que poseer, tierra que cuidar ni tierra que querer. Dicen que si no despertamos de la pesadilla del engaño que nos vendieron, no habrá ya por qué luchar.

Subcomandante Marcos, La caja del sueño.

La barbarie es un mundo lleno de incertidumbre sumido en el miedo y es un mundo medioambientalmente devastado, la barbarie es la pérdida de la dignidad y es la pérdida de sentido. La barbarie es el desprecio a la paz y la barbarie es el recurso repetido a la guerra. La barbarie es el neoliberalismo y su consecuencia: la militarización del mundo.

A partir del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos, con un presidente que solventaba con la guerra los problemas de legitimidad con los que había iniciado su mandato (otra decisión judicial respecto del escrutinio en Florida podría haber entregado la presidencia al candidato demócrata, Al Gore), reconducía la marcha del mundo en un escenario de recesión económica, con una nueva ronda de la Organización Mundial del Comercio que incorporaba a China y sus más de mil trescientos millones de consumidores a la economía global, y en un impulso de rearticulación global roto por la unilateralidad de determinadas decisiones estadounidenses tomadas antes del 11-S.

Recordando una apreciación sutil de Guillermo O’Donnell, podemos afirmar que la lucha contra el terrorismo internacional ha recuperado la «gigantesca paranoia antisubversiva» de los años setenta que «petrifica a la sociedad» y crea «las condiciones políticas para que los “técnicos” de la economía –quienes nada creen tener que ver con esto porque se limitan a aplicar una universal racionalidad económica– manejen su bisturí; así la pasión del antisubversivo regala al tecnócrata su autoimagen aséptica»[1].

El proceso de desmantelamiento del Estado social y democrático de derecho no hizo sino ahondarse desde el fatídico y ambiguo atentado contra el símbolo del comercio mundial, las Torres Gemelas del World Trade Center, inspirado por el antiguo colaborador de la CIA durante la guerra contra la invasión soviética de Afganistán, Osama Bin Laden[2]. El 20 de septiembre de 2002, a un año de los atentados en Nueva York y Washington, George W. Bush daba a conocer el documento titulado La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos, donde se planteaba un principio que no tenía explicitación teórica oficial (aunque sí desarrollo práctico) desde los fascismos de los años treinta: la doctrina de la «guerra preventiva» (preventive War).

La relevancia estadounidense en el proceso de mundialización neoliberal continúa la primacía adquirida a finales de la Segunda Guerra Mundial. Como apuntamos, el elemento central de la reorganización del capitalismo en Bretton Woods, en 1944, no fue la creación del FMI y el Banco Mundial (entonces BIRD), sino la consolidación del dólar, y por tanto de Estados Unidos, como gestor de la política económica mundial. La fijación del oro como reserva internacional, la necesidad de que cada moneda estuviera referenciada en oro y la obligación de convertibilidad de las monedas en el metal precioso hacían de Estados Unidos, que controlaba dos tercios de las reservas mundiales de oro, el dueño de la única moneda con capacidad de circulación internacional. A partir de ese momento, le correspondía la gestión y expansión de la liquidez internacional, base a su vez del comercio mundial. Eso generó incompatibilidad entre la función del dólar como moneda global y, al tiempo, el compromiso de acumular reservas de oro en la misma cantidad de la emisión de moneda.

El asunto se solventó renunciando Estados Unidos a acumular el oro que se correspondía con la moneda emitida. Esto le confirió un poder omnímodo –en definitiva, cambiaba en el mundo papeles de color verde por bienes–. En 1971 se juntó el cansancio europeo, especialmente francés, de seguir financiando la aventura militar estadounidense en Vietnam con presiones de capitales que empezaban a estar transnacionalizados y aprovecharon el déficit comercial estadounidense para iniciar un ataque especulativo. El resultado fue la ruptura, en 1973, de los acuerdos de Bretton Woods y el inicio de la globalización financiera, al tiempo que Estados Unidos recuperaba su capacidad exportadora. Los capitales financieros, quizá el rasgo más relevante, tenían vía libre para generar el esquema de la deuda externa, que se iba a convertir en uno de los principales negocios del siglo XX[3].

El mundo globalizado presenta a Estados Unidos, incuestionable única potencia mundial pese a la pérdida de poder experimentado en el siglo XXI (su gasto militar es la mitad del gasto mundial en Defensa), sumido en una tensión incómoda. Por un lado, observa cómo los capitales de otros países tienen la capacidad de doblar en ocasiones su brazo, obligado a respetar las reglas generales de ese Estado transnacional encargado de hacer valer las normas de la economía global. Por otro lado, su condición imperial lo lleva a asumir decisiones unilaterales que lo alejan del resto de países: el establecimiento unilateral de aranceles a las importaciones de acero; el proteccionismo agrícola; la negativa a suscribir, mantener o avanzar en acuerdos internacionales sobre medio ambiente y desarme; las manifestaciones de desprecio respecto de la ONU; las presiones para conseguir inmunidad para los soldados y funcionarios estadounidenses en el Tribunal Penal Internacional; la autorización de sobornos a periodistas extranjeros; la legalización del asesinato de ciudadanos extranjeros fuera de Estados Unidos; la abolición del derecho de habeas corpus; la autorización de las torturas para obtener información; la decisión de poner en marcha una guerra contra otro país al margen de Naciones Unidas; el veto a otros países para vender armas o material militar a quien ellos decidan (caso de España



con Venezuela); el establecimiento de muros que hacen ridículo el denostado Muro de Berlín, el establecimiento de bloqueos económicos al margen de la legalidad internacional.

Es muy revelador leer a Samuel Huntington, fallecido en 2008, quien fue uno de los principales orientadores de la política exterior norteamericana desde los años setenta:

En los últimos años Estados Unidos ha intentado (o ha dado la impresión de intentar) más o menos unilateralmente, entre otras cosas, las siguientes: ejercer presión para que otros países adoptaran los criterios y las prácticas norteamericanas con respecto a los derechos humanos y la democracia; impedir que otros países adquirieran recursos militares que pudieran contrarrestar la superioridad convencional de Estados Unidos; aplicar extraterritorialmente en otras sociedades la ley estadounidense; clasificar a los demás países según su adhesión a las normas norteamericanas sobre derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación nuclear, proliferación de misiles, y ahora también libertad religiosa; aplicar sanciones contra países que no satisfacen las normas estadounidenses sobre esas cuestiones; promover los intereses de las corporaciones norteamericanas amparándose en la defensa del libre comercio y los mercados abiertos; configurar la política del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, de forma que sirviera a esos mismos intereses; intervenir en conflictos locales en los que tenía intereses directos relativamente menores; intimidar a otros países para que adoptaran políticas económicas y sociales que beneficiaran a los intereses económicos estadounidenses; fomentar la venta de armas norteamericanas en el extranjero, al tiempo que procuraba impedir ventas similares de otros países; forzar la renuncia de un secretario general de la ONU y dictar el nombramiento de su sucesor; expandir la OTAN incluyendo en ella a Polonia, Hungría y la República Checa, y no a otros países aspirantes; emprender acciones militares contra Iraq y mantener después duras sanciones económicas contra su régimen; y clasificar a ciertos países como «Estados indeseables», excluyéndolos de las instituciones globales porque se niegan a humillarse ante los deseos estadounidenses[4].

Mientras Estados Unidos preparaba el ataque contra Iraq, que coincidía en el tiempo con la desestabilización política de Venezuela y con el incremento de la represión israelí sobre los palestinos, algunos autores, con distancia irónica, señalaban la cercanía de la nueva estrategia norteamericana con el «principio de legitimación imperial», vinculado en su día al papado y negado desde el siglo XVII en nombre de la soberanía nacional, instaurado por la Paz de Westfalia. Ese principio había sido por segunda vez condenado como crimen de guerra en los juicios de Núremberg, una vez derrotado el nazismo. Pese a la evidencia del enorme paso atrás que dicho principio creaba, la nueva doctrina estratégica se impuso, poniendo en cuestión la frágil legalidad internacional y volviendo a «inyectar la anarquía a las relaciones internacionales y estratégicas» El siglo XXI llegó, pues, cargado de desmemoria.

En sociedades saturadas audiovisualmente, la disputa en torno a los nombres tenía que afectar de plano a la globalización. La referencia a la ciudadanía crítica, calificándola como globalofóbica o antiglobalizadora, no pretende sino insistir en su condena previa, rechazando una enseñanza politológica esencial: sin polemos, sin conflicto, no hay profundización en la democracia. La idea de resistencia civil, un concepto politológico

esencial en los años setenta, hoy está estigmatizado como si fuera partícipe de la violencia con que se señala a la disidencia. De hecho, vemos cómo la disidencia va siendo catalogada como terrorista, poniéndose en cuestión el derecho de expresión o de reunión que forma parte del acervo de las democracias liberales. De ahí que solo contestando a las acusaciones, solo enfrentado las estrategias de demonización, será posible la rearticulación política que reclama el desordenado mundo señalado. De qué lado caiga finalmente la acusación de terrorismo –si de los Estados agresores o de los pueblos a la defensiva– zanjará desde el campo práctico esta discusión. La globalización, como venimos defendiendo, es un concepto en lucha.

Las propuestas que el presidente Obama llevó a la Cumbre de las Américas de Trinidad en abril de 2009 contrastaban necesariamente con la propuesta que el presidente de Bolivia, Evo Morales, hizo a los máximos responsables de la Comunidad Suramericana de Naciones en noviembre de 2006. Sigue siendo hoy plenamente válida. La propuesta norteamericana conjugaba la tradicional receta demócrata del palo y la zanahoria: medidas parciales de buena voluntad sobre Cuba; amenazas veladas a los países díscolos; gestos cariñosos con los países ungidos para tener una special relationship; ofertas de tratados de libre comercio bilaterales; y, sobre todo, diferenciación entre una izquierda buena y una izquierda mala, a la búsqueda de romper el proceso de unidad latinoamericana iniciado por Hugo Chávez a partir de 1999 y que había conseguido un nuevo lugar para la integración del continente sobre la base de un claro antiimperialismo.

La propuesta del presidente Evo Morales recogía, basada en los diferentes llamamientos realizados desde el Foro Social Mundial a los movimientos sociales del mundo, los principales elementos para la reconstrucción de una globalización alternativa. Participación popular real, respeto a la diversidad social y cultural, preservación del medio ambiente, fórmulas institucionales nuevas, superación de las asimetrías, lucha contra la inequidad social y complementariedad económica constituyen los pilares de esa propuesta. Una propuesta que, necesariamente, tiene que superar los marcos del capitalismo (depredador), del estatismo (representativo y en el mejor de los casos paternalista) y de la Modernidad (lineal, colonialista, patriarcal, productivista), sustituyendo estas grandes vías por nuevos caminos que desborden sus lógicas excluyentes. La globalización contrahegemónica, esa necesaria remundialización que asume que el mundo está y va a estar interconectado pero que necesita hacerlo de otra manera, es otra forma de entender ese nuevo socialismo que puede alumbrar en el siglo XXI.

Una de las más importantes conclusiones del siglo XX es que la simplificación no puede ser la respuesta a la complejidad. En La cenicienta de los hermanos Grimm, para que encaje el deseado y pequeño zapato de cristal en los pies de las odiosas hermanastras, una decide cortarse el talón y otra el dedo gordo. La sangre asustará al príncipe y rechazará a las candidatas mentirosas. Los príncipes se permiten el capricho porque el cuerpo social a veces se automutila. El mercado capitalista autorregulado, orientado por la búsqueda liberada y alentada de la mayor rentabilidad inmediata, es una respuesta simplificadora a las exigencias ciudadanas de cumplimiento de los derechos humanos, el primero y más importante de los cuales es el derecho de toda persona a alimentarse. Pero ese comportamiento es, precisamente, el metabolismo propio del capitalismo. El escorpión, tarde o temprano, tiene que picar a la rana que lo transporta. El cuerpo social, sometido a la bota del mercado capitalista, se ve forzado y sangra por la violencia del cometido. La respuesta emancipadora a la complejidad, en una sociedad democrática, consiste en complejizar (esto es, multiplicar democráticamente las respuestas), no en simplificar. El mercado capitalista construye una enorme simplificación disfrazada de la supuesta libertad de los contratos y de la igual libertad que cualquiera tiene para dormir en



la calle o no comer. Una simplificación tan grande que necesita con frecuencia recurrir a la violencia para complejizar su imposición.

John Gray, exasesor de Margaret Thatcher, escribió un libro tras caerse del caballo liberal sobre el que había trotado. En sus páginas pretendió conjurar lo que significaba la utopía liberal:

[…] el libre mercado operó como una tenaza que apretó a las clases medias, enriqueció a una pequeña minoría y aumentó el tamaño de las subclases de excluidos, infligió serios daños a los vehículos políticos a través de los cuales fue aplicado, usó los poderes del Estado sin escrúpulos, pero corrompió y en alguna manera deslegitimó las instituciones estatales, disolvió o destruyó la coalición política que inicialmente le dio apoyo, dividió a las sociedades y sus secuelas marcaron los términos dentro de los cuales los partidos de la oposición fueron obligados a operar[5].

La nueva gran transformación (en realidad, una gran regresión) operada por el neoliberalismo en el último cuarto del siglo XX tapó las grietas del quebrado orden keynesiano, pero al tiempo desencadenó los fantasmas que había encadenado el acuerdo social de posguerra. «El casino se ha vuelto loco», expresaba Susan Strange a finales de los noventa, mostrando su perplejidad ante un mundo sin horizontes claros. La «era de la vulnerabilidad», como definió Luis Enrique Alonso el ocaso del modo de regulación posfordista[6], genera obligatoriamente respuestas políticas ciudadanas, pues solo desde una concepción restrictiva de los seres humanos puede imaginarse que la dominación sea asumida acríticamente por los colectivos sociales. No otra cosa es lo que, en forma de dominó, primero en soledad, y luego, crecientemente, como proyecto compartido, empezó a atravesar a los gobiernos de América Latina y más tarde a todo el movimiento indignado, desde las primaveras árabes a la Puerta del Sol madrileña. Enfrente, es verdad, el auge de la extrema derecha. Pero como en los años treinta, las fuerzas de la emancipación son más. Se trata de que no vuelvan a estar separadas y enfrentadas.

Esa perspectiva de recuperación de soberanía es la que lleva a entender la necesidad de establecer fronteras conscientes de la globalización, pues, de lo contrario, surgirán límites –toda sociedad los presupone– aunque no definidos desde los intereses colectivos. La idea de regulación con vistas a mantener un proyecto de ciudadanía igualitario se convierte en una exigencia, si bien esto no implica que exista una receta de validez general para todos los países. Por eso son necesarias nuevas fórmulas institucionales (desde los niveles locales a la Organización de Naciones Unidas, desde procesos de empoderamiento popular a nuevas actividades supervisadas por un Estado cuya administración sea un acompañante maternal, no paternal, de las iniciativas sociales).

La reflexión de Karl Polanyi, acerca de la utopía destructiva de un mercado autorregulado que condujo a las guerras mundiales, reapareció en la discusión sobre la globalización. Cuando Polanyi publicó su magna obra en vísperas del fin de la Segunda Guerra, Mundial se marcó luchar contra dos enemigos:

Aparentemente solo existen dos posibilidades: continuar siendo fieles a una idea ilusoria de libertad y negar la realidad de la sociedad, o bien aceptar esta realidad y rechazar la

idea de libertad. La primera solución es la de los defensores del liberalismo económico; la segunda, la del fascismo.

Un capitalismo institucionalizado, como el que en esos momentos se estaba cuajando en Bretton Woods, debiera evitar, como así fue, ese incómodo lecho de terribles resultados. Pero el capitalismo con rostro amable apenas retrasa los problemas. No se trata, como hemos planteado, de dificultades en el modelo, que se pueden resolver con una gestión diferente, sino de un problema del modelo. Bastó que regresaran los problemas cíclicos de acumulación para que la fase neoliberal del capitalismo volviera a mostrar con toda crudeza el rostro amenazante del capitalismo. Igual que el «conservadurismo compasivo» de la campaña electoral de George W. Bush era en verdad conservadurismo y nada compasivo, el capitalismo popular demostró ser capitalismo y nada popular. Muy al contrario, la recuperación de la tasa de beneficio se plantea, una y otra vez, sobre los hombros de los trabajadores.

«Solo de lo negado canta el hombre / solo de lo perdido», recordaba el poema de Agustín García Calvo. Desde la pérdida, cualquier pasado parece más hermoso. El medio siglo que va entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la caída del Muro de Berlín en 1989 no fue, especialmente para los países que quedaban fuera del arreglo keynesiano, un panglossiano mundo excelente que, como repetía el preceptor de Cándido en la novela de Voltaire, fuera «el mejor de los mundos posibles». Pero sí debe asumirse que fue capaz de incorporar la experiencia del primer tercio de siglo, poniendo en marcha algunos mecanismos de acuerdo internacional que evitaron las aventuras bélicas globales o las involuciones fascistas (aun al precio también señalado de exportar las guerras a las periferias, ahondar las diferencias entre el Norte y el Sur, acelerar el deterioro ecológico o crear franjas de exclusión)[7].

El fin del sistema de Bretton Woods y su régimen de acumulación trajo de nuevo a escena la idea de un capitalismo desorganizado que ahonda en la condena al ser humano al peor de sus castigos: el desarraigo. De ahí esa tendencia a querer volver a ese pasado maquillado. Pero el muerto es real, y no es el neoliberalismo como ideología, sino el neoliberalismo como el último intento de alcanzar un acuerdo global sobre el funcionamiento del capitalismo. En su esquela mortuoria dice que fue sepultado por un variado séquito de enterradores entre los que se encontraban, en primer lugar, las exigencias económicas estadounidenses y europeas; también la necesidad del sistema de acumulación –que afectaba a todos los países sometidos a ese régimen de acumulación– de superar el cuello de botella de la regulación keynesiana; igualmente, la voluntad política de una época en que los sectores populares, satisfechos y poco conscientes, perdieron su capacidad de incidencia política; y siempre acompañados por un desarrollo tecnológico exponencial que permitía desafiar muchas cosas.

Llamaba la atención que en 1998, en el 150 aniversario del Manifiesto comunista, se expresara una actualidad de ese texto que no tenía cincuenta años atrás cuando el sistema capitalista estaba embridado. Igual que dos décadas después, en el 150 aniversario de la primera edición de El capital, el interés por el funcionamiento del sistema capitalista estaba más vivo que cincuenta años antes, cuando la lectura de corte soviético lastraba su vuelo. La quiebra o abandono del modo keynesiano de regulación y la justificación del desmantelamiento del Estado social, incluso en países que habían sido vanguardia del mismo, explican la hegemonía de la explicación económica en el análisis de la globalización. Los argumentos que pretendían dar cuenta de la reducción de las



políticas sociales insistían en imponderables de la economía internacional, y si bien la voluntad política reclamaba también su cuota de explicación, el arsenal formal económico operaba como nueva forma de brujería y brindaba, forzando el análisis, el grueso de la explicación del proceso.

¿Es factible la reconstrucción de un orden mundial estable? ¿Pueden los Estados nacionales recuperar y, desde ahí, ir más allá de su condición de Estados sociales y democráticos de derecho, lesionada bajo la noche de la globalización? ¿Es factible una reconstrucción de un patrón político democrático capaz de regular los intercambios económicos internacionales? ¿Hay espacio para aplicar las medidas de urgencia que el cambio climático recuerda ya cada semana? Parece que la globalización nos obliga a movernos entre la señalada ciudadanía de Liliput, atada a los Estados nacionales, y la idiotez descomprometida de la cosmópolis de Brobdingnag, el amenazador país de los gigantes. ¿Podemos encontrar una nueva síntesis donde la condición ciudadana en un barrio de cualquier ciudad del mundo esté referenciada por la ciudadanía universal a la que obliga un mundo interconectado y que discurre en la misma nave Tierra?

Hoy sabemos –e ignorarlo es suicida– que hay un aspecto que obliga a activar los frenos de emergencia de los que habló Walter Benjamin: el espectáculo dantesco que está prometiendo la crisis ecológica. Los estudios de la huella ecológica ya demuestran que hemos superado la capacidad de recuperación del planeta en más del 50 por 100. El cambio climático, una realidad contrastada, descansa en la actividad humana de los últimos decenios. Y aún hay grandes zonas del planeta, como China e India, que no se han incorporado al nivel de consumo occidental. Se trata de proyecciones acerca del derretimiento de los casquetes polares, del calentamiento de la Tierra, del crecimiento inmediato de los mares, del cambio de las corrientes submarinas, del trastorno climático con lluvias, tifones y huracanes, de la desertización, de enormes desplazamientos poblacionales vinculados a los trastornos de la Tierra… De continuos desastres reales, en preparación y ya sucedidos que son una clara señal de un mundo al que la Modernidad, el capitalismo y la política estatocéntrica han llevado a las puertas de la catástrofe. Se trata de incorporar nuevos indicadores (sociales, ecológicos, de género, culturales y multiculturales, pacifistas…) que demuestren la irracionalidad de una organización económica vinculada estrictamente al beneficio material de algunos sectores cada vez más pequeños.

La puerta abierta por la globalización neoliberal da al vacío. Lo que hay detrás de cada catástrofe climática refleja la posición política de la globalización neoliberal: opacidad empresarial y rapiña reforzada por el desarraigo; falta de regulación del comercio internacional; impunidad de las empresas energéticas transnacionales; desmantelamiento de los recursos políticos estatales e incapacidad administrativa para enfrentar los problemas medioambientales; vinculaciones entre la política institucional y el mundo empresarial; abandono por parte del ejército de las tareas de protección civil; falta de reflejos de la administración; sustitución de las obligaciones estatales por la tarea de voluntarios y donaciones de los particulares. Es decir, retirada del Estado de sus compromisos sociales y entrega al mercado de la reparación de lo que él mismo ha roto. La zorra al cuidado del gallinero.

Con motivo de la Cumbre sobre Medioambiente en el verano de 2002, el lobby petrolero escribía a George Bush:

[…] la Cumbre de Johannesburgo proporcionará ante los medios de comunicación una plataforma mundial para los agentes más irresponsable y destructivos involucrados en aspectos vitales de la economía y el medio ambiente internacionales. Tu presencia solo ayudaría a dar más publicidad y hacer más creíbles las agendas de sus diversas agendas contra la libertad, antipopulares, antiglobalización y antioccidentales […]. Apoyamos enérgicamente tu negativa a firmar nuevos tratados internacionales sobre el medio ambiente o a crear nuevas organizaciones internacionales medioambientales […]. El tema medioambiental mundial menos importante es el potencial cambio climático, y esperamos que tus negociadores en Johannesburgo puedan dejarlo fuera de la atención de la opinión pública y de la mesa de discusión.

La elección de Donald Trump en 2016 era el corolario necesario de la insania neoliberal.

La exacerbación del peligro de Corea del Norte, un país con hambrunas periódicas, era la continuación en la era Trump de la agresión contra Afganistán, preparación de la posterior invasión de Iraq, del refuerzo de la política genocida de Israel o de la constante agresión a Venezuela –también actualizada por Trump–, agresiones todas que tienen detrás cuestiones geopolíticas ligadas a los recursos, en primer lugar al petróleo –aunque no solo–, dentro de un modelo de desarrollo que necesita precios bajos del combustible. Y el agotamiento de los recursos fósiles, con el incremento escalado de su precio, situará de nuevo a la energía nuclear en el centro del debate, con los factores añadidos de su uso militar. Tras dos décadas en el siglo XXI, China e India han empezado a plantearse su responsabilidad en el cambio climático. ¿Pero puede el mundo rico, responsable del grueso de las emisiones de CO2, exigir a los países menos desarrollados que frenen su crecimiento sin hacer nada a cambio? La urgencia de medidas que solamente puede ser globales es máxima. Pero no hay actor global, fuera de esa estatalidad funcional a la acumulación capitalista, que realmente lo sea, y tampoco perspectivas inmediatas de que pueda construirse esa referencia. Las articulaciones regionales, estatales pero también ciudadanas, parecen el paso intermedio más plausible para reinventar el orden mundial.

Después de una etapa de construcción teórica del fragmento, es momento de teorizar los comportamientos globales. Va siendo tiempo de volver a construir explicaciones que tendrán que funcionar como grandes mosaicos de pequeños relatos donde puedan trenzarse, a la búsqueda de un sentido que permita orientarnos, las microcausalidades múltiples que expliquen el mundo complejo en que vivimos. No una gran teoría que ahogue las otras, sino un esfuerzo intelectual que permita tejer la red del mundo y entender la trama de la vida. Mientras ese esfuerzo intelectual toma cuerpo, queda el deseo ciudadano de que cada error creado por un sistema inhumano (catástrofes ecológicas, violencia estatal, guerras, terrorismo, hambrunas, sometimiento de pueblos originarios, desarraigo, miseria y enfermedades) se traduzca en peldaños en el edificio de la razón. El proceso de transterritorialización ha permeado muchos ámbitos de lo social. No se trata, por tanto, de dar marcha atrás (ejercicio vano), sino de entender que estamos en un nuevo proceso de bifurcación del desarrollo emancipador. Una bifurcación que –sabemos– está en marcha, aunque no pertenece a la ciencia social predecir su resultado. Será una tarea para la ciudadanía comprometida.



UNA NOTA SOBRE EL ESTADO SOCIALISTA QUE FUE Y EL QUE PODRÍA SER

Desde la Revolución francesa las utopías dejaron de ser estatistas para pasar a ser antiestatistas. El aparato del Estado, lejos de servir a la emancipación, se convirtió en una gran amenaza belicista y que actuaba como el principal garante de la desigualdad social en sociedades divididas en clases. Pero, mientras haya conflicto, habrá política. El Estado es la condensación de la política en cada momento histórico. El Estado moderno es esa condensación de un proceso que se inicia a finales del siglo XV. En la balanza de resultados, los pueblos no parecen haber resultado muy beneficiados. Basta con que el libro negro de los últimos quinientos años, que coincide con el libro negro del capitalismo, sume la conquista de América y África, la pauperización de los campesinos despojados por los cercamientos de tierras, el colonialismo militar y el neocolonialismo económico, y las guerras mundiales para dejar claros los números. A cada acción, siempre le llegó una reacción. Toda Revolución trajo su Termidor.

Con su clarividencia, sería Tocqueville quien, en La democracia en América (1835), viera en el Estado el freno necesario a la marea revolucionaria. Marx, superando el análisis abstracto y ahistórico del Estado de Hegel, se posicionó contra el Estado, afirmando que «El poder estatal moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa» (si bien más tarde le reconocería una autonomía relativa respecto de las clases sociales). Aunque no hay una teoría del Estado en Marx, queda claro en su obra que Estado moderno burgués y el capitalismo eran dos brazos de un mismo esquema de sujeción. El Estado, como aparato de dominación, no dejaba huecos para la «libre asociación» de individuos no mediados en su desarrollo por ningún poder económico ni político. El Estado siempre obliga. Está en su lógica, aunque se haya enmascarado durante su desarrollo bajo el capitalismo. Siempre ha existido razón de Estado (someter a las partes al interés –real o supuesto– del todo). Bajo el capitalismo, la razón de Estado coincide con la valoración del capital, con la reproducción de la tasa de beneficio. La razón de Estado se confunde con el imperativo mercantil. En términos absolutos, Estado y democracia son incompatibles. Pero vivimos en mundos reales, no en absolutos teóricos. Pueden medirse grados de democracia en la relación con el Estado. A menor control social del Estado, menor democracia. No olvidemos que el Estado es una relación social. En el esquema capitalista, donde la lógica es la del capital, Estado y democracia son incompatibles, ahora no en términos teóricos, sino en términos reales. Unas veces será más evidente –como ahora con el neoliberalismo–, otras menos –como bajo el modo de regulación fordista o keynesiano–, pero la incompatibilidad es estructural.

Pero como se vio en la Unión Soviética o ahora en China, la razón de Estado comunista no fue menos dañina, aun con fines diferentes y con la presunción de que la explotación había terminado. Siempre que hay conflicto, hay política. Al ser el Estado política condensada, su mera existencia demuestra que aún hay conflicto. En su Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Marx planteó que la república democrática sería «la verdadera democracia donde el Estado político desaparece». En otras palabras, la Comuna de hombres y mujeres libres.

Pero la práctica, como ha demostrado la historia, es infinitamente más compleja que una teoría demasiado cargada de idealismo. Si en las sociedades capitalistas realmente existentes, el Estado es el garante último de su reproducción, ¿qué significa que el Estado sería el garante último de una sociedad socialista? En términos teóricos clásicos, como hemos visto, eso no sería posible; pero sí en términos prácticos. El trabajo de Lenin fue un

constante actualizar la teoría con las nuevas prácticas. Una sociedad global reclama una estatalidad global. Le correspondería a un Estado socialista ser el garante último del socialismo, es decir, de un sistema donde la propia sociedad se autoorganizaría al margen de cualquier sistema de dominación. La única garantía estatal de que eso fuera así sería desapareciendo, utilizando su propia fuerza para devolverle todo el poder a una sociedad que, seguramente, si fuera en verdad socialista, ya lo habría reclamado. El Estado socialista solo puede ser un Estado que esté sentando las bases para la transición al socialismo, esto es, para devolver a la ciudadanía el control de todos los medios de su existencia. ¿Factible?

El Estado, en su realidad histórica, no pertenece a la sociedad socialista. Pero el Socialismo (con mayúsculas) es un fin, una meta. Interminable porque el Socialismo no puede ser sino democracia en constante movimiento. Lo relevante es el proceso, los socialismos que va construyendo en el camino. De lo contrario, al socialismo le ocurriría como a Dios: sería una causa demasiado grande para un resultado tan mediocre. La realidad devuelve al análisis el problema práctico de la transición al socialismo. Ahí se ve que los plazos son más lentos que los que consideró la teoría revolucionaria clásica. Y así se evita la falsa discusión de si ya se está en el socialismo o si negociar con los límites de la realidad es una traición a la emancipación. Cuando lo que orienta es un horizonte que siempre está igual de lejos (de lo contrario, la sociedad se volvería complaciente), el nivel de discusión es otro. Al igual que renunciar a la revolución y a la rebeldía ahogan la transformación social democrática, renunciar a espacios de reformismo –de negociación con el lugar del que se parte– conduce al fracaso, pues comete el mismo error que creer que los unicornios existen porque existen caballos y cuernos. Reformismo es usar al Estado para poner en marcha procesos de seguridad social en el marco de sociedades capitalistas. Reformismo es fomentar el cooperativismo, sacar del mercado la educación, la sanidad, las pensiones, financiándolo con dinero proveniente de los impuestos. Reformista es el capitalismo de Estado que vende bienes en el mercado y usa los fondos para la mejora de la vida de la ciudadanía. Reformista es la renta básica, que revolucionaría el papel de las mujeres, del trabajo y del conjunto de nuestras sociedades. Revolucionaria es la propiedad pública de los medios de producción cogestionada con los trabajadores y guiada por el valor de uso y no por el valor de cambio. Revolucionaria es la reforma agraria que entrega a los campesinos el uso de una tierra recuperada para la nación y que, igualmente, permite alimentar a la población sobre la base de relaciones no mercantiles. Revolucionario es el control estatal de los sectores centrales de la economía y su puesta al servicio de la provisión de bienes públicos. Rebelde es la creación de comunas autogestionadas que se relacionan flexiblemente con el mercado, con el Estado y con otras comunidades. Rebelde es la creación de relaciones de intercambio no guiadas por relaciones sociales desiguales. Rebelde es la creación de nuevas dimensiones de leer la realidad para utilizar el propio impulso del capitalismo, del Estatismo y de la Modernidad para desbordarlos de manera imaginativa, sin violencia y al servicio de un nuevo sentido común.

Es evidente que el Estado socialista, aun como tipo ideal, debe ser otra cosa. Para entender esto hay que hacer una pregunta previa no respondida: ¿es la sociedad socialista la que construye el Estado socialista, o es el Estado el que impulsa el socialismo en la sociedad? La evidencia histórica nos dice que, salvo lo ocurrido en pequeños espacios locales, siempre ha sido el aparato estatal, ocupado por personas con ideas socialistas, el que ha intentado construir el socialismo. Con escaso éxito, habría que añadir. Hoy sabemos, por la experiencia soviética, que lo que es válido para la teoría, luego puede fácilmente torcerse en la práctica. Pensar que el Estado puede crear el



socialismo en una sociedad que no es socialista es ingenuo. Es esencial, por tanto, entender los tiempos de las transformaciones. Es más fácil que una vanguardia concienciada se haga con el poder del Estado –a través de vías revolucionarias o por el agotamiento político de las elites tradicionales– a que una sociedad cambie los valores y los interiorice antes de una generación. Esa tarea le corresponde a la propia sociedad, aunque ayudada por las estructuras estatales que deben empezar de inmediato la fase de transición al socialismo. Por eso creemos en la convivencia de comportamientos reformistas, revolucionarios y rebeldes dentro de un mismo impulso de transformación social. Uno marca lo posible, otro lo urgente, otro lo diferente.

La fase de transición, claramente subteorizada, deberá avanzar con ciertas dosis de ensayo y error, subsanando la principal evidencia del fracaso del socialismo realmente existente: la falta de confianza en la población. Pero incluso en ese escenario de transición socialista, la administración colectiva de los intereses conjuntos va a reclamar, al menos en el corto y mediano plazo, estructuras estatales que caerán más cerca de las formas tradicionales que de las socialistas. De ahí que sea de estricta relevancia que la sociedad vaya construyendo un Estado que, a su vez, propicie formas de organización políticas experimentales que vayan alcanzando eficiencia y eficacia dentro de los nuevos parámetros de emancipación, logrando así desbordar las formas estatales tradicionales. Antes de decretarse la disolución del Estado debieran existir formas políticas organizativas que demuestren que otra gestión de los asuntos públicos no solo es posible, sino que es claramente superior para los fines de la emancipación (incluyéndose aquí la satisfacción de las necesidades colectivas).

Volvemos de nuevo a la propuesta de desbordar las tres grandes autopistas que nos han traído a este mundo poco amable:

1) Desbordar el capitalismo satisfaciendo las necesidades sociales, de manera que se demuestre que el modo de producción capitalista es comparativamente ineficiente –con la ayuda de nuevos indicadores, especialmente verdes– respecto del sistema socialista. Pero usando la enseñanza que nos brinda el desarrollo de las fuerzas productivas que ha alcanzado este modo de producción.

2) Desbordar la Modernidad, demostrando su carga de dolor generado por su arrogancia lineal, productivista, machista y colonial. Pero usando la enseñanza que nos brinda el uso de la razón como una forma de pensamiento y un método de razonar superior a la superstición o el irracionalismo.

3) Desbordar el Estado, logrando formas de organización que demuestren que es posible alcanzar un orden político menos castrador, autoritario, empequeñecedor, paternalista, terrible y angustiante. Pero usando la enseñanza que nos brindan las ventajas de la centralización y la planificación de los asuntos colectivos (es la metagobernanza dialogada y solidaria, es el Estado como novísimo movimiento social, es el Estado «maternalista» que prima la subsidiariedad y apoya los procesos de emancipación y autogestión populares.

Todo esto nos lleva, necesariamente, a una definición de qué debe entenderse por socialismo. El socialismo es un sistema de organización social, política, normativa, económica y cultural que busca la libertad y la justicia, armonizando para ello los recursos materiales, institucionales e intelectuales de la sociedad, con el objetivo de conseguir la igualdad de capacidades personales, empezando por las de hombres y mujeres, la libertad de individuos y colectivos, la solidaridad entre los miembros de la comunidad, el respeto medioambiental, la paz entre las naciones y la defensa de la identidad de los pueblos.

Hablamos de «igualdad de capacidades» entendiéndola como una fórmula superior a la igualdad de oportunidades –que no garantiza el resultado– o a la igualdad de resultados –que, o bien es una entelequia, pues no es realizable o supondría una homogeneización que robaría la libertad individual y no contemplaría la necesaria corresponsabilidad de las personas en su destino–. La igualdad de capacidades es una fórmula superior al «a cada cual según sus necesidades y de cada cual según sus posibilidades» por, al menos, dos razones. En primer lugar, es menos autoritaria –«de cada cual según sus posibilidades» implica una exigencia, un hecho de fuerza al margen de la voluntad de los individuos–; por otro lado, el «a cada cual según sus necesidades» desresponsabiliza y, con esto, roba dignidad a las personas.

Estamos ante una definición de socialismo que reclama para su existencia un cambio profundo de conciencia. Si el hombre nuevo no es sino el hombre viejo en nuevas circunstancias, le corresponde al Estado socialista permitir esas nuevas circunstancias. Aquí la imaginación que se reclama es infinita. No basta dar un subsidio o entregar una vivienda a una persona sin recursos para crear conciencia socialista. Al contrario, es posible que se cree una conciencia de propietario celoso de su nueva riqueza, que pretende cerrar la puerta tras de sí. El socialismo solamente puede ser participado, pues de lo contrario se convierte en un marco clientelar que, en caso de alguna dificultad, será abandonado por aquellos que se beneficiaron del esfuerzo colectivo (como demuestra la experiencia europea). El socialismo no va a evitar la necesidad de trabajar, las envidias, los celos, la angustia ante la muerte. Se trata de que siente las bases para otra relación con una naturaleza humana que no es ni ángel ni demonio.

En esa siembra estatal de las nuevas circunstancias, hay un rasgo muy importante: el suministro colectivo de bienestar debe generar una conciencia de lo público. Es en la cola de un hospital público –o de un colegio, un auditorio, un Ministerio– donde se construye conciencia de lo que pertenece al conjunto. Por el contrario, en el mercado, la lucha de todos contra todos, el triunfo del más exitoso a la hora de conseguir dinero, espacio, bienes o cargos genera una conciencia privatista. Se trata de que en el suministro de lo público no se pierda la corresponsabilidad. Es la conciencia que hay en el metro en Alemania, donde el usuario se encarga de sacar su propio billete sin que nadie lo fiscalice. Basta saber que, si todos dejan de pagar el metro, no podría sostenerse. O la conciencia que debe haber cuando el transporte público se financia con impuestos y es gratuito para la ciudadanía, que debe cuidarlo sin olvidarse de ese logro. Es la conciencia de los cooperativistas que, al jubilarse o abandonar la cooperativa, no se llevan ninguna acción con ellos –obviamente, sí los derechos adquiridos–, pues entienden que la cooperativa no es una propiedad particular, sino un espacio de trabajo que pertenece a los que la trabajan. Es el anciano de la ribera del Mediterráneo que planta un olivo que solamente verán crecer sus nietos. Es la conciencia que acompaña al trabajo voluntario que armó las misiones en Venezuela o que sostuvo la amenazada Revolución cubana con el ejemplo de honestidad de Ernesto Che Guevara. Es la solidaridad ciudadana frente al terremoto terrible en México en 2017 y la acogida municipal en Europa de los refugiados de la guerra de Siria que no quisieron acoger los gobiernos centrales.



Una mirada atenta a la construcción del socialismo que no se detenga en la teoría entenderá que nunca se parte de una situación homogénea, de manera que es importante atender las expectativas de todos los sectores que conforman la sociedad. El socialismo no puede ser solamente para las clases bajas, si bien el máximo esfuerzo debe ir dirigido hacia ellas. Castigar a los sectores medios fue un error repetido durante el siglo XX que en muy poco ayudó a los más necesitados. Además de que convierte en enemigos a los que son un referente. ¿O acaso no busca el socialismo ir elevando el nivel de vida de la ciudadanía? Esa manera de pensar es la que lleva a que cualquier avance en la escala social haga mirar a los recién llegados con suspicacia hacia su situación anterior (fueron las clases medias creadas por la socialdemocracia las que votaron por la derecha en los años ochenta). No tiene sentido que el socialismo mejore la vida de la gente para luego criticar a los que han mejorado, logrando el efecto perverso de que esos sectores se alejen del socialismo y desprecien el lugar del que vienen. Igual es absurdo exigir a la ciudadanía sacrificios que convierten cada día en una aventura ardua. El socialismo debe mejorar el día a día de la ciudadanía, no estropeárselo con un presente gris en nombre de un futuro luminoso. Los que piden a los pueblos que coman socialismo, revolución, coraje y compromiso, por lo general pertenecen a sectores pudientes que hace mucho que no se preocupan por si hay comida en la despensa. Esos discursos han hecho y hacen mucho daño al socialismo. Hace falta un poco más de imaginación y amabilidad para inventar la emancipación.

El Estado socialista se la juega en la creación de conciencia socialista. El nuevo marco normativo, social, cultural, laboral, tecnológico, económico, internacional, que facilite una manera diferente de entender el mundo y la vida, debe convertirse en un nuevo sentido común, de manera que la solidaridad y la fraternidad sean tan evidentes como ayudar a un niño caído.

Las luchas de ayer son los derechos de hoy, y las luchas de hoy son los derechos de mañana. Como demuestra el desarrollo de los derechos de ciudadanía, solo con el conflicto social vino el reconocimiento del derecho a «compartir la herencia social, lo que, a su vez, significa exigir un puesto como miembros de pleno derecho de la sociedad, es decir, como ciudadanos»[8]. Pero la emancipación social ya no está en exclusiva en los que fueron los recipientes por excelencia de antiguas bifurcaciones, los partidos políticos y los sindicatos, en su viaje de construcción de los derechos civiles, políticos y sociales. En el campo de las transformaciones sociales tendrán que coincidir los tres alientos de la emancipación, escindidos a lo largo del siglo pasado y que ahora reclaman una nueva relación dialéctica. Esa transformación social beberá, necesariamente, de las fuentes del reformismo (que gestionen los logros alcanzados), de la revolución (que radicalicen los logros aún pendientes) y de la rebeldía (que se atrevan a inventar logros que no están en la agenda), no vislumbrándose ahora mismo la posibilidad de que ninguna de ellas se oriente por actitudes violentas.

Detrás de esta posición disponemos de una propuesta de acción clave, orientada por el funcionamiento del Foro Social Mundial, ciertamente hoy sumido en una envenenada decadencia (entre otras cosas, porque le falta el impulso de gobiernos emancipadores). No se trata simplemente del momento de la protesta, de negar las tres lógicas apuntadas que han conducido a la globalización (el pensamiento moderno, el desarrollo del capitalismo y la construcción estatal), sino de ejercer la propuesta para desbordarlas, para superarlas no desde la negación, sino poniendo en su lugar sustitutos que sean superiores desde la ética

de la emancipación. Es decir, que satisfagan los requisitos sociales de la reproducción pero que lo hagan desde un ángulo que prime el retorno social de la vida en común. Se trata, desde la perspectiva de la filosofía política, de aunar cuatro principales fundamentos de la convivencia: la base moral igualitaria de las grandes religiones, que asienta la posibilidad de cambios en una transformación de la conciencia (rebeldía); los aportes del liberalismo igualitario, que entiende que la emancipación es obra de instituciones virtuosas (Rawls), del pensamiento marxista clásico, que sabe que solo a través de los conflictos sociales –de la lucha de clases– será posible el advenimiento de la sociedad democrática, es decir, de la sociedad socialista[9], y del feminismo, que recuerda que todos los grandes acuerdos sociales se hicieron sobre las espaldas de las mujeres (encargadas en soledad de los cuidados y la reproducción), junto al ecologismo que recuerda que solo hay un planeta Tierra y está en peligro.

La actitud reformista gestiona los avances alcanzados en momentos de transformación anteriores. Basta recordar que el voto fue una conquista revolucionaria que después hubo que gestionar. El reformismo defiende los cambios que no cuestionan el modelo en su desarrollo cotidiano, y si bien está amenazado por la rutina y el conservadurismo, es la garantía de un funcionamiento real de las sociedades complejas que entienden que es imposible romper de manera total y tajante con el pasado. El reformismo es el diálogo mínimo con lo que existe, cuya desaparición no se logra con decretarla. La actitud revolucionaria actual, por el contrario, plantea el «todo y ahora» de las reclamaciones tradicionales del mundo del trabajo. Cuestiona la explotación, confía en la gestión del aparato estatal –por tanto, también de los partidos– y otorga un faro (una estrategia) a la gestión de lo existente. La revolución tiene su referencia en la promesa incumplida de igualdad que hizo la Ilustración. La actitud rebelde, por su parte, es reversiva, novedosa, espontánea, ajena a jerarquías, plantea nuevas formas y nuevos horizontes asumiendo el cambio de paradigma social en el que estamos inmersos. Tiene más relación con la libertad y la fraternidad, y su contenido libertario le ha hecho desconfiar históricamente del reformismo y de la disciplina jerárquica de toda revolución.

Pero ninguna de ellas se basta en exclusiva. La postura reformista que carezca del programa de máximos que marca el corpus revolucionario corre el riesgo de cristalizarse y perder su condición progresista. La postura revolucionaria que no entienda que el reformismo gestiona conflictos sociales anteriores e, incluso, el resultado de revoluciones anteriores, cae en una incoherencia de fondo, además de que está condenada a no ser nunca hegemónica por no poder arrastrar tras de sí a personas que tienen algo más que perder que sus cadenas. La rebelde, que no entiende que el mundo del que provenimos no pertenece todavía –¡ni mucho menos!– al pasado, y corre el riesgo de creer que las transformaciones sociales solo están referenciadas en aquellos aspectos de los que se preocupa. Es cierto que el cuerpo rebelde (marcado por el zapatismo mexicano, por los nuevos movimientos sociales, por los barrios organizados, por el movimiento indignado que cristalizó y también por la apertura de nuevas formas de organizar el Estado que discuten no solo con los partidos, sino también con la sociedad organizada) tiene las ventajas –y los inconvenientes– de lo que marca la nueva tendencia.

Pero una brecha en la pared no hace de la pared entera brecha. La rebeldía ha de entender que la ausencia de estructuras es más funcional en la protesta que en la propuesta y, hasta ahora, no ha encontrado formas de respuesta a la complejidad. Por su parte, si el reformismo o la revolución no entienden esa novedosa mirada –la brecha, la grieta–, la amenaza de continuar la senda del desentendimiento político se ahondará, especialmente con las nuevas generaciones.



Como se ha planteado desde el principio, estamos inmersos en un momento de replanteamiento de las miradas. Ya no vale la tesis XI sobre Feuerbach de Marx. Hoy, para transformar el mundo, hay que volver a interpretarlo. De ahí que sea tan necesaria la reflexión politológica que recupere los grandes temas. Lo expresa Boaventura de Sousa Santos:

[…] después de siglos de modernidad, el vacío del futuro no puede ser llenado ni por el pasado ni por el presente. El vacío del futuro es tan solo un futuro vacío.

Pienso, pues, que frente a esto solo hay una salida: reinventar el futuro, abrir un nuevo horizonte de posibilidades cartografiado por alternativas radicales. Con esto se asume que estamos entrando en una fase de crisis paradigmática y, por lo tanto, de transición entre paradigmas epistemológicos, sociales, políticos y culturales. Se asume también que no basta continuar criticando el paradigma aún dominante, lo que, por lo demás, se ha hecho ya hasta la saciedad. Es necesario, además, definir el paradigma emergente […]. ¿Cómo proceder frente a esto? Pienso que solo hay una solución: la utopía[10].

Pero la utopía que compita con la utopía neoliberal debe tener los pies en el suelo. Hemos visto que las soluciones a los desórdenes del mundo no pueden darse con las armas melladas del viejo paradigma. Nos hemos topado con las enormes dificultades para enfrentar una nueva mirada, con el miedo socialmente enraizado ante la posibilidad de cerrar una puerta desvencijada y de bisagras oxidadas para abrir una ventana a un mar que es puro horizonte. Las dificultades que tiene el pensamiento crítico están muy vinculadas a su incapacidad de volver a pensar el pensamiento, con el callejón sin salida del pensamiento moderno que lo lleva por rodeos para no entender que se está pensando mal. Cuando un sentido común se ha extendido tal y como lo ha hecho el neoliberalismo, haciendo de sus valores un marco de comprensión del mundo, es más fácil que se rechace la realidad antes que tirar por la borda la estructura de pensamiento con la que se enmarca la realidad. De ahí la urgencia de despensar los nombres de la realidad y retejer una nueva gramática democrática en un diálogo coral, permanente y audaz.

NUEVAS LÓGICAS PARA AVANZAR EN LA EMANCIPACIÓN

Hay tres lógicas alternativas a explorar que debieran servir, conjuntamente, para construir, siguiendo a Santos, un «pensamiento alternativo de alternativas». Estas lógicas facilitarían las transformaciones al ayudar a impugnar la selectividad estratégica del Estado, buscando mecanismos que ayuden a quebrar su mayor inclinación para atender determinados intereses y reproducir las estructuras de poder material y simbólico tanto en el estado como en la sociedad.

Las tres lógicas que proponemos son las siguientes. Por un lado, la «lógica Wikipedia», el trabajo colaborativo que Mason llama el «Estado wiki» y que entra dentro de la propuesta de Santos de un «Estado experimental»[11]. Se basa en el hecho de que las ideas, la información y las relaciones son intangibles, pueden generar bienes a coste cero y funcionan mejor cuanto más gente las comparte. Wikipedia, una enciclopedia de 26

millones de páginas y 24 millones de colaboradores produce, gracias al trabajo colaborativo y las posibilidades que brindan las tecnologías de la información, la más importante enciclopedia del mundo, con 8.500 millones de páginas visitadas al mes. Y gratis, haciendo cierto el sueño socialista de lograr bienes gratuitos y con calidad (Wikipedia ha sido reconocida como una enciclopedia con mayor calidad que la Enciclopedia Británica, lo que no quita que también incorpore errores). No es una empresa con intereses mercantiles, a diferencia de Twitter, y sus filtros establecen controles que evitan que el conocimiento se democratice a la baja (lo que ocurre en Twitter o en Facebook). Es verdad que las multinacionales están contratando gente para controlar los contenidos de determinadas voces, pero este mismo hecho forma parte de un aprendizaje fácilmente controlable desde la misma lógica cooperativa. Esa «producción entre iguales basada en bienes comunes» señala la posibilidad de una lógica alternativa que ya está aquí y que debe ser alentada. El equipo rector de Wikipedia tiene que mantener el equilibrio constante entre los voluntarios y la objetividad, sin sacrificar uno en el nombre de otro. Esta estructura no puede ser vertical ni carecer de organización. Para ello debe estar constantemente en movimiento, generando diálogos permanentes entre la jerarquía y el orden horizontal espontáneo y motivado.

La segunda lógica es la del Foro Social Mundial (FSM), que garantiza universalidad, traducción, deliberación, ecumenismo, resolución pacífica de los conflictos y fraternidad[12]. Es una lógica que mira desde el Sur, que recuerda que al lado de las gramáticas de la distribución propias del marxismo están las gramáticas de la identidad y del reconocimiento ocultadas por el colonialismo epistemológico del Norte. La lógica del FSM camina al ritmo de la gente (no son las instituciones las que fuerzan a los militantes), pero también cuenta con un organismo democrático de gestión, el Consejo Internacional, que conjura el peligro de los movimientos con estructuras débiles (que, como las olas en el mar, solo existen cuando hay viento). Por su condición plural y capacidad de encuentro hace un retrato muy amplio del nivel de la conciencia –es lucha cultural y también lucha política, están los intelectuales y los activistas– y alimenta una idea esencial para la rearticulación de la alternativa: cada vez que un movimiento establece una oposición y esta no se defiende como un particularismo, sino que se postula con validez global, es una tesela que se coloca en la pared, camino de la creación del dibujo final de la alternativa donde el mosaico lo crean la suma de las protestas.

Por último, está la lógica de los indignados (15-M, Primaveras árabes, Occupy Wall Street, Nuit Debout, Mareas Ciudadanas) que, sumando elementos de las «lógicas Wikipedia» y la «lógica FSM», se basa en la impugnación de la democracia representativa y de la exclusión económica desde la perspectiva no de anularlas, sino de desbordarlas. Exige por ello nuevas formas de participación ligadas a las nuevas tecnologías, cuestiona las empresas de medios de comunicación, libera a la política de la profesionalización, propugna un funcionamiento libertario profundamente destituyente y propone como articulación del nuevo modelo un proceso constituyente que rompe con la lógica clásica de los partidos (sin negarlos) e inyecta participación en la política institucional. Las explosiones de indignación funcionan como «acontecimientos» que rompen las fronteras cognitivas y permiten ir más allá de los límites sociales.

Sin embargo, estas tres lógicas, que pueden operar en el medio y largo plazo, tienen el horizonte obligatorio, cuando enfrenten el corto plazo, de articular la construcción de alternativas desde la capacidad institucional, único espacio real para frenar el metabolismo capitalista en su fase neoliberal. Esas tres lógicas alternativas pueden verse expresadas –



y sublimadas en algo superior– en los casos de formaciones políticas que, frente al eje «derecha-izquierda» –aunque sin desechar el «aire de familia» proveniente de las tradiciones de la izquierda–, insisten en el eje «abajo-arriba» y en el eje «nuevo-viejo». La apuesta por los de abajo implica la reivindicación popular (es el ámbito de la fraternidad, preterido frente a la igualdad y la libertad en la oferta de la Ilustración). El eje de lo nuevo engloba todas las novedades que emergen de la lectura crítica de la vieja izquierda y de su derrota. En términos de organización social, debe sumar la lógica horizontal, incorporar una nueva gramática sustentada tecnológicamente que es irreverente con la selectividad estratégica del Estado, y debe tener una clara referencia de construcción internacional (en primer lugar, regional; esto es, europea, sudamericana, norteafricana, centroamericana, etc.)[13]. Al tiempo, construye una maquinaria electoral/institucional que tiene la posibilidad de convertir en políticas públicas los programas construidos colectivamente. Su gran reto está en convertir el Estado en un lugar de reinvención de la política, capaz de poner en marcha una idea de subsidiariedad que ayude a la sociedad a organizarse de manera autogestionada, es decir, que permita la autoorganización sin que eso signifique abandonar a su suerte a las partes inferiores que asumen una tarea (ese engaño fue el correlato de la descentralización en los años ochenta, significando finalmente una suerte de privatización ligada a la idea de «Estado mínimo»). La idea de subsidiariedad significa que la administración ayuda a la sociedad civil a organizarse, le suministra los elementos básicos para el encuentro, junto a medios humanos y recursos materiales, para inmediatamente ponerse en segundo plano, permitiendo que la propia sociedad se autoorganice. Este ponerse en segundo plano pero sin retirarse –lo que hemos llamado «política maternal» frente al paternalismo socialdemócrata o comunista– permite aunar las tres fuentes de la izquierda tradicional –la reformista, la revolucionaria y la rebelde o libertaria–, cuya separación ha sido un elemento esencial para la derrota de la emancipación en el último tercio del siglo XX.

Este doble vector partidista y movimentista asume que en la crisis civilizatoria actual lo viejo, aunque inservible, aún pugna por existir, mientras lo nuevo, promisorio, aún no ha demostrado su capacidad. Mientras las nuevas certezas se consolidan, la solución tiene que ser dinámica e incluso contradictoria. Las formaciones políticas deben ser al tiempo, como la luz, «onda y partícula», asumiendo que todas las reivindicaciones van a estar en conflicto y que, por tanto, hay que convertirlas en sucesos dialogables donde participen las mayorías no solo en la decisión sino, sobre todo, en la deliberación. La solución no va a estar en el corto plazo en ningún extremo de los conflictos ligados a las soluciones (no se trata de encontrar un punto medio entre el nazismo y los judíos o entre el terrorismo financiero y los desahuciados), debiendo brindarse ese diálogo entre las prácticas y los discursos en pugna: entre el partido y los movimientos, entre el municipalismo y el Estado, entre el Estado y la internacionalización, entre el consumo y la sostenibilidad, entre el liderazgo y la participación, entre la especialización y la interdisciplinariedad, entre las tradiciones y el progreso, entre la autorregulación y la regulación pública, entre la propiedad privada y los bienes comunes, entre los intereses particulares y los intereses generales, entre la vanguardia y la retaguardia. E, igualmente, entre lo racional y lo emocional, entre lo metódico y lo intuitivo, entre lo material y lo espiritual, entre lo masculino y lo femenino. Todas estas discusiones deben ser cabalgadas como contradicciones o «tensiones creativas»[14] usando las tres lógicas señaladas pero desde el control de las instituciones, para lo cual es esencial la construcción de un partido-movimiento de nuevo cuño que acompañe, con una nueva lógica –la subsidiariedad construida desde una perspectiva global–, las lógicas nuevas que permitan avanzar hacia una sociedad postcapitalista.

El Estado no desaparece porque no lo pensemos ni se comporta virtuosamente porque no lo molestemos. Al contrario, el Leviatán se alimenta del miedo que despierta. Al Estado puede vencérsele solo desde el Estado, de la misma manera que a un ejército se le vence desde otro ejército. «Otro» ejército. A veces, esa alternativa será una réplica de lo que se combate; otras, una guerrilla espontánea, también una desobediencia que mine la capacidad de mando. El reto está en saber cuáles son los rasgos de esa refundación del Estado que supere los desmanes de la anterior «reforma» del Estado, los descalabros de la ocupación neoliberal de este y la aún más rancia falta histórica de Estado. No hay sendas prefiguradas ni caminos necesarios para armar la organización estatal. Si no se puede modelizar una sociedad sin condenarla a muerte, no pueden tampoco exportarse formas de Estado que han funcionado en unos sitios y en otros momentos históricos pretendiendo que sus efectos van a ser iguales. Repensar un Estado que termine con la oposición entre sociedad civil y sociedad política, haciendo de la participación no un discurso sino una práctica guiada por el principio de reciprocidad; reinventar un Estado que no funcione con un sentido común basado en la aceptación resignada de la suerte de cada cual en el mercado, sino que se asiente en el principio de subsidiariedad que deja crecer pero no deja caer; refundar un Estado donde ningún ser humano tenga la posibilidad de ver mermada su dignidad por la actividad de ningún otro ser humano, donde la división técnica del trabajo no devenga en división social del trabajo, donde el disfrute colectivo de los bienes públicos siente las bases de una sociedad democrática. Repensar un Estado que muestre siempre al Leviatán desnudo, sin disfraces, para que nadie se olvide de que, junto a sus capacidades, están siempre también sus peligros.

Desde el optimismo de la voluntad y tras el pesimismo de la inteligencia, un viejo lema unificador se renueva. Nos alerta de los peligros en los que está sumida una democracia que no ha incorporado las nuevas bifurcaciones de libertad existentes (la rebeldía) pero que está perdiendo logros de bifurcaciones anteriores (las reformistas y las revolucionarias). Un lema añejo pero no rancio que invita, renovado desde el análisis que pretenden estas páginas, a un imperativo que remoza el escenario social y político, que tiene la voluntad de hacerse hegemónico, especialmente en un momento donde la lógica guerrera presente y la previsible futura, tan vinculada al modelo de globalización neoliberal aún vigente en su corriente profunda, amenaza con desordenar radicalmente las relaciones políticas en cada rincón del planeta. Una consigna que orienta la única salida humanizadora a la enésima crisis del capitalismo que vive el mundo. Un lema que incorpora los tres cuerpos de la emancipación y que, en definitiva, pide, como alternativa que no puede ignorarse, a riesgo de pagarse un alto precio, reglobalización o barbarie. Un recuerdo para la América Latina que recuperó su pulso pero volvió a perderlo porque confundió consumo con conciencia. Un recuerdo para la vieja y cansada Europa, que pugna entre nuevas formaciones políticas y un regreso a los fantasmas del pasado, con dificultades para recordar que en lo más hermoso de su pasado siempre anidó un impulso de emancipación social, una voluntad que se agotó en el Mayo del 68 y todavía no ha regresado. Pero que, por respeto a nuestra propia historia, aún se la espera.

[1] Guillermo O'Donnell, Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 109. En la misma dirección, Martin Shaw se refería a la guerra contra el terrorismo como una «guerra imaginaria» que, al igual que había ocurrido con la guerra fría, servía como coartada ideológica para extender los intereses norteamericanos. Ahora bien, dos grandes diferencias hacían a esta «guerra



imaginaria» algo bien real. Por un lado, la disciplina a la que obliga la actual guerra va más allá al afectar a «todos» los países, movimientos y pueblos (incluidos los de la antigua órbita soviética y los no alineados). Por otro lado, la guerra no es fría, sino caliente y real, como demuestra Afganistán, Iraq, Palestina y la creciente presión sobre Irán. Martin Shaw, «Theory of the Global State. Introduction to the Italian edition» [disponible en: www.martinshaw.org].

[2] Decimos «ambiguo» porque la cantidad de interrogantes sobre su autoría fueron creciendo día a día, señalándose algunas responsabilidades de la administración Bush que, de aplicarse el adagio latino Cui bono («a quién beneficia»), servirían para completar las acusaciones de acción –o inacción– interna que se están lanzando desde muchos espacios y que llevaron en 2006 a una cincuentena de científicos norteamericanos a exigir pruebas de lo que para ellos es hoy «improbable», esto es, el hundimiento de las Torres Gemelas debido a la acción de los aviones.

[3] Véase Jacques Adda, Globalización de la economía, Madrid, Sequitur, 1999.

[4] Samuel Huntington, «The Lonely Superpower», Foreign Affairs 78, 2 (1999), p. 48, cit. en Leo Panitch, «El nuevo Estado imperial», New Left Review II/3, edición en castellano (marzo-abril de 2000), pp. 16-17.

[5] John Gray, Las dos caras del liberalismo, Barcelona, Paidós, 2001, p. 73.

[6] El posfordismo hace referencia a la superación de las sociedades fordistas, esto es, sociedades de pleno empleo, con regulación social y laboral, niveles de consumo generalizados, acuerdos corporativos e intervención estatal, tanto en el modo de producción como en el modo de regulación social que lo acompaña. Un modelo, como hemos explicado en estas páginas, que implosionó desde dentro, lo que implica, pese a la nostalgia propia de las épocas de pérdida, que no sería posible el regreso a las virtudes sin la compañía nefasta de los vicios (sin olvidar los agotamientos estructurales de lo que ayer fueron formas asumidas de financiación del bienestar en el Norte y que hoy ya no están disponibles).

[7] Robin Williamson es contundente al afirmar que, detrás de la globalización capitalista, hay también una guerra mundial soterrada, librada por las fracciones de clase globalizadas de los países del Norte y que terminaron captando a los países del Sur. Una guerra no menos cruel que las anteriores y que, incluso, compara con «las depredaciones coloniales de siglos pasados». No en vano, entre 1945 y 1990 se registraron 160 guerras –solo tres interestatales– en el mundo. Véase William I. Robinson, «Nueve tesis sobre nuestra época», Revista Latinoamericana de Teología 163 (1996) [disponible asimismo en: http://www.servicioskoinonia.org/relat/163.htm].

[8] Thomas H. Marshall, Ciudadanía y clase social, Madrid, Alianza, [1949] 1998, p. 20.

[9] Gerald Cohen, Si eres igualitarista ¿cómo es que eres tan rico?, Barcelona, Paidós, 2001.

[10] Boaventura de Sousa Santos, De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad, Santa Fe de Bogotá, Ediciones Uniandes, 1995, p. 424.

[11] Paul Mason, Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro, México y Barcelona, Paidós, 2016.

[12] Boaventura de Sousa Santos, Foro Social Mundial. Manual de uso, Barcelona, Icaria, 2005.

[13] Ejemplos evidentes de la selectividad estratégica contra los gobiernos de cambio en Europa o América Latina, municipales o estatales, pueden verse en la conexión personal de la judicatura con los partidos tradicionales, en la oposición de los cuerpos funcionariales a los cambios, en la habilidad de la maquinaria político-mediática para magnificar los errores o inventar escándalos, en el mayor coste de energía institucional que implica la búsqueda de soluciones alternativas dentro de una lógica, conservadora por definición –y que huye de las innovaciones–, en el endeudamiento heredado y la capacidad arbitraria de presión del sistema financiero, en el mayor conocimiento de las fuerzas tradicionales de las trampas jurídicas que se usan cuando se gobierna y que se denuncian como si se tratara de golpes de Estado desde la oposición, en la vinculación entre las elites financieras globales y las elites políticas conservadoras, en la formación que suministran las universidades, en la menor trayectoria profesional de los cuadros y militantes vinculados al cambio, en la capacidad seductora del sistema para crear divisiones internas en las fuerzas alternativas o captar cuadros, etcétera.

[14] Álvaro García Linera, Las tensiones creativas de la revolución, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2012, y, del mismo autor, Socialismo comunitario. Un horizonte de época, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2017.




PINCHE AQUÍ
Akal Pensamiento crítico
Akal Pensamiento crítico
"Una colección que radiografía la crisis de hegemonía neoliberal"
DISPUTAR LA DEMOCRACIA
POLÍTICA PARA TIEMPOS DE CRISIS
Pablo Iglesias
GANAR O MORIR
LECCIONES POLÍTICAS EN JUEGO DE TRONOS
Pablo Iglesias (coord.)
HEGEMONÍAS
CRISIS, MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA Y PROCESOS POLÍTICOS (2010-2013)
Xavier Domènech Sampere
PEDIR LO IMPOSIBLE
Slavoj Žižek
Edición de Yong-june Park
DISREGARD FOR HUMAN DIGNITY
LA CAJITA INFELIZ
UN VIAJE MARXISTA A TRAVÉS DEL CAPITALISMO
Eduardo Sartelli
¿DEL MARXISMO AL POSMARXISMO?
Göran Therborn